

LEONARDO DA JANDRA
SAMAHUA



LEONARDO DA JANDRA

SAMAHUA

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

TRILOGÍA DE LA COSTA

Volumen

II



México 2020/Editorial Avispero

Primera edición: 1997, Seix Barral-Planeta
Tercera edición: 2005, Editorial Almadía
Edición conmemorativa y definitiva: diciembre de 2020,
Editorial Avispero

© Leonardo da Jandra
D.R. © 2020, Editorial Avispero
Portada (*Samahua*, 1996) e
ilustraciones de interiores: Raga de San Gabriel
Edición: Alejandro Beteta
Diseño: Elizabeth Arias

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

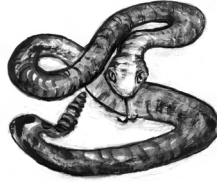
Impreso y hecho en México

*Para Enrique Vila-Matas, Hernán Lara Zavala,
Bernardo Atxaga, Héctor Manjarrez y un puñado más
de sobrevivientes de una generación excesiva*

Cacaluta, temporada de secas de 1997

I

LOS INVITADOS



El hombre los vio llegar y respondió al saludo con una ligera inclinación de cabeza. Venía de la leña y acababa de dejar el tercio de hachotes de ocotillo en el suelo, encima estaba un garrobo con la cabeza partida de un machetazo. No hubo palabras: sólo las miradas se cruzaron tratando de buscarle sentido al encuentro. Adentro de la cabaña de bahareque, la mujer y los niños observaban sin ser vistos. Ni un tosido o carraspeo, nada: aquello era sorpresivo y las sorpresas en ese medio eran una amenaza. El perro, que se había rezagado al encaramar a un tejón en una bejuquera, rompió a ladrar en cuanto los vio, y así estuvo mientras el hombre entró en la cabaña, pidió un vaso de agua y se secó con el paliacate que la mujer le tendió. Después gritó con enfado el nombre del perro, que se alejó por la bajada dando ladridos esporádicos.

—¿Y éstos? —preguntó al tiempo que le ofrecían el agua.

—Acaban de llegar —dijo la mujer con voz más baja.

—¿Traen llave?

—Ya entraron y limpiaron.

El hombre guardó silencio, y por un instante la mujer y los niños se lo quedaron viendo con el aliento suspendido.

—¿Alguna razón o papel, algo? —añadió el hombre, sacudiéndose los cardos de pegajosilla que traía salpicados por las piernas del pantalón.

—Una carta —musitó la mujer.

—¿Y por qué chingados no dices, pues?—protestó él forzando el tono.

Cuando el hombre abrió el sobre, la mujer y los niños se acercaron a ver, como si allí, en aquel papel membretado con un caracol púrpura, estuviera la señal que esperaban. Con voz insegura el hombre comenzó a leer:

Querido Nicéforo:

Recibe por favor en la casa a estos dos amigos, que también lo son de la naturaleza. César es un reconocido ecologista miembro de la Unión de Grupos Ambientalistas, y su esposa Bárbara es experta en tortugas y en selva mixta caducifolia. Esta visita es muy importante para todos, así que traten bien a los *invitados*. Nosotros continuaremos en la ciudad de México por unas semanas. Ya les avisaremos con tiempo de la llegada.

Un fuerte abrazo.

La nota era inconfundible, el mandato claro: un asunto importante. Había que estar alerta para ver las maneras y la mira que traían esos *invitados*, se dijo arrastrando con sorna el subrayado.

En la casa grande los recién llegados miraban una y otra vez —quebradero de lo previsible— las altas paredes repelladas en blanco, en busca de alguna novedad que se sumara al inventario necrofílico: alacranes y avispa plásticas, huesos de toda especie y plumajes de mil colores, además de los cuadros, mezcla insólita de luz y sombras, que ocupaban lugares clave en las paredes. César no salía del centro de la estancia, girando lentamente para abarcar en detalle el contorno, pero su predilección se centraba en un cuadro pintado con todos los verdes marinos posibles, con una extraña piel cosida, rugosa y en forma de murciélago.

—¿Ya viste bien esto? —dijo deteniéndose ahora frente al cuadro.

—¿Qué? —le devolvió la mujer de mala gana.

—Es increíble, ¿verdad?

—Lo que se me hace increíble es esta vida —dijo ella, observando con el ceño fruncido el entorno.

Cuando se ponía así, con esa expresión de rechazo y náusea que parecía inferiorizarlo todo, a él le daban ganas de mandarla de una

vez al infierno. Pero tenía sobradas razones para soportar esto y más, y como siempre optó por un silencio distanciante.

—Todavía no puedo creer que *tus amigos* permitan tanta incuria —enfaticó ella apuntándolo ahora con su naricilla para reforzar aquella actitud tan *british* que congeniaba a la perfección con su apellido paterno.

Él cruzó ante ella en silencio y salió a la terraza. Mientras respiraba hondo y dejaba que la visión de la lejanía le diluyera el coraje, no pudo evitar que las palabras le llegasen con el preciso escozor que ella sabía imprimirle al desacuerdo:

—Una familia semisalvaje, sin educación alguna; sucios y desconfiados como malvivientes, ¿ya viste que miradas nos echaron? —ante el silencio del hombre, ella continuó el vómito—: Plásticos, latas y papeles por todos lados. Y además no hay ni luz, ni agua..., ¿tendrán siquiera letrina? ¿César, me estás oyendo? —gritó al cabo.

Él continuó en silencio. Llegado a este punto, no le quedaba más que maldecir su falta de decisión y entregarse a la rumia amarga de los pasos mal dados. En el fondo se lo tenía merecido, por prendarse de su doctorado en Cambridge y de sus contactos internacionales, sin mediar siquiera el más elemental entendimiento, la mínima excitación necesaria para que dos cuerpos busquen compartirse. Pero, ¡Dios mío!, cómo se puede desear a una mujer que tiene la sangre más fría que una tortuga y que aun en la cama no para de dar órdenes...

—Ya sé en lo que estás pensando —dijo ella saliendo decidida a la terraza—. Pero las cosas hay que decirlas, no es suficiente pensarlas. Decirlas y hacerlas, ¿me oyes bien, Cesarito? Y eso es justamente lo que yo voy a hacer, si es que aguanto este infierno disfrazado de paraíso. Así que deja ya de darle vueltas y más vueltas, ¿me oyes o te lo paso por escrito?

—¡Vete a la mierda! —dijo él, emprendiendo el camino hacia la cabaña donde vivían el cuidador y su familia.

Toda la noche ella se la pasó alumbrando con la lámpara de pilas el menor ruido que percibía. Con un sobresalto, como emergiendo de una pesadilla, se semincorporaba dentro del mosquitero y comenzaba a alumbrar siempre hacia un sitio específico, y después ha-

cia todos lados, procurando que el haz de luz pasara sobre la cara de su esposo de manera accidental y disimulada. Apenas amaneciendo, en el inicio de un buen dormir, la voz aguda y juguetona de un niño comenzó a machacar:

—¡Las garrafas! ¡Vengo por las garrafas!

Ella gruñó bajo la sábana y le pateó la pierna en un reclamo que él ya conocía de sobra. Se levantó y, después de ponerse el pantalón, se asomó a la puerta. Entendió enseguida lo que el niño quería pero no sabía donde buscar. Con desparpajo, el niño entró en la casa y, bajo una loneta que estaba tras la puerta, le mostró un montón de garrafas de plástico de diez y veinte litros. El niño escogió dos de diez litros y salió riéndose. Al quedarse solo no supo qué hacer. Todavía estaba amodorrado, y el encono de la mala noche le ardía en el fondo del alma. Pensó, para distraerse, en ir hacia la casa del cuidador y fingir un paseo para reanudar la breve plática que habían sostenido por la tarde. Sin embargo, al salir a la terraza y abrirse al mar, decidió bajar a la playa.

La recorrió a todo lo largo, empleando en ir y venir casi una hora. A cada instante se detenía a levantar una concha o un caparazón extraño, hasta que daba con un nido de tortuga y se entretenía observando. Contó siete recientes, tres de ellos saqueados. Venía recuperado y silbando: la vida estaba allí y no en otra parte. Y de pronto la vio llegar a la playa. Con caminar cansado y ceño adusto pasó ante ella y la saludó. Sólo entendió la primera pregunta y no hizo caso. Después la voz de la mujer se fue adelgazando hasta que se perdió entre el rumoreo de las olas.

El cuidador estaba afilando el machete, y los ladridos del Duque lo alertaron. Le dijo a su mujer que guardara los huevos y limpiara la mesa, que venía el invitado. A pesar de los intentos conciliadores el perro no dejó de ladrarle al extraño, hasta que el cuidador salió con un leño y le dio de lleno en las costillas. Los aullidos suspendieron por un instante la llegada: el cuidador entró en la cabaña renegando del perro y el recién llegado pudo ver cómo el niño más pequeño se asomaba a la puerta con la cara embarrada de yema y el pellejo de un huevo de tortuga en la mano. La mujer lo jaló por el cuello con violencia y tras el regaño rompieron los lloridos.

Hablaban de cualquier cosa: el invitado preguntaba, buscando el acercamiento y rehuyendo el silencio; el cuidador respondía en el límite, sabiendo que por la boca lo atrapaban. “¿De cuántas hectáreas es exactamente la reserva?”. “No sé”. “¿Y es usted el único vigilante?”. “Sí”... Cuando la mujer le pidió que se sentara, poniéndole sobre la mesa un plato humeante y al lado tortillas recién salidas del comal, el invitado suspendió el habla.

—Ándele, a ver si le gusta —insistió la mujer, agrandando la sonrisa como alas abiertas de mariposa sobre la cara renegrida.

—¿Y qué es, eh? —preguntó el invitado sintiendo cómo la saliva le hacía juguetear la lengua.

—Un amarillo de iguana. Plato típico de aquí —dijo el cuidador con voz segura.

—Pues ni modo, ya que insisten... —dijo, y de inmediato partió un trozo de tortilla y comenzó a remojarlo en la salsa—. ¡Ummm! —profirió tras la primera sorbida, y los niños y la mujer celebraron la salida con risotadas. Quiso repetir el envío pero esta vez se quedó rígido: los ladridos se juntaron con los gritos de su mujer llamándolo. Al verlo comenzó el acoso.

—¿Quién fue el bárbaro que hizo eso?

Ante el encogimiento de hombros de él, enfrentó a toda la familia, que la miraba con desconcierto:

—¿Saben ustedes quien los escarbó?

—Sólo fueron tres —dijo César en tono conciliador.

—¡Y te parecen pocos trescientos huevos! —gritó acercándosele.

—Está bien: fueron campesinos de una de las rancherías aledañas —soltó él con el gesto resignado del que ya no encuentra otra salida—. Aquí Nicéforo ya me ha puesto al tanto de todo.

Ella volteó de inmediato hacia el cuidador y éste siguió por un instante con la expresión petrificada, hasta que el acoso lo hizo cabecear confirmando.

—¿No quieres un mole? Está delicioso —dijo César para justificar el reinicio del sopeo.

—No, gracias. ¡Ojalá que te aproveche! —dijo dándole la espalda para alejarse.

Luego de unos sopeos deleitosos, César dejó escapar con expresión traviesa: —¡Si supiera que es de iguana!

Todos la conocían en el medio por su campaña terca y bien publicitada en favor de la veda permanente a la captura de tortugas. Junto con el poeta Homero Aridjis y la asociación Pronatura, Bárbara había hecho posible que en la playa de Escobilla, en Oaxaca, se diera una histórica arribazón de doscientas cincuenta mil tortugas. Después de siete años de veda estricta, y ante el crecimiento impresionante de las arribazones, varios miembros de ONG's habían pedido la modificación de la ley a una veda parcial, pero Bárbara se había levantado fúrica contra cualquier modificación, y una vez más había triunfado. Ahora, liberada parcialmente por el éxito de la lucha, había tomado a la selva caducifolia de la costa del Pacífico mexicano, en grave peligro de desaparición, como su nueva causa. Cacaluta, la playa donde ahora estaban, era el corazón de una selva de más de diez mil hectáreas y también lugar de arribazón —aunque de importancia secundaria— de la tortuga laúd, especie seriamente amenazada y algunos de cuyos ejemplares sobrepasaban los doscientos kilos.

De un metro sesenta y nueve de estatura, cara caballuna y pecos, cuerpo firme pero sin busto ni nalgas, Bárbara era la representación misma del ecologismo triunfante: simbiosis completa con el poder, buen manejo de la imagen pública y fervor por congresos y convenciones. Era además vegetariana convencida y convencedora, y sólo en ocasiones especiales —como ahora— se permitía la ingestión de huevos.

Para Bárbara sólo existían dos clases de hombres: los que se resistían a obedecer, por necios y maleducados, y los que obedecían rápido, señal de inteligencia y cultura. César era por desgracia un caso malogrado: de ser un hombre comprensivo y desinteresado, se había convertido en el refunfuñón y resentido actual, y ella a esto, obviamente, no le auguraba más que un desenlace drástico: o se sometía, o lo dejaba atrás para siempre. Ella ni siquiera pensaba que pudiera tener o no razón, y ponerse en el lugar del otro le parecía una falta de personalidad y de criterio. Las cosas necesariamente debían discutirse, y discutirse con convencimiento

y pasión, de manera que la opinión prevalecedora tenía que ser forzosamente la mejor.

Pero César, que parecía resignarse a que el destino tomase sus decisiones, asumió una actitud de total desapego y se dedicó a fingir, a pesar de saber que ella ya sabía que él fingía. El único consuelo que le quedaba era su relación oculta con María Estela, la secretaria de la Unión de Grupos Ambientalistas, con la que pasaba dos largas tardes a la semana en un motel de Tlalpan. El cuidador y su familia, aunque ariscos por naturaleza, estaban acostumbrados a que los dueños de la casa grande invitasen de cuando en cuando a personajes tan extraños como éstos. Sin embargo, esta mujer era un caso aparte: ordenaba y regañaba sin parar, y no dejaba de insistir hasta ver sus deseos satisfechos.

Lo primero que hizo fue, por supuesto, darles una charla completa de ecología básica: tortuga, iguana, armadillo, venado..., todo estaba prohibido, y más para el cuidador, que tenía que dar ejemplo; la leña debía ser de árboles ya muertos, y había que recoger todos los cacharros y los plásticos regados alrededor de la casa y enterrarlos en una fosa. Además era urgentísimo que construyeran una letrina. Luego enfrentó directamente a la mujer y a los niños: había que hervir el agua de beber por lo menos diez minutos, lavarse las manos antes de comer y después de ir al baño, y no revolcarse en el suelo como los perros, enfatizó señalando la suciedad lustrosa del niño pequeño. “¿De acuerdo?”, concluyó en tono justiciero. Y no obtuvo respuesta.

—No vas a poder con ellos —le dijo César al tercer día, luego de que ella regresara furiosa después de descubrir que toda la basura que habían levantado en torno a la cabaña, la habían arrojado por la barranca.

—Ya veremos —dijo ella sentenciosa.

Dormía mal y comía peor. Casi a diario mandaba al chamaco mayor o al cuidador al pueblo, que estaba a una hora de camino, a proveerse de huevos de rancho, frutas y verduras. Y mientras ella sufría las consecuencias de su propio rigor, César gozaba a plenitud las fritangas y los caldos de pescado que la mujer del cuidador preparaba con alegría. Mediador entre las exigencias de su esposa y la resisten-

cia al cambio de los nativos, César tuvo que reconocer al séptimo día que su intención ya había sido rebasada por los hechos. Con la higiene y la educación no hubo mayor problema, pero cuando Bárbara comenzó a exigir la libertad de todos los animales domésticos, los nativos pasaron de la resignación a una defensiva beligerante.

Primero fue el perro, que el cuidador había amarrado para evitar el acoso a que sometía a los visitantes (sobre todo a la propia Bárbara, que a gritos trataba de enfrentársele); después las gallinas, que la mujer del cuidador tenía amontonadas en un espacio de poco más de dos metros cuadrados circundado por un trasmallo viejo; y, por último, le tocó el turno al burro flaco y piojoso con el que los niños acarreaban el agua.

El perro desapareció al segundo día de libertad; nadie sabía dónde comía y bebía, pero bastaba que Bárbara bajara a la playa para que el animal saliera de pronto de la maleza, donde improvisaba sus echaderos, y empezara el acoso, que no cesaba hasta que la mujer regresaba histérica a la casa. Con las gallinas la cosa empeoró de golpe: los murciélagos vampiros, que antes se prendían por las noches del pescuezo del pobre burro amarrado, ahora, al andar éste libre, buscaban a las gallinas en los árboles donde dormían y les chupaban las patas hasta que, desangradas, caían al suelo como frutas pasadas. En dos días murieron cuatro gallinas y un gallo. Ante las maledicciones de la mujer del cuidador, los niños desataron el ataque: no traían huevos, las frutas y las verduras llegaban magulladas, el agua de beber con arañas y alacranes muertos, la leña que le traían, podrida y maloliente... Hasta que Bárbara ya no aguantó y, desoyendo las promesas mediadoras de César, fue a quejarse.

Estuvo más de media hora, justo al límite del desborde, enumerando las desconsideraciones y majaderías que con ella se cometían, y no sólo los niños, pues era claro que detrás de los niños (de por sí malcriados) estaba la intención de los padres. Unas risitas furtivas hicieron que de las quejas pasara a las amenazas, y ya nadie se atrevió siquiera a mirarle a la cara, encendida por el coraje como los pedruscos que el cuidador calentaba en el hoyo cuando hacía barbacoa de tortuga. Al fin, y ante el silencio, dejó escapar un bufido y encaró la salida.

—Pinche urraca loca —dijo a sus espaldas Lupillo, el segundo en edad de los chicos.

—¿Quién dijo eso? —se volteó crispada hacia los niños, que estaban encimados en una esquina de la mesa frente a un plato con rebanadas de pescado frito.

—Ya es mucho, pues —protestó la mujer del cuidador, que calentaba una tostada sobre las brasas.

—¿Qué es lo que es mucho? —la enfrentó decidida.

—Las gallinas, y ahora el burro...

—¿Qué demonios me quiere decir?

—Que el burro también se fue —dijo el cuidador, conteniendo apenas el empuje que le crecía de raíz.

—¿Y qué, tengo yo la culpa? —replicó sin ceder un ápice—. Se fue por hambre y malos tratos, no por otra cosa.

—Usted lo mando soltar —rezongó de nuevo Lupillo.

—¡Cállese la boca! —le gritó el padre.

—Miren, ¿saben qué? ¡Váyanse todos al demonio, que yo no tengo por qué seguir aguantándolos! —y salió resoplando.

Ya no tenían ni agua ni leña, y César encontró en la tarea un entretenimiento. Venía del pozo con una garrafa de diez litros y a cada rato cambiaba de mano para ejercitar los músculos de ambos brazos, que empezaba ya a palpar esperanzado. A la leña iba con Crispín, el chico mayor, con el que parecía tener una relación estimulante. La esterilidad de Bárbara había abierto un enorme hoyo en la parte afectiva de la relación, y Crispín, a sus dieciséis años, llenaba en gran medida ese vacío.

Al cumplirse las dos semanas, Bárbara le soltó de golpe su resolución:

—Quiero que sepas de una vez que no voy a recomendar el otorgamiento de fondos.

—¿Pero por qué? —protestó él confundido.

—Porque no, y punto —dijo ella gozando la contundencia del golpe.

—Me parece una injusticia, por no decir una...

Él dudó un instante y tragó saliva. Ante el silencio, ella contraatacó:

—¿Qué? ¡Anda, atrévete a decirlo!

—Tú sabes tan bien como yo que merecen los fondos —añadió, resignándose ya al papel de mediador suplicante.

—¿Merecen? ¿Quiénes? ¿Tus amigos? ¿Esta familia de miserables desagradecidos?

—Está bien, hazlo por el lugar que está pleno.

—¿Después de ver lo que he visto?

—Con esos cincuenta mil dólares se conseguirían tres cuidados más...

—¿Como éste?

—Las cosas no son como tú crees que son. Y además tu modo...

—¡Mi modo! Ahora resulta que encima tengo que aceptar insultos en mi propia cara.

—¡Mierda, escucha al menos una vez a la otra parte! —tronó, sorprendiéndose él mismo por la magnitud del arrebato.

—¿Lo ves? ¡Ya se te contagió lo salvaje! Pues no, no y mil veces no. Podrá haber todos los venados, pumas y águilas que quieras, pero no van a conseguir a través de mí ni un sólo centavo. ¿Lo oyes bien?

Llevaban dos días sin hablarse: ella entregada por completo a la redacción del texto que leería dos semanas después en Suiza, en un congreso sobre autosustentabilidad; él aprendiendo a vivir como siempre había querido, sin órdenes ni amenazas, libre y despreocupado como un zopilote... Por la carrera, el niño tuvo que repetir la noticia:

—Que dice mi papá que ya llegó el burro.

—¡Vaya, ya era hora! —profirió ella y siguió como si nada sobre el cuaderno.

—¿Y está bien? —preguntó él, y al ver cómo el niño negaba con la cabeza, insistió—: ¿Qué tiene?

—Trae mala una pata.

El animal estaba amarrado al ocotín donde el cuidador siempre lo dejaba. Era la canilla izquierda trasera: una masa sanguinolenta y verdosa, asolada por un mosquerío de muerte. César se acuclilló para ver mejor; el burro se hizo a un lado y al apoyar la pata dañada la pezuña se le dobló y dejó fuera un borde de hueso ensangrentado. César sintió que todas las vísceras se le sublevaban.

—Hay que lavarle inmediatamente la herida —dijo sin voltear hacia el cuidador y la mujer, que se habían acercado en silencio.

—Es por demás —dijo el cuidador.

—¿Tiene detergente en polvo? —le pidió a la mujer, que asintió indecisa—. Pues tráigalo, por favor, con una cubeta de agua.

El olor a pudrición era intenso y César siguió allí doblado frente a la ascosidad, encadenado por aquel extraño sentimiento de culpa que lo poseía siempre ante cualquier desgracia. Dos veces espantó con las manos la zumbadera y en ambas, las moscas, como si reclamasen el derecho al pudridero, se le echaron encima obligándolo a pegarse la cabeza a las rodillas y taparse con los brazos.

—Ya estaba de Dios que hasta aquí llegara —masculló el cuidador, que no había dejado de observar el comportamiento de César.

—Oiga, Nicéforo, ¿y cómo explica usted la herida? —le preguntó al incorporarse. El cuidador guardó silencio mientras miraba fijamente hacia la pata lastimada—. Se enredó, ¿verdad?

—Lo fregaron —escupió con rencor.

—Pero ¿cómo?, ¿quiénes? Mire —dijo señalando los cardillos que el animal tenía adheridos al pelamen—, es claro que estuvo medido entre la maleza. Lo más seguro es que algún bejuco le haya trabado la pata. ¿O no?

—Lo chingaron a la mala —dijo convencido el cuidador. La mujer, que llegaba con la cubeta y el detergente, apoyó a su marido:

—La gente fue.

—¿Pero por qué? —protestó desconcertado.

—Seguro y les hacía daño por la noche —dijo la mujer, metiéndose los bajos del vestido entre las piernas para acucillarse—. ¿No ve usted esas peladas que tiene en el lomo? Luego se ve que primero lo escaldaron con agua caliente, y como regresó a hacer daño, pues mejor lo amarraron pa de una vez chingarlo.

—Y con alambre espinado —añadió el cuidador, y enseguida—: ¡Hijos de su chingada madre!

Ante la iniciativa de la mujer, los dos hombres se limitaron a observar en silencio: primero limpió la suciedad superficial con agua y detergente; después comenzó a restregar con un estropajo la herida hasta que la sangre cubrió por completo los hilachos que quedaban

pegados al hueso. La mirada mansa y la quietud extrema del animal terminaron de impresionar a César, que se imaginaba a un humano soportando impasible la violencia de aquella raspadura. Al final, la mujer le dijo al chamaco mayor que fuera a cortar una penca de zábila, y cuando la tuvo restregó toda la herida con la pulpa viscosa.

—Se va a reponer, ya verán —dijo César complacido.

—A ver qué hace —masculló el cuidador.

Ya de regreso a la casa grande, Bárbara le preguntó cómo estaba el burro. No contestó. Tomó el libro de Wendel Berry, con el que desde hacía tres semanas se venía entreteniendo, y se dispuso a bajar a la playa.

—¡César, te hice una pregunta! —se le colgó a la espalda aquella voz chillona que tanto odiaba.

—Está bien, gracias a tus atenciones...

—¡Como serás retetaboso! —le gritó, pero él ya iba por la bajada.

Terminaron la noche entre insultos: él, condescendiente como nunca, le pedía que tuviera el mínimo detalle de pagar las curaciones del animal; ella se negaba tajantemente, aduciendo que ese no era asunto suyo. La llamó egoísta e insensible, y ella le dijo que era un débil de cuerpo y espíritu, con el estigma del perdedor marcado en la frente. Y siguió todavía un buen rato embarrándole defectos, con aquella saña asesina que no paraba hasta ver aniquilado al rival. César, con la fingida indiferencia que era su último recurso, agarró una cobija y se fue a dormir a la playa.

Lo despertó un aleteo violento. Apartó la cobija de la cabeza y el fognazo del sol lo encegució un instante. Con los ojos entrea-biertos distinguió en la orilla un montón de zopilotes peleándose por un pescado. Amodorrado por el calorcillo mañanero, se sentó abrazando las piernas para gozar el espectáculo: uno comía mientras los otros acechaban, y cuando la proximidad pasaba un límite, el que comía los regresaba a picotazos. “Exactamente igual que los humanos”, musitó, “pero sin odio ni resentimiento”.

No quiso ver a Bárbara y tomó la vereda que llevaba directamente a casa del cuidador. Chedino, el niño más chico, y Lupillo estaban junto al burro. Al ver al animal parado, dejó escapar la aprehensión que había acumulado en la subida y se acercó risueño. Ya traía la

pregunta colgada de los labios, pero la olvidó al instante; el animal estaba rígido como si lo hubieran encolado y la visión de la herida, de nuevo cubierta de moscas e inmundicia, era estrujante. En silencio y con la manita llena de maíces, el niño menor trataba en vano de que el burro comiera.

—Carajo, pero si ayer se veía bien —dijo César tragando la saliva amarga que se le había atorado en la garganta.

—Ya ni come —murmuró el niño.

Los pasos atrabancados de Bárbara se acercaron por la vereda. Preguntó qué tenía, por qué estaba tan tieso. César no dijo nada, y los niños la miraron confundidos, como si se tratara de una aparición ajena por completo a lo que allí pasaba. El Duque se acercó ladrándole a Bárbara, y César aprovechó para largarse.

Media hora después Bárbara entró en la casa con un deje de satisfacción en la mirada.

—¿Ya desayunaste, Cesarito? —le dijo, y sin esperar respuesta añadió—: Ya lo arreglé, en un par de horas regresa Lupillo con jeringas y antibióticos.

—Gracias —dijo él, meciéndose en la hamaca con los brazos bajo la nuca y sin apartar la mirada del techo.

—¿Tú tampoco me crees, verdad? ¡Pues les voy a enseñar a tratar con animales!

Pasaban diez minutos de las doce cuando llegó el chamaco con los encargos.

—¿Tu papá sabe inyectar? —le preguntó Bárbara.

—Dice que venga a ponérsela usted... —respondió sin siquiera pensarlo.

César ni se inmutó y ella se fue rezongando hacia la cabaña. De una vez le puso dos inyecciones, una en el pescuezo y otra en la pierna. El animal estaba tirado en el suelo y ni siquiera resintió los piquetes: en los ojos, abiertos como dos agujeros a un abismo, tenía ya prendida la sombra de la muerte.

—Vamos a tener que moverlo —dijo el cuidador acercándose.

—¿Moverlo así como está? ¡Ni lo piense! —protestó Bárbara.

—Aquí arriba es puro techal —masculló el cuidador.

—¿Y eso qué?

—Pos que no se puede cavar un hoyo.

—¿Pero está loco o qué? —le increpó ella.

—Haga como usted quiera, a ver quién aguanta después la pestilencia.

El cuidador se dio la vuelta y caminó hacia la cabaña. Al verlo alejarse, ella tragó saliva y gritó con fuerza para que no se le notara la duda:

—¿Y para dónde pensaba moverlo?

—Pallá abajo, lejos del pozo —dijo el cuidador deteniéndose.

—Pero tiene que ser un lugar bien fresco y sombreado.

—Eso es lo que menos va a necesitar —dijo regresando y urgiendo a Lupillo a que levantara al burro y lo arreara para cerca de la laguna.

—¿Y cómo le hago? —preguntó desconcertado el chamaco.

El cuidador buscó una vara y con un “Órale, hijo de la chingada, pa que no andes cuscando en casa ajena”, le soltó de varazos en las ancas. Al incorporarse, el animal trastabilló y el hueso de la canilla se le salió por encima de la pezuña, lo que lo obligó a ir dando brinquitos con el hueso ensangrentado sobre la tierra. Rígido y descoordinado, parecía un enorme juguete de madera del que iba jalando Lupillo ante la risa desatada de los hermanos menores. Bárbara gritaba fuera de sí, pero ni el cuidador ni los niños le hacían el menor caso. Hasta que corrió desesperada y lo alcanzó en el inicio de la bajada hacia el pozo. Le quitó con violencia la vara de la mano al cuidador, y comenzó a decirle que cómo era posible que fuera tan cruel, que debían hacerle a él lo mismo para que sintiera, que ahora iba a ser más difícil salvarle la pata al animal, que... El burro se dejó caer como un fardo y su mirada ya no se agrandó con el miedo: de allí no lo iban a mover aunque lo molieran a palos.

Llegó como vendaval: hablaba y hablaba sin parar, pero en el desborde cuidaba que los insultos no salpicaran a César, que la oía en silencio sin apartar la mirada de la horqueta de macuil que estaba tallando con una navaja; le había prometido a Chedino un tirapiedras y la tarea lo absorbía por completo. Tres veces asintió, mirándola solidariamente para que no fuera a desviar el ataque hacia él, acusándolo como siempre de no hacerle caso; por último

le dijo que no se preocupara, que él iba a hablar con el cuidador al respecto.

Cuando bajó, sólo encontró a la mujer moliendo el nixtamal, mientras los dos niños menores estaban sentados al borde de la mesa sorbiendo dos tazas de café. Saludó y la mujer le correspondió por lo bajo, haciendo claro su disgusto. Preguntó por el cuidador y obtuvo como respuesta un “salió a un mandado”, expresión ladina que es muestra cabal de la astucia costeña. Salió de la cabaña y se detuvo un momento observando al burro, que le pareció ahora más tieso. Quiso fijar la herida de la pata pero no pudo: un espasmo lo sacudió con violencia. Sin decir palabra continuó de regreso.

—¿Lograste siquiera que te oyera ese salvaje? —le preguntó Bárbara al verlo entrar.

—Ya está todo arreglado —dijo sin inmutarse.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió ella con sorna.

Él ya no dijo nada; se sentó y se puso de nuevo a tallar la horqueta.

Aunque la imagen agónica del animal no cesó de acosarla, Bárbara se resistió a ir a verlo por la tarde, para evitar que el amargor del coraje se le subiera otra vez a la boca. Pero a la mañana siguiente ni lo dudó: salió del mosquitero y sin lavarse ni peinarse bajó a paso rápido. El animal se veía inmóvil, tirado como un montón de basura al lado de la vereda. Ya cerca comprobó, por el blanco desencajado de los ojos, que aun seguía vivo. “¡Dios mío, no es posible tanto sufrimiento!”, se dijo empezando ya con el fuelleo colérico. Las moscas, avivadas por el espléndido sol mañanero, jugueteaban ruidosas sobre el pudridero. La herida era ya una plasta negruzca y purulenta, y la pezuña colgaba apenas de unas hilachas. De golpe le llegó la tufarada y se apartó tapándose la boca con la mano. Ni siquiera pudo llegar a la casa y allí mismo, en la vereda, se arqueó para expulsar las galletas y el vaso de leche que había tomado por la noche.

César la vio y salió apresurado para evitar el diálogo. Cuando llegó a la cabaña del cuidador, toda la familia estaba desayunando un caldo de pescado.

—Buenos días —dijo parándose en la puerta—. Y buen provecho.

—Pase usted —le dijo el cuidador—. ¿No gusta?

—No, gracias, traigo el estómago revuelto —dijo con intención.

—Ah, bueno —murmuró el cuidador, y todos siguieron sorbiendo sin levantar la cabeza.

Ante la incomodidad de los sorbidos, que producían al apurar el caldo con la tortilla, no tuvo más remedio que ir al grano.

—Oiga, Nicéforo, ¿y no es mejor que le evitemos tanto sufrimiento al animal?

—Usted dirá —dijo el cuidador tras limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Pues yo creo que deberíamos sacrificarlo de una vez.

—¿Y cómo le va a hacer?

—No, yo no —dijo evadiendo la responsabilidad con el mismo énfasis del que niega una acusación.

—¿Pos quién entonces?

—Nosotros pensamos que...

—Si está así no es por mi culpa —rezongó el cuidador.

—Ya, eso ya lo sabemos. La cuestión es...

—Pos ahí tiene el machete, y si no el hacha —volvió a cortarlo.

Por la expresión degollada que traía, Bárbara supo que una vez más el “bueno para nada” había fracasado.

—¿Qué te dijo ahora? —le preguntó altiva.

—Que él se encarga de todo.

—¿Y le crees a ese salvaje?

Y de nuevo su silencio dio pie al avasalle. Estuvo recordándole todos sus tropiezos e idioteces, empezando por la aceptación misma de venir a este maldito paraíso en lugar de ir a visitar a su hermana en San Diego, como ella se había cansado de proponer. Allá estarían muy a gusto, con todo lo que la gente civilizada necesita para vivir; sin zancudos, ni jejenes, ni alacranes, y sin estos salvajes inhumanos... Él se levantó y, tras romper de pasada una veladora que estaba en el piso, bajó a la playa.

Nunca en su vida le había dado tantas vueltas a un problema. Ahora, como el cobarde que niega su mano al herido para no inculparse, estaba acorralado: si cedía ante el cuidador lo recriminaría su esposa, y si le hacía caso a ésta no tendría más remedio que dar el paso más decisivo, y eso, justamente, es lo que más lo mortificaba. Subió convencido, repitiéndose una y otra vez que todo consistiría

en un sólo impulso; sí, igual que poner una inyección, y después ya no sería asunto suyo. Afuera de la cabaña encontró al cuidador partiendo leña.

—Disculpe, Nicéforo, sólo quería pedirle que me prestara de favor un arma —dijo sin detener el impulso.

—¿Un arma? —repitió a la defensiva el cuidador.

—Sí, un rifle o una pistola —insistió en un tono tan directo que sorprendería hasta a su misma mujer.

—Si quiere llévese el hacha —le dijo apoyándola al frente—. O si no, el machete.

—¿Entonces no tiene ninguna arma? —inquirió ya descrestándose.

—No, no tengo —dijo mientras pensaba en su riflito guardado.

Todo le había pasado por la cabeza menos eso. De pronto, el ánimo que se había dado en la subida estaba yéndosele por los pies, como si en sus plantas le hubieran abierto dos enormes agujeros. El cuidador levantó de nuevo el hacha y dejó caer sobre el corazón del leño un golpe preciso que lo partió en dos. Y César ya no pudo aguantar más:

—Pues deme el machete siquiera —dijo adelantándose.

Cada vez más tieso pero aún vivo, el burro lo vio llegar y siguió sus movimientos con el ojo izquierdo, que parecía salirse de su órbita. Le picó el vientre con la punta del machete y el animal hizo un frustrado intento por levantar la cabeza. Sí, todavía estaba bien vivo. Tras un breve titubeo, decidió que un buen golpe en el pescuezo sería suficiente. Levantó el machete y todo el cuerpo empezó a hormiguarle. “Mierda, por qué demonios me meto en estos bretes”, se dijo suspendido en el desconcierto. Una sensación extraña lo hizo voltear de pronto, y vio a los dos niños menores riéndose a sus espaldas. “¡Váyanse!”, les gritó, pero los niños siguieron con sus risitas sin hacerle el menor caso. Respiró con fuerza un par de veces y encarando al burro le dejó ir un machetazo. A medio camino no pudo evitar que los ojos se le cerraran. No fue igual que los machetazos que había dado en los últimos días a bejucos y marañas: al sentir el choque, el puño se le aflojó y el machete salió rebotado como si fuera de hule. Los cacareos de los niños lo dejaron sin habla. En la

línea blanca que había abierto en el pescuezo del animal, comenzó a marcarse un hilo de sangre. El burro apenas movió la cabeza: ni un quejido, ni el menor intento de levantarse, nada. César ya no pudo volver a intentarlo.

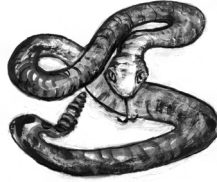
—¡Váyanse todos al carajo! —dijo y salió a paso rápido, sin preocuparse siquiera de levantar el machete.

Al atardecer comenzaron a sobrevolar los zopilotes y el Duque, que hasta ese momento no había aparecido, rompió a ladrarles con la misma terquedad con que acosaba a Bárbara. Durante toda la mañana siguiente los pajarracos estuvieron tomando los árboles próximos a donde el animal estaba caído; el festín comenzaría de un momento a otro. En la casa grande los invitados, sin hablarse ni mirarse, estaban ya tocando la hondura calcinante del infierno. Llevaban desde el día anterior sin agua y ni él ni ella hacían el menor intento por dejar sus lecturas y decidirse: cuando ella bajaba a la playa él subía, y si uno abría una lata o un paquete de galletas el otro desaparecía. Sólo tenían ahora una salida: la playa. La otra estaba tomada por la muerte.

A la siguiente mañana el animal ya amaneció hinchado, y al caerle los primeros zopilotes con el despunte del sol, la pestilencia se extendió como un halo apocalíptico por todo el cerro. César se adelantó a bajar a la playa y allí estuvo tratando de evadirse con la lectura, levantando de cuando en cuando la vista para deleitarse con el vuelo majestuoso de los zopilotes sobre la colina. Estaba pensando que si tuviera que reencarnar en algún animal le gustaría ser zopilote, cuando vio salir a Bárbara a la playa. Iba con la mochila a la espalda y el maletín en la mano. Él trató por un instante de encontrarle la mirada, pero ella siguió caminando con la vista fija en el otro extremo de la playa.

II

EL SABOR DEL INFORTUNIO



Toda la mañana, tendido en el petate al lado de ella y con la vista colgada de las láminas ya comidas por el óxido, estuvo moliendo los recuerdos. Ya sabía que iba a ser así, pero no era lo mismo ahora que tenía que vivirlo. Antes por lo menos tenía el consuelo de la voz y la mirada, aquella mirada acostumbrada desde siempre a la desgracia y donde sólo en dos ocasiones a lo largo de tantos años había visto aflorar por instantes la alegría. Ahora sólo el silencio cobijaba su voz, y al no poder dejar de oírse sentía como si estuviera preso, como si aquella incapacidad para levantarse y salir fuera una condena. Mil veces hubiera preferido que le tocara a él, que no tenía más razón para vivir que ella misma, pero la habían señalado a ella y el que señalaba no atendía ruegos ni se tentaba el corazón: cuántas súplicas y promesas hechas sin encontrar oídos. Primero las dos criaturas, y ahora ella... Y para qué quería él seguir viviendo sin aquella mujer que era más de la mitad de su vida.

Al segundo día de muerta, aquella carnaza informe que le había venido saliendo de la natura durante los dos últimos meses, reventó y la pestilencia logró lo que no había podido la malaconciencia. Se levantó trastabillando y fue a vomitar una saliva verdosa y amarga afuera de la cabaña. Estaba débil y mustio, igual que las cañas de maíz que doblaba el aironal, y no sentía ni sed ni hambre, ni tenía ganas de nada. Pero sabía que no podía dejarla tirada por más tiempo. Se echó unos jicarazos de agua sobre la cabeza y removió con rápidas frotaciones aquellas púas canosas y tupidas que ni una sola vez en su vida habían conocido un peine. Los dos perros huesudos y embicha-

dos se le acercaron cautelosos en cuanto lo vieron; las gallinas que picoteaban por el patio repararon por un momento en su presencia, luego siguieron con su cloqueo despreocupado. Y entonces se acordó de su Consentida, que había dejado amarrada en el rastrojo.

La burra lo vio venir y soltó unos quejidos lastimeros. Él se acercó y comenzó a hablarle como siempre hacía, explicándole el motivo del abandono y dando salida a aquel dolor que lo consumía. La cuerda estaba completamente enredada en la bejuquera, y mientras la fue desenredando no dejó de acariciar el pescuezo felpudo del animal. Tenía ya con ella diez años y, a excepción de la finada, a nadie más le había abierto su vida. Con ella acarreaba la leña, el agua y las mazorcas, y con ella también se daba gusto de hombre, sobretodo a partir de que a la finada le empezara a crecer el mal en la natura. Su sobrino Nicéforo, una de las cuatro únicas personas que había visto en el transcurso de los últimos cinco años, le había dicho que hablarle así a un animal, como él lo hacía, malograba de raíz el juicio; y él le había replicado que cuál juicio, que no conocía a ningún cristiano que supiera de lo suyo como la burra sabía. “Es que usted no sale del cerro ni por curiosidad”, alegó el sobrino. “Y pa qué he de salir si afuera es pura envidia”, le dijo y ya no obtuvo réplica.

De regreso, los dos perros salieron gruñendo de la cabaña. Amarró la burra y entró maliciando: “Seguro que esos hijos de la chingada estaban hociqueando en la gusanera”. Agarró la pala y ya no tuvo otro pensar. De pasada, la burra le recordó con unos rebuznos su penuria, pero él ya iba a lo que iba. “Pérate tantito, que primero es lo primero”, le dijo sin detenerse. Mientras hacía el hoyo atrás de la cabaña la oyó quejarse. Dos veces se tomó un respiro para hablarle, y el animal le respondió apremiante. Luego volvió a entrar en la cabaña, y cuando salió con el cadáver envuelto en un petate, la burra daba fuertes tirones a la reata. La recriminó con rudeza, pero la burra siguió tironeando.

Terminando de apisonar la tierra llenó una cubeta con agua y se la puso enfrente al animal. Después fue al tapanco donde guardaba el maíz, llenó una lata y se la llevó. El agua no pudo acabarla, pero el maíz lo mascó todo. Por más de una hora, acuciado en silencio, estuvo viendo cómo la burra se daba gusto mandibulan-

do. Hasta que el hambre lo hizo levantar. Fue al fogón y se dispuso a prender la lumbre. Mientras lo hacía, iba comprendiendo que aquello iba a ser peor de lo que se imaginara durante la agonía de la finada: lo había visto hacer toda su vida, pero cocinar y echar tortillas era algo tan propio de la mujer como traer el mandado y lavar la ropa; y a eso, por más vueltas que le daba, no hallaba el modo de entrarle.

Vivía a todo un día de camino de Samahua, y la ranchería más cercana estaba en Las Pozas, a tres horas de buena marcha. Ni siquiera se le ocurrió pensar que tal vez otra mujer fuese la solución: a sus años y con sus rigores ni una viuda lo querría; y aunque alguna quisiera, era él quien se negaba de plano a considerarlo... Maíz aún tenía, también panela y sal, así que para qué preocuparse si la vida misma le iría exigiendo el acomodo.

Estaba la cuaresma en puertas y el monte, tras cinco meses de sequía, dejaba al descubierto sus misterios. Él sólo salía de la cabaña para ir al cafetal o a la milpa; en el trayecto, cuando los perros olisqueaban un armadillo o una iguana, se detenía, y si había suerte ya tenía con que acompañar las tortillas que eran su sustento. Las hacía enterudas y quebradizas, pero al cabo eran tortillas, que es lo que le importaba. La cubeta con el nixtamal le duraba cuatro o cinco días, y aunque el maíz comenzaba ya al segundo día a adquirir la acidez del fermento, a él le daba igual. Los animales que agarraba, después de trocearlos, los ponía en una lata con agua a la lumbre, le echaba un puño de sal y dejaba que la hervidera domesticara la carne, pues los pocos dientes que le quedaban sólo admitían la blandura. La ropa no era preocupación: usaba durante semanas la misma, hasta que las roturas dejaban ya ver más cuerpo del que tapaban. Para la lavada había dado con la solución más fácil: cada vez que se daba gusto con su Consentida iba a bañarse al pocero de donde extraía el agua para beber, y de una vez aprovechaba para despolvar la camisa y el pantalón, pues más ropa no usaba. Como no tenía jabón, usaba sus propios orines y, por más sacudidas que le daba contra una piedra boluda, la ropa seguía mostrando los relieves de la suciedad, además del olor picante de la urea, que arreciaba por las tardes cuando la humedad cubría las cañadas.

Consigo ya casi ni hablaba. Sólo de cuando en cuando acudía a su recuerdo la finada, pero enseguida ponía en blanco los pesares y se dejaba ir con la modorra amensada de su nueva vida. Se lo había dicho una vez el finado Concordio: hablarse a sí mismo en silencio echaba a perder el juicio. Por eso es que, pensara lo que pensara su sobrino Nicéforo, mientras estaba con su Consentida no dejaba pasar la ocasión para soltar la lengua: sobre el tiempo y de la sementera, de lo cabrona que era la gente, de los dolores que con el frío se le metían por las rodillas, de lo que compraría cuando pizcara el café y de todo lo que, caminando, descansando a su lado o dándole de comer, se le ocurría. Sin embargo, la plática más sentida, la que de veras le brotaba de muy adentro y sin mediar pensamientos, era la que tenía lugar todos los plenilunios. Lo había convertido ya en un rito, y a sus sesenta años era lo único que aún le prendía la esperanza. Y escogía siempre la misma hora, entre las dos y las tres de la tarde, cuando el calor suspendía la vida en una quietud de pasmo; y en el mismo sitio, a un lado del pocero y bajo un frondoso árbol de mango. La piedra boluda que usaba para sacudir la ropa le servía para alcanzar la altura apropiada. Amarraba a la burra del árbol y comenzaba a acariciarle el pescuezo mientras dejaba que los sentimientos salieran fáciles y gustosos: “Pos ya está la luna queriendo, Consentida. Y tú haciéndote la que no sabes. Ah, como serás reteladina”. Y seguía sobándole el lomo y los ijares, hasta que llegaba a las ancas. “Y la mera verdá es que este gusto que nos damos es muy propio, ¿o no? Ah, canija, luego luego te abres”. Y soltando el amarre del pantalón le metía la mano para sentir la tibieza del jugo. Después se subía en la piedra y le levantaba la cola. “Quietecita, no comas ansias. Así, así mero, estate en lo tuyo”. Y seguía un buen rato, hasta que las contracciones de la vulva terminaban vaciándolo. Después esperaba unos instantes para orinar en la jícara y enseguida se bañaba al tiempo que lavaba su ropa.

Recia y terca lo fue desde siempre. Y a eso, tan propio y arraigado, había que añadirle el que nunca tuviera cría. Sólo dos veces, cuando la finada la llevaba para traer el mandado, habían estado a punto de montarla, y las dos había pateado con violencia a los machos.

Por lo mismo la finada nunca la quiso, pero él se dijo que así estaba mejor, pues si agarraba cría luego se aguangaba. El buen diente, que tronchaba por igual rastrojo y maleza, y el maíz puntual, le tenían el pelamen lustroso y el cuerpo rebosante, en contraste injurioso con los dos perros, que parecían pellejos enroscados bajo la sombra del mango, y que sólo tomaban vida cuando lo veían poner el fuste a la burra o meterse en el monte para ir al baño. La finada estaba convencida de que a los perros, como a ellos mismos, les habían echado mal de ojo, pero él recordaba que siempre había sido igual, que los perros que comían mierda terminaban secándose, y que por último ya no podían comer nada crudo, pues enseguida lo trocaban. Con otros animales sí: cuando no el murciélago, era el tábano o la garrapata..., pero con esta burra jamás había tenido que batallar contra nada, su fortaleza y su pelambre parecían a prueba de enfermedades y plagas. Y esto para él, que jamás se había tendido en el petate por golpe ni calentura, era tan natural que ni siquiera lo pensaba. Por eso, cuando empezó la plaga, él no le hizo mayor caso. Primero eran como chispas aisladas que sólo zumbaban el tiempo justo para clavarse en las patas o bajo el vientre, donde el pelamen era más penetrable. A él también lo acosaban, y cuando los sentía en los brazos o en los tobillos aguantaba el quemón para confiarlos y luego los aplastaba. Al segundo día la burra ya no dejaba de patear y quejarse. “Aguanta, pinche Consentida, no te hagas ahora la delicada que con esto y más ya nos topamos”, le decía, mientras trataba de espantar a sombrerozcos el tabanero que se dejaba caer sobre el animal. En el piso los goterones de sangre atraían el mosquerío. “¡Hijos de su chingada madre, más es lo que desperdician que lo que chupan!”, renegaba sin darse abasto con los sombrerozcos. Entrada la noche, cuando cesó el ataque, fue a llevarle de beber y la burra apenas quiso probar el agua. “¿Qué pasa, mi Consentida?”, dijo palmeándole el lomo. “No te dejes, chingados, que eso mero es lo que ellos quieren”. Pero la burra ya ni retrajo los belfos para contestarle como hacía otras veces.

Apenas pudo dormir. Los malos pensamientos le bullían en la oscuridad y el desasosiego no le concedía tregua. Recordó la vez en que la sequía se había bebido toda el agua de los arroyos y las pla-

gas se sucedían sin término. Era por allá de los cincuenta, lo recordaba bien, y vacas, caballos y burros se pudrían al sol en sabanales y rastrojeras. Pero ahora ya no era igual, la gente no se dejaba como antes, había líquidos que mataban parejo con una sola rociada. De haber había, pero a quién encargárselo. Ni para qué darle vueltas: seguro que en unos días desaparecería la plaga; así eran estas chingaderas, como venían se iban. Además, su Consentida aguantaba esto y más, y si no ahí le quedaba aún un puño de folidol en polvo...

El sol entraba ya con ganas a través de la pared de varas y el calor arreció bajo la cobija remendada y de color indefinido por tener ya meses sin lavarse. Se solía levantar con la oscurana y, luego de orinar frente a la puerta, se restregaba los ojos con un poco de agua y prendía la lumbre para hacer café. Pero esta vez la malanoche lo había rendido: apartó la cobija con gesto desganado y enseguida percibió el zumbido. “¡Hijos de la chingada, ya ni duermen con el ansia!”, protestó tras el primer manotazo. Salió a orinar y ya no lo dejaron. De pronto, como si recobrara la conciencia, se acordó de la burra. El deseo del maíz mañanero la tenía siempre con el bello levantado y la cuerda tensa por los jaloneos. Ahora era la misma imagen turbiosa que a él lo había perseguido durante toda la noche: la cabeza doblada hacia el suelo y las orejas gachas, incapaz siquiera de patear o sacudir el rabo para espantar el animalero que la acosaba. Había estado echada sobre su propia cagarruta y la suciedad le daba al pelambre un rucior injurioso. Con el sombrero trató en vano de ahuyentar el tabanal. Cuando se cansó de dar sombrerozas, fue a la cabaña a buscar el polvo que era su único recurso.

Desde los tiempos fundacionarios donde se enraizaba el recuerdo, los campesinos habían enfrentado las plagas con la resignación silenciosa del animal de monte. A falta de insecticidas, la cal era el único recurso para preservar del gorgojo el maíz y el frijol ya cosechados. Pero cuando hacia principios de los sesenta comenzó a llegar a la región el folidol, derivado bronco del DDT, los campesinos hicieron de su uso una panacea: hormigas, garrapatas, piojos y chinches, gorgojos y pulgas..., nada podía resistir al polvo milagroso, y los hombres, mujeres y niños, al igual que hacían con los animales, se lo echaban con gusto en la cabeza para acabar de raíz con la liendrería.

Con sumo cuidado para no desperdiciar, le espolvoreó a la burra todo el cuerpo. El animal se dejó hacer mientras él le decía que con ese polvo se iban a chingar toditos, que en un par de días estaría como nueva... Y la burra seguía quieta y cabizbaja, y así siguió cuando él llegó con una cubeta de agua y una jícara de maíz. “Órale, mi Consentida, no se haga de rogar”, le dijo sacudiendo el maíz para estimularla. Apenas tocó la superficie del agua, del maíz nada. Él todavía porfió arrimándole la jícara al morro y animándola con arrumacos, pero la burra ni siquiera lo miraba. Después dejó el maíz en el suelo al lado de la cubeta y se acuclilló a observar. Las gallinas, que habían oído el ruido del maíz, se acercaron poco a poco a picotearlo. Contó tres: dos de plumaje dorado y negro, y otra, más grande y arisca, pelucona y de pedrería azulada. Dejó que picotearan un rato y luego recogió la jícara y les fue arrojando granos al tiempo que las llamaba. El tabanal dibujaba círculos desesperados en torno a la burra y algunos intentaban encontrar un resquicio en las patas o bajo la cola, pero enseguida el husmo del polvo los levantaba. Entró en la cabaña y agarró el machete. Tenía ya con él cinco años y, junto con la burra, era lo que más apreciaba. Estaba hecho por un sanmiguelero que entre cosechas se dedicaba a la herrería; pasaba un par de veces al año con su carga hacia Samahua, y él le había encargado uno con sus iniciales en la hoja y con cache de cuerno de toro en forma de águila. Sin importarle el revoloteo de los tábanos, se sentó frente a la piedra de afilar a sacarle corte al machete. A un lado tenía la jícara de maíz y de cuando en cuando les arrojaba unos granos a las gallinas, que los picoteaban con avidez sin reparar en la cercanía. Como al cuarto de hora probó con el pulgar el filo y asintió en silencio. Esta vez el puño de maíz cayó casi a sus pies y las gallinas siguieron los granos sin levantar la mirada del suelo. La pelucona venía atrás pero igual de confiada. Volvió a pasar la hoja por la piedra en un chas chas suave y calculado, y de pronto, con el golpe preciso, la cabeza de la pelucona salió volando. Con el tronco del pescuezo chisgueteando como jeringa, la gallina salió corriendo y desapareció tras la maleza. “Ah, chingados”, se dijo, al tiempo que dejaba el machete sobre la piedra e iba a buscarla. Caminó unos treinta pasos siguiendo el rastro de sangre,

y cuando vio el hueco en el matorral se bajó confiado. Ni siquiera le sonó el cascabel; enroscada al lado de la gallina, la víbora le dejó ir una tarascada. Nunca en su vida había reculado con tal velocidad. Cayó de espaldas y se incorporó ya distanciado. Sentía que el pecho le iba a reventar. Sin alcanzar a entender bien a bien lo que estaba pasando, levantó las perneras del pantalón y buscó las marcas; se sacó los huaraches y después se palpó todo el cuerpo, hasta que comprendió que si le hubiera mordido el animal, el dolor ya habría señalado el lugar.

Por lo menos tendría diez anillos y dejarla allí, ya alebrestada, sería vivir con los pies en la boca del infierno. Había que acabarla de una vez, pero a machete ya no, pues el latigazo de la víbora podría sobrepasar el tamaño del arma. Y de pronto un escalofrío le erizó todo el cuerpo: ¡ese cabrón animal estaba trabajado! Y de seguro era la misma envidia que le había mandado también el tabanal. “Ay, Maximina, bien me lo decías tú”, masculló en desagravio de la finada. Sin darle más vueltas fue a recoger el machete y buscó una horquetita apropiada para el jale. Y empezó a rastrojar y amontonar hojarasca en torno al matorral donde estaba la víbora. Crecido ya suficiente el montón, fue a la cocina y trajo los cerillos.

Primero fue pura humareda y enseguida levantó la llama y aquello ya no se pudo aguantar. Acucillado a la distancia dejó que la vista se llenara con el fuego. Pensó en la pudridera de raíz de la finada y de allí fue recorriendo para atrás las chingaderas: malas cosechas, perdedera de animales, las dos hijas y la finada... Sólo a una víbora conocía capaz de eso y más: la viuda de Ednodio, que era colindante con su cafetal. Cuando el fuego terminó de consumir los pesares, se acercó a las cenizas y con la punta del machete removió el bulto renegrido que sobresalía de los restos humeantes. La gallina estaba achicharrada, aunque algo de provecho podría sacarle. Buscó y rebuscó, pero de la víbora nada. “¡Putas que te reparió!”, escupió entre coraje y temor. El cuerpo se le reblandeció por el vahído y tuvo que recular para no caerse. Miró hacia la cabaña y no vio animal alguno: ni gallinas, ni perros; y entonces se encontró con la imagen de la burra: los morros casi en el suelo y los ojos cerrados, y sobre ella un zumbadero de muerte; de un momento a otro se echaría para

ya no levantarse. El choque lo estremeció como un jicarazo de agua. Corrió a desatarla; en el suelo un salpicadero de tábanos y algunos aún aleteando. “¡Órale, Consentida!”, clamó jaloneándola. La burra parecía un tronco viejo enraizado en la muerte. Con esfuerzo la arrastró unos pasos. Desesperado agarró el machete y le dejó ir un palmazo en las ancas, y sólo así logró que el animal llegara adentro de la cabaña antes de echarse. Cerró la puerta y prendió una buena lumbre. En cuanto logró levantar las llamas, fue a buscar unas ramas verdes y las puso encima para la ahumadera. Después recogió la gallina chamuscada y le buscó provecho.

Por naturaleza desconfiaba de las palabras y de las caviladeras: para él la gente lista y habladora siempre ocultaba con maña el colmillo o la garra. Así que palabras pocas y pensares sólo uno. Y una vez que ese pensamiento se le metía en la cabeza, ya no había modo de cambiarlo. Movi6 la burra hacia un lado para que le dejase libre el centro de la cabaña y comenzó a escarbar con la coa de punta de fierro que usaba para la siembra. Ya reblandecida la tierra, ahondó con la punta del machete hasta que dio con la tapa de la olla de barro. La abrió y metió la mano. Contó las monedas que venían en el puño y volvió a meter la mano para sacar una más: diez eran las que había acordado llevar. Apisonó luego la tierra y alistó una costalilla con algo de café, maíz y la cobija. Al anochecer fue al pocero y con dos cubetas alcanzó a darle un baño completo al animal. Luego se bañó él, y de regreso ya la burra agarró el paso. Le puso enfrente una jícara con maíz y el animal levantó unos cuantos granos. “Nos vamos lejos, mi Consentida, así que más te vale agarrar fuerzas”, dijo acariciándole el pescuezo. Todavía se entretuvo un buen rato antes de salir. La burra había bebido media cubeta de agua y del maíz sólo tres cuartos de la jícara. Ya afuera, con la luna en cuarto creciente, se quedó viendo por un instante la cabaña y dejó escapar a manera de desahogo: “Aquí te dejo, pero no dilato”. Y tomó la vereda al frente de la burra.

El perro se le dejó venir con todo, y tras él llegaron los gritos desde la loma. Por si acaso alistó la vara de macuil que usaba como báculo. A media bajada, donde se había detenido, el perro seguía con los

ladridos. Hasta que un pedrazo en las costillas lo apartó aullando. Las dos miradas se encontraron y el chamaco se alejó corriendo. Al coronar la loma un hombre salió a recibirlo.

—¡Hasta que se le hizo venir, tío Juvenal! —dijo dándole la mano.

—Sí, ya ves que lo tenía prometido.

El sobrino lo pasó adentro de la cabaña, donde la mujer le dio la mano dulcemente y le sonrió. Los niños miraban al recién llegado en silencio y desconfiados, como hacían siempre con las visitas, que cada vez eran más frecuentes.

—Cuatro tienes ya —dijo aceptando el asiento que le ofrecía el sobrino.

—Sí, y ya le paramos.

—Y pensar que éste ya mero se moría —dijo apuntando con la barbilla al mayor, y alargando el recuerdo a los años aciagos en que la pareja, recién juntada, se había establecido en el cerro.

—Y mírelo ahora —terció la mujer.

—Ha de ser bueno pal campo.

—Lo que es es un flojo de la chingada —dijo el padre, y el chamaco salió sonriendo hacia la terraza.

Era ya media mañana y la mujer aún estaba echando tortillas sobre el comal. Avivó con soplidos la lumbre y puso encima una olla tapada. Luego les dijo a los chamacos que trajeran más leños.

—¿Y qué razón me da de tía Maximina? —preguntó el sobrino.

—Pos que murió —soltó de golpe el viejo.

—¿Y eso? —inquirió el sobrino tras la sacudida de la noticia.

—Le hicieron maldá.

La mujer, que se había quedado en suspenso con una tortilla en la mano lista para dejarla sobre el comal, volvió a lo suyo sin atreverse ya a voltear hacia la mesa. Los dos hombres cruzaron las miradas en silencio y afuera estalló con violencia la gritadera de los niños. La mirada del anciano recorrió la estancia y luego volvió a la mesa.

—¿Y es tuyo el ranchito? —le preguntó al sobrino.

—Aquí estamos.

—Bonito se ve. Y solito, ¿verdá?

—Bueno, aquí cuidamos...

—Aquí sí que estás a tu gusto.

—Sí, parriba es más duro.

El anciano asintió en silencio y la mirada se le perdió sobre la mesa, como si entre las manchas y las moscas estuvieran sus recuerdos. Las risas de los niños se mezclaron ahora con ladridos atrás de la cabaña.

—¡Chamacos, traigan los leños! —gritó la mujer.

—Es el Duque con la burra —alegó una voz desde afuera.

—Pinche perro hijo de la chingada —rezongó el sobrino.

—Bien jodida viene mi burra —dijo el tío.

—Sí, la vi. ¿Y eso?

—El tabanal que se dejó venir.

—¿Tábanos pallá arriba?

—¡Nomás vieras!

—Por acá ni se han visto.

—Por lo mismo que te digo.

—Sepa la chingada —dijo el sobrino como desentendiéndose.

—La maldá, te digo —remachó el tío.

—¿Será?

La mujer le gritó a Crispín que le llevara un poco de maíz a la burra, y su voz distrajo la atención de la mesa.

—Traje maíz —dijo el anciano haciendo ademán de levantarse.

—Maíz es lo que sobra —opuso el sobrino—. Usté quédese ahí que ahorita le sirven el almuerzo.

Sólo pidió una jícara de agua para lavarse las manos. El sobrino dijo que tenía que ir a ver un asunto y que luego por la tardecita seguían platicando. La mujer lo atendió en silencio, y el anciano comió como hacía años, tantos que ya no se acordaba del nombre de los pescados. Dudó si preguntarle o no a la mujer, pero decidió seguir así, reviviendo con el sabor aquellos años en que su vida parecía componerse.

—¿No le permitirá tantito más? —le dijo la mujer, viendo cómo miraba para el montoncito de espinas acomodadas en el fondo del plato.

—La mera verdá...

—Ándele, pa que agarre fuerzas —insistió levantándole el plato.

—Gracias —dijo por lo bajo, y enseguida enfrentó al chamaco mayor que ahora tejía una atarraya que colgaba del techo—. ¿Y a poco ya ganas a tejer?

El muchacho sonrió, la misma sonrisa amplia y dulce de la madre, y siguió tejiendo en silencio, hasta que el choteo de sus hermanos hizo que los amenazara entre dientes.

—Así como lo ve ya pesca —dijo la mujer regresando con el plato lleno.

—¿Será cierto?

—Y también el que le sigue —añadió la mujer con orgullo—. Él fue el que agarró las corvinitas.

El nombre de los pescados volvió a arrancarlo del ahora. Siguió ya mascando en silencio, dejando en el aire el último comentario de la mujer, que le sonó apagado y lejano como canto de pájaro entre la selva. Terminando de comer agradeció y preguntó si todavía estaba al final de la playa la laguna de agua dulce. La mujer le dijo que sí, pero que por la sequedad estaba muy baja y medio salobre.

—No le hace —dijo con la idea ya metida en la cabeza—. Orita regreso.

—Ha de estar bien cansado. Mejor échese tantito en la hamaca y luego va.

Se quedó quieto y confundido: cambiar de decisión una vez que ya la había tomado era como si de pronto se le apagara la lámpara en medio de la negrura. Y por lo mismo, rehuía estas situaciones que lo hacían pasar de la duda a una desconfianza supersticiosa, por lo que solía terminar eligiendo una tercera opción. El niño más chico corrió hacia la hamaca churreteada y extrajo un carrito de plástico sin ruedas y una muñeca de pringosa cabellera rubia y sin brazos. El anciano lo siguió con la vista, y el niño le ofreció la hamaca. Esta vez no quiso llegar al límite: miró la hamaca y se dejó ir.

Durmió de un tirón hasta ya entrada la tarde, cuando una voz extraña lo sacudió. Desde la hamaca pudo entrever a la mujer que hablaba con Crisálida: vestía pantalones cortos y camiseta, pero su presencia atraía aún más que su voz. Siguió quieto y con los ojos entreabiertos, atento a la plática y a los movimientos de la mujer, que de cuando en cuando sacudía su hermosa cabellera permitiendo

que el sol rotundo del ocaso la enfueguciera de reflejos; él de inmediato pensó en el corazón encendido del caobo. Oyó que preguntaba ahora sobre él y se cerró por completo. Apenas respiraba, sintiendo su cuerpo como un estorbo arrinconado, pero a la vista de todos. De chico lo descubrieron una vez unos arrieros cuando estaba haciendo sus necesidades al lado de la vereda que subía para San Miguel, y desde entonces no podía soportar que lo sorprendieran; era un consejo que un viejo cazador le había dado, y él terminó haciéndolo suyo: el que ve primero, es quien mata.

Cuando al fin se alejó la mujer hacia la casa principal, él esperó todavía unos minutos antes de hacerse notar.

—¿Descansó? —le dijo Crisálida al verle los ojos abiertos.

—Tantito —dijo con desgano—. ¿Y viven gringos en la casa de arriba?

—No son gringos. Son los dueños de la casa.

—Ah, bueno.

Crisálida siguió barriendo y él ya no quiso insistir: sabía que preguntar por lo ajeno era cosa de chismosos y argüenderas. Dijo que luego regresaba y se fue jalando de la burra por la bajada. Aunque el animal se había repuesto, distaba del brío jugueteón que le era propio antes de que le cayera la tabanada. En los ojos tenía aún el azoro que le produjera la plaga, y caminaba con desconfianza, como si temiera que de un momento a otro empezara de nuevo el zumberío de muerte. Para el anciano la realidad era otra: conforme caminaba por la vereda sombreada, los detalles de su lejana vivencia en aquel lugar le fluían sin atropellos; y sin pensarlo siquiera comenzó a hablarle a la burra suavemente, en una intimidad apenas audible: “De esto hace ya como treinta años, mi Consentida. Era yo mediero de don Chico González, junto con mi compadre Otilio, Moisés y un puño más que vinieron del cerro con mujeres e hijos. Aquí estaba la puritita vida: vacas, burros, chivas, guajolotes y gallinas, de todo, de todito había en este bajial. Que si lengüitas de perro, que si caracolitos, lapas, burgados... Aquí no había privaciones ni malpasadas, como las que pasamos en el cerro. Venados, iguanas, chachalacas, armadillos, y tantos y tantísimos animales que ni se acababan. Eso sí, gente de fuera cuidadito, pos luego lue-

go le echaban bala los tres Ases; pero si venías de mediero de don Chico no había motivo, él mandaba de un lado, los tres Ases del otro. Pescado ni se diga, y luego las tortugas, ¡ay, la bendición de un caldito de aleta asada! Pa que me entiendas, hazte a la idea que estás comiendo totomoxtle tiernito. Pura vida y no las sufrideras que ya conoces. Aunque no faltaba la gente envidiosa, como en todos lados, y ya sabes que donde hay envidia hay pleito. A mí, la mera verdá, aquellos argüendes ni me iban ni me venían, pero a la pobre de Maximina le agriaban la sangre, y ahí sí que ni modo...”.

La visión del lirio y el carrizo, que tenían invadida media laguna, le cortó el habla. El agua apenas le alcanzaba al tobillo y estaba caliente y sucia como un caldo. Soltó la cuerda y se adentró hacia lo profundo, donde vio unas manchas de lisas boqueando en la superficie. Siguió caminando y el agua era ahora más transparente y fría; de pronto un aleteo violento sacudía el fondo y él se imaginaba que la sombra que se alejaba era un pargo o un robalo como aquellos que los chamacos agarraban entonces con una varilla y una liga. Volteó un promontorio de carrizos y descubrió un manchón de zacate de casi un metro de altura. “Mero lo que le gusta a mi Consentida”, dijo, reparando al instante en que había dejado suelto el animal. Regresó a paso rápido pero ya no estaba. “¡Putita que la reparió!”, dijo al no verla por ningún lado. Si alguien le hubiera dicho unos instantes atrás que iba a perder la burra justo allí donde había pasado los mejores momentos de su vida, lo miraría con recelo supersticioso; sin embargo, ahora, preso de un escalofrío repentino, empezaba a sospechar que ya todo estaba arreglado para que así fuera, que el rescoldo del infortunio se avivaría y que el corazón se le volvería de nuevo de piedra. Corrió hacia la vereda y se detuvo a observar las huellas; no, era claro que no había pasado de regreso. Volvió otra vez a la laguna: el sol se inclinaba hacia el ocaso, pero el calor aún era intenso y el espejeo del agua castigaba la vista. Sentía que se iba vaciando poco a poco, fijo allí como árbol muerto en medio de un paisaje amenazante. El primer sudor le llegó a los ojos y se quitó el sombrero para limpiar la frente con el antebrazo. “Por ahí nomás ha de andar la desgraciada”, oyó decirse con una voz profunda y confiada que le regresó al instante la certeza

de que el animal estaba por allí paciendo a su gusto y ajeno a los tribules y malospensares que él mismo propiciaba con su recelo. Y de nuevo se echó a buscarla, y estuvo así yendo y viniendo de un lado a otro de la laguna, sintiendo cómo el desamparo se adueñaba ya de todo su ánimo y confirmándole que su temor tenía legítimo sustento. Estaba ahora inmóvil y derrotado, sudando espeso y viendo cómo el deseo de vivir, que aún traía prendido a pesar de tanta zozobra, se le iba escapando por los pies y se apagaba en la laguna. Justo a unos metros a su espalda oyó un resoplido. Volteó con rapidez y no vio nada. “Consen, Consen, Consen”, la llamó en la forma abreviada que solía usar cuando le daba maíz. Y un nuevo resoplido dio paso a los claros reclamos que él conocía tan bien. Se acercó a los frondosos árboles que circundaban la orilla y al meterse entre el ramaje encontró a la burra dándose gusto con unos carrizos. “Ah, desgraciada, como me haces sufrir”, le dijo al tiempo que la jalaba por la cuerda. Primero bañó a la burra, sin dejar de hablarle en un tono que pasó del regaño al arrumaco. Conforme la iba restregando y acariciando no pudo evitar que el deseo, dormido a últimas fechas por causa de tanto contratiempo, se le fuera agolpando; y fue así que terminó buscando un lugarcito apropiado para que las grupas del animal le quedaran a la altura conveniente. Cuando acabó, se desprendió del pantalón y la camisa y orinó sobre ellos, los enjuagó un par de veces y los tendió al sol; por último se bañó él. Después amarró a la burra en la mancha de zacate y fue a tratar de agarrar algún pescado a machetazos. Sólo pudo atrapar tres panzudos y prietos como guabinas, y luego se fue a las rocas y estuvo un buen rato hurgando en las ranuras a ver si encontraba algún marisco. Ni siquiera crías había, y esto lo llevó de nuevo a los tiempos de abundancia, cuando en una hora se llenaba un morral con lenguas de perro y lapas. Al extremar la búsqueda resbaló y, además del golpazo en las nalgas, se cortó el antebrazo derecho con las conchas de los sacabocados. Y ya no le dio más vueltas, escogió un lugar en la esquina de la playa y se recostó.

Los sueños se le vinieron en crecida, pero al despertar olvidó enseguida el desasosiego de las visiones y se ensimismó con la luna, que aún cuando no estaba plena permitía ver claramente el entorno.

Fue a desatar a la burra y regresó a la casa. Caminar por el monte era uno de sus mayores gustos, y cuanto más solitario y protegido fuese el camino, mejor, por eso es que prefería la quietud de la noche, la seguridad de que no tendría encuentros imprevistos, ni se expondría a miradas chismosas. Sin embargo, nunca había logrado dominar la oscurana total, y lo que de verdad lo embelesaba era el entramado misterioso de las sombras bajo la luz de la luna. Y así, embelesado y dichoso, se fue por la vereda hasta que el perro se le echó encima de golpe y con el espanto la Consentida dio un jalón que estuvo a punto de tirarlo. El chamaco mayor llegó corriendo y al tiempo que le daba de voces al perro le arrojó una piedra. No le pegó, pero fue suficiente para que el animal, sin dejar de ladrar, se mantuviera a distancia.

—Aquí traje unos pescaditos —dijo el anciano, y puso los tres pescados sobre la esquina de la mesa donde los dos niños pequeños y el padre estaban cenando.

—Esos no se comen —dijo el sobrino.

—¿Y quién dice?

—Esos chingados popoyotes son puro lodo.

—Asados son retesabrosos.

—Serán, pero es muy su gusto —cortó el sobrino, al tiempo que levantaba del plato un buen trozo de tasajo frito y lo ponía en medio de una tortilla. Después enrolló el taco y se lamió el pulgar—. Siéntese pa echarse un taco —le dijo, adelantando la barbilla en dirección a la silla desvencijada que estaba apoyada contra la pared de varas.

—Antes quiero tantita agua —dijo el anciano.

—¿Pa beber? —terció la mujer, que doraba la olorosa carne sobre las brasas.

—No, pa lavarme.

La mujer le pasó de inmediato una jícara con agua y le preguntó a los niños dónde habían dejado el jabón. El anciano dijo que así nomás estaba bien y se echó el agua sobre las manos. Luego miró hacia las brasas donde crepitaba la carne; aquella manera de oler ocupaba un lugar muy especial en el recuerdo de sus mejores años. Apartó la silla con extremo cuidado y la pregunta del sobrino le dejó colgada de los labios la suya.

—¿Y por qué no dejó de una vez la burra amarrada en la laguna?

—Luego bajo —masculló con la atención ya atrapada por el plato que la mujer le ponía enfrente—. Venadito es, ¿verdad? —añadió, sintiendo cómo el olor se le metía hasta los rincones más escondidos de la querencia.

—Tortuga —dijo la mujer sin darle mayor importancia.

El anciano agarró un trozo y sintió como si la lumbre viniera pegada a la carne. Sin decir palabra soltó la carne en el plato y se mojó los dedos con la punta de la lengua.

—Le compro la burra —soltó el sobrino de golpe.

—No la vendo —respondió, tratando de aparentar indiferencia.

—Es que la necesito. Me chingaron el burro a la mala, y la yegua es delicada pa la carga.

—¿Lo mataron?

—Sí.

—¿Aquel burrito prieto con el que subías pal cafetal?

—Ese mero. Me lo fregaron unos putos hijos de la chingada que atienden un restaurante en la otra playa.

—¿A poco hay gente en el Maguey?

—¿Qué no sabe?

—Y cómo he de saber si va ya pa treinta años que no venía.

—Le doy trescientos pesos —insistió el sobrino.

—La necesito —objetó el anciano, deteniendo un instante el muelleo. Aquella carne estaba dura como cuero de huarache, pero el sabor se vertía de un carrillo al otro igual que si tuviera en la boca pura pulpa de tamarindo—. ¿Y cuándo salió? —inquirió con intención de desviar el asunto de la burra.

—Ya tiene días —se adelantó la mujer.

El sobrino tomó un buen sorbo de la taza de café y luego chasqueó la lengua con gusto. “Ya acabé”, le dijo a la mujer haciendo el cuerpo para atrás hasta pegarlo al respaldo de la silla. La mirada seguía fija en la del tío, y empezó a convencerse de que no había nada qué hacer ante aquella cabrona cerrazón.

En la cabeza del anciano, playa abierta a la arribazón del deseo, una tortuga se arrastraba bajo la luna y se ponía a escarbar en la arena; instantes después el tasajo se endurecía al sol hasta quedar

convertido en un pequeño atado que él llevaba de regreso al cerro dentro de su morralito.

—¿Y siguen saliendo? —preguntó regresando al ahora.

—Está prohibido agarrarlas —dijo el sobrino tajante—. Los señores de la casa de arriba son muy delicados con eso.

—Ah, bueno.

Afuera, en el petate donde se habían recostado los niños después de terminar la cena con el padre, se oyó una chilladera. Los lloridos del más pequeño se levantaron por último con más fuerza. Desde adentro la madre preguntó qué pasaba, y fue Lupillo el que llegó diciendo que a Chedino le había picado un alacrán. La madre tomó la lámpara de pilas y salió a ver. Mientras buscaban entre la cobija, el niño entró lloriqueando y se metió entre los brazos de su padre, que le dijo repetidamente por lo bajo: “Ya pasó, ten juicio, ya pasó”. Crispín encontró al alacrán y lo agarró con destreza por la cola, justo pegado al agujón. Ufano, entró en la cabaña y separó la cola para dársela a su padre; luego dejó correr al alacrán libremente por la mesa. El padre le dio la cola al niño pequeño para que se la comiera y le ordenó al mayor que tirara esa chingadera a la lumbre. El muchacho jugueteó unos segundos antes de agarrar el alacrán y soltarlo sobre las brasas. El pataleo agónico hizo que los chamacos mayores rompieran en risotadas, y el más chico, que masticaba la cola, se les unió. Al rato, el niño dijo que tenía la lengua dormida y que se estaba mareando. La madre lo tomó en brazos y lo llevó junto con los demás hermanos al cuartito contiguo que servía de dormitorio. En cuanto los dos hombres se quedaron solos, el sobrino rompió el silencio:

—Nunca faltan chingaderas.

—Así es —secundó el tío. Luego tragó saliva y decidió ya no darle largas—. La mera verdad es que vine a pedirte ayuda.

De inmediato el sobrino se crispó, sabía que ese dinero que le iba a pedir sería motivo de problemas. Clavó la vista en la llama del quinqué de petróleo y no dijo nada.

—Ya sé quién le hizo maldá a Maximina, y es la misma persona que no va a parar hasta que me chingue a mí también —añadió el

anciano, mirando cómo la llama del quinqué dibujaba sombras sinistras en la cara del sobrino.

—¡Cómo jiede esa chingadera! —protestó de pronto el sobrino volteando hacia el fogón.

—Y por lo mismo es que vine a verte —masculló el anciano tras el silencio—. A ver si me ayudas a encontrarle el modo.

El sobrino regresó la vista al quinqué. Lamentaba ahora que el motivo no fuese de dinero, sino de muerte, con la cadena de venganzas que aquello traería. Pero no podía negarse, por algo era él el único familiar que el anciano tenía y aquel era un agravio de familia.

—¿Y quién chingados es? —preguntó aflojándose.

—Pos quien ha de ser: la viuda de Ednodio.

—¿Está seguro? —inquirió sin querer creerlo.

—Ella fue porque quiere quedarse con mi cafetal, ¿no ves que somos colindantes?

De nuevo el silencio concentró la atención de los hombres en la llama del quinqué. El anciano buscaba ahora en la mirada del sobrino una señal, un saliente donde sostener la esperanza. El sobrino continuó un buen rato con la vista fija en el aleteo de la llama. Por último, como si regresara de otro lado, anunció con un deje de preocupación:

—Va a estar de la chingada. Dicen que esa pinche vieja anda acalorada con Nazario.

—¿Será? —en la mente del anciano crecía ahora la mala fama que le atribuían a Nazario.

—Ni modo, a ver cómo chingados le hacemos —dijo como para sí mismo el sobrino, y enseguida añadió—: Al cabo que ya esta chamba me está cansando y me quiero ir pal otro lado.

—¿No pagan bien? —dijo el anciano por decir algo.

—Poco, pero pagan. La cosa es que ya quieren chingarme unos cabrones que están aserrando cedros en la reserva.

—¿A poco no se puede? —inquirió el anciano con expresión de pasmo.

El sobrino se lo quedó viendo el tiempo suficiente para comprender que no tenía caso explicarle a aquel pobre hombre que vi-

vía aislado en el cerro, todo lo que había cambiado aquello con la llegada del turismo. Se levantó del asiento y le preguntó si traía cobija. El anciano asintió, y el sobrino le dijo que podía dormir sobre un petate o en la hamaca.

—En la playa, voy a dormir en la playa —dijo con la idea ya fija en la cabeza.

Todavía estuvo sentado unos minutos más, terminando de rumiar las últimas hebras de tasajo. Después se levantó y apagó el quinqué. Al salir oyó la voz del sobrino desde el cuartito:

—Si llega a salir una tortuga, procure no dejar rastro. Las tripas tírelas al mar y el caparacho métalo en el monte. Bueno, pa que le digo, usted ya sabe cómo chingados hacerle.

Iba adelante, jalando de la burra por la vereda, con el machete en la otra mano y la cobija al hombro. Las sombras de las ramas, que la luna proyectaba sobre la tierra, lo reencontraban con lo más entrañable de su querencia.

Se sentía ligero y agradecido, al fin la vida parecía cambiarle la salazón y empezaba a creer que con esta venida acabaría de una vez el sabor del infortunio.

Al llegar a la playa notó que el estruendo del oleaje estaba arreciando. Amarró la burra en el lindero del matorral y se fue hacia la orilla. La reventazón de las olas levantaba sobre la playa un vapor oloroso que respiró a pleno pulmón, mientras alargaba la vista hacia ambos lados hasta donde permitía la claridad de la luna. Dejó la cobija en la arena y se fue en un caminar gozoso con la atención puesta en distinguir cualquier bulto que pudiera subir desde la orilla. En poco menos de una hora recorrió la playa de ida y vuelta. Luego hizo un lecho con las manos y se cubrió con la cobija.

Lo despertó la violencia de un sueño: estaba pescando en las rocas y de pronto veía venir una ola grande como una montaña que iba a cubrirlo todo. Quería correr para ponerse a salvo, pero por más esfuerzo que hacía no lograba moverse del lugar. Y entonces venía la ola y lo tragaba como si fuera la lengua gigantesca de una iguana. Sentía la cabeza fría y húmeda, y al sacar la mano comprobó que la cobija estaba mojada. Se incorporó y vio que la luna estaba

ya bastante avanzada sobre el poniente. Calculó que pasaría de la medianoche. Caminó unos pasos para desentumirse y entonces, con la atención aún embotada por el sueño, creyó ver una mancha a media playa. Luego de observar por un instante el lento desplazamiento de la mancha, ya no tuvo dudas. Como animal brioso al que le sueltan de pronto el amarre, el corazón comenzó a brincarle en el pecho. Se sentía a un tiempo temeroso y espoleado: le angustiaba el descontrol primerizo, pero esa sensación de aventura, ese deseo de atrapar al animal, hacía muchos años que no los vivía. Agarró el machete y se acercó cauteloso. Era una tortuga caguama, de alrededor de cuarenta kilos, y escarbaba ahora con las aletas ajena al anciano que la observaba acuclillado a un par de metros de distancia. No tenía más que voltearla y arrastrarla luego hacia los matorrales; o mejor iba a buscar la burra y jalaba a la tortuga de una aleta con la reata. Como fuera ya no había urgencia. La tortuga salió del hoyo y dio unos aletazos hasta medio taparlo; luego movió la cabeza hacia ambos lados y continuó subiendo por la playa. Con la calma del felino que acecha a su presa, el anciano siguió tras ella. Unos diez metros después, la tortuga se detuvo a escarbar otro hoyo. Y él siguió acechando: estaba tan a gusto que se tomaría todo el tiempo que fuese necesario. En cuclillas estuvo viendo cómo el animal escarbaba y escarbaba, hasta que su cuerpo quedó quieto en el fondo del hoyo. Y de pronto comprendió que si no intervenía, la tortuga tapparía enseguida los huevos. Se levantó decidido, pero lo que vio lo impactó como si se tratara de una aparición ultraterrena: una enorme mancha subía por la playa a unos treinta metros de donde estaba.

Había oído hablar que pesaban más de doscientos kilos, e incluso recordaba haber visto las grandísimas aletas puestas a asar sobre las brasas en alguna de las cabañas donde treinta años atrás vivían los medieros. Pero eso se perdía en la brumazón del recuerdo, y ahora la tortuga de altura, imponente a la luz de la luna, estaba ahí ante él y al alcance de la mano; justo la señal que necesitaba para convencerse ya sin reparo de que su vida estaba cambiando por completo... El primer alto de la tortuga fue el aviso de que tenía que actuar; pero ¿cómo? Él solo jamás podría voltear aquella mole,

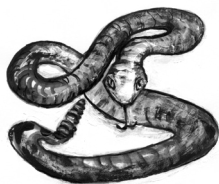
de manera que no le quedaba más que salir corriendo a despertar al sobrino. Llegó a la carrera a los linderos del matorral y, sin darse tiempo para controlar el fuelleo, gritó tres veces el nombre del sobrino. De inmediato se le amargó la saliva: gritar así en medio de la noche era una pendejada de chamaco. No tenía más remedio que subir. Respiró a fondo varias veces para darle sobriedad al arranque, y en eso reparó en los reclamos de la burra. Fue como uno de esos relámpagos que iluminaban todo el cerro en medio de una negrura de muerte. Desamarró con decisión la cuerda y jaló del animal a paso rápido. Con la premura, casi se topa con la tortuga chica, que escarbaba más arriba otro hoyo. La burra se ariscó al llegarle la chuquilla e hizo con los belfos unos sonidos de rechazo. “Ah, pinche Consentida, como serás retempeje”, la regañó, dándole fuertes tirones a la cuerda.

La tortuga de altura estaba escarbando otro nido, apenas unos metros más arriba de donde la había dejado. Sólo ahora, en la urgencia de la decisión, se dio cuenta de que la burra no traía fuste, por lo que tendría que dar el jalón amarrada del pescuezo. Ni modo: se acercó a la tortuga por atrás y, con la rapidez con que en sus años mozos le echaba amarre de la pata a un marrano, apresó una de las enormes aletas traseras. Al sentir el apriete, la tortuga dio unos violentos aletazos y salió del nido en dirección a las olas. “¡Órale, mi Consentida, jálale recio parriba!” le gritó a la burra, al tiempo que él mismo tiraba de la cuerda. Por un momento, ante la sorpresa del jalón, la tortuga dejó de avanzar. Con las patas clavadas en la arena la burra tampoco avanzaba. “¡Recio, cabrona, y te doy una lata de maíz!” la incentivaba, ayudándole en el tirón con todas las ganas. La tortuga, como si las voces que daba el anciano fuesen dirigidas a ella, comenzó a aletear playa abajo arrasando a la burra que, con las patas abriendo surcos en reversa, dejó escapar estruendosa pedorrera. “¡Órale, hija de tu chingada madre, menos pedos y a jalar!” gritó golpeándole con la mano las ancas. Cada vez las olas estallaban más cerca. Por último, en el límite de la desesperación, el anciano fue corriendo a recoger el machete que había dejado cerca del primer hoyo. La claridad de la luna le permitió ver, al regresar jadeando, cómo la burra, vencida

por el ímpetu descomunal de la tortuga, iba soltando de bajada un rosario de cagadas. Ya ni tiempo tuvo para maldecirla: corrió hacia el frente de la tortuga, justo en el inicio de la rompiente, y le soltó un sólido machetazo en la cabeza. Por la premura, el golpe fue ligeramente hacia atrás y abrió un tajo entre la cabeza y el pescuezo. En vez de frenarla, el golpe pareció urgirle la marcha. El segundo golpe se lo dio con todo su resto, hundiéndole el corte del machete hasta la mitad del cráneo. Al querer levantarlo comprobó alarmado que la hoja estaba aprisionada entre el hueso. Trabó con fuerza las mandíbulas para potenciar el impulso y sintió cómo un diente, de los pocos que le quedaban en la encía superior, se le botó de raíz. Lo escupió junto con la sangre y el chorro de maldiciones, y siguió aferrado al machete hasta que el agua le llegó arriba de las rodillas. Con la próxima ola la frialdad del mar le alcanzó a la burra el bajo vientre y, como si supiera ya la inevitabilidad del desenlace, dejó escapar un rebuzno que se ahogó entre el estruendo de la rompiente. En el extremo de la desesperación, el anciano chapoteó sobre el agua para alcanzar el pescuezo de la burra y soltarle el amarre. Como garras clavó los dedos en el nudo, negándose a reconocer que ya no había remedio. Y así, aferrado al pescuezo de la burra, no dejó de porfiar en el desate, hasta que de pronto el jalón de la cuerda le arrancó a la burra del abrazo.

III

LAS MUJERES DE SEDALIO



Estaba almorzando unos roncadores fritos al mojo de ajo, con la piel dorada y crujiente como a él le gustaban. Crisálida, revoltijo de malhumores, le servía parejo mientras el comal y el fogón escupían ráfagas de lumbre: por cada dos tortillas humeantes que ponía sobre una servilleta abierta en un lado de la mesa, dejaba un pescado en el plato. El niño más chico agarraba los pescados conforme la madre los iba sirviendo, chupándose de inmediato los dedos para enfriar la quemada. La madre gruñía por lo bajo la actitud del niño que, sabiéndose consentido por el padre, celebraba los reclamos palmeándose con satisfacción la barriga. Nicéforo lo dejó hacer sus monerías un buen rato, mientras tomaba los pescados que el niño dejaba en el empiezo y los acompañaba con sopeadas de tortilla en una salsa costeña con la que ni el chamaco ni las moscas se atrevían. Esa salsa —chiles serranos, jitomate y ajo asados y molidos en el molcajete— era su pasión, y cuando había pesca la salsa era obligada. El niño siguió picoteando los pescados, hasta que la voz del padre le marcó el alto: “¡Con juicio, chamaco!”. Al instante el niño se quedó quieto y silencioso, y la madre aprovechó para inclinar la tensión a su favor: “Vara es lo que quiere”. Por un momento no se oyó más que el crepitar de la fritanga y el sorbeo de Nicéforo que, al excederse con la salsa, terminó resoplando de picor. “¡Su madre!”, dijo apurando un vaso de limonada. Crisálida rió y el niño, olvidándose del regaño, comenzó a dar grititos burlo-nes cada vez más fuertes. A Nicéforo pareció no importarle el escándalo y le preguntó a Crisálida cuántos chiles le había puesto a aquel

infierno. Antes de que la mujer respondiera, él levantó las palmas de las manos con urgencia convocando al silencio. El niño siguió con sus gorjeos unos instantes hasta que los ladridos del Duque lo hicieron callar.

—A la iguana vienen —masculló Crisálida sabiendo lo que aquello significaba para su hombre.

—Esos chamacos qué chingados harán —dijo Nicéforo resintiéndolo la pulla.

—Los chamacos no tienen nada qué ver —alegó la mujer en defensa de los dos hijos que habían ido a cargar agua.

Nicéforo no dijo nada, atento a los ladridos que se acercaban por la laguna. El Duque agarró carrera y se fue por la bajada ladrando. Aquello no tenía explicación fácil: o eran varios hijos de la chingada que sacaban valor del número o era el loco de... El acercamiento atropellado de unos pasos le cortó el especule. Vio a través de la pared de varas lo que tanto temía.

—¿Ya oyeron esa jauría? —soltó la patrona de golpe. Tenía, sin perder la distinción y sensualidad que Nicéforo tanto admiraba, una expresión encorajada que no presagiaba más que problemas.

—Sí, estoy oyendo —contestó, sintiendo cómo el picor se le prendía ahora en el estómago.

—¡Es el colmo, aquí a la puerta de la casa! —protestó la mujer al oír los ladridos cada vez más cerca.

—Ha de ser Sedalio —dijo Nicéforo por lo bajo.

—¡Vaya, qué bonito! Pues dígame que los animales de la selva no son alimento para sus perros —concluyó la mujer, y al instante se alejó hacia la casa grande.

Ya no pudo seguir comiendo: apartó el plato hacia un lado y volvió a ponerse los huaraches que se había quitado bajo la mesa restregando un pie contra el otro. Le pidió a su mujer el machete y al levantarse dejó escapar entre dientes una maldición. Crisálida aprovechó la ocasión para respingar contra ese trabajo chismero que sólo traía puras amenazas y regaños. Nicéforo salió encorajado y escupió con fuerza: “¡Ya me tienen todos hasta la madre!”. Después tomó la vereda y a media bajada encontró a los niños arreando con desgana al burro viejo que recién le habían comprado a tío Tiburcio.

—¡Apúrense con esa agua, hijos de la chingada! —les dijo en un tono golpeado que hizo que los chamacos se hicieran a un lado. Lupillo alegó que el burro no quería caminar y Nicéforo, sin detener la marcha, le soltó al animal un tremendo palmazo con el machete sobre las ancas. El burro ya no quiso esperar el siguiente golpe: corrió brioso vereda arriba con las cuatro garrafas de agua brincándole sobre los costillares.

El Duque, con la cola levantada y el pelamen erizado, gruñía cerrándole el paso a los dos perros que encabezaban la jauría; los tres restantes lengüeteaban en el suelo el agua que el hombre había derramado al sacar del pozo una cubeta para llenar el bule.

—¡Mero a buscarte venía! —le dijo a Nicéforo en cuanto lo vio.

Como si la voz del hombre fuese una señal, los dos perros se arrojaron sobre el Duque, que se defendió tirando violentas tarascadas antes de poner distancia de por medio.

—¡Perros hijos de la chingada! —gritó el hombre.

—Puros problemas —masculló Nicéforo poniéndose frente a la boca del pozo.

—Pos cuáles. Comen a según encuentren y a mí siempre me sirven —dijo el hombre señalando con la barbilla un tejón que estaba tirado a un lado junto con un rifle.

—A mí no me paran de chingar por tu culpa...

—¿FONATUR, dices? —interpeló el otro con ironía.

—Los señores de arriba.

—¿A poco el monte es de ellos?

—Ni de ellos ni tuyo, pero ellos lo cuidan.

—Puras chingaderas. Total y a ti qué...

—A mí me pagan y cumplo.

—Pos qué bueno.

—Y por eso te aviso: deshazte de una vez de tanto chingado perro.

—¿Y quién chingados me da de comer entonces?

—Trabaja, como todos.

—Ya déjate de chingaderas... Y qué, ¿echamos una arreada?

—No hay modo de hacerte entender...

—Órale, que ya tengo vistos los pasaderos.

—Hoy no puedo.

—Ándale, que luego regresamos.

—Otro día será, cuando no estén los señores.

—Les dices que eran iguaneros que bajaron del cerro.

Nicéforo se quedó en silencio viendo cómo un perro le lamía al tejón el pescuezo ensangrentado.

—¿Qué, vamos? —insistió el otro.

—Deja que abunden los animales, chingados.

—¿Pa qué? ¿Pa que los coman otros?

—Pa que algún día los conozcan tus hijos y los hijos de tus hijos...

—A esos hijos de la chingada el monte les vale madre.

—Te digo que vas a tener problemas si sigues con los perros...

—insistió Nicéforo al oír ladrar a uno de los perros entre la huamilera.

—¡Ven, Seguidor; toma, ven! —llamó el hombre y el perro regresó de inmediato—. ¡Vamos, chingados! —añadió, agarrando con una mano el rifle y con la otra el tejón por la cola.

—Otro día.

—¿Cuándo, pues?

—Yo te aviso.

—Bueno pues, nos estamos mirando —dijo el otro encaminándose. Dio unos chiflidos y enseguida se le juntaron los perros. Ya que había caminado unos diez pasos oyó la voz de Nicéforo:

—Lo que te digo de los perros va en serio.

—A mí me la pelan —respondió carcajeándose.

—Yo nomás cumplo con decírtelo.

—Sí hombre. ¿Y cuándo bajas al pueblo?

—A ver si esta semana.

—Órale pues. Así quedamos.

De subida iba pensando en la ida al “otro lado”. El cerco se cerraba cada vez más y esa ya no era vida, no la vida que ahora le perfilaban los pensamientos. A las amenazas de los aserradores clandestinos, en acuerdo con las corruptelas del comisariado de bienes comunales de Samahua, se le aunaban los reclamos de los señores de la casa grande, que bien sabían que un solo hombre no podía vigilar las diez mil hectáreas de selva. ¿Por qué chingados FONATUR no contrataba a otros tres vigilantes? Y por si no fuera suficiente,

ahí estaba el modo cada vez más respondón de Crisálida, que por cualquier cosa se le ponía al brinco... El arranque de los ladridos allá abajo en las inmediaciones de la laguna, terminó por requemarle el sabor de boca.

—¿Quién era? —le preguntó Crisálida a través de las varas de la cocina.

—Sedalio —dijo al tiempo que se iba a fondear en la hamaca, tapándose la cabeza con una cobija.

Hacía apenas unos años —aunque muchos para una cabeza sin memoria— que la vida le había mostrado el lado oscuro y sufridor. Y de ese tiempo sin alma en que sólo los perros no le rehuían, le había quedado el gusto por la campeada y la aversión al trabajo. Borracho y flojo, como queriéndolo y no, llegó al punto en que ya no existía el mañana, y cuando Chela, su primera mujer, lo encontró tirado en la vereda sancochado en sus propias inmundicias, agarró las pocas pertenencias que aún le quedaban y se largó junto con los cinco hijos. Él todavía quiso avivar el rescoldo —más no querer estar solo que otra cosa—, pero cuando se enteró que su mujer vivía ya con otro hombre en una ranchería de Samahua, cambió el machete por veinte pesos y con los mismos compró el último litro de alcohol de caña que habría de tomarse.

Nunca supo cómo llegó al basural que estaba a la entrada de la vereda que iba para la playa de Maguey. Allí amaneció medio muerto por la cruda, y allí —juguete del mosquerío que bailoteaba entre pescados podridos, desperdicios de restaurantes y cascajo— decidió que terminaría de morir. Tres días estuvo así tirado, no queriendo ni pudiendo, rodeado por los perros que no dejaban a nadie acercarse. Hasta que Genaro tuvo noticia del hecho y fue a buscarlo. Lo sacó cargándolo, lo lavó con cloro y detergente, y dos días después lo llevó con una curandera muy nombrada de Xadani: voluntad reblandecida, eso y la carcoma de la Sota de Copas dentro de un vaso con mezcál y guaco trabajado.

Cuando regresó ya era otro. Tomó un trabajo de velador en una obra y se negó por completo al trago. Poco a poco, encuevado cuando no enmontado para evitar el gasto, fue juntando unos aho-

rritos, y un día decidió reparar la cabaña con miras a juntarse con una muchachona llamada Gela, y que venía a la obra a vender tacos arrastrando con ella a dos engendros. Se decía que los niños y la madre tenían el mismo padre, pero a ella estos comentarios, incluyendo las provocaciones de los albañiles, parecían no importarles: lo único que no toleraba era que le echasen mano a las nalgas, que evidenciaban en tamaño y sabrosura de movimientos un cercano piquete de negro. Y fue justo el día en que correteó a varillazos a un media cuchara pochutleco que la palmeó donde no debía, que Sedalio, al acecho de la ocasión, le propuso unir sus vidas.

Terminada la obra, a Sedalio lo despidieron y entonces decidió que con sus ahorros y el dinero que ganaba Gela vendiendo tacos, era más que suficiente para sobrellevar lo que le quedaba de vida. Y así se la pasó dos años, recuperando cuerpo y amistades, en un dejarse ir despreocupado sobre los lomos de la fortuna: Gela estaba agradecida de haber encontrado un hogar y un padre para sus hijos —que eran ya tres y otro que venía en camino—, y a Sedalio el modo hacendoso y consentidor de su nueva mujer le hacía creer que lo que quedaba atrás ya no se repetiría. Del monte a la hamaca iba su gusto, comiendo según le pedía la ocasión todo cuanto Gela le cocinaba solícita. Al contrario de su primera mujer, que renegaba de la cacería por considerar que era ese vicio junto con el alcohol lo que lo hacía flojo y atenido, Gela le incentivaba la campeada, pues de las iguanas, chachalacas, armadillos y venados que Sedalio le traía, ella hacía tamales que le daban merecida nombradía entre la clientela. La mujer se pasaba gran parte del día fuera, recorriendo con el bamboleo de su cuerpo desbordado las obras donde realizaba su venta. Sin embargo, a Sedalio esto no le importaba: como buen costeño, sabía que teniendo a Gela todo el tiempo embarazada ningún otro hombre la acosaría.

Una vida a todo dar sin carencias, ni disputas, ni reclamos... Y de pronto, como el murmullo de los temblores que llegaban de mar adentro, una mañana en que estaba amodorrado en la hamaca, oyó el ruido de una camioneta y enseguida el arranque de la perrada. Los niños, que jugaban alborozados afuera de la cabaña, entraron corriendo y le dijeron que lo buscaban. Era Chela con los

cinco chamacos, otro chiquito en brazos y con la panza abultada. Le dijo fríamente: “Ya llegué”, y comenzó a darle órdenes al chofer para que bajara todo lo que traía y lo metiera en la cabaña. Sedalio permaneció en silencio viendo cómo frente a él se amontonaban los cachivaches. Cuando por fin concluyó la descarga y partió la camioneta, decidió que ya no debía darle más largas.

—¿Y esos chamacos? —dijo Chela de pronto señalando a los niños que se colgaban asustados de la hamaca.

—Ésta ya no es tu casa —le soltó Sedalio.

—¿Y a ónde chingados quieres que vaya con todos los chamacos y el otro que estoy esperando?

—Ya tienes otro hombre...

—Tenía —le cortó tajante—. Antier se lo chingaron.

—Ése no es asunto mío.

—Mío tampoco, ya está enterrado —rezongó la mujer con firmeza. En sus movimientos y respuestas se veía que venía dispuesta a todo: al fin que aquella era su casa, juntos habían escogido el lugar y juntos la habían levantado, aunque ahora estuviera remozada.

—De una vez te digo que ya vivo con otra mujer —dijo él cortante.

—Sí, ya me dijeron.

—Y estoy muy a gusto con ella.

—Sí, luego se ve.

—Pos ya sabes...

—Lo que sé es que, te guste o no, vengo a quedarme. Así que más vale que te levantes de una vez y me ayudes.

—Bien sabes que ya no tienes ningún derecho: tú fuiste la que me dejaste.

—Y yo soy la que ahora regresa, ¿no me ves?

—Mira, Chela, que vas a tener problemas...

—Pos a ver de a cómo nos toca —dijo la mujer buscándole ya acomodo a sus cosas.

La primera reacción de Gela fue cauta: venía cansada y sudorosa y se limitó a reojar de pasada el cuadro silencioso que llenaba la estancia. Sus hijos corrieron de inmediato a su regazo, pero ella los apartó con un seco “Háganse pallá que vengo cansada”. Después, como siempre hacía, tomó la jícara y la llenó de agua. Bebió

un buen trago —la mirada escapando por el borde para confirmar sospechas— y enseguida se remojó cuello y cara. Acabando miró a Sedalio, que pendejeaba en la hamaca amarrando y desamarrando una hilacha, luego encontró la vista de la otra mujer, sentada junto con sus vástagos alrededor de la única mesa que estaba al centro de la cabaña. Casi la doblaba en edad, pensó mientras entraba en el rincón donde dos sábanas colgadas delimitaban un camastro a manera de recámara. Dejó el dinero en la caja de zapatos que servía de alcancía y salió ya dispuesta a todo.

—¿Y qué, de visita? —inquirió pasando la mirada del hombre a la mujer.

—Estoy en mi casa y vengo a quedarme —dijo Chela con fuerza.

—Ya le dije que no se puede —terció Sedalio.

—Vengo a quedarme, no a pedir permiso —añadió Chela, dándole el lado a Gela para enfrentar a Sedalio. Se sentía capaz de todo y venía dispuesta a todo, aunque un hormigueo incómodo la alertaba contra la apariencia de esa mujer más joven y fuerte que no transparentaba inquietud alguna.

Gela miró por un instante a Sedalio, y éste sintió cómo el enganche del compromiso le jaloneaba todo el cuerpo. Cuando Gela se metió en el rincón, él dejó que el silencio terminara de asentar los ánimos, y al cabo masculló en dirección a Chela: “Ni modo, ya mañana veremos ónde te acomodas”.

Miradas como filos de machetes, sin palabras de por medio; atropellos entre los chamacos, y de mujer a mujer una guerra de silencios sin dar la cara. Y el hombre sin poder, o tal vez no queriendo, dejó que los roces chispearan, aunque eso sí: siempre del lado de Gela, que ahora ni lo pelaba. Chela, rodeada de su prole, dormía en medio de la cabaña sobre un petate; Gela con la suya en el camastro del rincón, y él en la hamaca. Procuraba pasar la mayor parte del tiempo enmontado con sus perros, y de regreso a casa era Chela la que ahora se esforzaba: avivaba de inmediato la lumbrera para hacerle las tortillas al momento y no recalentadas, y daba órdenes al chamaco mayor, ya en sus trece años, para que alistara las iguanas, armadillos o lo que su padre trajera. Gela seguía en su mundo, cocinando a sus horas sólo para la venta y para los suyos,

con el coraje atravesado como espina al ver cómo poco a poco, y ante el desafío de Sedalio, la intrusa le iba amargando el sabor a su vida. No había de otra: o chingaba o la chingaban. Y chingar es lo que había hecho Chela hasta ahora, recurriendo a sus maldades pero sin sobrepasarse, para que los achaques tomaran su tiempo y el miedo decidiera la lucha.

Por un agua de tamarindo, preparada con arte infernal, los hijos de Gela comenzaron a vaciarse. Como consecuencia hubo separación drástica de niños en sus juegos y comidas. Sin embargo, como Gela estaba fuera todas las mañanas, a Chela no le fue difícil seguir con sus mañas. Hasta que un día, al buscar Gela bajo el camastro una moneda que se le había caído, descubrió un pequeño atado con pelos y una muda de víbora, y ya no quiso esperar otra señal: fue hacia el fogón, donde Chela le estaba haciendo de comer a Sedalio, y de un sólo golpe en la cara la tumbó como fardo. Poco le importaron los gritos de los niños: pateó y repateó el cuerpo inerme de Chela hasta que Sedalio la pudo tomar de sorpresa por atrás con ambos brazos; la llevó con firmeza al rincón, aguantando la vaciada de insultos, amenazas y patadas, y la sentó sobre la cama para calmarla. La llegada de los dos niños, que se abalanzaron lloriqueando sobre su madre aún a riesgo del rechazo, pareció aliviarle el arrebato. Una vez que la vio abrazada a sus hijos, Sedalio salió del rincón y fue hacia el petate donde Ricarda, con apenas once años cumplidos, atendía entre sollozos a su madre. La había arrastrado hasta allí con la ayuda de Cornelio, su hermano mayor, que ahora, y sin saber qué hacer, miraba de pie el reguero de sangre que había dejado el arrastre.

Ninguna cosa odiaba más en la vida Sedalio que ser objeto de escarnio. Los chismes le ponían el alma en brama y ese era el principal motivo de que sintiera hacia la gente un rechazo visceral, pues estaba seguro de que de los demás sólo podían venir problemas. Así que dejó que la niña se hiciera cargo de todo y se limitó a echarle a los perros el feto que Chela había arrojado por la golpiza. Las fiebres del segundo día pusieron a la enferma a delirar. Sedalio se fue al monte con la perrada y dejó a Gela con el problema. Al llegar de hacer su venta, la habladera quejumbrosa de la enferma y los llori-

queos de las criaturas terminaron moviéndole el ánimo. Fue a la farmacia a buscar penicilina y ella misma la inyectó. Chela estaba para el arrastre: tenía el lado derecho de la cara hinchado y tumefacto, y el olor que desprendía su cuerpo era ya el de un cadáver. “Mejor márame de una vez”, le dijo cuando Gela comenzó a desvestirla para lavarla. Gela no dijo nada, pero sintió que el rencor se le ablandaba. Con ayuda de Ricarda le buscó ropa limpia y la vistió, y después mandó traer media gallina para hacerle un caldo con la misma entrega con que antes lo hacía para Sedalio.

La duda de rigor; sin embargo, sabía que lo que tenía que pasar ya había pasado. Como enferma, Chela era a todo dar, pero ¿y después, cuando ya se hubiera recobrado? Faltaba un paso más, la mano tendida de la concordia y el entendimiento, y Chela la tendió en cuanto pudo caminar: “Manita, si me haces lugar te ayudo con la casa y el negocio”, le dijo sin dobleces. Gela se la quedó viendo de arriba abajo y Chela insistió: “Ándale, verás que no te arrepientes”. “A según diga Sedalio”, dijo Gela evasiva. “Él sólo va a decir lo que digamos las dos”, concluyó Chela convencida.

El acuerdo ni siquiera llegó a plantearse. Sedalio aceptó sin comentarios el nuevo trato hermanante entre las mujeres, procurando no inmiscuirse en los argüendes de aquellas por las tardes, mientras trajinaban en la cocina o cosían ropa para los chamacos. Gela seguía durmiendo en la cama del rincón, Chela en el petate en el centro de la cabaña y él en la hamaca; ambas le servían la comida y lo trataban con esmero. Todo y nada: las tenía a las dos y no podía dormir con ninguna. Con Gela ni para qué buscarle: estaba preñada de tres meses, y mujer preñada, arisca como venada. Y con Chela, aunque ya estaba repuesta, no sabía ni cómo hacer: la intimidación que crecía entre las mujeres lo sacaba de la jugada. Y empezó a crecerle el reconcomio cuando supo, por boca de Ricarda, que en el baño de todas las noches atrás de la cabaña, Chela enjabonaba hasta tres veces a la preñada. Y así siguió, más hosco cada día, esquivando los encuentros con los cuates, que ya chismeaban el enredo, y refugiándose en el monte con los perros desde la salida del sol hasta la puesta.

Un día encontró a Nicéforo en el arroyo de Cacalutilla y estuvieron un buen rato platicando. El modo acomedido y sobrio de ese

hombre aún más desuertado que él y la manera cómo le refería sus desventuras de vigilante solitario, le removieron el enredijo de los pesares y terminó contándole sus cuitas. “Chíngatelas por separado y verás que luego se componen”, le dijo Nicéforo convencido, y él se quedó pensativo mascando la ramita seca de carrizo con la que había estado hurgando entre los dientes. Esa misma noche, después de un baño reponedor, esperó la oscuridad para bajar de la hamaca y meterse en el petate con Chela. La mujer alegó por lo bajo la presencia de los niños, pero él ya no entendió razones: le levantó el camión que usaba para dormir y, como no usaba pantaleta, la abrazó por atrás y la trabó con su miembro envarado. Chela soltó un gritito e intentó separarse, pero él la apretó con más ganas y comenzó a moverse rítmicamente haciendo que ella se aflojara con las oleadas de calor que le llegaban desde los bajos. Al día siguiente ni él ni las mujeres hicieron el menor comentario, y desde esa fecha quedó establecida la rutina que todos los que lo conocían terminarían envidiando: cada año preñaba a una de las mujeres, y mientras una estaba embarazada, se acostaba con la otra.

Apenas unos centímetros arriba del metro setenta, bien armado de espaldas y de piernas recias y arqueadas, Sedalio aceptó con gusto la macicez que le dio a su cuerpo la nueva vida. Con la expropiación de toda la zona con fines turísticos, los comuneros fueron obligados a cambiarse a una nueva urbanización a varios kilómetros de donde antes vivían; de manera que la casa de Sedalio, que no quiso cambiarse, era ahora el refugio obligado para todos los que seguían entrando a la selva en busca de animales para la venta: allí guardaban sus armas y allí aliñaban los animales que, ya kileados, Gela vendía. Las mujeres de todo se encargaban, y ante el aumento de la concurrencia acordaron abrir una cantina.

El dinero comenzó pronto a llenar las dos cajas que las mujeres tenían. Sedalio ni se preocupaba: para qué reclamar su parte si no necesitaba nada. No faltaba quién venía a pedirle prestado, pero él evitaba enseguida el compromiso diciendo que fueran con las mujeres, que ellas sí tenían. Y a las mujeres ni el propio diablo podía embaucarlas. Pronto cada una abrió su cuenta bancaria, y Gela, más colmillona y

ladina a fuerza de las salidas, abrió también una cuenta maestra, con chequera y todo. Así que: la pura vida, durara lo que durara.

Nicéforo, cada vez más presionado, trataba de hacerle entender a Sedalio que ya era tiempo de pararle a la matazón de animales, pues estaban sobre él para apresarlo. “A mí me la pelan”, decía ensoberbecido entre su jauría. Y Nicéforo porfiaba: “Esa ralea con la que ahora te juntas te va a traer desgracias”. Pero Sedalio dejaba que el aire se llevara las palabras. El último gesto de Nicéforo, previéndolo por la noche de un cateo que iban a hacerle al día siguiente temprano, evitó que lo agarraran con todas las armas que escondía. Cuando llegó el comandante Benito con su gente, él dormitaba en la hamaca y Chela molía el nixtamal con parsimonia. Hubo palabras fuertes y amenazas, pero al no encontrar cargo —ni siquiera los perros que el chamaco mayor había llevado al monte— los policías no pudieron hacer nada.

Y fue entonces que lo mandaron llamar de FONATUR. Reblandecido tras casi una hora de espera en unas oficinas donde la gente entraba y salía sin parar, Sedalio escuchó en silencio la arenga del director de desarrollo de la comunidad —un ingeniero joven y prepotente convencido de que algún día llegaría a ser secretario de Estado:

—Mire, lo que sabemos de sus actividades ilícitas es más que suficiente para meterlo preso. Sin embargo, y sólo por esta ocasión, que conste, vamos a hacernos de la vista gorda y le daremos dos semanas para que pueda mudarse—. Sin dar tiempo siquiera a que Sedalio abriera la boca, le puso un mapa enfrente y continuó en tono menos golpeado: —Aquí, en este lote ubicado junto con los demás comuneros, le vamos a levantar su cabaña con los mismos materiales que ahora tiene. Así que me va a firmar el convenio y todo queda arreglado...

—Yo no sé firmar —mintió Sedalio buscando una salida.

—No importa, lo hace con su huella digital —dijo el funcionario extrayendo un grueso legajo de un cajón.

—La mera verdá es que no puedo —susurró Sedalio arrastrando la mirada por el piso.

—¿Cómo que no puede? Entiéndalo bien: esta vez ya no va a tener excusas, o se sale por las buenas o por las malas.

—Es que, cómo le diré... Bueno, es que vivo con dos mujeres.

—Sí, eso ya lo sabemos, y si lo meten preso por ello no es asunto nuestro.

—No hay nada de malo en vivir con dos mujeres.

—No, claro que no, ¡y cuántos quisieran! Pero la ley sostiene otra cosa.

—La ley pa lo único que sirve es pa chingar al jodido —rezongó ya medio enojado.

—Mire —volvió al tono golpeado el funcionario—, ya le dije que ese no es asunto de nuestra incumbencia. Ande, firme o ponga su huella aquí para acabar de una vez, que tengo otros asuntos más urgentes que atender.

—A mí se me hace lo justo que a cada mujer le den su casa.

—¿Cómo dice? —respingó el funcionario.

—Es que ya es mucha la chamacada y en una sola casa no cabemos.

—¡Pues para qué demonios tienen tantos hijos!

—Dios los da.

—Bueno, ya firme de una vez —insistió el funcionario señalándole un lugar entre un listado de nombres con la firma al lado.

—Es que, cómo le digo, si no me dan dos casas juntas no firmo.

—Ah, así que no quiere firmar, ¿eh?

—No es que no quiera...

—Se va a arrepentir, ya lo verá.

Entre ires y venires transcurrieron casi dos meses. Sedalio necio en lo suyo y con el respaldo de un lidercillo corrupto del PRD, que promovía invasiones de miserables y delincuentes llegados de Chiapas y Guerrero a cambio del voto y del apoyo en bloqueos de carreteras; FONATUR presionando y con amenazas. Hasta que se llegó a un acuerdo a medio camino entre ambos intereses: se le darían dos lotes juntos pero con una sola casita de material.

Y con el cambio se acabó la cacería. Los perros, alejándose del cemento y de los autos, dieron al cabo con el basurero y allí se quedaron a pelear por su lugar. Los cazadores, que ya habían recogido sus armas, dejaron de frecuentarlo; y la vida fácil y próspera de repente se acabó: gas, luz, agua, todo costaba... Y Chela, que veía que

los ingresos de la venta de tacos apenas alcanzaban para los gastos de los chamacos, propuso que rentaran la casa y se fueran a vivir a la colonia de los invasores del PRD.

Violaciones, robos, broncas por el menor motivo; basura toda, en cantidad y variedad, y en el aire, como relámpagos presagiosos, las amenazas de desalojo violento por parte de FONATUR y del gobierno del estado. Pero allí, según Chela, todo sería como antes.

Imitación costeña de los peores arrabales urbanos, la colonia de invasores era un mosaico de escoria humana expulsada de todos lados: indígenas chiapanecos, negros guerrerenses, mestizos veracruzanos, allí había al menos cien familias y, no obstante ser la mayoría simpatizante del PRD, cada quién jalaba para su santo. La zona habitada ocupaba poco más de dos hectáreas, pero la depredación bestial se extendía por todo el corazón de la reserva selvática, que por sus características era considerada por los expertos como única en el mundo. Quejas, todas las imaginables: de ecologistas, hoteleros, prestadores de servicios turísticos y agencias de viajes... La solución estaba en manos del gobernador del estado, que decía que sí a todo, pero no cuándo.

Y justo en la periferia del manchón de chabolas fue donde el lidercillo corrupto y su grupo de rufianes le marcaron el lote. Sedalio mismo cortó y acarrió la madera del monte, y con ayuda de las mujeres y los chamacos más grandes levantó la cabaña y la remató con techo de láminas de cartón enchapopotado. Al mediodía aquello era un verdadero infierno: el olor del chapopote se mezclaba con el de las cagadas de los chamacos atrás de la cabaña, y Chela, que era la que siempre estaba sobre el fogón y el comal, renegaba ahora por cualquier motivo. Sedalio en lo suyo: hamaqueando el tiempo hasta la llegada de las quincenas, que era cuando cobraba la renta de la casa a un mecánico istmeño.

El lote del lado izquierdo estaba todavía baldío, pero en el de la derecha vivía una pareja joven con dos hijos. La mujer, con cuerpo de uva aunque favorecida de rostro, no abría la boca para nada, y cuando se quedaba sola con los niños atrancaba la puerta y no respondía a nadie. Pero el hombre era metiche y encimoso como perro de cocina: de todo creía saber y de todo opinaba, estando

además convencido de que su paso por la colonia obedecía a un mandato divino. En las fincas cafetaleras se había hecho testigo de Jehová, y desde entonces no dejaba escapar oportunidad de corregir rumbos y apagar vicios. Por las mañanas desaparecía temprano a su trabajo de jardinero en un hotelito. De regreso por las tardes empezaba su gira de choza en choza, dando consejos no solicitados y hablando maravillas de su secta. Gela lo soportaba con indiferencia, pero Chela le fue hostil desde el principio: no fumar, ni beber, ni robar, toda esa prédica estaba muy bien; meterse en la vida privada de cada quien, era ya otra cosa. Y el día que Rogaciano se atrevió a calificar de pecado el hecho de que un hombre viviera con dos mujeres, las desgracias se le vinieron encima como desborde huracanero.

Chela tenía sobre una mesa un altar a San Judas Tadeo, y allí, junto con las veladoras de rigor, acomodaba los objetos para sus maleficios. En el fondo no quería que el daño fuese mayor, tan sólo la sacudida necesaria para que el miedo abriese el camino; sin embargo, Rogaciano tomó la sombra del infortunio como una prueba de Jehová y aguantó con tal entereza el aborto violentísimo de Simplonia, su mujer, la quemazón de parte de su cabaña, las enfermedades sin término de los niños y las majaderías y agresiones de que Simplonia era objeto cuando se quedaba sola, que Chela no tuvo más remedio que endurecer su propósito.

En la otra cabaña colindante con la de Rogaciano, llegó a vivir un clan de negros de Marquelia cargado de niños. Constaba de una pareja cuarenteña, su hija mayor de veinte y su hombre, un tiburero de mirada turbia y huidiza que, cuando no andaba pescando, gustaba retozar en la hamaca con el cuarto de mezcal al lado. Sedalio había oído que escaparon de Guerrero por causa de un pleito donde un hombre había muerto con la varilla de acero de un arpón clavada en el vientre. La mamá y la hija mayor estaban preñadas de meses, y ahora al parecer lo estaba también la hija que le seguía, con apenas trece años cumplidos, así que la prole de cabecitas rizosas alcanzaba casi la docena. Las habladorías decían que en aquella casa todos dormían amontonados en el piso, y Chela, más interesada en el chisme que en la verdad, ya no dudó de la

jugada: en cuanto llegó Rogaciano de trabajar le espoleó el ánimo. Y, tan ingenuo como pendejo, allá fue el predicador a remover los rencores.

La primera vez lo dejaron hablar: las tres preñadas componiendo una cimbra tiburonería y el hombre más joven bebiendo en su hama-ca. Rogaciano entró con su sonrisa ladina y tras presentarse empezó a discursar allí parado en medio de la estancia, sin importarle que nadie le dijera ni sí ni no. Los negritos, acechando desde la puerta, comenzaron a darse de codazos y patadas por ver y oír, y sólo la mujer mayor levantaba de cuando en cuando la mirada para darse cuenta de que aquel hombre seguiría allí hasta que las profecías túbidas que anunciaba se cumplieran. Y de pronto la voz rasposa del negro sonó como un disparo: “Pura pendejía”. Las risotadas de los chamacos callaron a Rogaciano, que buscó con la mirada un punto para lanzar el amarre. “¡Qué mandibulonas!”, dijo acercándose a la pared de varas para tocar el borde filoso de los dientes. “Son de tiburón, ¿verdá?”, insistió sin que nadie le hiciera caso. Todavía demoró otros diez minutos retomando el sermoneo: ante la ley del Señor no había negros ni blancos, ni pobres ni ricos, ni fuertes ni débiles, sólo justos y pecadores; los justos tenían que tender la mano a los pecadores, señalarles el ca... Uno de los negritos le arrojó desde la puerta una de las pantaletas que Simplonia tenía a secar, junto con otras prendas, en su tendido tras la cabaña. Le pegó en la cabeza y cayó al suelo. Sin apagar la sonrisa, Rogaciano la recogió y la estrujó en el puño. La negra mayor escupió un “Ya verá hijo de la chingá”, y todos los negritos desaparecieron de golpe. Rogaciano ya no supo qué hacer. Reculó hacia la puerta y dijo que otro día regresaba. Las mujeres ni sí ni no, sólo desde la hamaca escapó un gruñido y ense-guida una mentada de madre.

Chela supo todo de labios del propio Rogaciano, y se lo regresó a Liboria, la negra mayor, que era con la que más se llevaba, corregido y aumentado. Cuando los dos negros se enteraron del chisme, se encendieron como ébano en brasas: el mayor dijo que de una vez había que chingarle en su casa, pero el otro, más entendido en violencias, dijo que no, que mejor había que agarrarlo en casa ajena para alegar el robo como motivo.

A los pocos días de que todos supieran en la colonia que las tres negras estaban preñadas del mismo hombre, Bernabé, el negro más joven, encontró el momento que había estado esperando para el desagravio. Sola tras la salida de Rogaciano al trabajo, Simplonia abrió la puerta para que la niña mayor llevara a su hermanita a hacer del baño tras la casa. Dejó la puerta entreabierta y continuó repasando la masa en el molino de mano. Vio que la puerta se abría de golpe y que Bernabé se le acercaba confiado. Se puso rígida al instante y aferró el mango del molino como si con el crispamiento se sintiera más protegida. Miedo lo tenía todo, pero jamás se le hubiera ocurrido que pudiera suceder así, tan a la brava: el golpe, con el puño cerrado, la sacudió de espaldas contra la pared de varas, cayó repantigada en el rincón y, entre la luz que se le iba y la zumbadera en la cabeza, no pudo evitar que el negro la pasara y repasara con su verga de diablo, hasta dejarla blanda y jugosa como molienda de metate. Las dos criaturas, que lo vieron todo lloriqueando desde la puerta, se hicieron a un lado para que el diablo saliera y enseguida se fueron a arrojar sobre el cuerpo inerte de la madre.

Estaban todos reunidos: Hermelindo, el negro mayor, acababa de regresar del restaurante donde trabajaba limpiando pescado, y Bernabé terminaba de acomodar el morral para salir al tiburón toda la noche. Adelante, junto con el cabo, venía Rogaciano más azuleado de temor que de coraje. Señaló a Bernabé, que enseguida fue sujetado por dos de los cuatro policías que acompañaban al cabo. El negro se resistió y hubo un momento de desconcierto entre jalones y amenazas; pero cuando las negras oyeron la acusación, aquello se convirtió en un negrísimo desmadre: que no, que cómo iba a ser, que Bernabé se había pasado el día durmiendo, que los golpes eran cosa de ese loco blablasero que a diario le pegaba, que si lo querían llevar tendrían que acarrear con todos... y allá se fueron a la delegación las tres negras, escandaleando el paso de los policías que llevaban a Bernabé apresado.

Rogaciano se encerró con candado por dentro, atento a las presencias que se acercaban a fisgonear a través de la pared de varas. Estaba tenso como cuerda próxima a reventar, y en su silencio buscaba con desesperación la ayuda del Todopoderoso para salir de tan mal

trance. En el camastro, Simplonia se quejaba cada vez que cambiaba de lado. Espoleado por el temor, el hombre se pasó toda la noche en vela, posponiendo el reclamo de sus necesidades hasta la madrugada, en que la tripa ya no aguantó y tuvo que salir de la cabaña. Escuchó con atención pegado a la puerta desde adentro, y al no oír ruido de pisadas abrió el candado y salió con sigilo. Se fue detrás de la cabaña y bajó el calzoncillo, pues pantalones no llevaba. El primer leñazo le cortó de golpe el alivio; se embrocó hacia un lado y ya no sintió el castigo que caía sobre él como maldición bíblica. Cuando lo supo bien quebrado, Bernabé lo jaló hacia los matorrales y lo montó perramente, desprendiéndole de un mordisco en la vena medio lóbulo de la oreja derecha. Luego le restregó el miembro contra la cara y le dijo muy pagado: “Pa que no digas que a ti no te tocó, hijoeputa”.

Ni siquiera habían pasado dos semanas de la huida de Rogaciano con su familia, cuando llegó a habitar la cabaña una tribu de cuachundos, numerosa como la de los negros, pero menos gritona. Eran una anciana y dos hombres jóvenes con sus mujeres y una partida de ocho chamacos, algunos ya entre los doce y los quince años. Chela y Gela los vieron llegar y movieron la cabeza maliciando el porte de los nuevos vecinos.

A partir del pleito con Rogaciano, Sedalio y Bernabé habían intimado al grado de adquirir ya el compromiso de compadrazgo. Con el pretexto, el negro incitó a Sedalio a llegarle al mezcal, y ahora los dos solían juntarse para beber y salir por la noche a la pesca. Bebían en casa de Sedalio, cada quien en su respectiva hamaca, y Chela no desaprovechaba ocasión para reojarse con el negro. Sedalio o no lo notaba o no le importaba, la única que no veía bien aquella movida era Gela.

Y bebiendo fue como les llegó el vislumbre de la nueva tribu. La anciana, vestida a lo serrano con huipil y enagua, se plantó en la puerta con morral en mano y gritó: “¡Mezcal, traigo mezcal!”. Enseguida metió la mano en el morral y extrajo una anforita roja de plástico. Gela no estaba, y a Chela le agrió el humor el modo confianzudo de la anciana. “No, abuela. Gracias”, dijo cortante. Pero

la anciana nada, como si no oyera, con la mirada prendida en los hombres y meneando el ánfora con garbo de vendedora sobrada.

—¿A cómo lo da usted? —preguntó Bernabé por si acaso.

—¿Y a cómo se lo dan? —reviró la anciana.

—A cinco el cuarto —dijo el negro, acortándose con malicia.

—Pos a cinco se lo doy.

—A ver, traiga pacá —Bernabé se sentó en la hamaca y tomó la prueba que la anciana le ofreció, con pulso aún brioso para su edad, en la tapa del ánfora. Lo olió y lo empinó luego de un trago, comprobando complacido cómo se le dormía la punta de la lengua y enseguida las encías. Carraspeó en dirección a Sedalio, que lo observaba sin interés, y volvió a encarar a la anciana:

—Ta'ogao.

—¿Aguado? —dijo la anciana frunciendo el ceño.

—Bien que sabe su negocio, seño —dijo el negro entregándole la tapa. La anciana comenzó a rezongar y Bernabé le cambió la intención—. ¿Y de ónde mero lo trae, tía Juana?

—Me llamo Hilaria —respingó la anciana.

—¿De ónde pues?

—De Miahuatlán viene.

—¿Y cuántos litros son?

—Tres.

—Entonces le doy cincuenta.

La anciana se tomó su tiempo para buscar concierto entre las nieblas de su cabeza. Con los ojos cerrados estuvo bisbiseando sus cuentas hasta que soltó de pronto un tajante “No me conviene, salgo perdiendo”.

—¡Vaya que salió brava pa las cuentas, tía Chonita! —profirió el negro, escupiendo en el suelo el regusto amoniacal dejado por el trago que acababa de dar a la botellita que Sedalio le había pasado—. ¡Puragua de letrina! —masculló tras otro escupitajo.

—¿Lo va a querer o me voy? —dijo la anciana ya molesta.

—Pérese tantito, tía Chenchá.

—¡Hilaria, le dije! —protestó la anciana haciendo ademán de regresar el ánfora al morral.

—Tía Hilaria quise decir, pero no se me encorajine pues.

—¿Me da los sesenta o no?

—Bueno, tá bien. Déme otra probadita y seguimos platicando sin prisa.

—Si lo va a querer, pos de una vez me lo paga —alegó la anciana ya armada de desconfianza.

—¡Chingao que nomá quiero ve la calidá! —respingó el negro exagerando el enojo. Después le pidió a Chela la caja de cerillos y esperó a que la anciana se le acercara de nuevo con la tapita llena de mezcal. Esta vez el pulso le temblequeaba.

—Mire nomás, nosotros bebemos y a usted le da la cruda —dijo Bernabé guaseando. Tomó la tapa de manos de la anciana y derramó el líquido en el suelo de tierra apisonada. Le arrimó luego un cerillo prendido y la llama azulada comenzó a bailotear caprichosamente.

—Le digo que es del mero bueno —dijo la anciana crecida por la demostración.

Todavía Bernabé sopló varias veces sobre la mancha de fuego tratando de apagarla, pero la llama azul se fue consumiendo poco a poco, como si se autoengullera en un lengüeteo deleitoso que el negro siguió observando hasta que la fascinación le movió el ánimo.

—Se lo compro pues —dijo al cabo. Enseguida encaró a Sedalio y le pidió prestado el dinero, que después se lo pagaba. Sedalio buscó con la mirada a Chela, y la mujer, evidenciando el desgano, entró en el cuartucho a rebuscar en su guardado. Mientras, Bernabé siguió espoleando a la anciana, ya más suelta por la venta.

—¿Y pa qué son buenos sus dos hombres?

—Son mis hijos, Abel y Ruperto.

—Sí, ¿y de que l'acen?

—Macheteros son —dijo con orgullo la anciana.

—¿Macheteros? ¿Qué es eso?

—Que desmontan, limpian rastrojo, cortan leña, a todo le hacen...

Pero no sólo hacían eso sino que, cuando no los venían a contratar, se metían al monte con sus dos perros lombricientos —por comer toda la mierda de la casa— y regresaban cargados de iguanas. Sedalio oía los comentarios de Chela con un removedero de envidia

y rencor que lo hundía aún más en la bebedera. Todas las tardes, al caer el sol, los dos cuachundos salían al frente de su cabaña a sacarle filo a los machetes y al hacha, y lo hacían con tal entrega y oficio que fruncía el ánimo a quien los viera. No eran altos ni macizos, pero en la firmeza y rotundez con que partían los leños se conocía que estaban hechos de pura fibra. Al contrario de la anciana, que andaba ya por toda la colonia con su ánfora y su plástica, los dos hombres y sus mujeres ni siquiera saludaban a los vecinos. A las negras ni les importaba: sabían que, de tanto vivir enmontada, la gente del cerro rehuye dar la cara. Sin embargo, Chela comenzó a maquinarse sus chismes y pronto los recién llegados sintieron que la agresividad de los vecinos los cercaba. Una cubeta de plástico, un plato, una taza, cualquier cosa que los cuachundos dejaran fuera desaparecía de inmediato, pero ellos ni protestaban ni parecían darse por enterados. Y ante el silencio, Chela afianzó la maña.

La guerra, no declarada entre los adultos, tomó enseguida cauce entre los chamacos, y los gritos de Chela de un lado y de Liboria del otro relampagueaban a cada rato sobre los agarrones de la chamacada. El hijo mayor de Sedalio, ya de catorce, y el mayor de los negritos, de dieciséis, se daban gusto con los tirapiedras en cuanto veían a los dos perros famélicos a la sombra. Buscaban con precisión encanijada la cabeza y tensaban los hules al máximo. Al sentir el piedrazo, los perros salían aullando y entonces estallaba el griterío.

Aguijoneada por la labia de un vendedor de pollitas ponedoras que recorría la colonia en una camioneta, Chela convenció a Gela de criar gallinas a medias. Gela compró cincuenta y Chela hizo el compromiso de criarlas. El plumaje era de un empedrado entre gris y amarillo, y la vivacidad de los animalitos y la tersura de la pelusilla que los cubría les daban un atractivo especial que todos en la casa celebraban. Todos menos Sedalio, que el primer día apachurró a dos al levantarse de la hamaca.

A las dos semanas el gris comenzó a desaparecer, al mismo tiempo que una crestita roja anunciaba con claridad el sexo de los polluelos. De los cincuenta habían sobrevivido treinta: veintinueve ga-

llos y una gallina. Chela puso en la mira de su encono al vendedor, que por supuesto nunca más regresó, pero Gela vio que el negocio tomaba otro rumbo y convenció a Chela de venderlos en tamales. Y así se fueron yendo los gallos, hasta que al final acordaron dejar los dos mejores para la gallina.

Los serranos ni se sentían. Los chamacos evitaban ahora los roces con los niños vecinos, y los dos hombres afilaban sus fierros al anochecer dentro de la cabaña. Cercados por la malasangre de Chela y Liboria, los serranos parecían haberse resignado al avasalle y aceptaban las ofensas sin siquiera respingar. Del mar al mezcal, Bernabé y Sedalio ni sabían ni les importaba. Oían por un instante el rezongar de las mujeres y escupían en el piso para marcar el alto: cambio obligado de tema.

Y de repente todo se vino en avalancha. Los perros, espoleados por la hambruna, de un solo entre se chingaron los dos gallos. Chela levantó fuego en el infierno y fue en persona a reclamar la paga. Ante la ausencia de los hombres y el silencio huidizo de las dos mujeres, la anciana encaró las amenazas negando todo con un terco movimiento de cabeza que terminó de desquiciar a Chela. Los gritos habían convocado a las negras y Chela, al verlas, ya no lo dudó un instante: de un sólo empujón tiró a la anciana al suelo y se fue sobre las dos mujeres a manotazos. Los gritos de los niños atrajeron a Sedalio y Bernabé, que evitaron el zafarrancho. Todavía estuvo Chela como mar en rebalse un buen rato, hasta que finalmente Bernabé la convenció de ir con la policía a dar parte.

Entre síes y noes, el comandante Benito, famoso en todo el rumbo por sus decisiones salomónicas, acordó que la cosa quedara tal como ya estaba: ni los serranos pagarían los gallos, ni Chela las curaciones de la anciana, que al parecer se había roto algo. Las amenazas de Chela tronaron como balazos, y sólo el comandante con un: “¡Cuidadito con seguirle, porque entonces las meto en el bote!”, evitó un nuevo agarre.

Esa misma tarde, en el silencio pasmoso de la primera oscuridad, apenas roto por el chis chas de los machetes al ir y venir sobre la piedra, los aullidos de uno de los perros reventaron tras la cabaña de Sedalio y anduvieron de aquí para allá enmontados por más de diez

minutos, hasta que se enmatorralaron con un lloriqueo esporádico. Chela, aún con la olla humeante en las manos, terminó sumándose al regocijo de la chamacada. Ni Bernabé ni Sedalio estaban. En la cabaña de los serranos, los dos hombres trabaron con rencor las mandíbulas al tiempo que sus manos se crispaban sobre las empuñaduras de los machetes. Esa noche les fue imposible calmar el ardor de la sangre. Los dos silenciosos y con los ojos abiertos a la oscuridad como tecolotes justicieros, los dos removiendo el mismo rencor en el fondo del abismo, sin hablarse ni mirarse, los dos siendo uno al momento de alistarse con la primera claridad y echarse al monte con el único perro que les quedaba.

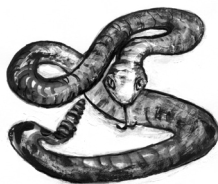
El otro perro reapareció a media mañana con el cuerpo pelado por la escaldada. Más muerto que vivo, llegó tambaleándose hasta la puerta de la cabaña de los serranos y se dejó caer para ya no levantarse. El mayor de los chamacos, que sentía por los perros especial estima, se acuclilló a su lado y estuvo hablándole por lo bajo. Poco a poco dejó de oír las voces de su madre y de su tía, que lo llamaban desde adentro, y sintió cómo todo en torno a él se cubría de un intenso rojor. Se incorporó de golpe y salió a paso rápido hacia la vereda que estaba justo atrás de la cabaña.

Tres días tardaron en regresar los dos hombres y el muchacho. Estaba ya la noche metida y la falta de luna hacía que la negrura fuera espesa como petróleo. Al verlos, las mujeres quisieron empezar con sus lamentos, pero ellos las cortaron diciéndoles que alistarán todo en silencio, que en una hora partían.

Bernabé y Sedalio, cada quien con su atún agarrado de la cola. Como siempre, Bernabé cargaba la manguera de la gasolina mientras que Sedalio traía colgado el morral con las cuerdas de pesca. Primero el revoloteo, como moscas en pudridero, y enseguida el azulear de los policías a la entrada de su cabaña. Sedalio sintió que se le acalabraba el alma. Vio a Liboria correr hacia ellos gritando y manoteando: “¡Las mujeres, los niños, toilitos macheteaos!”. Y la vista se le fue de golpe hacia el negror insondable que dejaba entrever la puerta abierta de la cabaña de los serranos.

IV

EL CANDIDATO



“Claro que quiero, me encanta repartir billetes”, dicen que dijo cuando le ofrecieron la candidatura. Inconvenientes los había y muchos: su negocio de licores, después de ser uno de los más prósperos de Samahua, estaba prácticamente en quiebra; un pequeño grupo de inversionistas lo papaloteaba desvergonzadamente, y él ni siquiera lo negaba; era borracho reconocido y orgulloso de serlo; las putas eran su pasión; y, por si todo esto no bastara, sus títulos oficiales no iban más allá del certificado de primaria. Además era chaparro y barrigón, y cuando hablaba —borbotones de sentires desquiciados— él mismo era el primero en celebrar sus embarradas. Pero tenía a su favor dos puntos que terminaron poniéndolo en la mira del partido: llevaba años siendo el alma del patronato que estaba construyendo la nueva iglesia, y su abuelo permanecía en la memoria del pueblo como uno de los presidentes municipales más sobresalientes en toda la historia de Samahua. No había ranchería en el municipio donde la sola mención de su abuelo paterno no ocasionase simpatía entre los más ancianos. Los belitres que movían los hilos de la campaña vieron de inmediato que por allí iba la cosa y comenzaron a aderezar —prensa y radio con embute prodiguo— una imagen del legendario personaje acorde con los nuevos tiempos. El candidato, que nunca había tenido más héroes patrios que Benito Juárez y Porfirio Díaz, no afirmó ni negó, pero en el fondo le quedó un regusto contrarioso, que fue creciendo a medida que lo que se decía públicamente de su abuelo discordaba notoriamente con lo que su padre le había contado. Dos o tres veces, en el arrastre de la bebedera, les señaló el abuso a los

asesores. Entre risas y palmoteos le dijeron que si esa imagen pedía el pueblo, esa había que darle. Sin embargo, no lograron convencerlo: tarde o temprano se sabría que su abuelo fue llamado “el Justo” por su modo peculiar de administrar justicia, y no, como los asesores sostenían, por ser un hombre honesto y bondadoso.

Así que, para evitar más desbarres, buscó al hombre que mejor había conocido a su abuelo —el no menos legendario doctor Jarquín— y le pidió que se sumara con él a la campaña. En una sola tarde el anciano lo puso al tanto del asunto, separando fábula de historia.

La idea del tribunal de justicia no era original del abuelo. La trajo consigo de Juquila la primera vez que, siendo síndico, peregrinó al afamado santuario. Desde entonces fue adaptando los procederés al modo bronco de la costa, con la mira puesta en la presidencia municipal. Cuando al fin su natural brios y echado para adelante le condujo al puesto, lo primero que hizo fue proclamar al tribunal de justicia como máxima institución de la comunidad. A partir de ese momento, la ley en Samahua ya no la dictaban amistades ni compadrazgos, sino el supremo tribunal. Se autonombró presidente del tribunal y colocó junto a él al secretario de bienes comunales, a dos síndicos y a su propio secretario, y al fondo de la sala, para evitar subidas de tono, dispuso una guardia de cuatro hombres armados.

“La ley para que funcione ha de ser acerada y tajante como el filo de un machete”. Con esta máxima, de inspiración propia, puesta en la cabecera del tribunal, estableció un código legal que, en menos de un año de haber entrado en vigencia, obró el milagro de darle por fin a Samahua un gobierno de paz y orden. Por supuesto que hubo protestas e intentos de desacato; incluso sobrevivió, con un balazo en el muslo izquierdo, a una emboscada que le tendieron en Coyula. Pero lejos de aflojar y achicarse, su voluntad de mando se templó, y después de dos ejecuciones amañadas para escarmiento, ya nadie se atrevió siquiera a respingar. Desde entonces y durante los casi veinte años que duró su poder, Samahua fue famosa porque ninguno de los acusados que se sometían al tribunal se autoconsideraba inocente.

Leyes sencillas y al alcance de todos: el que sorprendía a otro robando su siembra o su ganado, tenía el derecho de ajusticiarlo allí mismo, pasando además —y sin el menor reparo por parte de los

deudos— a ser propietario de los bienes que tuviera el ladrón; todo extraño que llegaba al pueblo debía presentarse de inmediato a las autoridades para aducir motivos e intenciones, y de no hacerlo en doce horas era molido a palos y arrojado en los límites del municipio; las mujeres culpables de adulterio eran encarceladas durante un mes, y en ese tiempo se las obligaba a ejercer allí mismo en el calabozo la prostitucion, pasando todo lo recaudado a las arcas del municipio; cualquier ofensa a la autoridad se penaba con trabajos municipales, y si había sangre de por medio podía incluso ameritar la pena de muerte, que se ejecutaba en las afueras de Samahua de un balazo sorpresivo en la nuca mientras el reo repetía una y otra vez: “El respeto al derecho ajeno es la paz”... Desde el instante mismo en que el acusado entraba en el tribunal, sabía que su única opción era poner su corazón en manos del Justo.

En cuestión de demandas, el proceder exigía que el demandante presentase el “respeto” al tribunal en forma de una botella de mezcal —legítimo miahuatleco y sin adulterar—, pues de no ser así, su caso era fallado en contra de antemano por ofender gravemente al jurado. El demandante entraba en la sala donde oficiaba diariamente el tribunal y encaraba al presidente: “Por favor, acepte usted este respeto que le traigo y hágame el honor de repartir justicia”. El presidente tomaba la botella y mandaba pedir un vaso. Una vez lleno se lo pasaba al demandante y le decía: “Hágame el favor de quitar el veneno de esta demanda”. Después cada miembro del jurado tomaba su trago de mezcal hasta que la botella quedaba vacía. Y ya que estaban todos bien templados comenzaba la querella.

A pesar de ser una de las medidas más criticadas de su “forma personal de gobernar”, la presentación de respeto, lejos de ser motivo de ofensas o agresiones, terminó adquiriendo un cariz sagrado que los querellantes consideraban ya inseparable de la correcta impartición de justicia. Cierto que el mezcal enardecía, pero también aflojaba la lengua y permitía ver los corazones al desnudo. Sólo una vez, en la larga existencia del tribunal, se había enturbiado la presentación de respeto. Una mujer llegó con su marido acusándolo de haberla golpeado. El vaso de mezcal que bebió al presentar el respeto se le subió enseguida a la cabeza, de manera que cuando oyó la multa que se le

fijó a su hombre, arremetió contra el tribunal alegando que la sentencia era injusta, y que su marido no era en realidad culpable ya que la había golpeado en plena borrachera. El Justo, queriendo cortar de raíz el precedente, mandó enchiquerar a la mujer y autorizó a todos los miembros del tribunal a que se dieran gusto con ella, por turno y sin sobrepasarse, hasta que se le bajara el ardor y viniera avergonzada a presentar el desagravio de su ofensa. Santo remedio: a partir de entonces las mujeres dejaron de acudir al tribunal con chingaderas.

Ni oposición ni disidencia, ya que ni partidos políticos había. El tribunal de justicia era el templo del pueblo, y el Justo, el supremo patriarca. Los problemas de tierras pasaron a ser cosas del pasado: el que por causa no justificada dejaba de sembrar su parcela, inmediatamente perdía su derecho sobre ella y el tribunal la cedía a un mediero; en los litigios por colindancias la razón estaba siempre de parte del que podía demostrar más antigüedad en la posesión —fuera con papeles o por voz de los ancianos que recordaban las colindancias—, y el que perdía el litigio quedaba comprometido a sembrar el terreno en cuestión y dividir la cosecha en tres tantos: uno para el tribunal, otro para el legítimo poseedor del terreno, y otro para él, para que tuviera lo mínimo con qué alimentarse.

Ningún otro municipio de la costa oaxaqueña logró la prosperidad que alcanzó Samahua en tiempos del Justo. Cada animal vendido, cada fanega de maíz, frijol o café pagaba su impuesto correspondiente. No obstante, los ingresos más sólidos del municipio provenían sin duda de las sanciones del tribunal. Como fuera, el Justo tenía siempre a mano el saco milagroso de los recursos: que hacía falta mano de obra o que no alcanzaba la partida destinada para acabar la escuela secundaria o el pequeño museo arqueológico —dos de los más sonados logros de su administración—, entonces el Justo expedía una ordenanza que obligaba a todas las cantinas a vender de fiado durante un día. Al anoecer, cuando ya la gritadera y los pleitos desbordaban por las calles, la policía, con garrote pródigo, iba levantando a los borrachitos hasta llenar el calabozo. El que tenía dinero pagaba la multa —el equivalente a tres días de salario mínimo— y salía; el que no, estaba obligado a trabajar tres días para el municipio.

Dinero hizo mucho, y con la misma facilidad que lo ganó lo gastó: no había enfermo o anciano al que no socorriera; y su casa a la hora del almuerzo parecía una feria. Primero comía él, apoltronado en su sillón de caoba y a la cabecera de la enorme mesa de granadillo donde se acumulaban las viandas. Todos observaban en silencio, y sólo él, entre bocados, dictaba sus ocurrencias; terminando él, empezaba la rebatiña. No faltaron chismes acusándolo de ladrón y mujeriego, pero las obras que dejó, y el renombre que su modo natural de administrar justicia dio a Samahua, hicieron que en la memoria del pueblo —que en política es la única que cuenta— el gobierno del Justo quedara como referencia obligada.

Pero ahora eran otros los tiempos. La urgencia atropellada del presente obligaba a cambiar de mira a cada instante, y ya no se podía aislar al próspero municipio de las turbulencias que aquejaban a la política nacional. La oposición —que la había y fuerte— estaba aprovechando el destape amañado para avivar rencores en las filas officiosas, logrando ya que gran parte de los sectores campesino, educativo y del transporte se unieran a las movilizaciones de protesta contra la imposición del candidato.

Acordaron entonces, los que movían al títere, hacer barbacoa de chivo allí donde el candidato llegaba a prometer —que si luz, que si agua, cancha o capilla, a todo asentía—, y la concurrencia se multiplicó de golpe. Enmarinado en su propio sudor, al centro del tumulto, el candidato devoraba con apremio la horneada, al tiempo que correspondía con gesto corralero a las miradas cargadas de malicia. Pronto, con el primer burbujeo de los mezcales, afloraban los enconos y el candidato veía que no iba a ser tan fácil emular al Justo: vivas a la oposición, mentadas de madre, injurias contra el partido; las llegadas lentas y expectantes, las salidas puro grito y a la carrera. Ya en la Suburban, propiedad de uno de los pilluelos, enfriados los apuros con el aire acondicionado, el candidato repetía el consabido fraseo:

—¿Cómo la vieron? Bien, ¿no?

Silencio, los ceños contrariados, las miradas adelante como bocas abiertas ante el temor de un tronco atravesado o un cristalazo. Y de soslayo el carraspeo del doctor Jarquín.

—¿Cómo la ve, mi doc?

El anciano volvió a carraspear un par de veces, tan sólo para ser fiel a la secuencia:

—La mera verdá quién sabe. Son otros los tiempos...

—Vamos a ganar —dijo entre dientes Fidel Quemado, inversionista de medio pelo, famoso en la comunidad por su avorazamiento y por ser un perdedor porfiado.

—Ustedes ya saben, a mandar. A mi sólo déjenme presidir...

—Y saludar —añadió Quemado con su típica mala leche.

—Sí, claro. Y también inaugurar —dijo el candidato al tiempo que rompía con risotadas la ridiculez del momento.

Pueblo Viejo, Paseo Limón, Las Muelles, El Rinconcito... Crecía el escándalo y el candidato no daba un paso atrás: “Creemos, y estamos firmemente convencidos de ello, que una oposición moderada es sana para todos, por eso es que nosotros decimos sí a las quejas, sí a los reclamos, sí a las denuncias, para que indistintamente todos sepamos cómo va la cosa, quién puede cumplir y quién no, por eso es que estamos atentos a sus sentires, porque es su voto el que nos interesa, no el de otro, que ni viene al caso mencionar. Estamos aquí porque todos somos netos y legítimos hijos de Samahua, con ustedes y para ustedes es que quiero gobernar, los demás no los quiero ni me interesan, esos se los regalo a la oposición que buena falta le hacen. Por eso es que estamos aquí compartiendo con ustedes nuestra campaña, porque vamos a ganar. ¡Arriba Samahua!”.

Esa vez, tras el bochorno, los del comité descubrieron que más de la mitad de los asistentes eran de la oposición. Los gritos de “¡Fuera el PRI!” y “¡Chingue su madre el candidato!”, sólo cesaron cuando el vidrio trasero de la camioneta estalló obligando a los seis ocupantes a tirarse al piso. El chofer aceleró a fondo y en la huida no pudo esquivar la mancha que se le vino encima. Tras el madrazo, el bulto quedó tirado entre la polvareda.

—¿Qué pasó? —gritó el candidato apenas asomando la cabeza.

—Un borracho golpeó la camioneta —dijo el chofer reojando por el espejo.

—Ah, bueno.

Dos días después, la imagen del campesino apareció en la portada de un periódico local. Estaba recostado en una cama del centro de salud, la cara abotagada y la mirada turbia por la cruda, pero con el deje de orgullo que da el ser notoriedad. Al pie de la foto, la aclaración necesaria: “Maximino Santiago, campesino atropellado por el candidato del PRI al salir huyendo de Xuchil”.

Mal que bien lograron los manipuladores calmar la hablantina: los embutes —generosos y oportunos— permitieron que la comunidad supiera a través de la prensa —siempre veraz e incorruptible—, que todo el escándalo del campesino era un amaño de la oposición para perjudicar al candidato oficial, que sin duda tenía ya de su parte la preferencia del electorado. Y entonces —regañones de mirada— le dijeron al candidato que ya no más barbacoas, puro refresco y agua de estación. Pero él que no, que aquella costumbre le diera el mando a su abuelo y también se lo daría a él. Y ellos que no, que la oposición estaba infiltrada y que sumaba los puntos a su favor. Y él que ni madres, que en todo consentía menos en eso... Fue necesaria una visita más para que comprendiera que los modos de su abuelo ya no estaban acordes con los nuevos tiempos.

Ahora le tocó a Coyula. Llegó como de otro mundo, en medio de una tempestad de polvo y fuego. Venía precavido y tenso. El Arenal y Coyula eran las dos agencias más broncas y altivas de todo Samahua; la oposición había enraizado allí con fuerza y revoloteaban rumores de conflicto. Traía séquito sobrado —cinco judiciales incluidos— pero ni el aire acondicionado de la Suburban, ni los chistes léperos de Antulio Salinas, líder del partido oficial en Samahua, lograban detenerle el histérico bailoteo de las piernas contra el piso de la camioneta, mientras con la vista, temiendo lo peor, trataba de atravesar la polvareda. Al montarse el vehículo sobre el pavimento de la cancha de básquet, el candidato aflojó la tiesura. A través de los vidrios polarizados, los sombrerudos comenzaron a formar espeso montón.

—¡Vaya, aquí sí parece que hay gente de razón! —exclamó Fidel Quemado al ver la comitiva.

—Se los dije: yo sé manejar a mi gente —añadió engallado Antulio Salinas.

Lo primero que el candidato sintió al salir fue el vaho de mil bocas inflamadas que lo calcinaba todo en torno a él. Un hedor ácido, juntura del requemor de todas las mierdas, lo obligó a escupir hacia un costado. Buscó luego entre la bola al agente y hacia él se dirigió. Estaban en el centro de la cancha, sin un solo árbol ni una sombra que pudiera detener el foganazo del sol. En procura de una imagen abierta y frontal, había decidido dejar los lentes oscuros en la camioneta y ahora, mientras caminaba como sonámbulo en aquel infierno, renegaba para sus adentros por la manera tan fácil en que se le encimaban las pendejadas. El achicamiento de los párpados y la costumbre ladina de descolgar la mirada evitando el enfrentamiento, hicieron que las sombras de los primeros hombres parecieran tener vida propia. Los brazos más cercanos aspearon y él extendió la mano abierta al frente, buscando el apretón con ganas. Fue apenas un instante, pero él recordaría esa secuencia —desde la entrada misma a la cancha hasta el momento del agarre— como uno de los sucesos más largos e intensos de su vida.

—¡Bienvenido a mi tierra, señor candidato! —le dijo con fuerza el agente municipal.

Lo sospechó en cuanto sintió la tibieza pastosa y la persistencia con que Marciano Lavariega, el agente, le aferraba la mano en un sacudón sin término. No supo cómo reaccionar; al ver la escurridéz verdosa, comenzó a tironear de la mano hasta que la zafó, y sin decir palabra regresó a paso rápido a la camioneta. Atrás lo de siempre: gritadera y chingadas de madre. Ni siquiera golpes por la huida rajosa. Y él, cerrado al revoloteo de las reñiduras, limpiándose la mano con toallitas de papel y oliendo, una y otra vez, para arrancar de la piel el tufor tan característico de la mierda de chivo. Fue el principio del fin de su candidatura, y fue también el final de su babosear intemperante por las barbacoas.

Justo por esos días, por si faltase el acabón para confirmarle que la desgracia cuando llega viene en juntura, revoloteó por todo el municipio la noticia del embarazo de Chayito Sánchez, última reina de la fiesta de la iguana y poseedora de las nalgas y piernas más celebradas por la netidad de Samahua. Por los requiebres con Chayito, el candidato se había alejado de las parrandas burdelarias para aparecer en la

disco de moda sobándose con la *miss*. Y de ahí, de la relación inevitable con el gringo desmadroso dueño del cubil, le venía encimado el último de sus vicios, la coca, que lo tenía a últimas fechas alfileroso e inquieto como puma enjaulado. A resultas rompió con su mujer y su familia, desentendiéndose del otrora próspero negocio de licores, embargado ya por un banco. Los ataques de la oposición arreciaron con tal fuerza, que al siguiente domingo las fuerzas vivas del partido convocaron en los pasillos de la presidencia municipal de Samahua a una elección de emergencia, de donde salió un nuevo candidato. En cuanto se difundió la noticia, los asesores de campaña y los politiquillos locales, mareados por el salto del arado al avión, comenzaron a lanzarse dentelladas, y aquello fue el acabose.

Aunque más aflautada y fingida, aquella era sin duda la voz del señor gobernador. Hasta ahora, por el apoyo otorgado —en público y en privado—, el candidato consideraba al gobernador como el jefe supremo de toda la horda. El único capaz de señalar con el dedo a vencedores y derrotados.

—Sí, señor gobernador, siempre a sus órdenes —dijo el candidato pegándose el teléfono a los labios.

—¡Qué gusto saludarlo, amigo mío! —dijo el gobernador con la mira fija.

—Gracias, señor gobernador. Aquí me tiene, ya sabe, lo que ordene...

—Sí, nada más para reafirmarle mi total apoyo... Pero supongo que debe estar cansado, ¿no?

—¡Cómo cree! Aquí dispuestos a jugárnosla hasta el último aliento por usted y por Samahua.

—Bien, muy bien. Oiga, estaba pensando que me gustaría tenerlo por aquí para una última platicadita antes de las elecciones, ¿qué le parece?

—Lo que usted mande, señor gobernador.

—¿Qué tal si se viene ya mismo?

—¿Hoy?

—Sí, en el avión de la tarde. Mi gente de confianza lo estará esperando. ¿De acuerdo?

—Sí, señor gobernador. Ya sabe que para mí el municipio, el estado, todo es usted...

—Sí, hombre, gracias. Ah, y procure venir solo, sin avisar a nadie, como si viniera de incógnito.

—Sí, señor gobernador, como usted ordene.

—De acuerdo. Aquí lo espero.

—Sí, señor gobernador.

Las candidaturas a los siete más grandes municipios del estado estaban cubiertas por su gente. Arriba, en los mandos nacionales del partido, tenía más rivales que amistades. Sin embargo, en un reclamo de federalismo impensable un par de años atrás, había logrado que el presidente nacional del partido consintiera en registrar a los candidatos propuestos. Sólo una excepción: Samahua, por ser cabecera de un centro turístico de importancia internacional y hallarse —según previos sondeos— a punto de caer en manos de la oposición de izquierda. De ahí los cambios de última hora —apenas catorce días antes de las elecciones—, y de ahí también el borlote que se armó en Samahua ante la desaparición del hasta ahora candidato del partido oficial.

Lo estaban esperando al pie de la escalera de desembarque cuatro hombres rotundos e inexpressivos y en medio el secretario particular del gobernador. Fuerte y promisorio el apretón de manos, y el candidato crecido por la seguridad otorgada a su persona. Apenas unas frases montadas en la urgencia de la llegada al auto; y, luego del arranque, un silencio sentencioso y denso como de muerte. Iba solo en la parte trasera, despatarrado en el asiento de cuero negro y con la vista prendida al frente, justo entre la abertura que separaba al secretario del chofer. Atrás, en una camioneta blanca igualmente impecable, venían los cuatro judiciales.

Para su alivio, el secretario metió una cinta en el radiocasete y la voz estridosa de Juan Gabriel disolvió el entrampe. No tardó el cansancio en vencerle la voluntad, pero el rescoldo de desconfianza se avivaba por momentos y tras un par de cabeceos se abría de nuevo al exterior sólo para comprobar que el auto seguía alejándose de la ciudad. Al primer sobresalto, el secretario, fijándolo por el retrovisor, lo había calmado: “El señor gobernador desea verlo en

un rancho privado”. Ahora ya no pudo desconectarse: estaban entrando por una calzada de grava bordeada de frondosos ficus. Los ojos bien abiertos, detallando el goce y potenciando el deseo: sí, un rancho como ese sería el justo pago a la entrega de toda su vida al partido. Embelesado, salió en cuanto le abrieron la puerta y se dejó conducir hacia el interior de una casa y de una recámara hechas a la medida de su propia exigencia. Ni un pero, todo en su lugar y de primera.

—Puede darse un baño si lo desea, y póngase cómodo. El señor gobernador estará con usted en cuanto despache unos asuntos urgentes.

—Gracias, estoy muy bien, gracias —fue todo lo que acudió a su boca.

—Ah, y para cualquier cosa que necesite no tiene más que pulsar el botoncito rojo que está junto al apagador..

Ya ni volteó hacia el secretario para agradecerle. Con la vista en el ventanal que estaba al fondo de la recámara, se sentó sobre la cama recorriendo la abigarrada floración que resplandecía más allá de los cristales, mientras su mente era cercada por un torbellino de dudas y recelos.

Tras breve manipuleo en el control remoto, logró prender la tele y en pantalla apareció una morena tropiqueña con la cara ensangrentada y gritando a corazón abierto: “Queremo comé. Necesitamo leche pa lo’niño, medecina, cobija, to de to...”. Siguió pulsando: noticias en inglés, recetas de cocina, una ópera, hasta que un desfile de rubias en tanga le atrapó el querer. Se quitó los zapatos y buscó acomodado en los cojines de la cabecera de la cama.

No supo si tocaron o entraron directamente; sólo vio los bultos cuando estaban al lado de la mesa. Sudoroso y abotagado por la dormida, alcanzó apenas a incorporarse sobre la cama. En la pantalla, una mujer blanca y flaca como garza hablaba de los peligros de exponerse al sol. Se rascó la cabeza con las manos para terminar de aclarar el presente y oyó una voz de hombre que le decía: “Aquí está su comida. Si desea otra cosa, nomás pídale”. Al levantar la mirada para dar las gracias, los ojos se le fueron emperados hacia la muca-ma: estaba de espaldas ordenando los cubiertos, y la cortedad del

uniforme y lo forzado de la pose permitían ver, en el límite preciso de las nalgas, los bordes rojos de la pantaleta. Por un instante la risa estuvo a punto de ganarle al hombre fornido y alto que, protegido por unos lentes oscuros, seguía las reacciones del candidato con especial atención. Carraspeó un: “Con su permiso”, y se retiró a paso rápido. La joven volteó entonces hacia el candidato y le dijo que si gustaba le preparaba de una vez el baño.

—No, gracias chulada, así esta muy bien —dijo al tiempo que la visión de la abundante pilosidad de la mujer en piernas y brazos le subía el sofoco.

—Como usted diga, estoy pa servirle.

Aunque la ridiculez del uniforme y los labios rojos como fruto en sazón ponían en evidencia la movida, la muchacha satisfacía con creces la gustura del candidato. “En política y en mujeres, las cosas claras y contundentes”, solía decir en sus arrebatos briagos. Y los pechos de esta mujer, que empujaban con fuerza el delantal para permitir el asome rotundo de las redondeces, eran de las cosas más claras y contundentes que él había visto en sus últimas correrías.

Ante el silencio y la prendidez de la mirada, la joven siguió en lo suyo.

—Martha es mi nombre, con hache —dijo ufana—, pero puede decirme Tita. Y ya sabe, nomás toca el botón y vengo. Ahí al lado de la video hay unas películas buenísimas, por si gusta.

—Sí, chula. Muy amable.

—Tita.

—Sí, Tita.

El candidato se quedó viendo el contoneo de caderas y la manera garbosa del caminar de la mujer al retirarse, y musitó malicioso: “Reputita serás”.

Un buen baño y un mejor comer —cecina enchilada con frijoles refritos y enmoladas de ley— hicieron que los recelos fueran cediendo hasta permitirle una visión práctica de los hechos: todo pasaba por algo; a él le constaba que había dado lo mejor de sí, y cuando se da lo mejor de uno mismo, pues ni modo, lo que tiene que ser será.

Miraba ahora desde el ventanal los dos perrazos rojinegros, rabones y de cabeza chata, cuyo nombre impronunciable había oído

una vez de boca de Fidel Quemado, que era fanático de esas bestias. Más allá, entre los jardines, dos de los cuatro tipos que lo habían escoltado caminaban con atuendo deportivo. “Ni que estuviera pendejo para intentarlo”, dijo en voz baja, mientras levantaba el tarro de cerveza y lo llevaba a los labios.

Pero una cosa era la intención y otra muy distinta el modo. A nadie le gusta que lo espíen, y menos a un costeño. Y él sabía, porque algo muy adentro se lo decía, que aquellos hijos de la chingada lo estaban viendo desde algún lado. Decidió entonces jugársela a lo macho: si esperaban de su parte alguna pendejada, ya podían irse mucho a la chingada...

Entre el descargo de las sospechas —no dejando un sólo palmo de la recámara sin remover— y el cambio de canales se le fueron los dos primeros días. La muchacha, que era ya su única visita, entraba tres veces al día en la habitación para servirle las comidas respectivas; y sólo por la mañana, mientras el candidato desayunaba viendo la tele, se extendía más de la cuenta en plática insinuante, al tiempo que hacía la cama y limpiaba aquí y allá. Dos fuerzas, emparejadas de contrariedad, luchaban dentro de él sin permitirle descanso: una, pura animalidad, el deseo brutal —por vengativo— de quitarle el disfraz a la putilla y trabarla a lo gandalla; la otra, pura desconfianza, la sospecha obsesiva de que todo lo que allí adentro pasaba estaba siendo registrado por un ojo implacable. Entonces, en la indefinición de pros y contras, siguió dejándose arrastrar por el cambio de canales, mientras la mucama coleaba risueña frente a él impidiéndole el desafane.

Desde el levantamiento del indigenismo en los estados sureños y la corrupción generalizada en las grandes cúpulas, el partido oficial iba en picada. En los noticiarios la predicción se repetía: la oposición iba a dar la sorpresa en las próximas elecciones municipales. Y de oírlo una y otra vez, terminó hartándose. Fue así como llegó inevitablemente a la videocasetera. Escogió de entre el montón *Batman* y estuvo casi una hora —entre una y dos de la tarde— tratando de que las imágenes de la película aparecieran en la pantalla. Después de haber pulsado todos los botones del control remoto sin lograr nada, apagó el aparato y se fue a dar un regaderazo.

En cuanto llegó la muchacha con la comida, le soltó de golpe que la video no funcionaba.

—Será de ahorita, porque antes funcionaba y retbien —dijo acercándose al aparato. Extrajo la cinta y al ver el tema comentó que esa no era buena, que mejor ponía otra—. A ver si ésta le gusta —añadió luego de seleccionar otra cinta e introducirla en la video.

—Sí, mi reina, lo que tú digas —asintió él con tal confianza y seguridad que la mujer lo miró extrañada. Enseguida le devolvió una sonrisa picarona y retomó la pose que consideraba irresistible: doblada sobre la video, tensó la grupa para insinuarle los encantos. Luego cambió al canal apropiado y pulsó un botón del control que él había dejado sobre la cama. Imágenes con letras llenaron la pantalla, pero él estaba con la mirada prendida de aquellos muslos cubiertos de pelusilla que remataban en una juntura de nalgas que le cortaba el aliento.

—¡Ay, Jesús. Mire nomás que cosas tienen aquí! —dijo ella, haciéndose a un lado en actitud de escándalo.

Dos güerotas en cueros iniciaban un sobeo deleitoso mientras se decían cosas en un idioma que el candidato no entendía. La muchacha rejó en silencio y comprobó que el hombre ni parpadeaba. De las caricias y besuqueos las imágenes pasaron ahora a los más íntimos lengüetazos, y de golpe la muchacha tapó con su cuerpecito de fruta la pantalla y enfrentó al candidato:

—Mejor quitamos esas cochinas, ¿no cree?

—¡No, déjalas, que bien se ve que te gustan, cabrona!

—¿A mí? —devolvió ella con maña.

—No te hagas la pendeja, que bien sé cuál es tu movida.

—Ay, cómo será... —dijo apartándose lentamente de la pantalla.

Una mujer estaba ahora de grupas, con la cabeza apoyada sobre una almohada y abriendo con ambas manos los labios jugosos, al tiempo que la otra se colocaba unos extraños calzones de cuero rematados en una tremenda verga de plástico. Una vez que terminó de asegurar el amarre, con singular destreza se montó sobre la que estaba abierta de grupa y le introdujo el artefacto hasta el alma. Luego, con armoniosas entradas y salidas comenzó a levantar jadeos.

El candidato estaba al borde del arrebató: aquello iba más allá de lo que su natural lascivia podía soportar. Apartó la mirada de la pantalla en busca de la putilla y, para su sorpresa, la encontró parada frente al ventanal, con la faldita levantada y sin pantaletas, abriendo con gesto primoroso su coñito para que el rojor de la pulpa provocara tempestades.

—¿A poco no esta más sabroso mi mameyito? —le dijo sacudiendo la pelvis hacia atrás y adelante.

El candidato, atrapado de raíz, se quedó un largo instante en la mensera, con la boca y los ojos trabados de pasmo. Pero no fue el fruto abierto a su esplendor lo que detuvo el arranque, sino la maraña lustrosa que del sexo subía al ombligo y bajaba por los muslos formando una cañada feraz y promisoría. De un salto llegó a donde ella estaba y la jaló de una mano hacia la regadera. Ya adentro, cerró la puerta y se desvistió encarrerado.

—Pensabas hacerles el juego para que nos espieran, ¿verdá, cabrona?

—¿Yo? ¿Quién le dijo? —masculló ella entre juguetona y desconcertada.

—Pues ya pueden ir a ver como coge su chingada madre. ¡Órale, quítate esa chingadera que traes puesta!

Le agarró con las manos la cabeza y la dobló hasta meterle toda la verga en la boca. Apenas alcanzó a proferir un “¡Auff!” pero él siguió sujetándola con fuerza hasta que sintió que el trabajo que le hacía ya era de profesional.

—¡Así, hija de la chingada, con gusto!

Antes de llegar al desborde, la separó y la dobló por la cintura para trabarla con violencia por atrás.

—¡Ay, Jesús, que me matas! —gritó ella al sentir el entre.

—¡Burro es lo que quieres, hija de la chingada!

Y le dio duro y seguido, hasta que la putilla pasó del fingimiento a la sorpresa del primer orgasmo. Después, ya salida de cauce, dejó que él le enjabonara el trasero y la abriera en canal mientras pedía más y más...

Y así se le pasó sin medida el tiempo: cogiendo, comiendo y bebiendo ron con refresco de cola, su bebida predilecta; sonsacándole

a la putilla, en base a la fogosidad de las cogidas y la promesa de ponerle casa como querida, los desmadreos de su vida en el antro nocturno donde trabajaba, y de cómo la habían embaucado para este trabajo. Total: vuelta a coger y a beber, pues ya todo le valía madre.

Una mañana, extrañado por el retardo de la putilla, pulsó el timbre una y otra vez sin que nadie se presentase. Crudo, y con la sensación de tener una rata dentro del cerebro, fue al ventanal y vio a los cuatro hombres de pie junto a dos carros que acababan de llegar. “Chinguen a su madre”, dijo dándole la espalda a la luz encanijada que entraba por el ventanal. Sin pensarlo, se acercó al televisor y con un jalón desconectó el cable de la video. Después lo encendió y junto con el sonido aparecieron filas de gente votando. “Como dato compensatorio —decía la voz— podemos señalar que el PRI alcanzó la gubernatura en Michoacán, lo cual lo salva de la caída total que tanto se había anunciado. Lo peor para el partido oficial estuvo en Oaxaca, donde perdió las siete más importantes presidencias municipales, la capital incluida, triunfando por escaso margen en Samahua, y ello gracias al cambio de candidato hecho a última hora...”.

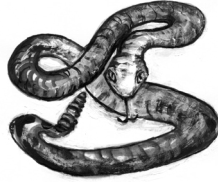
Ni se molestaron en llamar. El secretario del gobernador venía al frente, con ceño fruncido y los ojos, al igual que los dos hombres que lo acompañaban, ocultos tras lentes oscuros. Miró con expresión despectiva el cochintero y dijo por lo bajo, como si estuviera escupiendo un residuo mal masticado:

—Báñese y vístase, que nos vamos en quince minutos.

—¡Vayan mucho a chingar a su puta madre! —dijo el candidato, sin apartar la vista de la tele.

V

LOMA LIMÓN



Primero desmontaron para ver todo el bajal desde arriba, como pájaros, y después eligieron los lugares a capricho: tres limoneros, dos tamarindos, cinco palmas y un montón de bugambilias. De la siembra sólo sobrevivirían dos bugambilias y un limonero alto y frondoso, de ahí el nombre de Loma Limón. La cabaña estaba hecha en principio con techo de láminas de cartón enchapopotado y paredes de bahareque, apenas un hoyo oscuro de cuatro por cuatro, suficiente, sin embargo, para albergar un camastro y todas las pertenencias de la familia, que ocupaban cuatro grandes cajas de cartón arrinconadas en una esquina. Con el tiempo, el techo fue alcanzado también por la fiebrura cachivachera que afectaba a toda la familia, y sobre las diferentes clases de láminas —de cartón, cinc y asbesto— podía verse el tiradero de llantas y neumáticos, radios y grabadoras, resortes de colchones, muñecas, sartenes y ollas, machetes, cucharas y tenedores, en fin, una muestra azarosa del cúmulo de desechos que rodeaba la cabaña. Después, al cuarto se le había añadido una estancia más, donde estaba el tapesco de la cocina, una mesa y un trastero, así como una enramada abierta al frente y con dos hamacas colgadas para que las visitas pudieran descansar viendo el marañal sin término que se extendía por el bajal.

El lugar quedaba a diez minutos caminando de Pueblo Viejo y no eran pocas las visitas de parientes que recibían. Pero no siempre había sido así. Chano Santiago pasó, en menos de cuatro años, de ser flojo, huraño y atenido, al triunfador risueño y hablantín que ahora era. Cuando Lucero, su mujer, parió al primer hijo, ella pesaba

cuarenta y cinco y Chano cincuenta; ahora, trece años después, ella andaba por los sesenta y él por los setenta kilos: los dos de la misma estatura —un metro sesenta—, lo que les daba un aspecto extraño, mezcla aversiva de marrano y sapo. Sólo dos hijos habían tenido, con un embarazo malogrado de por medio, y luego del último parto Lucero se dejó conducir a Salina Cruz por Sirina —la trabajadora social que tenía a su cargo el programa de planificación familiar— donde la habían ligado. La decisión levantó polvareda de reclamos entre la familia, pero, a pesar de la terca oposición de los hombres, las mujeres terminaron imponiendo su derecho. A Lucero le siguieron Crisálida y su prima Malena, y de no haber sido por la repentina muerte de Sirina, hoy ya todas las mujeres de las rancherías de Samahua estarían ligadas. Todas no: sólo Alma, la hermana mayor de Lucero —que a los treinta años ya tenía diez hijos—, se negó de plano y en actitud de alabre a interferir en las cosas que sólo Dios decidía.

Dos hijos: Juvencio, ya en los trece años, y Marcelino, de cinco. Al mayor le decían Juve, aunque por su modo y hábitos le apodaban el Perro; al chico, simplemente Lino, porque ni apodos consentía. Juve iba en el tercer año de primaria —que repetía por segunda ocasión—, por lo que salía al romper la mañana y regresaba a las tres de la tarde. Sin embargo, como el maestro de Pueblo Viejo participaba a cada rato en reuniones sindicales y huelgas en la capital del estado, el muchacho se pasaba la mayor parte del tiempo vagueando junto con su hermano. Juve llevaba desde niño la marca avorazante del animal que crece en la penuria: durante tres años su madre —montón de pellejos renegridos, castigo de sol y hambre— lo tuvo que cargar pegado siempre con el hocico a aquellas chiches perrunas que, por la anemia y la desgracia natural, se habían convertido en dos parches rugosos con un botón al centro de casi tres centímetros, y es que el chamaco jalaba de los pezones con la desesperación de un perro lombriciente. Una semana después de cumplir los tres años, el niño le dio un llegue colmilludo al pezón y a Lucero le dolió hasta el alma. “¡Chamaco, hijo de tu chingada madre, pareces perro!”, le gritó apartándolo. Desde entonces dejó de darle pecho y se le quedó el apodo.

En las rancherías de Samahua basta reojar el entorno y ver al perro que sale ladrando para saber la condición de los dueños. A veces

se puede encontrar un exterior barrido y floreado, señal inequívoca de valía femenina, pero lo común es que alrededor de la cabaña crezca un basural infecto; y observar ese tiradero es, sin duda, la manera más precisa de conocer el modo de los moradores: bolsas de plástico, pilas, cacharros y frascos, latas de conserva, hojas de revistas y periódicos —generalmente con la mancha ominosa de los restos de cagada—, costalillas y morrales viejos, hojas de totemoxtle y cáscaras de frutas y verduras..., todo un mundo de desechos donde perros y puercos hociquean a sus anchas. Sin embargo, en Loma Limón estos desechos eran apenas sobraje de un marasmo cambiante: un día podía verse en primer plano un colchón o un televisor, y a los dos días el lugar lo ocupaban los restos de una carretilla o una lavadora.

Cuatro años ya en la abundancia de los despojos. Chano salía temprano en la mañana con su taco amarrado, y regresaba a media tarde cargado de provisiones y tiliches. Frutas, verduras, panes de dulce y salados, galletas, ropa y calzado, de todo traía, pero preferentemente juguetes, que era lo que el niño menor reclamaba todas las tardes al asomarse a la bajada para verlo llegar. “¿Qué me trajiste?”, gritaba sin quitar la vista de la costalilla que el padre traía a la espalda. En cuanto el juguete caía en manos del niño, era cuestión de minutos para que, mutilado y pateado, fuera a dar a la bajada. No obstante, cada vez que sus primos venían de visita, él los encabezaba y estaban remueve y remueve el basural para ver de encontrar algo de utilidad entre tanto descalandraje.

La primera pasión fueron las ruedas: carros, motos, camiones, todo lo que el niño pudiera arrastrar por el suelo imitando los prrumpunes de los motores. Pero al cabo se obsesionó con los aviones y, en el espacio preferente que les reservaba, los tenía de diferentes tipos —desde un avioncito de plástico con cuerpo de avispa, hasta el alerón trasero de una avioneta que había caído en las cercanías cargada de coca—. Además, estaban las armas cortantes: árbol, planta, animal o persona; bastaba que lo pusiera en la mira para empezar a chingarlos a piquetes o machetazos. “Este chamaco está maldecido”, bisbiseaban las mujeres ante sus fechorías. Pero él, con aquella mirada aceitosa y picante, seguía en lo suyo, que era sacarle gusto al desbarate.

Apenas tenía dos años cuando, al querer cortar una vara, se voló la punta del dedo chico del pie izquierdo; después, a los cuatro, le metió a su hermano una cuchillada en plena nalga; y ahora que ya iba para los seis, tenía tal destreza con los aceros que nadie se atrevía a contrariarlo. Iguana, armadillo, ave o ardilla, su hermano mataba a los animales con un rifle veintidós y él metía con ganas el cuchillo para despanzurrarlos. Enemigo aterrante para la visita que no lo tomase en cuenta, tenía además el apoyo ciego y porfiado de su madre, que de antemano concedía al niño la razón en los reclamos. Bastaba que el hermano dijera: “Lino, no toques esto, ¿eh?” para que la cosa desapareciera al cabo por mitad de la bajada. Después venían los agarres, de los que Juve salía siempre aperreado: “¡Hasta con tu hermanito eres perro, hijo de la chingada!” terminaba gritándole la madre.

Los parientes decían no recordar un antecedente similar en la familia, pero en el fondo Chano sabía que aquel modo tronchador le venía al niño de la vena de su abuelo Tiburcio. Y a decir verdad, a nadie quería el niño tanto como a su abuelito paterno. Cuando Tiburcio llegaba de visita, el niño se le juntaba con su blablasera enrevesada, inmiscuyéndose incluso en la plática de los mayores. Con los demás todo lo contrario: agarraba el machete y empezaba el desmadradero de lo que tuviera más a la mano, en silencio y alerta, para saltar como fiera en cuanto oía el remedo de su hablar enjotado: “Yo no joy mentirojo”.

El otro no, su natural era bullanguero y amigable, y a todo decía que sí aunque al instante se olvidara del encargo. Igual de dejado en cuestiones de higiene y educación —mitad por flojera y mitad por la propia agrestura que le permitía acomodarse a toda circunstancia—, a la hora de matar animales era tanto o más sañoso que su hermano; pero su pasión era otra: las hembras, sin importarles que fuera gallina, chiva, perra, burra, yegua o su misma prima, que fue la primera mujer que montó en su vida. A los diez años su primo Beto, que era cuatro mayor que él, le había enseñado a desfondar gallinas, y desde entonces era raro el día en que no se tomaba su tiempo para la metida. Flaca, larga y cabezona, su verga era un remedo fiel de su propio cuerpo, y tanto la una como el otro parecían incansables para el vicio. De preferencia una chiva o Tripita, la perra de raza indescifrable de

apenas cincuenta centímetros de largo por veinticinco de alto, y de la que nadie a excepción de Juve se preocupaba; pero no siempre la perra consentía que se la metieran sin estar en calor y sin arrumacos, y entonces empezaba a tirar tarascadas hasta que Juve desistía. Se iba luego al monte y, como animal de garra, acechaba en el huamil la llegada del hato de tío Quincerio para escoger la chiva de su agrado.

Un ocho de febrero, justo al cumplir los doce años, Juve tuvo la oportunidad de descubrir que había otras entradas más sabrosas que las de perras y chivas. Su tía Alma estaba de visita y, como de costumbre, llegó con el chamaquerío. Beto le dijo que agarrara el rifle para ir a matar una iguana. De salida los vio Lucero y los paró en seco. “Deja esa chingadera y ve a traer un viaje de agua, que no tengo”, le dijo desde el corrillo donde estaba la platicadera. “Luego voy, má”, alegó Juve. Pero Lucero fue tajante: “¡Ahorita, dije!”. De manera que acordaron que Beto y sus dos hermanos menores, Juanito y Ciriaco, se adelantaran con Lino, que luego él los alcanzaba. Fue a buscar a la burra y le puso el fuste y las cuatro garrafas vacías.

—¿A ónde vas? —le dijo su prima Rosaura al verlo pasar.

—Por agua, ¿vienes?

La muchacha estuvo cavilando unos instantes viendo cómo el primo la miraba.

—Bueno —dijo al cabo—. Orita te alcanzo.

Era casi tres años mayor que él, igual de alta pero más rellenita y clara de piel, y sus pechos, libres bajo la blusa apuntaban hacia el frente como ofreciéndose al apretón. Desde niña había sido su gusto peinarse y repeinarse, y cada vez que se le ofrecía la ocasión buscaba en un espejo los más latosos detalles de su fisonomía que, no lo dudaba, eran sus labios pulposos y la nariz achatada. Sólo un inconveniente: la cortedad de entendederas.

Llevaba una garrafa llena y otra por mitad cuando la vio venir. La hermana menor, que aún no cumplía los tres años y que venía prendida de su mano, le daba a su caminar un bamboleo apalmerado. Él hizo que no la veía y siguió llenando. El pozo estaba a unos trescientos metros de la casa, en un aparte apacible abierto en medio de la espesura. Alrededor —nostalgia del chiqueraje— un regadero de envases de cloro y bolsas de detergente.

—¡Ay qué fresquito está aquí! —dijo ella a manera de saludo.

—Sí —dijo él echándole una reojada.

Ella se acercó a la boca del pozo y comentó que aún tenía harta agua. Él no dijo nada, llegó por el otro lado y dejó caer la cubeta con intencionada calma. Tenía puesta una trusa azul clara, lo que hacía que el creciente empuje del miembro fuera más ostensible. Ella lo notó y se quedó quieta, como hechizada, con las manos aferradas a los bordes. “Abua”, dijo entonces la niña, y la cubeta terminó de caer con un golpe seco.

—¿Quieres beber? —preguntó ella a la hermanita al tiempo que la levantaba en brazos.

—No —dijo la niña moviendo para los lados la cabeza.

—¿Bañarte? ¿Quieres bañarte? —le dijo señalando el agua que estaba en una tina. Y la niña asintió en silencio.

La desvistió, la mojó y la enjabonó. Ni una sola palabra cruzaron entre ellos: él terminando de llenar las garrafas, ella baboseando con la niña. Una vez que Juve terminó con el llenado, se echó unos jicarazos y empezó a enjabonarse. Los dos se encontraron los ojos, y él tomó las riendas.

—¿Y no que te ibas a trabajar a la Crucecita?

—A ver sí para la otra semana —dijo ella, siguiendo ahora el desplazamiento del jabón por el cuerpecito de la niña.

—Hay que buscarle, ¿no? —comentó él, ya totalmente blanqueado por el refregue del jabón.

—Sí pues —remachó ella.

De improviso él se dio la vuelta y se quitó la trusa; el jabón comenzó un jugueteón ir y venir sobre las nalgas. Por el embeleso, ella no se dio cuenta de que le estaba restregando la cara a la niña, que al sentir el ardor en los ojos rompió a llorar. Tras las risas y apapaches, ella volvió a levantar la mirada y sintió que se le electrizaba el cuerpo: la verga, a todo su crecer, le apuntaba ahora apenas a un metro de la cara. Asomado al brocal, con el cuerpo y cara enjabonados, Juve manipulaba torpemente intentando sacar otra cubeta con agua.

—A ver que te ayudo —dijo ella acercándose.

Él se apartó un paso y, fingiendo el escozor del jabón en los ojos, permitió que ella, mientras subía la cubeta, volteara un par de veces

hacia el miembro envarado. Después dejó la cubeta en el suelo y le dijo si quería que le echara agua. El asintió con la cabeza, los ojos aún cerrados, y al sentir la primera jícara de agua comenzó a frotarse alborozado.

—¡Está riquísima! ¿No quieres? —le dijo con ganas.

—Capaz que sí.

Un cuerpo a un brazo del otro cuerpo, de frente, en el mismo trance. Y él empezó entonces a descapullar la verga en pases profundos e insinuantes, como si estuviera pidiendo agua para aquellos ardores. La carne amoratada y tensa, y ella tragando saliva y sintiendo cómo el deseo se le enjugaba más abajo. Se quitó la falda y la blusa y se quedó en pantaletas. Él la miró y apretó el miembro con fuerza, para que la cabeza se le hinchara como pescuezo de tilcoate.

—Quítate el chon, no seas yope— le dijo entre risas al ver como cruzaba los brazos para semiocultar la incipiente suculencia de los pechos.

—El chon no —masculló apenada.

—A poco te da vergüenza.

—No es eso...

—A mí no. Mira —le ofreció ahora todo el miembro. Ella se lo quedó viendo amensada, y él aprovechó para acercarse—. Órale, agárrala.

Sí y no: todo su ser anhelaba sentir aquel trozo de carne palpitante, pero algo muy adentro se resistía a doblegarse.

—Órale te digo, no seas yope— la azuzó dándole más ímpetu a los pases.

El primer roce hizo que la retirara con fuerza, como si hubiese tocado la piel de una culebra. Entre risas él insistió, y con el segundo llegue ya no tuvo escapatoria. Dejaron a la niña chapoteando en la tina y se metieron entre los matorrales. Ella, como lo había visto en una revista que le enseñara su amiga Zoraida, se tendió de espaldas sobre la blusa y la falda y se abrió de piernas para recibirlo. “Así no”, dijo él con firmeza. “Ponte de rodillas apoyando las manos en el suelo”. Y la montó como hacía con las chivas y con la perra.

Allí no faltaba nada de lo que cuatro años atrás hubiesen deseado. Como trabajador de base, Chano tenía seguro social para toda la familia; y además de las prestaciones y uniformes que le daban, gozaba de dos semanas de vacaciones al año y tenía todo el apoyo de su jefe inmediato, pues en el trabajo jamás había tenido un altercado. Sin embargo, las palabras de Lico comenzaron a espolearlo: de este lado siempre sería la misma chinga, apenas para vivir; en cambio del otro lado se podía traer la pura feria, aunque nomás fuese por un solo año. Se necesitaban siete, y Lico le dijo que ya estaban apuntados cinco. “Bueno, pues en cuanto completen me hablan”, le dijo Chano a manera de acuerdo.

Entre una cosa y otra pasaron cinco meses, y Chano siguió acarreando basura sin decir nada del viaje. Cada vez la carga era mayor, y los cuatro trabajadores —incluido el chofer— ya no se daban respiro levantando tanto basuraje. En los restaurantes y hoteles de la zona turística los desechos crecían con la gringada, pero allí también era donde se encontraba de cuando en cuando lo mejor entre el pudridal: relojes, cámaras fotográficas, cadenas de oro, lentes, plumas, dinero y tarjetas de crédito... Una vez, incluso, había encontrado un feto dentro de una bolsa de viaje; y por cargar con la bolsa, que estaba casi nueva, llevó también el contenido, con el que se dio gusto Lino descuartizándolo como chachalaca para que la Tripita se relamiera tras masticar los bracitos y piernitas azuladas.

Justo una semana antes de la fecha señalada para la partida, en recorrido por la zona hotelera, Chano estaba separando una bolsa con panes de dulce cuando se acercó un gringo y le dio una caja metálica de las que se usan para guardar herramientas. Los dos ayudantes acababan de entrar a recoger los tambos de basura, de manera que en cuanto el gringo le dio a medio entender que había que enterrar bien la caja, que era peligrosa, Chano asintió y la guardó en la costalilla donde metía sus acarreos. Después siguieron el recorrido y al regresar frente al hotel de donde saliera el gringo, Chano se quedó con la vista prendida en la pancarta que ondeaba arriba de la entrada. Siguió un buen rato, mordido por la curiosidad supersticiosa que se le había despertado a partir de tanto hallazgo de raridades, tratando de descifrar qué decía lo allí escrito, hasta que comprendió

que no estaba en castellano. Con la velocidad del camión, que repleto de carga enfilaba ya hacia el depósito municipal, las caviladuras se le fueron apagando y sólo la imagen de la caja, resplandeciente de amarillor, bastó para justificar el pepene de la jornada.

Como siempre, Lino salió a recibirlo en la bajada. Chano le tendió la bolsa de panes y un visor de buceo. El niño se puso al instante el visor y se llevó el primer pan a la boca, mientras trotaba tras el padre preguntándole con la boca llena: “¿Qué maj traej?”. Ya en la casa, Chano bajó la costalilla del hombro y se limpió el sudor con el antebrazo. A manera de saludo, Lucero comentó que aquello más que calor era el vivo fuego, y el asintió con la cabeza. Con el vidrio del visor totalmente empañado, Lino mascaba ahora su tercera pieza de pan sin desprenderse para nada de la bolsa. “¿Me das uno, manito?”, le dijo Juve, y el otro negó con fuertes movimientos de cabeza. Insistió el hermano en tono amistoso tratando de rehuir el pleito, pero Lino fue tajante: “Ej pa mí jolito”. Derrotado, Juve fue a hurgar en la costalilla.

—Mira que cajita más chingona —comentó, haciendo ademán de sacarla.

—Deja ahí —le dijo Chano.

—¿Qué ej? —se acercó al instante Lino, al tiempo que se arrancaba el visor y lo tiraba hacia la bajada.

—Eso no es cosa de chamacos —dijo Chano cortante.

—A ver, Perro, enjéñamela —le dijo Lino a Juve.

—No, deja, ya oíste a apá.

—¡Qué me la dej te digo! —gritó Lino.

Juve miró a su padre, que levantaba con apuro un vaso de agua, esperando una señal. Mientras Chano bebía, el niño empezó a exigir a gritos la caja.

—Ta bien, dásela pues —cedió Chano.

Estaba completamente nueva y aquel color, contrastando llamativamente con la leyenda roja impresa sobre la parte superior, le recordó de inmediato al niño la valía de anillos y cadenas. En un par de minutos logró abrir las presillas y, para su sorpresa, adentro venía otra caja, pero a diferencia de la primera ésta era de acero inoxidable y estaba sellada. Lino desechó la primera y dejó que Juve se la llevara para

guardar el montón de tuercas, tornillos y demás fierros que acumulaba desde hacía dos años. Con la segunda caja el batallar fue durísimo, y sólo al cabo de veintitrés días logró el niño hacer saltar la selladura.

Primero lo intentó el padre a martillazos y, cuando se convenció de que allí no podía venir nada de valor, dio la caja a Lino para que ocupara su neciera. Desde entonces sólo dejó un día: cuando toda la familia acompañó a Chano a Pueblo Viejo a esperar la camioneta que iba a llevarlos a la frontera. Al día siguiente, cumplida ya la semana del primer martillazo, el niño se fue desde temprano sobre el acero y no paró de golpear diariamente hasta que se ajustaron los veintitrés días. De repente el sello cedió y con el afloje se pudo ver un cilindro de lomo oscuro y reluciente, que Lino relacionó al instante con el arrastrar sigiloso de la tilcoate. Saltó hacia atrás y alistó el martillo en actitud defensiva. Con pasmo vio que era una píldora grandota, pulida y brillante como nada de lo que hasta ahora había visto. Bajó el martillo y, aún con desconfianza, tocó aquella superficie tan enigmática como un espejo sin fondo.

Mañana y tarde..., cavó un hoyo para que el cilindro no brincase con los golpes y estuvo duro y dale, con la misma porfía con que las hormigas arrieras le cortaban las hojas por la noche al limonero. A nadie, ni siquiera al abuelito, le hacía ya caso cuando venía de visita. Con el tiempo, el no poder comenzó a violentarle aún más el modo y cuando no estaba sobre el cilindro, soltaba machetazos contra todo lo que se le interponía. A la Tripita, por olisquearle la entrepierna, le dejó ir el acero con tantas ganas que le voló la punta del hocico. La madre, que lo vio, movió la cabeza en desaprobación pero esbozando al mismo tiempo una sonrisa cómplice, lo que hizo que el niño celebrara con grititos la chilladera de la perra, que desde la bajada parecía reclamar el porqué del maltrato.

En plena flojera y recibiendo ya cada mes los mil dólares que Chano le mandaba, Lucero esperaba en la hamaca la llegada de su prima Malena o de su hermana Alma para entrarle al chupe con pretexto del argüende. Mientras las mujeres y la bola de chamacos andaban en lo suyo, Lino renovaba esfuerzos contra el cilindro. Las miradas con sorna de los primos eran como insultos que lo espoleaban. “No puedes”, le decían. “¡Ji puedo!”, gritaba dando tremendos

golpes que hacían rebotar el martillo como disparos. Clink, clank, clink, clank... Por fortuna Lucero tenía tímpanos de plomo y los golpes no la importunaban. Sólo cuando había visitas renegaba contra el diablillo y la maldita cosa. Y el niño, lejos de ceder se entercaba.

—La culpa es tuya por consentirlo —le dijo Malena un día ya subida por los mezcales.

—¿Y qué chingados quieres que haga? —replicó Lucero.

—Quítale de una vez esa chingadera, y si rezonga varéalo...

—Ay, Malenita, se ve que ya estás bien peda —la cortó Lucero.

—¡Qué peda ni qué la chingada! —dijo como si escupiera lumbre—. Ya podían mi Abel o mi Licho ponerse así.

—Sí, con los tuyos, que de por sí son medio mensos. Pero con este maldito...

—Tampoco me los desprecies ¿eh? —respingó Malena.

—Lo que son, son, te guste o no te guste —se engalló Lucero.

—Mira Lucero que no me enchiles.

—Ah, ¿brava te me vas a poner?

—Lo que te digo es que ese chamaco está maldecido —cambió la prima de táctica para evitar el agarre.

—¿Pues por qué no se lo quitas tú si puedes? —la retó Lucero.

Sin esperar más apriete, Malena se levantó y fue a pararse justo frente a Lino, que luego de un reoje nada amistoso siguió martilleando.

—Ya nos tienes hasta el copete con esa chingadera, o le paras por las buenas o te paro a la brava. Tú dices —le dijo en actitud bronca y desafiante.

—Vete a la chingada —masculló Lino sin dejar de dar martillazos.

—¿Qué dijiste? —profirió Malena jalándole con fuerza de una oreja.

—¡Ay, juelta puta!

—¡Putita tu chingada madre! —y le dio tremendo bofetón que le sacudió la cara.

Con el llorido trabado en la garganta, Lino levantó el martillo y descargó el golpe sobre el pie derecho de Malena, que era el que estaba más adelantado. Tras el crujir de huesos, los gritos de la mujer, que saltaba como loca bajo la enramada, hicieron que Lucero se acercara a consolarla. Un buen rato estuvo tratando de que Malena

zafara las manos del pie ensangrentado, y cuando por fin lo logró, el desbarate la obligó a voltear encorajada en busca del chamaco, pero Lino, el martillo y el cilindro habían desaparecido sin dejar rastro.

Casi un año había pasado. Y entonces la muerte del abuelito, tras el largo y espinoso pleito que la motivó, desvió de pronto la obsesión. Desde hacía meses, Tiburcio ya no era para Lino aquel refugio de los primeros años; sin embargo, fuera del papel protector de la madre, el abuelito continuaba siendo la única persona a la que el niño no agredía. De todos, Tiburcio había sido también el único en no oponerse al enganche del niño con el cilindro. “Sirve para que eche brazo”, decía cuando alguien renegaba del maldito machaqueo. Por eso es que la muerte del abuelo le dolió, y más conforme fue conociendo los pormenores del asesinato.

Entre una cosa y otra se fue una semana: visitas, consejos de familia, acuerdos y desacuerdos... A pesar de su edad, Lino entendía ya claramente que lo que allí se jugaba era algo que marcaría a todos. La autoridad —esa palabra alegada una y otra vez por Chano contra la intención vengativa de las mujeres y de Nicéforo desde que llegaron de urgencia del otro lado— terminó confirmándole al niño que lo que en realidad pasaba es que todo era puro argüende, y así se los gritó en el momento mismo en que decidió suspender el paréntesis y retomar su manía.

—Lo que paja ej que todoj jon unoj culeroj —dijo en medio del pasmo general.

—Usté callese la boca —le conminó el padre.

—Lo peor de todo es que el chamaco tiene razón —alegó Nicéforo.

—Todoj no, todoj menoj tío Nijéforo —dijo el niño mientras se acomodaba en su echadero para reiniciar el martilleo.

Los hombres volvieron a pasar del otro lado, y las mujeres recobraron el gusto por el comadreo y el argüende. La casa de Alma (cuatro cuartos de pared de bloque y techo colado) era ahora el modelo a seguir en todo el vecindario. Aunque sin pintar y con varillas apuntando para todos lados, tenía luz eléctrica y puertas metálicas, lo que la convertía por el rumbo en vivienda privilegiada. Antes de

partir, su esposo Lico había comprado un televisor en blanco y negro, de manera que el centro de reuniones ya no era ahora Loma Limón, sino la casa de Alma en Pueblo Viejo. Allí veían las telenovelas y las caricaturas, alternando los dos canales conforme se imponía el gusto de los niños o de las mujeres. Tía Verecunda, suegra de Lucero, era la única que permanecía neutral en medio de la refriega; a ella sólo le importaban las imágenes, cualesquiera que fueran, pues de todos modos no entendía nada, quedando prisionera de la pantalla durante horas, con aquella expresión de dicha bobalicona que sólo conservan los serranos, hasta que, como si estuvieran conectados, al apagar Alma el televisor, se le oscurecía al mismo tiempo el semblante a la anciana.

Poco tiempo después del escándalo surgió a partir de que un novio le prendiera lumbre con gasolina, Rosaura, desfigurada de la cara por las quemaduras, se fue con su amiga Zoraida para Oaxaca y ya no regresó a la ranchería. De todos fue Juve el que más lo lamentó. Durante el tiempo en que Rosaura trabajara de camarera en la Crucecita, sólo un par de veces se habían visto; pero luego del suceso y durante la convalecencia, no dejó de albergar la esperanza de que Rosaura se quedara para siempre.

Los dos hermanos cuidando la casa, pues ni modo que se quedara abandonada. Lino sobre el cilindro, con las mismas ganas de siempre, y Juve, ya sin su prima, aprovechando las salidas a camppear para desfogarse con Tripita o una chiva.

Clink, clank, tras de un golpe otro, sin avorace ni jadeos, un martillar de notas saltarinas que bajaba por la loma y se perdía entre el huizachal. La mente en otro lado, como si no tuviera nada que ver con el machaqueo infinito. Al principio ni modo: allí adentro había algo valioso que tarde o temprano sería suyo; pero ahora puro golpear sin acelere, con la única mira de vencer aquella brillantez maciza en la que por momentos se veía reflejado como el recuerdo de un sueño. Tantas veces le habían dicho que no podría, que para él ya no había otra razón más que darle; de modo que duro y dale, sin hacer caso de nada ni de nadie, en medio de la suciería que por abandono y flojera de Lucero empezaba a cubrir ya toda la loma.

Cumplido el año y medio la porfía comenzó a ceder: ya no golpeaba tanto tiempo ni con la intensidad de antes. Algo en el fondo

le decía que estaba por demás insistir, que aquella cosa aguantaría los martillazos de toda una vida. Sin embargo, sabía que no podía renunciar de golpe, pues no soportaría el chismorreo de los primos. Tendría que seguirle de a poquito y con maña, entrándole a la chinga sólo cuando lo estuvieran viendo. Y así fue acortándose el martilleo: a veces dejaba un día, luego dos; pero se ponía al tiro en cuanto algún primo se lo recordaba.

—¿No que podías? —le decían para obligarlo a reconocer la derrota.

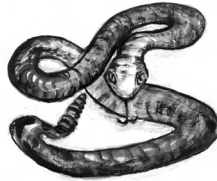
—¡Ji puedo, nomaj lo ejtoy dejcanjando! —replicaba airado.

Y de pronto, casi dos años después del primer martillazo, el cilindro saltó en pedazos como si en su interior hubiera estallado un trueno. Mediaba la tarde y en Loma Limón estaba en creciente la algarabía. Lucero cumplía años y quiso que el festejo desluciera a todos los que, cada vez con mayor frecuencia, venían celebrando en casa de Alma. Acababan de comer barbacoa de res y estaban ahora con los picados de alcohol de caña con refresco de cola. La discusión descarnada y ofensiva como siempre, pero todavía sin sobrepasar los límites. Enchilado por el comentario de una prima, Lino, que sentía en la cabeza la beligerancia de las tres cervezas que había bebido con Juve y Beto a escondidas, agarró el martillo y empezó a golpear el cilindro con tanta fuerza que los demás niños mejor se apartaron hacia el otro extremo de la enramada.

Clink clank, clink clank, como si estuviera machacándole el cráneo a su prima pendeja y bocona. Clink clank, sin importarle las mentadas y amenazas que la madre le disparaba. Clink clank..., y de pronto “¡Crash!” el estallido como cristalazo en noche tensa, y todos en silencio viendo cómo el cielo líquido se derramaba entre los fragmentos y refulgía cuando Lino lo dejaba escurrir entre los dedos. Después fue la locura: los chamacos comenzaron a azulearse de pelo y cara al echarse unos a otros aquella sangre del cielo que resplandecía igual que oleaje de estrellas. Corrían y gritaban, y algunos llegaban donde estaban los mayores y les dejaban caer sobre piernas y manos la brillantez azulada... Esa noche, ahítos como marranos, se acostaron tarde; el amanecer ya sería otra cosa.

VI

SIRINA



—Usted misma sabrá sus motivos —dijo el hombre desde el otro lado de la pared—. Lo que yo digo es que no está bien —por respuesta un risido apenas esbozado y luego el silencio del desacuerdo, como un arco en su justa tensión—. Y no soy nadie pa dar razones, aunque hay quién piensa lo mismo.

—¿Sólo uno? —preguntó la mujer fingiendo interés.

—No, algunitos —dijo el hombre satisfecho.

—¿Y mujeres también?

—También —resonó la voz del otro lado.

—Pues ni modo.

De nuevo el silencio, vibrante y húmedo como la noche; otra más en ese junio infernal que no terminaba de decidirse a soltar el agua. Un mayate chico comenzó a rebotar tercamente contra la pantalla del quinqué y ella aprovechó para incorporarse del camastro y so-
plarle a la llama. Como hacía todas las noches, tras apagar la luz se desprendió con alivio del camisón y se tendió boca abajo, sintiéndose a gusto con la protección de las pantaletas.

—Eso porque usted quiere, maestra —profirió la voz desde el otro lado.

—Anda, ya duérmete, que mañana me espera un día duro —dijo ella en tono cortante.

—No dilata en que le pongan el alto...

—Ya duérmete, Tereso.

—Aunque ni crean que la tienen fácil. Una cosa es que no les parezca, y otra ya es que se atrevan a tocarla. Ahí sí que cuidadito...

—¿Estuviste tomando, verdad? —protestó ella.

Él no dijo nada, ni el raspeo del aire, nada.

—¿Cuánto tomaste? —insistió ella, complacida por el ofrecimiento de protección que él le brindaba.

—Dos tragos nomás —masculló a desgano.

—Anda, ya duérmete —le dijo a manera de orden.

Pero siempre era igual: él seguía con su blablasera un buen rato, ofreciendo y prometiendo, sin dejar de lanzar abiertas amenazas a aquellos chinguiñosos que pensaban que por ser autoridad y tener dinero, nomás ya la tenían ganada...

Poco menos de un año de conocerlo. Aunque a decir verdad, a Tereso nadie lo conocía: era enigmático e imprevisible como un tecolote, y de ese animal tenía la mirada picante y escudriñadora. En esa mirada y en ese animal, fue lo primero en que ella reparó la noche en que vino a presentársele. Toda esa noche y la de la semana que siguió estuvo en vilo. Preguntó aquí y allá quién era ese hombre que se ofrecía tan confianzudo a cuidarle la casa, y sólo le dijeron que desde chico era así: demasiado listo para unas cosas, necio y alocado para otras. Había llegado a Samahua con unos arrieros de paso y después se quedó a vivir de ocasión, cortando leña, acarreando agua o haciendo algún mandado a cambio de unos pesos y algo de comida. “¿Y es de fiar?”, preguntó ella. “Sí, nomás no hay que darle motivo”. A la segunda noche llegó con una hamaca vieja y la colgó de las vigas del techado que estaba al frente de la casa. “Ya llegué”, fue todo lo que dijo. Y ella se quedó expectante, sin saber qué hacer y atenta a los ruidos del otro lado.

La casa constaba de un sólo cuarto bastante grande, y estaba hecha de adobe con un repellado de cemento y cal. El techo era de lámina de cinc y se prolongaba al frente un par de metros a manera de tejadillo. Adentro sólo tenía lo indispensable: de un lado el camastro de yute con una colchoneta, una mesilla y un armario pequeño; del otro lado una mesa con dos sillas, un trastero ínfimo y una cocineta de gas. La renta era mínima, sin embargo el lugar —una barriada sin luz ni drenaje en las afueras de Samahua— era el menos indicado para una mujer soltera y fuereña, y que además no tenía por el rumbo ni conocidos ni familiares. Pero se decidió por la tranquilidad del

lugar y, sobre todo, por el exuberante jardín de mangos, tamarindos y guanábanas que ocupaba el amplio solar alambrado.

Al cumplirse la primera semana, él ya era el hablantín que después siempre sería. Con la inteligencia del animal ya aperreado, supo ladear la desconfianza que tenía a la mujer a la defensiva: podó los frutales, desyerbó, compuso la letrina que estaba a la intemperie y procuró que las dos garrafas y la olla estuvieran siempre llenas de agua. Desde un principio él la llamó maestra y ella no lo desmintió; así que siguió llamándola maestra, aunque ella era en realidad otra cosa.

Sirina Gómez Peña, de uno sesentaiséis de altura, tez morena y veintiséis años, era natural de Ejutla, en el valle de Oaxaca, donde se había diplomado en una escuela técnica como trabajadora social. Mestiza de buena ley, tenía un rostro altivo y agraciado, don que acentuaba restirando la lustrosa cabellera negra al límite para sujetarla después con una liga a manera de cola de caballo. El busto, aunque breve, era firme y redondo, y el cuerpo sólo se desgraciaba un poco en la amplitud de las caderas, recuperando enseguida el atractivo en unas piernas torneadas por el ejercicio y cuyos muslos gustaba lucir acortando con intención los vestidos. Además de estos atributos naturales, tenía un modo de ser amigable y de fácil parla, lo que desde los primeros días le sirvió para que los huatulqueños, recelosos por naturaleza a abrirse a los extraños, terminaran dejándole hurgar en lo más íntimo de sus vidas: su conducta sexual.

Por supuesto que no fue fácil, y los problemas, en crecida rencorosa, ahí estaban. Pero todos coincidían en que sólo ella, por ser como era, podía haber hecho lo que hizo. Llegó contratada por la Secretaría de Salud, dentro de un programa piloto de planificación familiar, y de inmediato se presentó con todas las autoridades de Samahua, desde el presidente municipal hasta el de bienes comunales. Ni una sola traba, pero las miradas ganosas pronto exigirían prenda. Ella lo sabía y pretendía aprovechar la ventaja: desde la secundaria los maestros no habían dejado de acosarla. Sonrisas para todos, el choteo con escogidos, el tentaleo sólo con su novio Germán, que estudiaba ingeniería en Oaxaca, pero la entrega total todavía con ninguno.

Cualquiera que la oyera hablar con aquella seguridad y desparpajo, no podía menos que concluir que esa mujer sabía de la vida lo que ni el mismo diablo. Jamás iba directamente al asunto: llegaba, mostraba una notificación oficial que nadie leía, y de inmediato comenzaba a sacarle plática a los de mayor edad sobre achaques y enfermedades, costumbres y tradiciones, de todo, hasta que ya viendo franqueado el paso se centraba en su objetivo: la mujer o mujeres de la casa en edad fértil.

Las razones de su éxito en terreno tan espinoso eran obligada comidilla a sus espaldas. A ella eso no le importaba; ser atractiva y hablantina le abría las puertas, pero lo importante no era llegar, sino convencer, y eso sólo se lograba teniendo en el centro de la mira un lema como el que ella tenía: “Nunca lles problemas, sólo soluciones”.

Llegó a casa de Tiburcio en Pueblo Viejo una mañana en que el cielo parecía correr enloquecido; venía cargado de un negror presagioso que obligaba al ánimo a buscar asidero donde fuera. Le habían dicho que Tiburcio tenía dos nueras, y al bajarse en la cancha de basket le habló a un chamaco para que le indicara el camino. Tan pronto tuvo la casa a la vista, el niño la señaló y se dio vuelta a la carrera, sin esperar ni las gracias. El viento bramaba contra las ramazones y tuvo que gritar con fuerza hasta que varios perros salieron ladrando. Dos chamacos los corretearon a pedradas, lo que permitió a Sirina acercarse a la puerta y fijar su atención en el montonal de gente apeñuscada en el interior de la cabaña: dos hombres y dos mujeres platicaban sentados en corrillo, mientras otras dos mujeres echaban tortillas y trajinaban sobre el fogón. Alrededor mariposeaban sin oficio varios niños.

—Buenas —dijo Sirina desde la puerta.

Sólo dos voces, apagadas más por la sorpresa que por el vendaval, respondieron entre la pelotera.

—¿Puedo pasar? —insistió Sirina ante el aquietamiento que siguió.

—Pase usted —dijo el hombre más joven, levantándose para encararla.

—Soy la encargada del programa de planificación familiar. Espero que don Faustino ya les haya avisado con tiempo de mi visita.

—No, no nos dijeron nada —expresó el hombre, correspondiendo al saludo de mano.

—Vaya, ni modo —dijo ella esbozando una sonrisa, mientras pensaba que era la segunda vez en una semana que el presidente de bienes comunales le decía que sí sin cumplir.

—¿Tino dice usted? —dijo el hombre de más edad incorporándose de la silla.

—Yo lo conozco por Faustino Talamontes.

—El mismo es —añadió el hombre mayor.

—Bueno, yo me llamo Sirina Gómez y me dijeron que ésta es la casa del señor Tiburcio...

—Yo soy —dijo el hombre mayor. Aunque flaco, semicalvo y renegrido, dejaba traslucir una reciedad de ébano.

—Pues mucho gusto —dijo ella adelantándose para darle la mano—. No pensé que fuera a ponerse así el tiempo.

El ruido de un tronchamiento, seguido de un ramalazo, hizo que todos contuvieran el resuello. Dos de los niños mayores salieron a la carrera y no tardaron en dar de gritos afuera. El hombre más joven se asomó a preguntar qué había caído. Hubo un cacareo, más risas que palabras, y los de adentro siguieron en vilo.

—¿Qué pasó? —preguntó el hombre mayor.

—El viento partió el cuachanalá y al caer se chingó la letrina —dijo el otro hombre.

—Aironal jijo de la chingada —masculló el de más edad.

Los chamacos comenzaron a salir en tropel y dos de las mujeres también se apresuraron para ver. Al pasar la última, Sirina se le prendió a la espalda por pura curiosidad. Entre el verdor de la ramazón se podían ver trozos de lámina vieja de cartón y varas carcomidas por el comején.

—¿Y eso era la letrina? —preguntó en tono apenas audible, como si hablara para sí misma. Nadie le hizo caso y, ante las risotadas de los chamacos, se regresó al interior de la casa con las mujeres.

Esta vez el dueño de la casa le ofreció una silla, y ella ya no esperó más para encaminar su propósito.

—¿Todos son parientes suyos? —le preguntó, abarcando con un movimiento de cabeza el entorno.

—Y los que faltan —dijo él.

—¿Son sus hijas? —señaló ahora a las mujeres.

—Son mis nueras y mis nietas —tomó un respiro y siguió luego señalando a una mujer próxima a la treintena, flaca y requemada por el sol, pero con una sonrisa franca y abierta sin reparo a los brillos de la plata que salpicaba sus dientes—. Esa es mi sobrina Crisálida, que está de visita; la que sigue es mi nuera Lucero...

Pero Sirina ya no prestó atención a nada más: todo su empeño estaba ahora en esa mujer que seguía sonriéndole sin moverse ni decir palabra.

—¡Qué bonito nombre! —dijo, y sin esperar agradecimiento comenzó a preguntar: edad, cuántos hijos, a qué edad tuvo el primero, si fueron partos normales...

Y siguió sin dar respiro, hasta que al preguntarle qué hacía para cuidarse con su hombre, la mujer respingó y el rubor se le subió a la cara. Sirina aprovechó el silencio para escribir los datos en su cuaderno de trabajo. Siguió todavía un rato, con un riachuelo de cuchicheos de fondo, y cuando cerró el cuaderno y alzó la vista allí estaban todos los ojos chispeando. Ni una taza de café, agua o refresco, nada; aquella gente, como la de las dos rancharías que ya había visitado, parecía negarse de plano a tomar la delantera.

—¿Y son muchos en la comunidad? —preguntó encarando al hombre mayor.

—Hartitos.

—Y qué hay más ¿jóvenes o ancianos?

—Chamacos a lo canijo —dijo el hombre y todos rieron.

—¿Y va a haber tierra para que todos siembren?

—Eso sí que está más cabrón. A ver para ónde le buscan.

—¿Todos los niños van a la escuela?

—Pos cuál escuela si los maestros se la pasan en puras asambleas y huelgas —y de nuevo estallaron las risotadas.

Otra vez abrió el cuaderno y escribió unas cuantas líneas. Afuera, entre el ulular del viento se oyó un relincho.

—La yegua, a ver si no malpare —dijo la sobrina, apartando al niño que tenía sentado en el regazo con intención de levantarse. Pero el hombre mayor le cortó el arranque.

—Zósimo, ve a ver que no la chingue alguna rama al caer —le dijo al hombre más joven.

—¿Puedo hacerles algunas preguntas? —dijo de pronto Sirina, sin cerrar el cuaderno y enfrentando a las dos mujeres que estaban cocinando.

Para las mujeres fue como un trallazo de lumbre que las crispó al instante. Sirina percibió el disgusto y decidió que era mejor entrarle de una vez y derecho.

—Al fin que desde que llegué no he parado de preguntar. Pero es que necesito los datos; todo lo que me digan es para su propio bien, para que las familias vivan mejor...

—¿Nos van a dar despensas...? —la interrumpió el hombre mayor.

—Sí, eso después. Ahora a lo que vengo es...

—Eso mismo dicen siempre los que nos vienen a pedir el voto.

—No, don Tiburcio, ésta es otra cosa. Óigame bien, para cuando termine este siglo ya vamos a ser cien millones en todo el país, ¿se imagina? ¿Dónde va a haber trabajo y comida para tantísima gente? En las ciudades ya no caben más y en el campo pues ya no hay tierras, ¿o sí?

—No, pos no —masculló el hombre.

—Por eso es que hay que empezar desde ahora a planificar. ¿No dice el dicho que entre menos burros más olotes? Cuantos menos hijos tenga uno, mejor educación y trato les puede dar —de pronto vio que las expresiones hurañas de las mujeres que estaban cocinando evidenciaban el rechazo a que siguieran inmiscuyéndose en sus vidas. Siempre sucedía lo mismo con estas mujeres que, por años de ignorancia y malentendidos, recelaban como mulas cerriles de que el gobierno pudiera preocuparse sin más por aliviarles las penas y los sufrimientos que por siglos las madres pasaban a las hijas con resignación—. Lo que quiero decir —prosiguió, cambiando de tono e intención y fijando la vista en la mujer mayor, que andaría por los sesenta—, es que una pueda elegir tener los hijos que quiera, ya sean dos o tres o cuatro, pero, y esto es lo que quiero que quede claro, que sean hijos deseados y no que nazcan como los animales, sin siquiera haberlo pensado con tiempo. ¿O no?

—Sí, pues —dijo sorprendidamente la otra mujer que le habían presentado en segundo lugar. No aparentaba más de veinticinco años; fuerte y regordeta, daba la peculiar sensación de ser un mestizaje de lo malo de una raza con lo peor de otra; sin embargo, a Sirina la disposición de este tipo de mujeres, lejos de desagradarle, le potenciaba la sensación de triunfo: era esa la semilla que prioritariamente había que apartar.

—¿Cómo dice que se llama usted? —le dijo, acomodándose en la silla para darle el frente, sin preocuparle en lo más mínimo que las dos mujeres que estaban cocinando, y que hasta ahora centraban su atención, quedaran relegadas.

—Lucero.

—¿Y cuántos hijos tiene?

—Dos nomás.

—¿Y piensa tener más?

—Yo no quiero, pero mi esposo dice que sí, que siquiera cinco, como aquí Prudenciana —dijo señalando con un gesto de barbilla a la mujer más joven de las dos que cocinaban.

—¿Cinco tiene ella? —repitió Sirina con fuerza, desplazando la vista hacia la aludida. Era una mujer seca de carnes y de un color ceniciento que parecía hacer juego con la suciedad del vestido que llevaba. Al sentirse tema de la plática, se alejó hacia el extremo de la cabaña donde estaba la cubeta del nixtamal y se puso a repasar en el molino de mano.

—¿Y cuántos años tiene usted, Prudenciana?

La mujer, sin levantar la vista, dejó escapar entre dientes un susurro.

—¿Cuántos dijo? —insistió Sirina.

—Veintitrés —dijo el hombre más joven desde la puerta.

—¿Y cuándo le piensa parar?

La mujer se escudó tras una sonrisa tímida y siguió en silencio.

—Imagínese: veintitrés años y cinco hijos. ¿Y qué dice su esposo?

Ahora ni los niños se movían. El rachear del viento apretujaba los ánimos y ningún adulto se atrevía a levantar la vista por temor a delatar la desazón.

—¿No saben cuidarse o es que de plano no quieren? —dijo Sirina, ya molesta por esa renuencia al hablar frontal que parecía ser característica de todas estas mujeres.

—Le vamos a parar cuando Dios disponga —dijo el hombre más joven en un acopio de valor.

—¿Usted es el esposo?

El hombre asintió.

—¿Y no cree que es más fácil atender a tres hijos que a cinco?

El hombre, que se apoyaba ahora con una mano en el respaldo de la silla donde estaba sentado el más viejo, se limitó a encoger los hombros.

—¿No ha ido usted a la escuela, verdad?

—No.

—¿Sabe leer y escribir?

—No.

—Vaya. ¿Ninguna de ustedes sabe? —preguntó dirigiéndose a las mujeres.

Entre las afirmaciones chocantes de los chamacos, se distinguió el aplomo de la voz de Lucero:

—Yo sí sé leer y escribir. Cursé hasta cuarto de primaria.

—Con razón —dijo Sirina para sí misma—. Bien, les voy a explicar paso a paso el programa y ustedes me preguntan todas las dudas que tengan, ¿de acuerdo?

Pero nadie dijo nada y ella siguió hablando. Y así estuvo durante casi dos horas, hasta que empezaron a caer las primeras gotas y el hombre mayor aprovechó para terminar de una vez con aquella platicadera que, además de tenerlos a él y a su hijo allí quietos y evidenciados como pendejos, ya les estaba malogrando el almuerzo.

—Va a caer un mar de agua —dijo al cabo, alzando la voz sobre la de Sirina. Como nadie pareció hacerle caso se levantó y fue hacia la puerta donde estaban apretujados los chamacos.

—Órale, o entran o salen —les dijo subiendo con maña la voz. Miró luego hacia la negrura que avanzaba impetuosa y añadió volteando hacia adentro—: No, ya no van a poder salir aunque quieran.

—¿De plano tan feo está? —preguntó Lucero, desviando la atención del grupo de mujeres hacia la puerta.

—Ven y verás —dijo el hombre.

Lucero se levantó y, tras rápido vistazo desde la puerta, regresó corriendo a buscar un morral que tenía al lado de la silla que había ocupado. En cuanto lo agarró, buscó con la vista entre la chamacada, que ahora se apelotonaba cerca del tapesco, y dijo:

—Vámonos Juve, jala a tu hermanito de la mano.

Sirina miró su reloj y también se levantó: pasaban ya veinte minutos de la hora acordada.

—Entonces quedamos en que yo vengo la semana que entra para ver qué decidieron —dijo desde el centro de la estancia.

—Sí, aquí cualquier chamaco la puede llevar donde yo vivo, no más son diez minutos caminando —dijo Lucero encarrerada.

Tras despedirse, Lucero salió precedida de sus dos hijos: el más grande, de unos diez años, intentó seguirla, pero el hermanito, que apenas caminaba, se colgó de la mano del mayor y comenzó a berrrear negándose al arrastre. Entre maldiciones la mamá tuvo que cargarlo y enseguida se perdió por una vereda.

—¿Y ónde mero quedaron de pasar por ustedé? —le soltó el hombre mayor al ver cómo Sirina reojaba el reloj.

—Quedamos en que me recogían en la cancha a la una.

—¿Y qué horas son?

—La una y media ya —musitó Sirina al tiempo que el agua empezaba a arreciar.

—Segurito está esperándola en la cancha —dijo el hombre sin importarle la cortina de agua que ahora caía frente a la puerta. Como ella ni reparó en lo dicho, el hombre insistió: ¿Y la trajo él o mandó chofer?

—Un chofer —dijo Sirina sin siquiera mirarlo.

—No, segurito ya está allá.

Por instantes arreció el repicar del agua sobre el techo de láminas. Sirina recorrió con la vista los rincones de la casa y enfrentó por último a la mujer de más edad.

—¿Y no tendrá por casualidad un paraguas para que alguien me lleve, doña Verecunda?

—¿Y cómo? —dijo el hombre mayor desde el otro extremo—. Aunque tuviéramos cómo cree que así como está el tiempo...

—¿Entonces no me van a acompañar para enseñarme el camino siquiera? —respingó Sirina.

—Pos el camino es el mismo por el que usted llegó, no se acuerda? —replicó el hombre, sin fruncirse ante el tono regañón de la mujer.

Justo cuando acababa de decidir lanzarse bajo el aguacero, el ruido de un motor hizo que el hombre exclamara:

—¡Ahí viene!

Entre el espesor de agua dos luces brillaron acercándose. Algo dentro del pecho de Sirina se expandió: con las luces en la cara se arrojó al vértigo del lluvional como si escapara de un mal sueño, y la realidad la agarró mal movida: “¡Súbete por el otro lado!”, le gritó Faustino Talamontes al encontrarse con ella frente al morro de la camioneta. El tono, quizás; pero más lo que vio en aquellos ojos lumbrosos y ávidos que le habían parecido desde el principio lo más auténtico en la cara abigotada y mofletuda, y que ahora se agrandaban como los de una bestia oliendo el peligro. Ella todavía le preguntó qué pasaba mientras se metía en la cabina. Él siguió en atropello hacia la casa y entró como un ramalazo.

—¿Y ese milagro? —le dijo el dueño de la casa con sorna.

—¡Déjate de chingaderas y súbete de volada a la camioneta! —cortó de empiece Faustino Talamontes.

—Ni que estuviera loco —alegó el viejo a la defensiva.

—Órale, Tiburcio, antes de que baje más recia la crecida.

—¡Pero como crees que con este tiempo...!

—Mira, hijo de la chingada —tronó el presidente de bienes comunales—. Cuidado con venirme luego a pedir la ayuda de Procampo y permisos para tumbar madera...

—Son chingaderas también venir así...

—Órale, te digo. ¡Todos! —concluyó abarcando con el vulear del gesto a la pelotera que lo observaba todo en un silencio de acorralamiento sin salida, sabiendo ya que aquel rezongue del hombre mayor era más sumisión que rechazo.

Faustino cruzó el rafagueo de la lluvia y entró en la cabina. Sirina, tensa de espera y desconcierto, le pidió el porqué de tanta carrera, y mientras él le decía, notó cómo en aquel rostro de fruta recién llovida se marcaba un arrebol de naufragio. Los repetidos golpes

sobre el techo de la cabina la hicieron voltear para ver al padre y al hijo subidos a la camioneta tapándose con un trozo de plástico.

Entre mentadas, Faustino dio salida: ella ahora crispada y silenciosa; la amenaza ya no estaba afuera sino dentro de ella, en la negrura más negra de todos sus recuerdos, cuando a los doce años estuviera a punto de morir ahogada en Puerto Escondido. Nunca había podido desprenderse de aquella angustia de muerte que sintiera al querer gritar y tragar agua y más agua... Los trompicones de la camioneta, con la amarradera de tensiones, hicieron que la imagen que Sirina vislumbraba ahora entre el diluvial se le metiera en el cuerpo con un sacudimiento de vértigo.

—¡No va a pasar! —gritó aforrándose a la asidera de la puerta.

—¡A madres que tiene que pasar! —replicó Faustino convencido—. ¡Órale güevones, bájense a empujar!

Tuvo que dar dos toquidos al claxon para que los bultos que venían acurrucados tras la cabina se levantaran.

—¡Pero cómo chingados crees que va a pasar! —gruñó Tiburcio parándose frente a la ventanilla.

—¡Órale cabrón, a empujar que esta hija de la chingada pasa porque pasa!

Y sin más enfiló en primera el caudal fangoso que bajaba en riada por un vado que Sirina recordaba apenas unas horas atrás como un escurridero a ras de tierra. Con el morro casi a pleno empuje de la crecida, la camioneta se trabó de pronto. Faustino pisó a fondo el acelerador, pero las señas de los dos hombres desde afuera, que levantaban las manos como si alguien los amenazara, lo obligaron a aflojar el pie y preguntar qué pasaba.

—¡Hay un chingado tronco atravesado! —gritó Tiburcio.

—¡Pues sáquenlo, hijos de la chingada! —rugió Faustino.

Igual de recia la caída de la lluvia y las mentadas sobre los dos hombres, que tuvieron que doblarse sobre la corriente para empujar el árbol. Finalmente pudieron y la camioneta arrancó de nuevo. Adentro, Sirina se encogía contra el respaldo del asiento, levantando los pies para evitar el agua que subía por el piso. En cuanto entró a plena corriente, la camioneta se tornó ligera como si la hubiesen inflado y empezó a desplazarse en diagonal, con mayor rapidez en la

bajada que en el avance. En un volteo de vértigo, Faustino sólo acertó a ver a través del vidrio trasero los linderos verdosos que la lluvia terminó desdibujando. Ni una voz ahora, un ahora sin fin que Sirina recordaría más que ningún otro en los contados meses que le quedaban de vida. Sólo el claveteo del agua sobre la lámina de la cabina y el mar de lodo enfierecido que parecía querer llevarse todo al paso. Y de pronto la solidez del movimiento, la dureza bajo las llantas y el arranque final para salir al borde de una milpa.

Ya en seco, Faustino salió a la carrera a confirmar el presagio. Pero no, allí estaban padre e hijo con la trabazón de las manos sobre el borde trasero de la camioneta. Apenas recobrado del susto, pero con la crispadera de muerte aún dibujada en la cara, Tiburcio enfrentó a Faustino:

—¿Y cómo chingados crees que vamos a poder pasar de regreso?

—Súbanse, que los dejo en la cancha hasta que pase el aguacero —les dijo al tiempo que se metía de nuevo en la cabina, dejando que el rosario de gruñidos de Tiburcio se perdiera con el bramido de la crecida.

Muchas cosas se decidieron para Sirina aquel día: miedo sí, pero también arrojo. Faustino la llevó a comer al restaurante de un hotel ubicado frente a la dársena de Santa Cruz, y allí mismo, para enmarcar de oro el recuerdo, le colocó un anillo con un zafiro en forma de corazón en la mano derecha y le propuso que subieran a una habitación. Y ella que no, que cómo creía. Y él que no lo despreciara así, que por Diosito nunca una mujer le había levantado tanto las ganas. Y ella que no, que ya tenía novio, y que tomara de regreso el anillo, pues sin respeto ya no había amistad. Y él que no fuera tan cruel, que ese anillo se lo había dado con toda su alma. Y ella que mejor la llevara de una vez a su casa... Todavía siguió Faustino insistiendo durante el trayecto a Samahua: un poco más de maña y la potranca mordería la correa. Pero al bajar de la camioneta y correr querendoso tras la presa para besuquearle la nuca, no reparó en los ojos que lo miraban hasta que ella apartó la cabeza.

—¿Y tú qué chingados haces aquí? —dijo Faustino enfrentando a Tereso, que desde el enredijo de la hamaca lo seguía viendo sin

cambio de expresión ni pestañeo—. ¡Órale, hijo de la chingada, a hacerse el loco a otro lado! —lo urgió con gesto terminante.

—Déjalo, que viene a cuidar —terció Sirina al tiempo que abría la puerta.

—¿A cuidar? ¡Descuídate tantito y verás! —escupió Faustino el último amargor del mezcal que había tomado para el desempance—. ¿No oyes o te haces pendejo? ¡Lárgate, te digo! —gritó acercándose encorajado a la hamaca. Tereso se incorporó de un salto y corrió hasta perderse entre los frutales de la huerta.

Dejó de venir unos días; luego regresó como si no hubiera pasado nada, y desde entonces ya no decía cuándo sí o cuándo no, simplemente aparecía con la noche y se iba por la mañana, después de tomar la taza de leche con galletas que Sirina le daba.

La primera en ceder fue Lucero. Chano, su esposo, que había sido agujoneado por Tiburcio, hizo todo cuanto pudo para torcerle la mira: dos hijos no eran nada, siquiera cinco para que algún día se ayudaran; y además la capada —como le decía con malicia— la iba a engordar como puerca. No hubo manera. Con el parto de Marcelino, que venía enrevesado, Lucero había visto la negrura de la muerte, y como consecuencia ya no permitía que su esposo culminara dentro de ella: tensa como primeriza, nomás esperaba la subida de los jadeos para quitárselo de encima y hacer que el semen se le derramase sobre los muslos. De ahí la firmeza de su decisión: o dejaba que la ligaran o mejor que buscara de plano otro agujero donde vaciarse. Y Chano tuvo que resignarse a enfrentar las regañadas de su padre y de su hermano.

Sólo un día estuvo Lucero en Salina Cruz. De regreso, con el entusiasmo del creyente recién iniciado en un culto milagroso, no paraba de enseñarles a todos la rajadita apenas visible, mientras les decía lo fácil que había sido y lo bien que se sentía ahora ya libre de esa chingada condena de chamaco por viaje.

A Lucero le siguió Crisálida, la sobrina de Tiburcio. Al contrario de las demás mujeres, Crisálida encontró en su esposo Nicéforo, desde la primera vez que sacó a relucir el tema tras la visita a Pueblo Viejo, un decidido partidario de la operación; y el apoyo de Nicéfo-

ro, quien a últimas fechas había adquirido un respeto considerable entre la parentela, fue decisivo para que Tiburcio dejara de remoler a cada rato con la cuestión. Así las cosas, a Sirina le fue fácil convencer a Malena —una prima de Lucero y madre de dos hijos de diferentes padres— para que fuera la siguiente. Y todavía hubiera seguido hasta completar con todo el hembrerío en edad fértil, de no ser por un pequeño disgusto que tuvo en casa de Alma, la hermana mayor de Lucero.

Madre ya de una decena de hijos a sus treinta años, Alma era una mujer tosca y chocante de trato, que por su gordura y suciedad recordaba a una marrana enchiquerada. Más que hablar, gruñía; y desde que Sirina la vio en casa de Lucero, se dijo que a aquella paridora de espantajos había que ligarla a como diera lugar. Vivía en un amontonamiento promiscuo y en medio de un incesante griterío. Del revoltijo de engendros no había dónde escoger: las hembras, con la salvedad de Rosaura, que aún no desbordaba los límites, sin cuello ni cintura como la madre; los varones más estirados, pero igual de prietos y huraños que el padre. Como de costumbre, a Sirina ni se le ocurrió sacarle plática a los chamacos. Pero uno de ellos, de no más de doce años, traía entre manos la cachorrada tierna de una perra y no había manera de desencapricharlo. Era la segunda visita que Sirina hacía, acompañada por Lucero, ferviente partidaria de la causa, y la plática discurría a tropezones, entre la porfía de Lucero y Sirina y la bronca neciera de Alma. De fondo, sin cesar un sólo instante, el estridor de la chamacada. Y de pronto, en un aparte de mirada para desahogar el fastidio, Sirina se encontró con una imagen de vómito: allí mismo, apenas a unos metros de donde estaban sentadas, una niña se puso a hacer sus necesidades mientras su hermano, acuclillado con los cuatro perritos rebullendo para salirse del abrazo, dividía sus reclamos entre urgidos a la niña y esperas a los cachorros. Por fin, la niña se levantó y al instante uno de los perritos se arrojó sobre la suciedad y empezó a apurarla a lengüetazos. Con rapidez el niño lo levantó por la panza y soltó a otro, y así hasta que los cuatro dejaron en el suelo la mancha borrosa de los relames. Con un cabeceo de repugna apenas esbozado, Sirina escupió a un lado de la silla el mal sabor y decidió la partida. Entre adioses y titu-

beos, todavía transcurrió otro cuarto de hora. Por último, al jalar de Lucero ya de salida, se encontró con el niño tirando de los perritos por sendos cordeles amarrados de los pescuezos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sirina entre asco y regaño.

—Javier —respondió el niño sin inmutarse.

—Esos perritos se van a morir por comer porquería, y tú también te vas a enfermar. ¿Entiendes lo que te digo, Javier?

—Usted es la que se va a enfermar —dijo el chamaco agarrando a los cuatro perros en el regazo y apartándose, mientras la madre de los cachorros, una perra canela, chaparra y costilluda iba sacudiendo el ubramen tras su camada.

Entre una ida a Ejutla, para confirmar el recado que su madre le había mandado y donde le decía que su novio ya andaba con otra, y las visitas a otras comunidades, pasaron tres semanas. Esta vez regresó sin Lucero, y desde la llegada se le hizo claro el rechazo. La perra —pellejo y huesos en un espeluzne de hambre— se hizo notar con unos gruñidos repelosos que pusieron a Sirina al tanto: de los cuatro perritos sólo uno, remedó infecto de la madre, pretendía articular unos sonidos sosteniéndose apenas en una tembladera de lástima. Del montón de niños salió Javier y, tras cubrir el cachorro con una toalla sucia, lo cargó en brazos.

—Vaya, aún queda uno —dijo Sirina sin ocultar un dejillo de triunfo.

—¡Usted los mató! —escupió el niño ante el silencio tenso de todos los presentes.

—¿Yo?

—Sí, usted les echó mal de ojo.

A Sirina le bastó una mirada a la madre del niño para darse cuenta de que el enredo no era cosa de chamacos. En casos así —lo había comprobado en varias ocasiones— lo mejor era desmontar la seriedad con una carcajada franca y pasar adelante como no dándose por enterada. Pero esta vez no funcionó: Alma y su esposo Lico asumieron de plano una actitud cortante, y Sirina, al ver cómo todos los intentos de plática chocaban contra un muro de desgane y evasivas, dio por perdido el caso. Se despidió y todavía de salida, en el entronque con el camino, se encontró con una sorpresa que la seguiría

acosando por el resto de sus días: allí estaban, como centinelas del mismísimo infierno, tres cagadas impidiéndole el paso.

Recelos y malencaros los tuvo, aunque pocos. Más eran las maledicencias y argüendes que Tereso le traía como ajenos, si bien ella barruntaba que fuesen cosas propias del lenguaraz, que no desperdiciaba ocasión para reclamarle lo pecantoso de su trabajo. De comunidad en comunidad, logró enviar a Salina Cruz un promedio mensual de tres mujeres, y si no superó la cifra no fue por motivos del trabajo, sino por el desfogue a raíz del plantón de su novio.

Salía ahora, además de Faustino Talamontes, con Juan Armenta, profesor del Conalep y revoltoso líder perredista, y a veces con el regidor de salubridad y con un funcionario del DIF estatal que se descolgaba de la capital del estado sólo para verla. Comodina y presumida, buscaba siempre la manera de que alguno de los galanes la llevara y trajera, con el sobreentendido de un posible enganche, o cuando menos de un refocile cachondoso.

Ninguno de los galanes aceptaba sin reclamos la compartida. Todos menos el del DIF estaban casados y con hijos, pero ver a Sirina sentada en un carro con otro era motivo seguro de alebreste. Con el aplomo y el desenfado que la caracterizaban, Sirina cortaba en seco el arranque cambiando defensa por ataque, y los celosos no tenían más opción que exigir al menos primacía en la competencia cada vez más concurrida.

Sin embargo, eran Faustino y Armenta los que pretendían tener mejor agarrada la rienda de la hembra en disputa. Dos veces se había descubierto en plena movida: una en casa de Sirina, al llegar Armenta con un trío y encontrarse con Faustino en la entrada; la otra al estar Armenta y Sirina comiendo en el restaurante de doña Celia, en Santa Cruz, y llegar Faustino con toda la comitiva priísta. Y más que el encono personal, de por sí espinudo entre dos machos costeños al haber hembra de por medio, lo que soliviantó los ardimientos fue el hecho de que los dos hombres fueran acérrimos enemigos en la pugna política. Antulio Salinas, el líder municipal del PRI, que sabía del enganche de Faustino con Sirina, venía aquel día al frente de la comitiva y, al ver a la mujer enrisueñada con Armenta, ya no paró

con sus agüijoneos: “¿Ya viste, Tino? Ese hijo de la chingada hasta la querencia te está bajando”. Para Faustino fue como si le hubieran dado una patada en los bajos. Comió en silencio, ajeno a los chistes maliciosos de la palomilla, y esa misma noche, bien templado de alcoholes, fue a armarle bronca a Sirina.

—Fuera con otro y te lo paso, pero no con ese hijo de la chingada alborotador y muerto de hambre —le dijo en medio del escupidero de babosadas.

—Ya te dije que a mí sólo me va a pedir cuentas el que me lleve al altar vestida de blanco.

—¡Verdá de Dios que si sigues viéndolo los mato a los dos!

—¡Ay, qué macho! —dijo ella encarándolo a la brava—. Y mira, ¿sabes qué? Cuando vienes así de grosero y enmachado lo único que logras es que me desgane de ti.

Sin más palabras dio la vuelta y se metió en la casa cerrando la puerta con llave. Él estuvo unos instantes pendulando con sus caviles hasta que, luego de escupir con fuerza, fue a golpear la puerta entre reclamos. Al cabo, vencido por el silencio del otro lado, decidió irse, y al voltear, entre la negrura del follaje, alcanzó a distinguir dos ojos que lo estaban acechando.

—¡Qué reputas ves, hijo de la chingada! —gruñó al tiempo que extraía con torpeza la escuadra de la cintura y le dejaba ir tres balazos. Tras los disparos pudo oírse un atropello de pisadas a la carrera.

—¿Qué hiciste, desgraciado? —gritó Sirina abriendo la puerta.

—Ese chismoso hijo de la chingada, que nomás anda espiondo —dijo arrojando el coraje mientras caminaba hacia la camioneta.

—¿Sabes qué? —dijo ella a sus espaldas.

—Sí, ya me voy a la chingada. Pero ya me buscarás, cabrona.

Tereso dejó de venir tres noches, y al cuarto día ella fue a buscarlo a casa de tía Názaria, donde le dijeron que también tenía colgada otra hamaca. Y allí estaba, huraño y a la defensiva como el perro que oye los mimoseos del amo después de haber sido correteado a pedradas. La alegría de verlo sin daño hizo que fluyeran los halagos y él, crecido por la rogadera, le dijo que sólo regresaba si ella le devolvía el anillo a Faustino y se comprometía a no meter más hombres a la casa. Y ella respingó. Y así estuvieron todavía un buen rato, hasta

que ella le prometió que ya no iba a permitir que nadie lo correteara de su hamaca.

Regresó ese mismo jueves por la noche, y al encontrarla sola aprovechó para retomar la regañadera: que dejara de una vez ese trabajo del diablo, que ya parara de andar con tantos hombres, que se cuidara porque el día menos pensado le iban a dar un disgusto... Mientras calentaba el café y ponía la mesa, ella asumió la actitud despreocupada de quién oye una prédica por la radio. Después, remojando las galletas en el café, lo enfrentaba de cuando en cuando con una sonrisa complaciente: “Anda, deja de sermonear y toma el café que se enfría”, sin lograr que él cesara en su papel. Por último, lo acompañó hasta la puerta y le dio el hasta mañana. Ya acostada, la voz siguió puntilleando. Al rato, más dormida que despierta, creyó oír que la llamaban.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó molesta.

—Que se le olvidó cerrar con llave —dijo la voz desde el otro lado.

—No importa, ya duérmete de una vez.

El sábado temprano el ruido de una camioneta hizo que Tereso saltara de la hamaca y corriera a refugiarse entre los árboles. La corpulencia arrogante de Faustino llegó a la puerta y tocó con firmeza. Entre el intercambio de palabras y la arreglada de Sirina transcurrió una media hora. Sin moverse, entregado a un cogitar que del temor inicial había pasado al deseo de venganza, Tereso no desprendía ni un sólo instante la vista de aquel bulto que se columpiaba en medio de su hamaca. Algo hablaban, las cochinas de siempre tal vez; aunque las risas de ella dentro de la cabaña comenzaban ya a arremolinarle otros pensares.

Llegaron cuando ya la comitiva estaba formada en dos filas para darle la bienvenida al señor gobernador del estado. Ella, con un conjunto rojo de falda corta y camisa, lucía con garbo todos sus encantos. Como un ventarrón que arrastra todo a su paso, apareció el hombre fuerte con todo su séquito. Con el avorace propio de los lidercillos montaraces, Faustino se desprendió de Sirina para estar en el círculo de los encumbrados. Y allí, en ese descastamiento de animal redilero, fue donde perdió la prenda: en un aparte intencio-

nal para evitar el amontone, Benjamín Galíndez, ambicioso senador istmeño con sobrada nombradía para alcanzar altos vuelos, reparó en la encendida lindura de Sirina, que volteaba nerviosa hacia los lados buscando cualquier agarre.

—¿Y esa chulada quién es? —le preguntó a Antulio Salinas, que no se le había despegado desde que, por mandato del presidente estatal del partido, lo recogiera en el aeropuerto.

El cuadro que el lidercillo local le presentó, con Faustino entremediado, no hizo más que avivar el ardor caprichudo del senador.

—Vamos, preséntamela —dijo encaminándolo.

Y ya no hubo manera de evitar lo inevitable.

Los vieron cenar juntos en un reservado del lujoso hotel de Tangolunda, donde se hospedaba el gobernador, y más tarde se dejaron ver en una discoteca alocados y mielosos entre la bulla y el desmadre. Faustino, desde que los viera en amarrada plástica, había pasado del mosqueo al encabronaje; y cuando supo al día siguiente todo el argüende corregido y aumentado, escupió delante del grupo que lo rodeaba en la oficina de bienes comunales:

—¡A esa hija de la chingada ya se la tengo sentenciada!

Nadie la volvió a ver con vida. El martes a media mañana dos empleados de paludismo que cubrían la zona dieron parte del hallazgo.

Faustino llegó poco después de las doce: serio y agitado de pecho, daba la sensación de haberse puesto otra piel más cenicienta y vengativa sobre la jeta habitual. Con un rápido movimiento de cabeza correspondió al saludo del director del centro de salud y del agente del ministerio público.

—¿Y cómo fue, doctor? —preguntó sin dejar el fuelleo y parado frente a la cama, donde se notaba el bulto cubierto con una sábana.

El médico se acercó y descubrió el cadáver. Estaba de espaldas y con las nalgas levantadas por la hinchazón; al final de la rajada de los glúteos podía verse una sanguina infecta. La violencia de la imagen y la tufarada hicieron que Faustino se volteara al instante.

—La estrangularon, después la violaron por atrás y adelante, y por último le cortaron una mano que no aparece por ningún lado

—dijo el médico cubriendo de nuevo el cuerpo—. Sólo una bestia salvaje pudo hacer una cosa semejante.

—¿Qué mano? —preguntó Faustino con interés.

—La derecha, ¿por qué? —se interesó el médico.

—¡Ya sé quién fue el hijo de la chingada! —rugió Faustino.

Lo encontraron en casa de tía Nazaria partiendo leña con la parsimonia que lo caracterizaba. Con los jaloneos quiso soltar la gritadera, pero la orden del comandante de la judicial, de que no lo golpearan, frenó el arranque.

—¡Dígame, tía Nazaria, que yo no hice nada! —alegaba buscando apoyo en la anciana que veía todo desde la puerta.

—Sí pues, aquí estuvo trabajando —dijo la anciana.

—¿Desde cuándo? —inquirió el comandante.

—Tiene varios días ya que no sale para nada.

—¿Cuántos?

—Varios, pues.

Faustino mismo fue a verlo a la cárcel de Samahua. En cuanto lo vio del otro lado de la reja, Tereso comenzó a chillar como si estuviera frente al mismísimo diablo. Ya no dejaron que le pusiera encima sus manazas, pero movió todo su peso político para que le partieran la madre a ese chacal hijo de la chingada. Con el primer ablande, soltó la sopa: que había sido Juan Armenta, lo juraba por Diosito, que le había oído decir que si no era sólo para él, ya no sería para ninguno. Y cómo lo sabía. Pues porque lo oyó discutir con ella el domingo por la noche. Y qué hacía él allí. Nomás fue a ver si todo estaba en orden... Le dijeron que como no fuera verdad, iban a hacer que se arrepintiera hasta de haber nacido. Y él siguió jurando una y otra vez que había sido Armenta. Por último, lo dejaron encerrado hasta que se diera por aclarado el caso.

Armenta estaba en Oaxaca, en un bochinche de campesinos perredistas que habían tomado el zócalo en protesta por el asesinato de dos líderes juchitecos. Le cayeron a la brava en un operativo especial que estuvo a punto de concluir en verdadero zafarrancho. Allí mismo, en los separos de la judicial estatal, le remolieron alma y cuerpo, sin lograr más prenda que la que desde el principio había soltado y que repetía entre espumarajos de sangre: “Yo no sé nada,

llevo aquí en el plantón casi una semana”. Y en efecto, el escándalo periodístico, la presión de los perredistas acampados en el zócalo y el jaloneo entre distintas dependencias gubernamentales, obligaron a una investigación estricta y exhaustiva que dio como resultado la inocencia del acusado: desde el día de la llegada del gobernador a Samahua había estado acampamentado en el zócalo con los perredistas sin alejarse para nada.

En Samahua la noticia de la liberación de Armenta prendió de nuevo los ánimos. El cadáver de Sirina había sido enterrado con premura en una fosa común y sin autopsia por petición expresa de Faustino, y la madre y un hermano de la muerta alborotaban ahora en el ayuntamiento exigiendo la exhumación del cuerpo para su traslado a Ejutla, además del esclarecimiento del asesinato.

Lo primero que lo puso en vilo fue el alboroto en la otra estancia. Después, al ver al hombrón retinto que venía ladeando al comandante, ya no tuvo duda: como rata acorralada buscó la esquina esperando la tarascada de la víbora. Abrieron la reja en silencio, el comandante traía una reata charra con la que se golpeaba sentenciosamente el muslo derecho. Y sin que le dijeran nada, Tereso se soltó en lloriqueos: que él no había sido, que lo juraba por Dios...

—¡Desnúdate, hijo de la chingada! —tronó el comandante.

Entre la tembladera y el baboseo, Tereso vio cómo el gigantón negro, que seguía sin decir palabra, se bajaba el pantalón deportivo para exhibir una verga entorada. Tereso no hizo el menor intento por moverse, y el comandante fue a la esquina y le soltó unos buenos reatazos. Los gritos chocaban contra las paredes como ráfagas, y siguieron restallando aún después de que la reata ya había parado de abrir surcaderos de sangre.

—¡Desvístelo! —ordenó el comandante al gorila.

Con unos cuantos tirones, la flacura de Tereso quedó al descubierto. La tembladera alternaba ahora con unos hipos de pánico.

—¡Ponte sobre el camastro como la pusiste a ella! —rugió el comandante.

—Yo no fui, lo juro por mi mamacita santa y por la Virgencita de Juquila. Fue Faustino, él fue, y me amenazó si yo lo decía. Fue

Faustino, por Diosito, él fue porque ya no aguantó los desplantes... —más que hablar rezaba, enchiquitándose como si quisiera perderse entre el esquinaje. El comandante hizo una seña y el gigantón fue a buscarlo. De un revés en la jeta lo dejó medio ido. Lo levantó de la greña y lo jaló como fardo hacia el catre.

Al sentir el desgarre de la carne, Tereso pegó un grito de muerte reuniendo todas sus fuerzas para zafarse. El segundo manotazo lo regresó de bruces sobre el catre.

—¡No l'entra al hijo de la chingá! —protestó el gorilón en pleno batalle contra las nalgas que Tereso apretaba como si allí estuviera su último aliento.

—¡Úntale saliva! —bramó el comandante.

Después de echarle un par de escupitajos, el vergajón entró a fondo. Nunca, en todos sus años de rompemadres, el comandante había oído chilladera semejante. Le pasó la reata al negro y le dijo que lo ahorcara igual que el hijo de puta había hecho con la muchacha. En los estertores de la asfixia, Tereso volvió a acusar a Faustino, pero esta vez añadió una frase que hizo que el comandante obligara a detener el jalón en el límite: “Bús-quen-le en el jo-llo, que a-llí le me-tió la ma-no”.

Ante la comparecencia del agente del ministerio público —que fue quien extendió la orden—, el comandante de la judicial y dos regidores que Antulio Salinas había mandado al tener noticias del nuevo giro del caso, el mismo doctor que había firmado el certificado de defunción sin practicarle la autopsia, en medio de una pestilencia infernal, escudriñó entre las piernas del cadáver exhumado y terminó dando con la mano cortada de un solo tajo a la altura de la muñeca y en cuyo dedo anular estaba aún el anillo que Faustino le había regalado.

Nadie supo quién le adelantó la movida. Cuando fueron sobre él, ya se había pelado: que a la sierra, que a Chicago, donde tenía un compadre, que a Guatemala... De Faustino Talamontes ni su propia familia tendría ya más noticias en adelante.

Tereso estuvo internado en el centro de salud dos semanas. Después, aunque más arisco y distanciado, regresó poco a poco a su noctivagaje. Durante un par de meses siguió recalando en casa de

tía Nazaria, pero de pronto comenzó a alternar las dormidas sin que la anciana pusiera en ello algún reparo.

A unas cuerdas de distancia de allí, justo atrás de la escuela secundaria y en una casita de bloque con techo colado que la directora de la escuela rentaba a los educadores foráneos, la voz de Tereso resonaba a través de la pared que lo separaba de la estancia principal:

—Yo sé lo que le digo, maestra, en este pueblo son bien malosos.

—Bueno, pero ya duérmete por favor —dijo la voz de la mujer desde adentro.

—La pura envidia y el chismerío, eso nunca va a faltar.

—Eso no falta en ningún lado.

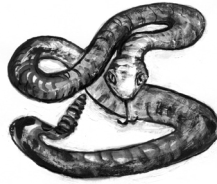
—Y más siendo bonita y sin novio...

—Ay, como serás —dijo entre risas la mujer.

—Pero cuidadito y me la ofenden, porque entonces... —y siguió Tereso, asumiendo la actitud engallada que tanto le gustaba.

VII

ENTRE QUERENCIAS Y AVORACES



Casi seis meses. Libre como si su vida hubiera vuelto a principiar, con el sólo compromiso del trabajo, sin más amarres que los del momento; y el momento era bueno: sueldo, comida, techo y, sobre todo, buen trato. Del trabajo no había queja, podía dormir sin temor a reclamos, pues nadie más quedaba en la palapa por las noches. Sin embargo, él sabía muy bien lo que era justo: si le pagaban, tenía que vigilar. Así que buscó el acomodo entre lo que debía y no, y decidió poner una hamaca en medio de la palapa para acechar cualquier ruido o movimiento.

Además del área destinada al restaurante, había una cocina techada y un cuartucho donde guardaban las cosas de más aprecio, y ese era también su propio cuarto. El bullicio diurno era lo único que lo hostigaba: las lanchas de la cooperativa vomitaban turistas sobre la playa, y el borlote que armaban lo llevaba de inmediato a refugiarse en el recuerdo cada vez más añorado de su querencia. Unos cuantos meses más, esa era ahora la idea que ocupaba sus caviles, y con el dinero juntado regresaría a arreglar la cabaña para darle nuevo impulso a su vida. Pero pensar sólo podía por las noches, cuando estaba a solas entre el cielo y el oleaje; y no durante el día en que en torno a su hamaca, que recogía con una cuerda para permitir el paso, estallaba una escandalera de feria. Una sola vez, por pura curiosidad, se había quedado a ver cómo los dos muchachos que atendían las mesas se volvían locos con la acarreadera de bebidas y comida. Francis, el cocinero amanerado que llevaba el restaurante, le ofreció un extra si les ayudaba siquiera con la lavada

de trastes, y él se negó de plano. No dijo el motivo, pero toda la noche estuvo pensando que aquel trajín no era para hombres, si acaso para jutillos como los dos que servían las mesas, con sus camisetas y pantaloncitos ajustados, labios y ojos repintados, y aquel modo de hablar y de contonearse que hasta los turistas les chiflaban... No, él a esas cochinas no le entraba: primero Dios y con lo juntado compraba otra burrita y se regresaba a su querencia. Por eso es que por las mañanas, luego de desayunar y recibir al personal del restaurante, tomaba la vereda y se iba a la otra playa que estaba a media hora de camino, a visitar a su sobrino Nicéforo, o si no, se echaba al monte a buscar una iguana o iba a las rocas a entretener su soledad.

Con los extraños ni hablaba, sobre todo a partir del disgusto en que, sin darse cuenta, se vio metido. Llevaba apenas un par de meses con el trabajo cuando una tarde vio venir a un tipo extraño con un morral al hombro. Parecía un poco más joven que él. Aunque lo requemado del rostro y la flacura dificultaban precisarle la edad. Desde el principio comprendió que contra esos colmillos había que recurrir a todas las defensas. El personal del restaurante acababa de marchar y el hombre pidió un refresco.

—Será hasta mañana, porque ya cerraron —dijo, evitando darle el frente y con la mirada perdida entre las mesas.

—Ah, ya cerraron.

—Sí, se acaban de ir apenas.

—¿Y usted cuida aquí? —dijo el otro, apoyando con cuidado el morral sobre una mesa.

—Sí, soy el velador.

—¡Qué a todo dar! —soltó al tiempo que apartaba con calculada parsimonia una silla para sentarse—. ¿Y siquiera un vaso de agua?

Fue a la cocina y llenó un vaso de la olla de barro que tenía para su consumo. El hombre agradeció el gesto y, luego de beber, dejó escapar un sonoro suspiro, como si hubiera llegado al final de un largo camino.

—Buena paga y buena comida —dijo mirándolo fijamente con aquellos ojos vidriosos, entre culebra y lagarto, que dejaban entrever una vida espinosa y retorcida—. ¿Y no tiene bocas que mantener? —añadió, abarcando el entorno con intención descubridora. Como no obtuvo más

respuesta que un movimiento negador de cabeza, siguió adelante—. Así que puro ahorro. El problema pues, han de ser las ratas, ¿o no?

Al instante sintió que todo su cuerpo se erizaba y lamentó no tener a mano su machete, que había dejado junto a la puerta del cuarto. El otro, notando el efecto contrariante, enderezó de inmediato la mira:

—Ratones quiero decir. ¡Ah, cómo les gusta el olor y el sabor de los billetes a esos jijos de la oscurana!

Un relámpago le estalló en la cabeza y el fogonazo iluminó de lleno el escondrijo donde tenía el atado con la paga de los dos meses que llevaba trabajando y las monedas de plata que bajara del cerro.

—No me desconfíe ni me tergiverse, mi amigo —dijo el otro ya sabiendo trabado el anzuelo—. Lo único que quiero, con el debido respeto, es darle una pequeña orientación para que invierta usted sus ahorros y ya no tenga pendiente de que alguna rata grande o chica vaya a llevárselos.

—Para qué he de preocuparme si ahorros ni tengo —dijo a la defensiva.

—Ahí usted sabrá, mi amigo. Yo lo único que le digo —y esto lo hago por que veo en usted un hombre no maleado— es que si abre una cuentita bancaria sus ahorros estarán seguros, y además ganará unos centavitos extras con los intereses.

Dos días después, de regreso del banco y con la tarjeta de inversión inmediata en el bolsillo de la camisa, que palpaba desconfiado como temiendo que se le fuera a salir de un momento a otro, Juvenal oía los abundosos razonamientos de Graciano Méndez, nombre que le había dado el hombre, con el embeleso del extraviado que encuentra al fin una vereda.

Se decía de Coyuca de Benítez, en el estado de Guerrero, y había trabajado de chofer con Evaristo Pérez Arreola, líder sindical de la UNAM, y también con Rubén Figueroa el viejo. Después había comprado un potrero con cincuenta vientres en producción y allí empezaron los problemas: total, él se les adelantó a los dos hermanos colindantes que lo traían en la mira y tuvo que echarse a andar, dejando bienes y familia.

Y vaya labia la que este Graciano tenía: una vez que se le daba entrada ya no había manera de resistírsele. Con unas tablas viejas y

láminas de desecho que encontró atrás de los otros restaurantes que ocupaban la playa, levantó un cuartucho allí al lado y comenzó a tejer su sueño. Comida no le faltaba, y en cuanto se ganó a Francis, su querer ya no tuvo trabas. Lo convenció de entrarle a medias a la renta de aletas y visores, y a la semana de instalado el negocio le dio al cocinero los primeros doscientos cincuenta pesos de ganancia. Pronto, ante el mercado cautivo que suponían los turistas que las lanchas dejaban en la playa, decidió ampliar el negocio y consiguió una banana inflable y poco después una acuamoto de uso, aunque en bastante buen estado.

Juvenal, que nunca había bajado la guardia ni aflojado sus ahorros ante la verbosidad enjundiosa de Graciano, empezó a aceptar en sus adentros que ese hombre era bueno como nadie para crecer los billetes. Lo oía ahora embelesado y pensaba que tal vez tanto tiempo de vivir aislado en el cerro fuera la causa de su falta de visión para hacer dinero. Ni modo: todavía era tiempo de aprender, ganas había y maestro ni se diga. Así que, como quien no quiere la cosa, comenzó a perfilar sus dudas a las luces del maestro.

Tenía Graciano una macetita con una zábila en la única mesa que cabía en su rinconera, y el día que Juvenal la vio, bien enmoñada de rojo y con una veladora al lado a manera de altar, no pudo evitar el jalón del curioso:

—¿Y esa plantita para qué es buena?

—Ah, mi amigo, la zábila es la planta del dinero —le dijo con la sobradez del que conoce todos los misterios. Como notó el enganche del serrano, siguió de frente—. Además es la única planta que lo cura todo: heridas, quemaduras, mal de orines y de estómago, hasta envidia y mal de ojo, ¡todo, mi amigo! Por eso allí donde enraízo mi andadura procuro tener mi zabilita.

—Bendita la plantita, pues —dijo Juvenal sorprendido.

—Y tanto. Si yo tuviera un terrenito como ese que me cuenta que tiene pal cerro, de pura zabilas lo llenaría: champús, cremas, de todo sale de esta planta que le digo...

Tan sólo tres días, en un ir y venir misterioso por su silencio, una cabaña de paredes de varas cortadas y peladas con rigor, con techos de láminas de cinc, apareció de pronto en el extremo poniente de la

playa. Al frente, bajo un toldo viejo de la Coca Cola, un negocio de renta y venta de artículos playeros de todo tipo, y en la orilla la banana y la acuamoto, cuya renta supervisaba ahora un ex *hippie* chilango que le decían el Greñas.

Juvenal fue a la otra playa a ver a su sobrino y regresó pesado de cuerpo y ánimo. Por la noche, a la hora en que a Graciano le gustaba explayarse, Juvenal destapó los pesares sin más espera.

—Te van a echar.

—¿A quién? ¿A mí? —le devolvió Graciano apuntándose engalladamente el centro del pecho. Pelo y barba bien recortados (por Francis, con quien ya estaba enredado), guayabera de puro algodón y pantalón de temporada. El guerrerense parecía ahora más un lidercillo político que el fugitivo que apenas unas semanas atrás había llegado al garete.

—FONATUR te la va a tirar —insistió Juvenal. Tenía, además del palpito curioso, una urgencia metida muy adentro por saber si no había nada ni nadie que pudiera ponerle un alto a ese hombre.

—Mira, mi amigo —le hablaba ya de tú y con evidenciada condescendencia—, el que no sabe no toma decisiones, así de sencillo. Sí, nadie duda de que estos terrenos pertenezcan a FONATUR. ¿Y qué? ¿No somos todos mexicanos?, ¿no tenemos el derecho constitucional a poseer un lugar donde vivir?, ¿que no les parece que ponga ahí mi casa? Pues es igualito de sencillo, mi amigo: que me den un lugar para vivir y arreglado.

Acababa de cumplir el mes desde su arribo. Era un sábado de cielo despejado y mar dormido, y desde temprano las lanchas no paraban de llegar cargadas de turistas, que apenas tocando la orilla se abrían en un griterío fiestero. Las palapas de los restaurantes no tardaron en completarse. Graciano, acosado por tanta demanda, lamentaba no disponer siquiera de unos instantes para ver que el Greñas no se fuera a agandallar con la renta de la acuamoto. Cada hora se vencían los plazos, y a las diez en punto una señora y su hija de unos doce años rentaron la banana; la acuamoto seguía en manos de un grupo escandaloso de jóvenes, que se turnaban para hacer acrobacias entre lanchas y bañistas. A las diez y cuarto el zumbido de la máquina se apagó de pronto, para dar paso a una

gritazón histérica en la orilla: la acuamoto acababa de embestir de lleno a la banana donde la madre había subido a la niña. La acuamoto y la banana estaban ahora flotando a la deriva, mientras varios jóvenes del grupo y el Greñas se clavaban como delfines en busca de la niña. Y fue el Greñas quien terminó dando con ella: tenía la cabeza reventada y sin la menor señal de vida.

Como pudo, Graciano encostaló lo de más valor y lo ocultó en el monte. A las once y media, cuando llegó el destacamento de la policía, ni Graciano ni el Greñas aparecían por ningún lado. Nadie pudo dar razón de nada, de quién era la acuamoto, quién la manejaba, nada. En el restaurante de la cooperativa, Francis y los jottillos se encogieron de hombros al oír las preguntas del comandante Benito, mientras los reclamos de la madre, ante el cuerpo sin vida de su hija, se levantaban como humareda hasta el lugar enmontado donde Graciano continuaba regañando al Greñas con un desborde de mentadas.

Juvenal regresó ya tardeando. Al salir de la vereda a la playa sacudió la cabeza para disipar el atarante: varas y láminas habían desaparecido y dos marinos hacían guardia al lado de la acuamoto y la banana.

En el restaurante aún había clientes. Sólo dos mesas estaban ocupadas. En la más próxima a la playa, una pareja se alistaba en silencio en espera de la lancha que habría de regresarlos; en la otra, dos hombres voceaban majaderías en dirección a la cocina. Tenían sobre la mesa dos botellas de brandy, una vacía y otra mediada, junto con varios envases de refresco, y lo que ahora querían era hielo y la presencia de Susy, como le decían a Jesús, el más agraciado de los jottillos. Los dos clientes eran prietos y ventrudos como popoyotes, y por el tono y modos eran con seguridad gente de la zona. Mientras uno seguía solicitando con injurias que los atendieran, el otro, allí mismo, bajo la mesa, abrió las piernas y la bragueta y dio salida a la meadera. En el límite del asco, la pareja levantó sus bolsas y se alejó hacia el otro extremo de la playa donde acababa de llegar una lancha.

Como una sombra, bordeando la palapa para evitar el enganche a que pudiera dar lugar su presencia, Juvenal se acercó a la cocina. Francis y los dos muchachos estaban terminando de hacer cuentas.

—¿Y qué pasó, pues? —soltó Juvenal al ver que ni lo miraban.

—¿Y por ónde chingados andaba? —rezongó el cocinero sin dejar de contar los billetes.

—Fui a un mandado, allá con mi sobrino. ¿Y la casita de Graciano?

—La gente de FONATUR se la tiró —dijo con desgano el cocinero. En ese instante las voces de los borrachos arreciaron y él salió encabronado a la puerta. Iba dispuesto a ponerlos en su lugar, pero vio la lancha que venía a recogerlos acercándose a la orilla y volvió a entrar encarrerando a los muchachos—. ¡Ya vámonos, y que esos dos animales se queden ahí si quieren!

La sola idea de tener que aguantarlos puso a Juvenal en guardia.

—Llévenlos con ustedes, pues.

—¡Que los lleve su chingada madre! —escupió el cocinero.

En el extremo del acorrale, el anciano supo que sólo había una opción para desafanarse.

—¿Y Graciano? —le preguntó a la espalda del cocinero, que ya salía con su morral hacia la playa.

—Bien huido que anda el cabrón.

—¿Y eso? —insistió contrariado.

—Ay, qué hombre éste —le dijo Jesús de pasada.

—Yo acabo de llegar, pues.

—Segurito que con la noche va a regresar. Él ya le dirá todo, que nosotros nos vamos —dijo el muchacho alejándose.

—¡Hey, pinches putos, para ónde chingados van! —gritó uno de los borrachos.

Sin pensarlo dos veces, Juvenal se acercó a la mesa y les dijo que esa era la última lancha que salía, y que mejor le corrieran porque pensaban dejarlos allí varados.

—¡Ah, hijos de su reputísima madre! —bramó uno de los borrachos, tirando la botella semivacia y algunos envases al incorporarse con violencia.

Mentadas, manotazos y ayes se fueron alejando con el ronroneo de la lancha. En la enramada, Juvenal se rascaba la cabeza como hacía siempre que un suceso lo agarraba mal parado, y daba la espalda al mar para intuir entre los bordes enmatorralados la cabeza de Graciano: de un momento a otro se dejaría venir, y entonces le

explicaría todo a su modo, largo y sabroso, y no como esos jotillos que por nadita y se soliviantaban.

Pero Graciano ya no regresó esa noche ni ninguna otra. Le dejó, sin embargo, dos cosas que marcarían en adelante el guíaje de su vida: la obsesión morbosa por el ahorro, y el culto al don multiplicador de las zábilas, que empezó a cultivar a partir de las crías que arrancó de un manchón silvestre que su sobrino le mostró en la playa de Cacaluta.

Nicéforo veía en su tío Juvenal, último de los hermanos vivos de su padre, una especie de sombra con vida propia que le recordaba la porfiada cerrazón de los hombres que marcaran su infancia: era arisco y silencioso por naturaleza, y no había manera de hacer que aquel corazón de piedra que tenía se abriese para mostrar sus entresijos. Él había cumplido al conseguirle el trabajo de velador, y ahora toleraba sus visitas con la misma indiferencia con que veía ir y venir al perro o al comején hacer sus caprichosos veneros por los morillos del techo. A veces lo llevaba a pescar a las rocas o a camppear, pero la costumbre era que el tío se tendiese en la hamaca a oír la platicadera de Crisálida mientras echaba tortillas, o se fuese con algún chamaco a cortar un tercio de leña. Solía llevar unos panes de dulce para los chamacos, o cualquier cosilla que viera a propósito en el restaurante; y aunque decía siempre que ya venía almorzado, la verdad es que no dejaba de entrarle a los platillos que Crisálida le ofrecía.

Al restaurante llegó un día, en vergonzosa pedidera, una mujer flaca y amarillecida por una vida desmodada. Traía tras de sí a dos niñas igual de malgradadas que ella y con el mismo rostro afilado, brillante y de ojos prendidos que los zanates que revoloteaban sobre las mesas en busca de comida. En brazos cargaba una criatura de meses, lo que acentuaba la impronta de desamparo que la aureolaba. Durante todo ese día anduvo recorriendo los restaurantes de la playa con la mano tendida a quien reparaba en ella. Por la tarde se acercó al restaurante de la cooperativa y enracimó su camada en torno a una mesa. Juvenal les llevó algo de comer confiado en que pronto se marcharían. Pero no se marcharon ni esa ni las siguientes noches: sobre un trozo de plástico que habían encontrado en el

monte, improvisaban su lecho y allí se acurrucaban en una esquina de la palapa.

Dijo llamarse Gaudencia, que era de Xadani y que a su hombre lo habían matado en San Miguel del Puerto, cuando andaba en la pizca del café. Como no tenía nada ni nadie a quién atenerse, no le quedaba más que recurrir a la gente. “¿Y por qué no buscas trabajo?”, le soltó él en cuanto supo que apenas tenía treintaidós años. “Pero ónde, pues”, dijo ella, dándole a entender que disposición no faltaba.

Desde muy adentro le venía la duda. Aunque las ganas echaran a vuelo las ventajas, allá, en el fondo del latir, donde tenía las dolencias, algo se resistía a ceder por temor a que la vida le fuera a dar otro sacudón ahora que el enrevesamiento parecía arreglarse. Así que fue a ver a su sobrino para pedirle orientación en el caso.

Encontró a Crisálida cosiendo una camisa junto con el niño más pequeño, que jugaba arrojando y jalando una cuerda de pescar desde el terraplén. Los chamacos más grandes no estaban: el mayor se había ido a un mandado a Pueblo Viejo, y los dos de enmedio estaban en la escuela. Preguntó por Nicéforo y la mujer le dijo que estaba en la casa de arriba, viendo el asunto de la taladera de árboles.

—¿Siguen con lo mismo? —inquirió mientras buscaba acomodo en la hamaca.

—Peor ahora —rezongó la mujer—. El otro día hasta por el monte lo persiguieron.

—¿Y cómo le va a hacer, pues?

—Jalarle pal otro lado por un tiempo.

—¿Y qué dicen los señores?

—Pos que ya se va a firmar lo de la reserva y que va a haber cuidadores y marinos, pero no tiene para cuándo...

El tono era de disgusto y ante eso él se encontraba como tortuga amenazada. En silencio comenzó a mecerse en la hamaca y se dejó ir fingiendo que dormía. El asunto de Gaudencia quedó ahora relegado; en realidad una sola idea, la misma que seguía anclada en el resquemor mientras otras iban y venían, chisporroteaba en la oscuridad de su silencio: si su sobrino se iba, nadie iba a arreglar el asunto de la viuda de Ednodio.

Casi una hora después llegó Nicéforo. La vida regalada que ahora llevaba se reflejaba en la rotundez del cuerpo, abultado de abdomen, pero bien musculado, que bamboleaba al caminar con sobradura de animal triunfoso. El semblante tenso se aflojó al ver la cabeza del tío sobresalir de la hamaca.

—¿Cómo te fue? —le dijo Juvenal buscando entrada.

—De la chingada —cortó de golpe Nicéforo.

Fue más respuesta de la que necesitaba para cambiar por completo la intención y cerrarse en su desamparo. En silencio, mientras el sobrino le sacaba filo al hacha a un lado de la cabaña, estuvo mas-ticando sus pensares, hasta que comprendió que era mejor tajonar de raíz las ilusiones y atenerse a la propia necesidad, aunque luego todo terminara en una ruina de querer.

—Ya me voy —dijo levantándose de la hamaca.

—¿No se queda a almorzar? —le preguntó Crisálida.

—No, ya se me hizo tarde.

El sobrino ni le habló. Cuando iba de bajada aguzó el oído y le llegó claro el rezongue: “Chingada madre, siempre viene por lo mismo”. El calambreo de las palabras lo tuvo indeciso unos instantes. Después de oír eso ya ni para qué seguir buscándole: de una vez iba a hacer lo que tenía que hacer, al cabo que ya había confirmado que estaba por demás confiar en alguien.

Cuando pidió permiso para construir un cuarto allí mismo, pegado al restaurante, no le dijeron que no. Trajo en una lancha de la cooperativa tres láminas de cinc para el techo, y la pared la levantó de varas. Dormían todos acurrucados en el suelo, sobre un petate, y la primera semana de juntura fue más de tanteo que de agarre. Gaudencia asimiló enseguida la bondad del cambio y comenzó a extender su empuje más allá de su ámbito. Los jostillos agradecieron que la arena del restaurante amaneciera barrida y cernida de corcholatas y colillas. Sin embargo, a Juvenal le pareció que en el sobrepase de la mujer había una señal preocupante; le dijo que se limitara a atenderlo a él y a las niñas; ella asimiló el regaño, pero no dejó de buscar oportunidad para apuntalar su mira. Al final, aprovechando una ida del anciano a depositar su paga, como hacía puntualmente todos los fines de quincena, la mujer amaño un

acuerdo con el cocinero y, a cambio de una pequeña paga, se hizo cargo de toda la limpieza.

Juvenal respingó al enterarse y sólo aceptó el acuerdo cuando Gaudencia le hizo una faena que le cortó todas las salidas: primero le echó en cara que ni siquiera le daba gasto para la ropita de las niñas, y que era una vergüenza que Araceli, la mayor, a sus once años no tuviera ni pantaletas... Él la paró diciéndole que así como andaba era más sano para la niña; y ella le objetó, que si iban a vivir juntos, tenían que compartir penas y alegrías. Y fue entonces que él aprovechó para reclamar su derecho de hombre; y ella, viendo que el momento era propicio, le dijo que si no lo habían hecho antes no era por su desgana. Al final terminaron en el extremo de la playa solazándose bajo el tachonal de estrellas. Después se metieron desnudos en la orilla y estuvieron jaloneándose un buen rato, como dos adolescentes que descubrieran de pronto los regustos de la vida.

Con el cambio, Juvenal dejó de frecuentar a su sobrino en la otra playa y se entregó al espejeo de la nueva familia. Araceli, mujer en cuerpo de niña, era ahora, junto con el afán por el dinero y las zábilas, el aliciente de su vida. La llevaba siempre consigo dondequiera que fuese, y con ella gastaba los únicos centavos que no depositaba en la cuenta. La madre recelaba de tanta querencia, pero daba soltura al asunto en razón del enganche que se traía ya con el cocinero, que bateaba parejo con los jorillos y con la serrana.

Aprovechando un mal tiempo que obligó a las lanchas a permanecer en la dársena de Santa Cruz, Juvenal subió al cerro con un costal cargado de crías de zábila. Hacía casi un año de su partida y el monte no había respetado el abandono. De Xúchil hasta su lugar empleó todo un día de camino, pues descansaba a cada rato para evitar que las plantas que llevaba al hombro se dañaran. Al parecer nadie había estado en el ranchito durante su ausencia. Matojos y bichos ocupaban todos los espacios en una libertad ruinosa que parecía empeñada en negar todo vestigio humano. Barrió el piso con unas matas de malva amarradas a un palo a manera de escoba y tendió la pequeña hamaca que llevaba consigo entre los dos horcones centrales de la cabaña. Allí durmió una noche, después de haber resembrado aquí y allá la mitad de las zábilas que traía.

Al día siguiente partió con el resto de las plantas hacia su cafetal. Llevaba ya dos horas de camino, el sol mortecino por la bruma y una humedad ahogaba la caminata en un silencio de naufragio. Y de pronto le llegó un traqueteo extraño proveniente de la cañada; luego otro y otro más, como si dos pájaros carpinteros estuvieran picoteando un palo hueco y el sonido se amplificara. Dejó la costallilla con el bastimento y las zábilas entre la espesura y bajó a ver qué podía ser aquel repiqueteo tan raro. Al rato volvieron a sonar las ráfagas, ahora claras y punteantes como el ronroneo rapidísimo de un motor, y ya no tuvo duda: eran disparos de armas. Lejos de ceder, la curiosidad le creció. Sigiloso, como venado, fue acercándose hasta que pudo ver, en medio de un desmonte hecho a propósito en un bajial de la cañada, a un grupo de hombres disparando contra unos muñecos de trapo que colgaban de unas ramas. Casi media hora estuvo viendo cómo cargaban, disparaban y volvían a cargar en turnos, que dirigía un güero alto al que ladeaba una mujer con lentes y pelo recogido en una trenza, aquellas armas que vomitaban balas con una rapidez endemoniada. Todos tenían uniformes con manchas verdes, y casi no hablaban entre ellos. Sólo una expresión, cuando ya estaba por retirarse, le llegó tras un rafagueo: “Águila Uno es quien decide eso”. Con esa frase en la cabeza regresó a donde había dejado la carga y siguió repitiéndola luego durante todo el tiempo que empleó en llegar al cafetal y sembrar el resto de las zábilas. Con nadie cruzaría palabra al respecto, y sólo mucho tiempo después, en el deslumbre de un despertar violento, le sería dado de golpe y como último acto de su vida, el significado de aquellas palabras.

Ubicada a un poco más de cincuenta kilómetros al oeste de Samahua, Pochutla fue por décadas el centro hegemónico del comercio de la región. Por ahí pasaba el afamado café de Pluma y Candelaria Loxicha para su embarque en Puerto Ángel, y allí también se mercaban todos los productos del campo y pesqueros desde Huatulco hasta Puerto Escondido. Con el desarrollo turístico estos dos últimos lugares se habían convertido en fuertes polos de crecimiento socioeconómico, dejando a Pochutla en medio a manera de puente entre el pasado y el presente.

Era muy poco frecuente ahora que alguien de Samahua fuera a Pochutla por algún motivo. Sin embargo, Salomón Leiter estaba allí, con la camiseta pegada al musculaje por el calorón, y con el olor a mierda seca malográndole el sabor del jugo de naranja y zanahoria con dos huevos, que había desayunado a la carrera antes de partir hacia la cita en la oficina del comisariado de bienes comunales de Pochutla, en manos del PRD. El motivo: la adquisición de un lote comunal en una playa primorosa llamada Salchi, a mitad de camino entre Pochutla y Samahua. Por fin, tras dos semanas de ires y venires, parecía haber llegado a un acuerdo con el grupo que encabezaba un hombrecillo ladino y voraz, que quería comerse a dentelladas lo poco que había sobrevivido a más de medio siglo de corruptelas del partido en el poder.

Con un metro ochenta y cinco de estatura y la perfecta trabazón de músculos que lo había llevado a ser finalista en el más reciente concurso de místico México, caminaba entre los puestos del tianguis hacia la camioneta que, por falta de lugar, había dejado estacionada a un par de cuadras del zócalo. Nunca reparaba en las baratijas y suciedades folclóricas que los indígenas ofrecían sin el menor control de las autoridades. Su gusto era otro, más agringado y tecnológico, y todo lo que tuviera un tufillo del México profundo era para él sinónimo de atraso.

Pero esta vez fue algo extraño e inmanejable, como si un mandato superior lo hubiera decidido: la premura del escape lo hizo tropezar contra una anciana, que a su vez trastabilló hasta caer sobre un canasto de mimbre donde un campesino tenía metidas tres crías de zorro. Al doblarse el canasto, los animalitos salieron dando brinco y la gritadera se generalizó. Sin poder dar crédito, Sal, que era como todos los conocidos le decían, vio cómo uno de los zorros se le metía entre las piernas buscando refugio ante la algazara. Y entonces algo se le prendió muy adentro y ya no lo dudó ni un instante.

El gimnasio de Sal era el lugar donde podía verse la poca voluntad fuereña que había logrado sobrevivir envidias y rencores en el paraíso huatulqueño. Los mejores cuerpos, lo que aún quedaba terso y erguido después de varios años de achicharres y reventones, se reunían allí para verse vistos y chismear sin reparo.

Sal metió a los zorros en una pequeña jaula que mandó hacer y la colocó en una esquina del gimnasio, que enseguida se convirtió en el centro de atención de la concurrencia. Le llevaban sobradas pedacerías de carne, pero sobre todo pescuezos y patas de pollo, que los animales preferían por su sabor y blandura. El olor que envolvía el rincón no arredraba los gestos de apapache, y cada quien, en la medida de su atrevimiento, alargaba la mano y externaba opiniones sobre qué debía hacerse al respecto: ecología era ahora la palabra clave y los cachorros el pretexto para hablar de algo positivo. Asumiendo como siempre un silencio autocomplaciente, Sal sonreía a las madres que le pedían permiso para mostrarle a sus niños los cachorros, y envaraba al máximo el porte cuando oía cómo elogiaban el gesto de haber salvado a esos pobres animalitos del trato cruel a que los tenían sometidos.

Al poco tiempo los zorros comenzaron a tirar tarascadas a las manos confianceras, y ése fue el principio de una nueva actitud hacia ellos. Las visitas disminuyeron poco a poco, y de los asiduos al gimnasio sólo Ann Marie, francesa con más culo y tetas que discernimiento, siguió fiel al rito de alimentar a los animales mientras le soltaba una jerigonza que, según ella, les hacía mucho más llevadero el cautiverio. Pero el ejemplo ya había cundido: comprar un animalito del monte a los vendedores clandestinos en los mercados de la Crucecita y Samahua era el latir del momento; de preferencia loros, cotorras y pericos, pues otras especies eran más caras y de más difícil manejo. Con la demanda aumentó también la captura, y el escándalo desbordó cuando la presidenta del Taller Estético y Ecológico del Trópico, que encabezaba las acciones para la declaración de la reserva ecológica, escribió al respecto un artículo puntilloso en un periódico de Oaxaca.

Bien comidos y sin espacio dónde moverse, los zorros pronto alcanzaron el tamaño adulto, y Sal acordó con Ann Marie que era el momento de soltarlos. No hubo dudas sobre el lugar: la playa de Maguey, aledaña al núcleo de la proyectada reserva ecológica. Eligieron una noche de plenilunio y, aunque la hora clave fue fijada para las doce, el bullicio empezó desde el atardecer. Instalaron el campamento en el extremo oeste de la playa, y mientras unos acarreaban

leña para armar la fogata, otros bebían y atizaban hierba, y algunos más chapoteaban gozosos en la orilla. Traían un equipo de música conectado a una batería y el estruendo se alargaba por toda la playa.

Luna y hoguera en pleno brillo. El tiradero de latas de cerveza y vasos desechables se esparcía en torno al círculo que todos formaban viendo la lumbre. Algunas parejas se levantaban y sus sombras desaparecían en la orilla; la mayoría atenta a la plástica, en un ensimismamiento enmarcado por el tintineo *new age* de la música. El acuerdo era unánime y ni las palabras distraían la vibra hermanante del momento.

A las doce en punto, satisfechos los excesos, Sal abrió la portezuela de la jaula y los zorros salieron a la arena: uno corrió hacia el extremo opuesto de la playa, los otros dos enfilaron hacia el monte; en cuanto el primero agotó el arranque, volteó y al ver que los otros se perdían en la espesura corrió a juntárseles. Tras la emoción de los primeros instantes los aplausos resonaron unánimes. “Es uno de los momentos más bellos de mi vida”, dijo Sal al reinstalarse en torno a la hoguera con el vaso de ron en la mano. Y los aplausos volvieron a subirse sobre el platear de las olas.

Desde el momento mismo en que los vio llegar, el cuerpo se le acanalló, como les pasaba a los burros cuando la carga era canija. Entre tanto vocerío y acarreo iba sintiendo cómo el sabor del aguardiente se le amargaba en la boca y lo hacía maliciar sospechas: tenía que ser justo allí, en el aparte donde él se daba gusto con Gaudencia, y en el día señalado por la llenura de la luna. Supo enseguida que no era una invasión de perredistas sino una fiesta, pero el encabrone fue el mismo. A la distancia, escondido en el monte, estuvo viendo el alboroto mientras crecía, y lo siguió viendo después desde la hamaca, hasta que ya de madrugada dejó de oírse el último motor.

Gaudencia, más por quitarle al viejo el refunfuñe que por ganas, le dijo que lo hicieran allí nomás, tras las mesas, pero en silencio. Él repeló por lo bajo sin darse a entender, aunque lo suficiente para que ella sintiera la desazón y se fuera a dormir con las niñas. Él se tendió en la hamaca y siguió derecho el desvele, hasta que la primera luz lo llevó hacia el extremo de la playa.

No le contrarió el tiradero, al cabo que ése no era asunto suyo, y hurgando entre los restos encontró un encendedor y una cajetilla de cigarros, lo que le dio a su ánimo un giro gratificante. Después regresó a levantar a Gaudencia, cuya flojera parecía crecer parejo con el agarre de confianza. Enseguida fue a la cocina y puso a calentar agua para café, que era para él la base de una buena amanecida. Todavía se dio tiempo para ir al monte y hacer del cuerpo y echarle un puño de maíz a las gallinas, en las que Gaudencia había invertido ahorros e ilusiones: eran diez y a Juvenal le gustaban sólo dos, chicas y coludas, por el evidente cruce de gallo de pelea. Cuando volvió del guayacán donde las gallinas dormían, encontró a Gaudencia sacando la olla del café de la lumbre. En el fondo la mujer no era del todo dejada, tenía sus detalles y sabía ser agradecida; lo único que a él no le parecía es que anduviera tan ofrecida, sobre todo con el cocinero, pues esas ya eran chingaderas teniendo compromiso como ella tenía. Pero eso iba a cambiar en cuanto se fueran a vivir al cerro, de eso no le cabía la menor duda.

Tres días después, ya tardeando, Juvenal pescaba ojetones desde la orilla mientras Gaudencia recogía conchitas con las niñas. De pronto se oyó una escandalera de cacareos, pero cesó enseguida por lo que no fueron a ver qué pasaba. A la mañana siguiente, al llevarle el maíz a las gallinas, Gaudencia empezó a dar de gritos. Cuando Juvenal llegó bajo el guayacán, la mujer tenía en la mano el cuerpo de una gallina sin pescuezo ni patas. Las contaron: ocho en total, así que faltaba otra. No tuvieron que extender mucho la búsqueda para dar con la otra gallina en idéntica condición que la primera.

—Eso sólo lo pudo hacer una marta o una onza —dijo Juvenal, evidenciando con el fruncimiento de ánimo lo que aquello suponía.

—¡Ay, Santísima Virgen de Juquila, se las van a acabar todititas! —clamó Gaudencia al recoger el cuerpo igual de frío y tieso de la otra gallina.

—Ándale, jala para la casa con ellas y desplúmalas.

—¡Ya están comidas por el animal! —opuso con escándalo Gaudencia.

—Y eso qué chingados importa, aún están retebuenas para un caldo.

—¿Y qué vamos a hacer con las demás? —preguntó ella mostrando el desamparo.

—Tú a lo que te dije, ya veré yo qué hago.

Estuvo en la rumia de pensares toda la mañana. Después de almorzar un buen plato de caldo de gallina, llenó una pequeña olla con más líquido que carne y se fue a ver a su sobrino a la otra playa.

—No creo que sea marta —le dijo Nicéforo tras oír el relato—. Tal vez onza o costoché.

—¿Y la comedera de patas? —inquirió Juvenal contrariado.

—Eso sí que está cabrón —dijo Nicéforo sin dejar de remendar la atarraya que colgaba del techo—. Ni modo, va tener que ponerle espía.

—¿Y cómo? —balbuceó Juvenal.

—Y cómo chingados va a ser, pues espiondo en el árbol —le espetó, dejando en claro su intención de desafane.

—Sí, pero no tengo con qué.

—Yo le presto el rifle, pero póngase vivo porque ese animal es bien listo.

Nicéforo fue al interior de la cabaña y salió con el rifle en la mano. Se lo tendió junto con unos cuantos tiros metidos en una bolsita de plástico.

—Con éstos hasta le sobran —dijo con suficiencia.

Juvenal recogió el arma y los tiros y se quedó en suspenso: esas situaciones le corroían el alma.

—¿Y no me harías el favor, aunque nomás sea por esta vez...? —dijo al cabo.

—¡Chingada madre, es que nunca fue a la espía o qué chingados! —respingó Nicéforo encarándolo.

—Es que ya hace años que no tiro.

—Lo que bien se aprende no se olvida.

De nuevo se quedó en silencio. Estaban los dos solos, ni la mujer ni los chamacos se veían por ningún lado. Supo que ya no había más que hacer, así que se levantó y se despidió sin cruzar más palabras. Nicéforo lo vio alejarse por la bajada y movió la cabeza al tiempo que rezongaba por lo bajo. Luego dejó de tejer y en dos trancadas se asomó al terraplén.

—Mire, usted hágale la lucha y si no gana, entonces venga a buscarme —gritó y las palabras se fueron rodando vereda abajo como si fueran piedras tiradas desde lo alto.

Puso la hamaca en el guayacán y eso no pareció gustarle a las gallinas. Por fin, ya metido el sol, se acomodaron en las ramas más separadas de él y el cloqueo nervioso se paró poco a poco. Con el rifle alistado aguzó al máximo vista y oído. Hacía tanto tiempo que no iba a la espía que la desconfianza le empezó a vencer al ánimo: las sombras parecían moverse y la hojarasca multiplicaba el crujir de las pisadas.

Las primeras horas estuvo yendo y viniendo del ahora al recuerdo en un chorreadero de imágenes. Después fue alternando cabeceos con bruscos despertares que lo llevaban a dirigir el haz de luz de la linterna en un rastreo cada vez más desilusionado. Amaneció frío y entumido; la sensación de fracaso que lo había venido embargando a lo largo de la noche, se había convertido ahora en la certeza de que aquello no podía ser más que otra maldad de la hija de la chingada bruja.

—¿No llegó el animal? —le preguntó Gaudencia desde el petate al verlo venir opacado y lagañoso.

Gruñó algo ininteligible y siguió de frente a prender la lumbre. Una taza de café bien caliente con una pieza de pan dulce era todo lo que deseaba. Después desaparecería entre el monte para echarse una buena dormida. Desayunó en silencio, sin invitar a Araceli, como solía, a que viniera a sentarse sobre sus rodillas para sentir el cosquilleo de sus nalguitas desnudas. Una vez que terminó, agarró el morral con las cuerdas de pescar y dijo que luego regresaba.

Pasaban ya de las diez. El mar bronco y espumoso rebalsaba con fuerza por efectos del ventarrón que soplaba del rumbo de Salina Cruz. Casi no había turistas y Francis aprovechó para darse gusto con Gaudencia. La mujer mandó a las niñas a recoger conchitas y se encerró con el cocinero. Cuando la tenía ya bien trabada, el cacareo de las gallinas alertó a la mujer, que quiso separarse para ver qué pasaba. Pero el cocinero, esclavo del acalore, afianzó el agarre y la envergó con más ímpetu.

Media hora después, al abrir la puerta para dar salida al cocinero, se encontró con Araceli cargando una gallina sin patas y chorreando sangre por el tronco del pescuezo.

Gaudencia hubiera preferido no decir nada, silencio culpero por la gozada, mas no prevenir el chisme de la niña mayor era alocadura, y se adelantó a darle la noticia a Juvenal en cuanto lo vio llegar. Fue como un resoplar sobre los rescoldos: recriminaciones y refunfuñes se levantaron como humareda, y al cabo la mujer jaló con las niñas para darse un baño y quitarse la melcocha que ya sentía escurrir por los muslos, dejando al anciano solo con su rezongar biliero.

Cuando regresó, con el sol ya acabándose, la lancha de la cooperativa había salido y en la enramada sólo se veía un bulto enroscado en la hamaca. Venía renovada y decidida, como si el baño le hubiese quitado el regusto vergonzoso del revolcón y no tuviera más que justificaciones para enfrentar la remolera del anciano. Al entrar a la palapa afinó el pisar para no dar pretexto a la plática. Y de pronto un cacarear victimero reventó en el monte. Sin dudarle un instante, Juvenal saltó de la hamaca y salió corriendo a buscar el rifle. La mujer y las niñas, horconadas en el mismo lugar, lo vieron salir a paso rápido hacia el guayacán.

—¡Apúrate que ahí está! —gritó Gaudencia en un arranque solidario.

En el tiempo que le llevó a la mujer llegar al cuarto, sonó un disparo. Ella y las niñas volvieron a quedarse quietas y con las miradas encontradas: esperaban un segundo disparo, un grito, pero no se oyó nada. Poco después llegó el anciano. Al ver la imagen repetida de la mañana, ella simplemente volteó y entró al cuarto.

—¿Le dio usted? —fue Araceli la que rompió el silencio. Y lo dijo con aquella vocecita tan dulcicona que el anciano, tras dejarse caer en una silla y apoyar el rifle, la jaló hacia sí y la abrazó con ganas.

—Costoche es —dijo con voz desinflada.

A Gaudencia el cambio de tono y modo le permitió bajar la guardia.

—¿Y le diste?

—La mera verdad, no sé.

—¡Pos cómo no has de saber! —reclamó ella con el empuje del coraje.

—Estaba sobre la gallina cuando llegué y luego que le tiré salió a la carrera —dijo, mientras rememoraba el momento en que, al pasar la mira de la cabeza al brazuelo, el temblequeo le había ganado.

—¿Y era grande? —volvió a preguntar la niña, tratando de aflojar el abrazo.

—Medianito —le dijo casi en un susurro al oído.

Fue otra noche de hundiduras: resquemores y sospechas le rompían la intención al sueño, empujándolo de un lado para otro como boya en oleaje. Con la primera luz del amanecer preparó el agua para el café, y luego de tomarlo se fue con el rifle al hombro hacia la otra playa.

Crisálida, con la greña indócil y expresión adormilada, salió a encontrarlo al terraplén, donde el Duque le cortaba el paso. Lo vio y se volteó displicente, como si fuese el burro o la yegua el motivo de los ladridos. Se volvió a meter en el cuarto donde dormían y, tras un rumoreo desganado, salió Nicéforo. Traía únicamente una trusa puesta y las ganas de orinar le apalancaban el miembro, que apuntaba contra la tela como una estaca. Vio al anciano y siguió derecho hacia la parte de atrás de la cabaña, donde dio salida al aguaje.

—¿Qué, cayó? —le preguntó de regreso.

—No le hallo el punto a este rifle —dijo Juvenal regresándose.

—Pero le tiró.

—Sí, le tiré.

—¿De noche?

—No, con la tardecita.

—¿Y vio qué era?

—Costoche.

—Pues el rifle está al centavo —dijo apuntando hacia la lejanía—. A no ser que usted haya golpeado la mira.

—Está talcualito me lo diste.

—¿Y ya no chingó más gallinas?

—Dos más.

—¿Entonces para qué chingados me lo regresa?

—Te digo que está por demás: no le hallo la mira.

—Ah, cómo es necio, chingados —escupió al tiempo que agarraba una lata vacía y la iba a colocar a veinte pasos sobre una pie-

dra. Comprobó luego si el rifle estaba cargado y le quitó el seguro. Apuntó y con el disparo la lata voló hacia atrás. Sin dejar el rifle fue a buscarla y le mostró el agujero casi al centro.

—Bueno, ya me voy —fue todo lo que el anciano dijo.

Un par de horas más tarde Nicéforo llegó al restaurante de la cooperativa con el rifle a la espalda. No vio a su tío, y los dos jottillos le dijeron que se había ido a pescar a las rocas. Contrariado y tenso, dio unos pasos hacia la orilla y alargó la vista por todo el borde rocoso: justo al final, sobre una piedra blanqueada de suciedad de pelícano, se veía el bulto diminuto de un hombre. Ni modo, por algo sería. Al voltear para irse vio al cocinero y a Gaudencia salir de la cocina. Estaba casi seguro de que ese hijo de la chingada había sido el que le echara alambre a la pata a su burro, y más de una vez, masti-cando rencores, había pensado en partirle la madre de un plomazo: si ya se iba a ir para el otro lado, que fuera con provecho. De la mujer ya había oído que era ligera de cascos y que estaba con el viejo por pura conveniencia, pero esas chingaderas a él ni le iban ni le venían. Dio los primeros pasos para alejarse y le detuvo la intención Gaudencia urgiéndole la espera. Lo alcanzó y en un rápido revoloteo de invitaciones y sonrisas logró atraerlo hacia el cuarto.

No quiso café, en cambio sí aceptó una Coca Cola, que era su vicio. Mientras dejaba ir por la garganta el frior dulzón, reparó con malicia en que la mujer traía la blusa desabrochada de arriba, lo que dejaba al descubierto sobradez de tetamen. Siguió con la vista hacia abajo y en redondo, dibujando nalgas y piernas, al tiempo que ella se esforzaba por recoger aquí y allá el sembradal de cachivaches, y se dijo que lo que la muy puta quería era embaucarlo para una revolcada. Sin dar más rienda al animal que empezaba a imponérsele en los bajos, preguntó dónde mero estaban las gallinas. La mujer respondió que atrás, en el monte. Le pidió que lo acompañara para agarrarlas y amarrarlas. Ella objetó que no se iban a dejar, y él sólo dijo que trajera un puño de maíz y unos mecates.

Tras hartó batalle lograron atrapar a todas menos una. La mujer se las fue pasando y él las amarró a unos metros del guayacán, donde había decidido subirse. Luego le pidió que se retirara y se sentó sobre una horqueta con el rifle alistado.

La gallina libre, con un cloquear nervioso, se fue acercando donde estaban las otras: unas dando jalones a la pata, las otras quietas con los ojos saltados y moviendo los pescuezos en descólgenes histéricos. No había acabado aún de abarcar con la vista los claros entre los árboles, cuando dos zorros de mediano tamaño se acercaron a paso rápido hacia la gallinada. Sin dudarle siquiera puso el brazuelo del primero en la mira y apretó el gatillo. El animal pegó un salto y desapareció tras unas matas de lechuguilla. Corrió el pasador y metió otro tiro en la recámara. El otro zorro ya no estaba. “Al menos un hijo de la chingada ya tuvo”, masculló como si estuviera hablando con el rifle, cuya culata sentía ahora tibia y pegajosa sobre la cara. Al rato bajó el rifle y siguió con la vista a la gallina suelta, que en medio de un cacareo de pánico corría de un lado para otro. Sólo al acercarse la gallina al guayacán en un largo vuelo, Nicéforo pudo ver al otro zorro encarrerado tras ella. Fijó el animal en la mira y le siguió luego la carrera hasta soltar el disparo un poco adelante de la paleta. Así como venía corriendo el zorro se embrocó. Todavía estuvo un buen rato pataleando, y cuando Nicéforo bajó del árbol lo encontró ya en los estertores de muerte.

El primero era un macho, el segundo hembra: ni tuvo que hurgarle en los dientes para saber que aún no alcanzaban el año.

Para evitar habladurías no quiso otro refresco. La alegría le bailaba a la mujer en todo el cuerpo, y él sabía que tanto agradecimiento dejaría de un momento a otro libre a los demonios de la carne para saciarse sin reparo. Dijo que ya luego hablaría con su tío y se fue con el rifle terciado.

Sorpresa primero, y después el orgullo de pertenecer a un clan fuerte y respetado. Juvenal oía el recuento que Gaudencia le hacía de los hechos, mientras el olor de los dos parguitos que había pescado le llegaba como un premio desde el sartén donde crepítaban. Con la boca abierta, sin reparar siquiera en el boquete desteclado que siempre se esforzaba por ocultar, seguía los pormenores de la muerte de los dos zorros como si se tratase de un acto legendario; y es que para él, aquella manera tan precisa con que había actuado su sobrino, era señal segura de que las maldades que le habían hecho no quedarían sin cobrar. La mujer hablaba y hablaba, y a él no le pa-

saba por la cabeza que tanto agrande pudiera tener otro motivo que el que vislumbraba: el orgullo de ser la mujer del tío de Nicéforo.

Gaudencia le sirvió un pescado, que él empezó a pellizcar con harta chupadera de dedos. Luego le sirvió el segundo, pero él lo apartó con el plato diciendo que ya tenía suficiente, que era para las niñas y para ella. La mujer dijo que ya había comido e insistió —con un aleteo de sonrisas que hacía tiempo no le brindaba— en que comiera él los dos. Y entonces él comenzó a apretarle las formas con la mirada, y al descolgarse por el ventanal de los pechos decidió que esa noche la iba a montar con ganas.

Recién había acabado de comer y buscaba la hamaca para echarse un cabeceo reponedor. Traía la vejiga a medio llenar y dudó un instante entre vaciarla de una vez o después de la dormida. Acordó que de una vez y se apartó hacia el borde de la palapa. Al dar salida a la meadera levantó por un instante la cabeza y vio el volar descendente de los zopilotes entre el ramaje, como a unos cincuenta metros adentro de la selva. “¿Y qué chingados andarán oliendo?”, se preguntó intrigado. Terminó de orinar y se fue tras la pajarraquera.

—¿Qué crees? —le dijo a Gaudencia de regreso.

Venía con la mirada aún más prendida y parecía que el cansancio se le hubiera caído, como si sobre la piel vieja y macilenta le brillara una nueva. La mujer se lo quedó viendo y se encogió de hombros siguiéndole el juego.

—Siempre sí le atiné al costoche —soltó con suficiencia.

—Válgame, ¿a poco eran tres?

—Tres eran. Éste también era macho, aunque apenas se distinguía por la gusanera.

—Virgen Santísima, tanto costoche junto. ¿Y no sería cosa del diablo?

—Diablo o no, ya fueron a chingar a su madre.

Ya no pudo dormir con el ansia. Buscó el momento apropiado para perfilar la intención, y para su sorpresa la mujer se mostró ganosa. Así que, baño de rigor y a esperar la oscurana para la acostada.

Venían él con el petate y ella con la cobija hacia el extremo de la playa, y de pronto él la detuvo poniéndosele delante.

—¡Gente! —escupió él.

—Dos como nosotros —dijo ella.

—Chingados, otra vez nos agarran el lugar habiendo tantas playas —masculló él con un deje de derrota.

—Pos cuál es el problema —dijo ella convencida—. Nos apartamos tantito y ya.

Poco después, bajo un parpadeo de millones de ojos rutilantes, las dos parejas le daban rienda al deseo. Cuando acabaron, unos se quedaron tendidos en la arena con la mirada suelta al pasmo; los otros dos se fueron a la orilla a remojar sus partes.

—Cada vez que miro este cielo tan estrellado después de hacer el amor, me convenzo más y más de que somos una mierdita perdida en el universo —dijo Sal en un tono sincerante.

Ann Marie, que acababa de prender un cigarro de mota, se limitó a expeler el humo en un sibilar largo y placentero. Sal tomó el cigarro y le dio un par de jaladas, reteniendo por unos instantes el humo en su pecho de titán. Después lo soltó lentamente y se quedó en silencio.

—¿En qué piensas? —preguntó Ann Marie tras dar otra chupada al cigarro.

—No sé por qué, pero tengo la certeza de que los zorros que soltamos estarán ahora ya apareándose, ¿te imaginas?

—Sí, qué maravilloso, ¿no?

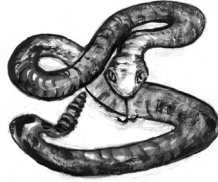
Al mismo tiempo, a menos de cien metros de distancia, jalándose el pellejo de la verga una y otra vez para que el agua de mar le quitara el rezume, Juvenal le decía a Gaudencia:

—Por fin voy a dormir tranquilo.

—Ay, ojalá abunden mis gallinitas —expresó la mujer de cuclillas en la orilla y sintiendo como la frescura del mar se le metía para adentro cada vez que las olas le lamían la entrepierna.

VIII

EL COMPROMISO



La vida de Tiburcio Santiago fue de menos a más como una comejenera. Desde que llegó a Pueblo Viejo, huyendo de la mala vida que llevaba en San José Miahuatlán, no dejó que su ambición se enfriara. Del avorace brutal de los primeros años, consecuencia de la hambruna propia de la aridez de los terregales miahuatlecos, pasó a una holgura sustentada en la siembra de maíz y la cría de animales domésticos, además del goteo acumulativo de las chambas ocasionales que, junto con sus dos hijos, realizaba entre siembras. Su capacidad de ahorro iba al parejo de su orgullo, de ahí que en menos de diez años su clan alcanzara nombradía y respeto entre los comuneros de las rancherías aledañas a Samahua.

Adiós al mirar para el cielo olisqueando el aire; adiós al clamar por la lluvia en medio del maízal desmayado por la sequía. Ahora, sin el bigotón montaraz de los años turbios, bien enguayabado y con los dólares que Zósimo enviaba mes con mes del otro lado, enfilaba la cima de su ambición como patriarca de una familia poderosa. En su casa y en la de su nuera Lucero se comía y bebía sin regateos, y a últimas fechas le estaba agarrando el lado potenciador a la prestadera de dinero. La técnica operativa no podía ser más clara y eficaz: el que pedía el préstamo estaba obligado a devolver en seis meses la cantidad prestada más un cincuenta por ciento adicional; en un año la cantidad adicional aumentaba al cien por cien. Para unos era un usurero hijo de la chingada, para otros un cabrón suertudo y aguzado. Sin embargo, no faltaba quien recurriese a él, pues el crédito era otorgado de inmediato y a la palabra.

La amistad entre Tiburcio y Domitilo Altamirano iba ya para doce años. Juntos habían campeado y juntos tomaron mezcales; y en dos ocasiones Tiburcio le había prestado a Domitilo fanega y media de maíz, que luego el otro le repuso puntual al levantar su propia cosecha. Nunca pues, un roce o un disgusto; por eso es que cuando Domitilo le vino a pedir dinero para sacar a su hijo Mauro de la cárcel, Tiburcio se limitó a plantearle las condiciones. Domitilo aceptó el compromiso de pagar la primera mitad en un plazo de seis meses.

No fue poco el reclamo de las mujeres al enterarse de la cantidad prestada. De por sí el motivo había suscitado el rechazo en las rancherías aledañas. Mauro, que era rata reconocida, había sido denunciado por su hermano Otilio por el robo de dinero. En represalia, Mauro le cayó a Otilio a leñazos frente a la madre y lo dejó como vegetal. Sin pruebas ni testigos, aunque sobrados de sospechas, las autoridades de Samahua aprendieron a Mauro y le dijeron a Domitilo la cantidad de dinero que necesitaba para sacarlo. De ahí que Lucero y Alma se le pusieran al brinco a Tiburcio, mientras Prudenciana y Verecunda observaban el argüende con expresión de pasmo.

—¡Pero qué juicio el suyo! —le soltó Lucero ya colmada.

—Ya está hecho el compromiso y ni para qué buscarle —alegó Tiburcio, cansado ya de tanta habladera.

Lucero siguió regurgitando enconos: no sería su dinero ni su preocupación, pero de que era una pendejada ni duda cabía. Y fue entonces Alma la que lanzó el golpe preciso, como si estuviera viendo el final de toda esta algazara entre familia:

—¿Y si luego no le paga, qué va a hacer?

—Paga. Cómo chingados no va a pagar —respingó Tiburcio no maliciando siquiera que Domitilo pudiera faltarle a la palabra.

—Pos sin papel firmado, de qué valen los compromisos —insistió Alma con su certera malasangre.

—Paga porque paga —remachó Tiburcio, al tiempo que enfilaba la salida de la cabaña. Y enseguida añadió—: Y además, pague o no pague no es asunto de ustedes.

Sin embargo, aunque de boca para fuera no mostrase sospecha, en su interior crecía la duda conforme pasaba el tiempo. Al salir Mauro de la cárcel, padre e hijo fueron a visitarlo para darle las

gracias. Pero después cada quién siguió en lo suyo. A últimas fechas sólo se habían visto tres veces: dos en las juntas de comuneros; la otra, cumplidos ya los cuatro meses, fue por derecho a tantearlo.

Domitilo estaba dentro de un corral ordeñando un hato de chivas. Con su mirada rapiñosa Tiburcio calculó al menos unas cincuenta. De inmediato el regusto se le endulzó: en el peor de los casos había con qué emparejarse. El corral distaba apenas unos veinte metros de la cabaña, en cuya puerta estaba parada tía Gervasia con varios chamacos al lado; y un poco más allá, sentado en una silla apoyada contra la pared de bahareque, Otilio fijaba su vista en el corral con la expresión babosona y sorprendida de un cambio de meses.

—Ya abundaron, ¿no? —le dijo Tiburcio apoyándose en la tranca del corral.

—Alguito —respondió Domitilo sin inmutarse.

—¿Y dan harta leche?

—Nomás pal gasto.

Los dos guardaron silencio: uno por no saber cómo entrarle al asunto, el otro por no querer hablar del mismo. Sólo los chisguetes de la leche sobre la cubeta se oían junto con el zumbar del moscal atraído por la suciedad de los animales. Tiburcio volteó con discreción hacia la casa y encontró la mirada de Otilio fija como un retrato; la anciana y los niños ya no estaban. Ni para qué darle más vueltas, pensó, regresando a la imagen de Domitilo que jalaba ahora otra chiva hacia la cubeta.

—¿Y Mauro, ónde anda? —soltó sin más preámbulos.

—En Coyula —dijo Domitilo sin encararlo.

—¿Y ya encontró chamba?

—¿Y ónde si no hay?

—Pos en los hoteles o en FONATUR, dicen que hay.

—Dicen, pero ya ves que con ese modo mandón que tienen ni quién les aguante.

—Hay que buscarle, pues —insistió Tiburcio apretando el talante.

—Solamente del otro lado, como perros en casa ajena —dijo Domitilo devolviéndole el piquete.

—Pos peor es andar atenido a lo ajeno.

—Mira, cada quién tiene sus razones, pero yo prefiero que mis hijos anden encapuchados por los caminos antes que ir de perros pal otro lado.

Tiburcio encajó la pulla y comprendió que no tenía caso seguir con aquel alebreste que no conducía a nada. Dejó pasar otro silencio antes de entrar de lleno en el motivo de la visita.

—¿Y qué, ya mero acabalas pa pagarme?

—¿Ya cumplió? —se revolvió Domitilo enfrentándolo.

—No, pero ya mero.

—Pos cuando cumpla hablamos.

—Bueno, chingados, yo nomás vengo a recordarte el compromiso —alegó Tiburcio sacudido por la respuesta tan filosa.

—Sí, está bien que veas lo tuyo, que yo también veo mis chingaderas.

No había modo: mejor hubiera sido esperar el momento y caerle sin más vueltas. Ahora lo conveniente era retacharse y dejar que el tiempo enfriase los ánimos.

—Ya me voy, en dos meses vengo por el dinero —le dijo secamente.

—Sí, a ver qué pasa —masculló el otro sin molestarse en mirarlo.

Cada giro que llegaba era motivo de reunión, y cada reunión terminaba en francachela. Primero en Loma Limón con Lucero, después en casa de Alma en Pueblo Viejo. Tiburcio nunca decía que no a los mezcales. Como un patriarca perdido en el argüende bullanguero de las mujeres, bebía en silencio sus ardores sin que su rostro recio y filudo dejara traslucir el marasmo de sus pensares. Lino, el hijo menor de Lucero y su nieto favorito, atraía de cuando en cuando su atención hacia el echadero donde golpeaba un cilindro metálico con el tesón de un pájaro carpintero. A menudo terciaba en las disputas de las mujeres, pero lo hacía sin mando, limitándose a parar empujes y separar agarrones. En otras condiciones su amenamiento hubiera espoleado a Alma o Lucero; sin embargo, ahora la abundancia no permitía reparar en sutilezas, y en la novedad de la riqueza nadie se acordaba ya del compromiso que meses atrás levantara polvareda de reclamos. Nadie, excepto el propio Tibur-

cio, que seguía la cuenta de los días con una obsesión que hasta le quitaba el sueño.

Del presentimiento pasó a la certeza y ya no había manera de arrancarle de los pensares aquella desconfianza urtica que crecía como marañal. Necesitaba hablar del asunto, airear la cabeza con otras palabras que le dieran razón y fundamento, pero no tenía a nadie más que a las mujeres, y las mujeres, como estaban ahora, luego se incendiaban. Lo más cabrón de todo era que la única persona que en un caso como ese podía ayudarle, fuese precisamente el causante de su derrumbadero. Y no eran pocas las ocasiones en que la rumia de pesares terminaba buscándole una razón al cambio experimentado por Domitilo. “¡Chingada madre, tan buen amigo que era”, se lamentaba cuando el mezcal le removía el alma.

Y por si aún no fuese suficiente el mal latir del asunto, un domingo antes de cumplirse el plazo, en una junta de comuneros en Samahua, se enteró de que Mauro andaba diciendo que el dinero del préstamo ya se lo había llevado la chingada. Fue como el descontón de un garrotazo: todo su cuerpo se le ablandó con la aturdidera y la sonrisa que esbozó no hizo más que acentuar el desamparo. Ya no quiso esperar la barbacoa de res que con intención proselitista ofrecían las autoridades, y se regresó de inmediato a casa. Por la tarde, sin probar bocado, se enroscó en la hamaca y, fingiendo dormir mientras Prudenciana y Verecunda hablaban de sus tonteras, estuvo yendo y viniendo con los pros y contras de los pasos a dar. Ya con la primera oscuridad, saltó de pronto de la hamaca y, con un tono entre triunfal e imperioso, les dijo a las mujeres que se apresuraran con la cena y se dejaran de tantas chingaderas.

En todo el municipio de Samahua sólo había dos oficinas notariales. En una despachaba el licenciado Agustín Páez, hombre bonachón y querido por la comunidad que, desde que heredara la notaría, se había limitado a escriturar los terrenos que FONATUR otorgaba a los legítimos comuneros o vendía a los inversionistas foráneos. La otra, la llevaba el licenciado Albino Godínez, joven abogado de aspecto inocente pero sobrado de garras, con cierta nombradía en el pueblo por sus mañas lengüeteras. Y fue a éste al que Tiburcio recurrió, pues tenía anotadas sus señas de una vez que subiera a Pue-

blo Viejo acompañando al presidente municipal para entregar apoyos de Procampo condicionados al voto por el partido en el poder.

La oficina estaba en la parte alta de un edificio comercial ubicada en la plaza de la Crucecita. Mujeres jóvenes, encargadas de las distintas *boutiques* que ocupaban los locales rentados, se movían de un lado para otro exhibiendo los encantos con la misma intención con que la gallina cacarea la puesta del huevo. Tiburcio reojaba la ceñidura de carnes con un disimulo que era más descontrolado que otra cosa. Todo aquello era para él extraño e inasequible, y de algún modo que no podía precisar le amargaba la salivadera. Subió las escaleras viendo para todos lados con el fin de buscar un agarre que lo sacara del desconcierto. Al llegar al rellano, un trabajador de la limpieza cruzó ante él con una cubeta y un trapeador en las manos.

—¿Y quién podría darme razón de la oficina del licenciado Godínez? —le dijo como si temiera el rechazo.

—Ahí nomás —dijo el otro señalando una puerta cerrada.

Arriba y en la propia puerta dos letreros indicaban la oficina. Tiburcio se acercó e intentó buscarle el sentido a aquellas letras. Con cautela tocó con los nudillos la puerta y esperó. La mirada fija en los dedos que sobresalían de los huaraches. Las raspadas y la mugre eran como acusaciones que lo señalaban, y al huir de ellas se encontró con los bolsillos de su guayabera lucidora y domingosa, planchada y reteplanchada por Verecunda con una plancha de hierro macizo que metía a calentar entre la lumbre del comal. Y el ánimo le cambió al instante: eso era lo que los demás podían ver de él. Volvió a golpear, esta vez con más ganas, y se separó de la puerta para dar un giro y ver el entorno. Nadie reparaba en él, y el estruendo que subía ahora desde uno de los locales de la planta baja le dio una sensación de ocultamiento, lo mismo que le pasaba cuando iba a un mitin en la presidencia municipal de Samahua y se perdía entre el parloteo de la indiada que llenaba los corredores.

Un ligero bisbiseo le llegó del otro lado de la puerta; se acercó para oír mejor y la puerta se abrió. Un joven de traje estaba acomodándose la corbata en el cuello de la camisa. El frescor del aire acondicionado alcanzó de lleno a Tiburcio cuando fue invitado a pasar. Luego, sin decir palabra, el individuo abrió otra puerta y desapare-

ció. Cuadros sin valor y diplomas atrajeron la atención de Tiburcio, hasta que la segunda puerta se abrió y salió una costeña erguida y bien dotada, envuelta en oloral de afeites y perfumes. Pasó a sentarse tras el escritorio que estaba frente a la entrada y, sin siquiera mirar ni saludar, le preguntó qué se le ofrecía. El rubor del sofoque reciente, extendido por el rostro acanelado de la muchacha como un derrame de sol, terminó de confirmar a Tiburcio en su malicia.

—Vengo a ver al licenciado, señorita —le dijo con la vista descolgándose gustosa por el surco perlado que se abría hasta los bordes del sujetador.

La secretaria levantó la vista y encontró el relame de ojos de Tiburcio. De inmediato endureció la expresión y se ajustó la camisa.

—¿Y tiene cita con el licenciado? —preguntó adueñándose de la situación.

—Pos no, a verlo vengo.

—¿Y cuál es el motivo?

—Ya le digo, a platicar con él vengo.

—A ver, espérese tantito —dijo al levantarse, y desapareció de nuevo por la puerta interior de donde había salido.

Tiburcio ni tiempo tuvo de repasar sus pensares. El joven que le abrió la puerta al principio salió acompañando a la secretaria, y repitió las mismas preguntas que acababan de hacerle. Por último el asistente le dijo que el licenciado llegaba al mediodía, y que si gustaba podía esperarlo. Tiburcio frunció el gesto y se quedó en suspenso un instante; después dio unos pasos y, con un leve cabeceo hacia la secretaria que ya ocupaba su asiento, salió al pasillo. El asistente corrió a encontrarlo y le dijo que si gustaba podía tomar asiento adentro. Tiburcio se lo agradeció y siguió parado afuera, reojando con disimulo las piernas de la secretaria. Al rato dio unos pasos sigilosos y fue a sentarse en la silla que estaba pegada a la pared, a un lado del escritorio que ocupaba la secretaria. Y allí estuvo mirando e imaginando mientras los dos jóvenes cruzaban en palabras clave sus sentires.

El licenciado llegó alrededor de la una de la tarde. Chaparrón, pero bien parecido, era de esos que consideraban el justo medio como la medida de todo. Venía acalorado y con un portafolios de cuero negro en la mano derecha. Entró, saludó a su personal y pasó a

su despacho privado, en una puerta aledaña a la que los dos jóvenes habían usado. En unos minutos más el asistente llamó a Tiburcio y lo introdujo en el despacho.

—¡Vaya, qué milagrote verlo por acá! —dijo dándole con ganas la mano a Tiburcio. Enseguida, sin reparar en la mirada del hombre, siguió en confianza—. Cuánto tiempo, ¿no?

—Pos sí —dijo Tiburcio por decir algo.

—¿Y qué lo trae por aquí, entonces? —dijo ofreciéndole con la mano tendida un asiento.

Con la desconfianza del venado que ventea riesgo, Tiburcio apartó la silla y buscó acomodo. En su cabeza un hervidero de principios. Al levantar la mirada se encontró con la sonrisa picante del licenciado, que se acomodaba del otro lado del escritorio.

—Pos vengo por derecho a pedirle consejo —dijo de pronto.

—Ah, caray. A ver, lo escucho —dijo el licenciado fingiendo interés. En su cabeza otros caviles: “Otro neto arisco que viene con un lío del carajo y luego le parecen mucho mil pesos”.

—Mire, pos la cosa es que presté dinero y quiero ver si usted lo puede cobrar —soltó Tiburcio como si le acabaran de cortar el amare que le traía doblegado el ánimo.

—A ver, a ver, cómo está este asunto. Dice que prestó dinero, ¿y le firmaron algún pagaré, carta contractual, algo?

—Pos ése es el mero asunto, que no me firmaron nada.

—O sea, que prestó el dinero sin ningún respaldo... y sin testigos.

—Hicimos un compromiso como aquí acostumbramos.

—Bueno —resopló el licenciado confirmando lo que suponía—. Lo que tenemos es que: uno, usted prestó dinero sin que le firmaran documento legal alguno; y dos, se venció el plazo y no le pagaron...

—El plazo aún no venció.

—¿Y cuándo vence?

—Esta semana.

—¿Y por qué teme que no le vayan a pagar?

—No podría darle razón, licenciado. Es como si me naciera de adentro —dijo Tiburcio poniendo de una vez todo el latir al descubierto.

—Pues vaya problema en que se metió, tío Chano.

Tiburcio ni ánimos tuvo para desdecirlo. Levantó la vista cauteloso, como el perro que espera el chingadazo después de haber hecho la maldad; algo dentro de su cabeza se le había prendido y ya no dudaba de que aquella era una maniobra para subirle al billete.

—Mire, vamos a hacer una cosa —el licenciado habló igual que si lo hiciera ante un espejo, seguridad y regañe por delante—. Desde el punto de vista legal no hay nada que hacer, esto que quede bien claro. Tenemos que esperar a que cumpla el plazo; y si no paga, pues despídase usted del dinero y punto...

—Hay un compromiso, pues —neceó Tiburcio.

—¡Qué compromiso ni qué ocho cuartos! ¿Le firmaron algún papel? ¿Tenía testigos siquiera? ¿Entonces? —estuvo unos instantes montado en la regañada hasta que retomó el talante—. ¿Sabe cómo le decimos nosotros a los que prestan dinero o sirven de aval sin la firma de papeles que los protejan? ¡Pendejos con cascabeles! Y disculpe lo claridoso, pero quiero que no le quede ninguna duda.

—Bueno, pos a ver qué pasa— se levantó Tiburcio con decisión. En su cabeza aullaban ya los demonios de la sangre.

Y fue ahora el licenciado el que se sorprendió con la movida. Se levantó y fue a tomar a Tiburcio de los hombros.

—Mire, si ese hijo de la fregada se nos raja, mando a la judicial a que le partan la madre —enseguida sintió el recobre de Tiburcio. “A estos indios necios hay que darles de su chile”, se dijo, y le guiñó un ojo al asistente que se asomaba atraído por la bramadera.

Los dos días previos al cumplimiento del plazo los pasó en la playa de Cacaluta, con su sobrina Crisálida. Yendo a pescar con Lupillo logró desviar sus pesares, que sólo al anochecer, en el vaiveneo de la hamaca, le regresaban como rebalse tormentero. Con Nicéforo del otro lado mandando mensualmente sus buenos dólares, la familia vivía ahora en pleno desborde consumista, evidenciado por el regadero de bolsas de alimentos chatarra y envases de jugos y refrescos. Estaban mejor que nunca, y el único motivo de preocupación era el distanciamiento con los señores de la casa grande, que desde la partida de Nicéforo buscaban un nuevo cuidador para la reserva. Crisálida, encrestada por la dolariza, enfrentaba los reclamos de los señores con la arrogancia displicera del costeño encumbrado.

De regreso a Pueblo Viejo, Tiburcio se ancló en la hamaca a esperar que pasara lo que tenía que pasar. Al caer la noche, ya seguro de que Domitilo no vendría, se levantó y salió a dar un paseo. Una vez que durmiera en la playa había visto cruzar el lumineo de un satélite y desde entonces no podía evitar que, al estar en noche abierta, la vista se le fuera de barrido. Ni una sola nube había ahora; un negror cavernoso prendía al máximo el puntilleo y conforme caminaba todo parecía perderse en la inmensidad. Estuvo como un cuarto de hora buscando, y después empezó a malograr la señal. Todavía porfió otras dos horas: ni siquiera un avión, de los muchos que llegaban al centro turístico, pasó sobre él. Y se resignó al cabo a pasar una de las peores noches de su vida. Cada vez que intentaba alejarse del asunto, la certeza le llegaba como una garra sobre el corazón: aquello no podía tener buen fin.

Con el amanecer pidió un café, que Verecunda le sirvió junto con una tostada, y enseguida cambió el atuendo para ver qué había pasado.

Llegó a casa de Domitilo poco antes de que dieran las nueve. El hombre estaba en el corral con las chivas, y al verlo hizo un leve movimiento de cabeza a manera de saludo.

—Chingados, parece que ahí nomás te la pasas metido —dijo Tiburcio, marcando desde el principio el tono de la plática.

—Ni modo, así son estas chingaderas —masculló Domitilo sin levantar la vista.

Tiburcio tragó saliva y dejó pasar unos instantes antes de lanzarse derecho: sabía que con Domitilo ennechado no había manera de agarrarle hilo a la plática. Como si fuera a clavarse en buceada, tomó aire y se fue a fondo:

—Pos vengo por lo mío, que ayer cumplió el plazo.

—Sí, ya sé, pero no hay con qué —dijo el otro mirándolo ahora con tiesura.

—Compromiso es compromiso —insistió Tiburcio.

—Sí, no digo que no, pero de ónde.

—Pos vende las chivas.

—No hay quien las compre.

—¿Entonces?

—Dame otro mes siquiera para que acabale.

Tiburcio le echó cavile mientras el otro siguió ordenando: no había nada qué hacer, el solo hecho de darle largas le removía la tripa, ¿y si después le salía con otra chingadera? Las manos crispadas sobre la cerca, la mirada clavada en la espalda del otro, cuyo respirar calmoso no evidenciaba rebulle. Siempre había sido así, calculador y frío como una víbora, capaz de pasarse horas acucillado al acecho de la víctima. Y esta actitud, precisamente, era la que le daba al desenlace de los pensamientos un amargor de muerte.

—Así lo dejamos, pues. Tú verás si no me cumples —dijo Tiburcio destrabando manos, dientes y mirada, dispuesto a retirarse.

—Cumpro, cómo chingados no voy a cumplir —remató Domitilo sin voltear.

Otro mes en ascuas. Intentó ir a ver al licenciado para ponerlo al corriente, pero encontró el despacho cerrado y algo adentro se le sublevó pidiéndole que no insistiera. Así que desesperó hasta el límite, y el día justo del vencimiento del nuevo plazo se presentó en casa de Domitilo con la primera clareada. Esta vez lo encontró adentro de la cabaña, sentado frente a la mesa y sorbiendo un tazón de leche caliente que acompañaba con una tortilla chonga. Los tres hijos de Otilio dormían en el petate que estaba sobre un camastro de varas, y las dos mujeres, madre y nuera, absortas en el trajín de la torteada. Después de los saludos el silencio tensó la espera. Tiburcio de pie, Domitilo sorbe que sorbe. La mujer de Otilio dejó el metate y fue a ofrecer una silla al recién llegado; todo sin mediar palabra, en un distanciamiento que Tiburcio resintió al instante.

—Pos ahora sí, vengo de una vez por mi dinero —dijo decidido.

Domitilo siguió enmarranado sobre el tazón de peltre, hasta que lo apuró levantándolo a la altura de la cara. Luego se pasó la manga de la camisa por la boca y eructó el hartazgo.

—Seguimos en la misma —dejó escapar sin el menor cambio en su talante.

—¿Que no me vas a pagar? —respingó Tiburcio.

—No tengo con qué.

—Pos dime de una vez si me vas a pagar o no, para que ya no ande dando vueltas.

—De una vez te digo que no te voy a pagar —sentenció Domitilo al tiempo que se levantaba de la mesa.

Tiburcio también se incorporó y los dos hombres se vieron por primera vez desde el inicio del asunto frente a frente. Tiburcio, un poco más alto y nervado, las miradas igual de decididas y filosas.

—Bueno, ahí que te sirva siquiera para que te compren las vendedoras —dijo Tiburcio dándole la espalda para encarar la puerta.

—Pos a ver a quién se las compran primero —se la regresó Domitilo.

Pasó una semana entre ires y venires. Al tercer intento se topó con el licenciado en la puerta.

—¡Qué milagro! —le dijo el licenciado con el sacudón de mano.

—Aquí nomás, viroteando —dijo Tiburcio sin atreverse a mirarle a los ojos. El ardor le escocía el alma, y de buena gana le hubiera dejado ir un machetazo sobre el pescuezo de encontrarse ambos entre el sombrear de una huamilera.

—¿Y ese modito? —respingó el licenciado al sentir el arisque.

—Pos aquí me trae parríba y pabajo como virote.

—Así andamos todos, don Tiburcio —dijo el otro enfatizando el gesto—. Yo mismo acabo de regresar de una gira con nuestro candidato que ni se imagina. ¿Y qué, pagó o no?

—Se negó de plano.

—¿De veras? Bueno, bueno. Pásele y a ver qué hacemos.

Como siempre, fue Lucero la que brincó al oír la cantidad que el licenciado pedía por adelantado. Además: ninguna garantía, puras promesas. Aunque sí la chinga de la judicial a Domitilo asegurada.

—¿Y qué beneficio saca usted de eso? —respingó Lucero.

—Pos siquiera que se acuerde el hijo de la chingada —masculló Tiburcio.

—Claro que se va a acordar, y luego va a ser usted el que ya no duerma de tanto cuidarse.

—Yo también tengo con qué —opuso Tiburcio palmeando la culata del rifle.

Estaban en su casa, Prudenciana desgranando mazorcas y Verecunda parada en la puerta con la mirada aguanosa prendida en

el borlote caniquero que armaban los chamacos. Tiburcio había agarrado el rifle desde el amanecer y ahora le pasaba una y otra vez un trapo para que el aceite sólo fuera brillor y eficacia. Era un viejo Winchester calibre veintidós de quince tiros, y con él difícilmente se le iba una paloma a treinta pasos entre el ramaje.

—¡Qué juicio el suyo! —resopló Lucero.

—¿Y qué quieres, que me quede así nomás como un pendejo? —dijo Tiburcio ya encorajado.

—Allá usted con sus chingaderas.

Desde el sábado amañó la salida para que Verecunda y Prudenciana lo acompañasen a Samahua. Mientras él estuvo en la junta de comuneros, las mujeres fueron a la iglesia y a comprar su mandado. Por más que buscó y rebuscó no pudo dar con Domitilo ni con Mauro. Tentado estuvo de preguntar a un par de conocidos de ambos, pero mostrarse así tan a lo guaje no haría más que empeorar las cosas. “Esos hijos de la chingada le sacaron a darme el frente”, se dijo convencido.

De regreso bajaron de la camioneta en la cancha de basket y tomaron la vereda hacia la casa. El trecho ni largo ni muy enmontado, pero Tiburcio traía ya la desconfianza chispeando en la mirada. Mandó a las dos mujeres por delante con las bolsas del mandado, y él se fue unos veinte pasos atrás, aferrando el machete: le había sacado doble filo, a la manera de los cuachundos serranos, y como estaba era capaz de volar un pescuezo de un solo tajo. De tanto recorrerlo, podía rehacer el camino con los ojos cerrados; sin embargo, la mirada iba ahora más aprisa que el recuerdo y cada sombra en el huamil o manchón en las bejuqueras eran como toques eléctricos que lo ponían alerta. Las mujeres a su paso, hablando quedito y sin voltear; y la distancia entre ellas y Tiburcio casi constante. Al salir las mujeres del lecho arroyero que estaba a unos cien metros de la casa, él apenas pudo ver sus espaldas antes de que desaparecieran en el curvar de la vereda. Apuró el paso para cruzar y al llegar a la curva vio a las mujeres enfilando la última subida; y allí, en el instante en que aflojaba la tensión por tener avistada la casa, le tronaron el escopetazo. Le pegó en plena espalda y con el impulso se fue de bruces contra el pedregal. Los gritos de las mujeres le llegaron

como un soplo de vida: no estaba muerto, pero por más que quería moverse el cuerpo no le obedecía, era como si estuviera soñando y más que dolor sentía un acalambramiento. Arañando con la mano derecha logró tocar la frialdad de la hoja del machete y entonces oyó con claridad una voz de hombre a su espalda.

—Acábame de una vez, hijo de la chingada —logró articular entre espumarajos de sangre.

Al instante supo que, para fuellear así sangre por la boca, por fuerza debía tener un postazo en el pulmón. De nuevo oyó voces, apenas un intercambio de palabras, lo suficiente para saber que eran dos y no uno los que lo venearon. Sintió pasos atropellados, crispó la mano sobre el mango del machete e hizo un esfuerzo para gritarles que dieran la cara. El balazo le entró por la nuca y el cuerpo se sacudió contra el suelo como un resorte tras perder toda su fuerza.

—Duro como garrobo viejo, el hijo de la chingada —dijo Mauro clavándole el cañón de la escopeta en las costillas.

—Ya se lo acabó de llevar la chingada —añadió el otro con la pistola en la mano.

La noticia corrió como lumbre en zacate seco. Lucero y Crisálida, que se habían sobrepasado en el regaño a Prudenciana y Verrecunda por salir huyendo en vez de ir a proteger al caído, fueron a Samahua a dar parte a las autoridades y desde allí avisaron también a sus hombres, en el otro lado.

A Domítilo la acusación del asesinato, que le hicieron los policías al caerle de sorpresa en su casa, lo dejó imperturbable. Dijo que él no había salido para nada en los últimos días y que si bien era cierto que le debía dinero al finado, ya se habían arreglado para el pago. Las mujeres se pusieron al brinco cuando el agente del ministerio público les dijo que tenía que dejar libre a Domítilo por falta de pruebas. Lucero incluso se abalanzó sobre el licenciado con intención de golpearlo, pero dos policías le detuvieron el arranque y la sacaron en medio de la escandalera que traía en vilo a todo el ayuntamiento de Samahua.

Durante el velorio corrió el mezcal sin reparos y, como ya era costumbre en las últimas francachelas, no faltaron insultos y jaloneos. Al llegar los hombres del otro lado, Nicéforo se apresuró a decir que

había que caerles de una vez a Domitilo y a Mauro. Lucero y Alma lo secundaron al instante. Lico regañó a Lucero por el argüende que había armado, y que tal como estaban ahora las cosas lo mejor era dejar pasar un tiempo para que las autoridades desviarán la atención del caso. Chano, resentido por la actitud rajosa de su madre y su cuñada, apoyó la opinión de Lico en favor de buscar una salida con más calma. Lucero respingó contra el marido y, en medio del desmadre que siguió, hasta Lino, el hijo menor de Lucero, les dijo que eran unos culeros.

Dos semanas después de haber llegado, los hombres partieron de nuevo hacia la frontera, donde ya tenían apalabrado al pollero. Las mujeres de regreso a lo suyo, y sólo Lucero se prendía de cuando en cuando al tener noticias de que Mauro, pasado de mezcales, andaba boconeando la venadeada a Tiburcio.

Sin el aguijoneo de hostigues ni amenazas, Mauro aflojó por completo su cordura: galleaba a lo bronco la muerte de Tiburcio, y el fruncimiento que notaba en los que lo oían le daba más empuje para agrandar el desatino. Llevaba ya siete robos y dos violaciones, éstas a una madre y a su hija de trece años, y se pasaba la mayor parte del tiempo en que no andaba en la malosidad de cantina en cantina. Su preferida era “La Nueva Esperanza”, que el sanmigueleno Camerino Aguado tenía ahora en el crucero de Samahua y la costera. A veces llegaba solo, aunque lo común era verlo con su primo Trinitario, costeño fornido y cacarizo que por un tiempo había trabajado de chofer para Faustino Talamontes. Trinitario recelaba de dos cosas de las que Mauro alardeaba: el mezcal y las bravuconadas. Con la primera no había mayor problema, pues mientras Mauro bebía fuerte, Trinitario sólo le entraba a la cerveza. Pero la segunda fue motivo de disgusto.

Cumplidos los tres meses de la muerte de Tiburcio, y luego de casi dos semanas de no haberse visto, los dos primos se encontraron en la cantina de Camerino.

Mauro estaba sentado en una mesa con tres netos pringosos que, por seguir tragando gratis, le celebraban el palabrerío. Trinitario llegó con un conocido depredador de maderas de la reserva ecológica,

al que llamaban el Comején Sombrerete. Desde la primera mirada, Trinitario ya no tuvo sosiego: conocía de sobra los deslengués de Mauro y verse así, con aquella quemazón con que se vieron, era inicio seguro de reyerta.

—Mira nomás quién se deja ver por acá, el guango de mi primo —dijo Mauro con su voz sobajadora.

De años atrás Mauro insultaba a su primo llamándole guango —contrasentido con la reciedad de Trinitario— por la obvia connotación sexual y agresiva del término entre los machos costeños. A menudo, al oír la pulla, Trinitario ladeaba la cabeza en actitud que, aunque hacía obvia la carga encorajada, a Mauro parecía resbalarle. Ahora, por juntura de motivos, Trinitario venía bien fajado.

—¡Serás pendejo! —escupió al acercarse a la barra.

El cantinero y los otros cinco netos que estaban en la cantina recibieron las palabras de Trinitario como una descarga a bocajarro. El desconcierto subió cuando desde su mesa Mauro respondió con un carcajeo de reto.

—Órale, cacaraño, ya que vienes tan embridado diles cómo le sorrajaste al pendejo de Tiburcio el balazo en la cabeza —dijo con la precisa venenura.

—Siempre fuiste retebaboso en la borrachera —replicó Trinitario sin siquiera voltear a verlo. Camerino llegó ante él desde el otro lado de la barra y, sin que nadie más lo viera, le hizo señas con las palmas de las manos hacia abajo para que se calmara. Con voz más asentada, Trinitario le pidió dos cervezas.

—¡Toma mezcal, chingados, como los hombres! —le lanzó Mauro.

—Como los pendejos —replicó Trinitario.

Al instante Mauro apartó con fuerza la silla donde estaba sentado y se encaminó hacia la barra, donde Trinitario ya lo estaba esperando.

—¿Traes todavía tu chingadera pa matar moribundos?

—No nomás moribundos —dijo Trinitario y, echando mano a la altura del riñón derecho, bajo la guayabera, jaló su escuadra calibre treinta y ocho. El cañón, apuntándole a unos diez centímetros del centro del pecho, detuvo el ímpetu a Mauro.

—¿A mí me vas a disparar con esa chingadera? —le dijo en un tono que pretendía evidenciar más desprecio que desafío.

Trinitario no dijo palabra: la mano firme al frente, tenso como un arco y con la mirada en llamas.

—Mira, guango... —empezó a decir Mauro, pero el golpeteo de los balazos lo hizo recular hasta caer de espaldas sobre la mesa que ocupaban dos coyulenses.

Tras los tres disparos sólo un aliento en la cantina: el jadear de Mauro en medio de la sangradera. Con la pistola en la mano Trinitario se acercó a terminar de una vez con aquel hijo de la chingada, que desde niño le había amargado la saliva en juegos y tropelías. Las piernas y todo el lado izquierdo del cuerpo, incluyendo el brazo, pero no la cara, eran visibles; el lado derecho y la cabeza estaban ocultos por una mesa. Trinitario llegó a un metro del cuerpo caído y notó que el jadeo era fuerte y continuo. Con pulso firme volvió a encañonar el cuerpo.

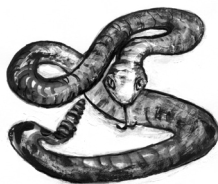
—¡Déjalo morir en paz! —le gritó Camerino.

—¡Como perro tendría que morir el hijo de la chingada! —escupió Trinitario, volteando a ver con furia al cantinero. Luego dio otro paso más y ladeó la cabeza para ver entre el hueco de la mesa la expresión del caído, y fue así, doblado por el curioso, como le entró el tiro por la boca y le abrió un hoyo en la nuca. Todavía Mauro logró apretar el gatillo cinco veces más, obligando a que todos se tiraran al piso; pero Trinitario yacía ya con la mirada prendida en el techo desde el primer disparo.

Cuando Lucero se enteró de la noticia, dejó escapar el “¡Bendito sea Dios!” más jubiloso de su vida.

IX

LAS MUJERES DE LOS BRACEROS



Ni Lucero, ni Crisálida, ni Alma: ninguna mujer sabía en Samahua de dónde le venía el modo bronco y aguantador, esa terquedad de naturaleza capaz de soportar los mayores reveses y de prescindir de los machos después de satisfecho el celo. Claro, estaban también las Verecundas y las Prudencianas, mas no eran éstas las que definían el porte natural de la mujer costeña. Dual y orgullosa, arisca y aventada, silenciosa y vengativa, la mujer costeña antes que nada es madre y sus crías son la razón de su vida; de ahí sus dos atributos consustanciales: la protección y la permisividad.

Mar y tierra, seca y lluvias, agricultura y justicia natural; por siglos las mujeres de Samahua fueron educadas en la creencia de que todo tenía su complementario. Y de golpe, con la Conquista, se les quiso imponer un modelo patriarcal y unitario. El patriarcalismo no cuajó, pero la mujer se hizo más dependiente y sedentaria.

Lucero, Crisálida y Alma compartían el sueño de toda mujer costeña: tener una casa de material. Eso era lo más que podían esperar de los padres de sus hijos. Y fue Alma, la más matriarcal de las tres, la que encarreró las ganas apenas cobró el primer giro. Contrató a un media cuchara con un par de chalanos y empezó a darle cuerpo a su sueño en el extremo del chifurnial que Lico había heredado tras la muerte de su padre. Terminaba la temporada de lluvias —apenas el agua precisa para levantar la milpa— y el sol de noviembre hervía sobre el arbolaje produciendo un deshojadero infernal. Con cinco meses de embarazo Alma parecía un lanchón moviéndose torpemente entre los montones de arena, grava, bloques y varillas, pero atenta

al menor acangallamiento de los chalanes para chasquear la lengua con la misma eficacia de un reatazo sobre el lomo de un animal.

Fea y embarazada, tenía doble seguro contra el acoso del macherío. Sin embargo, para la vista voraz de los albañiles, aquel tronco rollizo, en pleno desborde de culo y tetas, era como una isla en medio de un naufragio. Por supuesto que los albañiles preferían las formas aún no malogradas de las hijas, pero Alma, con sus gruñidos de perra encachorrada, cortaba en seco la intención de las chamacas cuando pretendían acercarse a la obra. Una sola vez había sorprendido a los chalanes viéndole el ceñimiento de las nalgas mientras se doblaba para recoger los restos de las bolsas de cal y cemento. “¡Parecen perros en celo!”, les gritó encarándolos; y desde entonces, mientras ella estaba presente, los albañiles no levantaban la vista de lo suyo. El maestro, aprovechando una ausencia de la patrona, les dijo a los chalanes que vista desde atrás era igualita a la lancha Inmensa de un compadre suyo, y en cuestión de semanas la Inmensa fue el apodo con que todos en Pueblo Viejo comenzaron a mentarla.

La cabaña distaba poco más de cincuenta metros de la obra. Las chamacas mayores cocinaban y medio hacían el aseo, aunque la mayor parte del tiempo todos los hermanos se la pasaban en correrías y revolcadas, hasta que la escandalera llegaba a oídos de la madre. Dos o tres rugidos en la distancia bastaban para que el ruidal cesara por un tiempo, pero no tardaban en crecer los lloriqueos de un pleito, y de nuevo la rugidera... Así se fueron pasando los tres meses que duró la obra. Las salidas a casa de Lucero se hicieron más esporádicas, aunque igual de desmadrosas, y a pesar de los agarres todo hubiera seguido en feliz derecha de no ser por dos sucesos: el primero, el pleito de tío Tiburcio, le tocó de refilón, pues al cabo que el parentesco era mínimo; pero el otro reventó de lleno en sus dominios.

El modelo de la casa lo había tomado en una ida a Salina Cruz, donde vivían sus otras hermanas. Hostigada por un mal de orines que no cedía tras dos semanas de cura con té de pelo de elote, la llevaron a consultar a las mentadas hermanas del Espíritu Santo, que curaban toda clase de males con más infalibilidad que el mismo Papa. La pelotera de gente pidiendo turno, las limpias en serie y después la seguridad del diagnóstico y del remedio que una de las

hermanas le dictó en pleno trance, produjeron en el interior de Alma un removimiento venturoso. De regreso en el autobús, venía con la vista colgada de la ventana, sólo para confirmar que ninguna casa de las que veía al paso le gustaba tanto como la de las curanderas: cuatro cuartos en serie con un amplio patio al frente, y encima una cúpula rematando a cuatro cuartos más y pintado todo de un azul cielo.

La muerte de Tiburcio, con la llegada repentina de los hombres del otro lado, le cortó el respiro que se había tomado para dar a luz, después de haber terminado apenas la primera parte. Los cuatro cuartos de la planta baja estaban en obra negra y el techo, colado unas semanas antes de que mataran a Tiburcio, se quedó con todo el varillamen de los castillos apuntando hacia la eternidad. Aprovechando la corta estancia de Lico calearon las paredes por dentro y le pusieron puertas y ventanas de hierro; enseguida instalaron cuatro focos y cuatro enchufes y, al conectarse al tendido, se mudaron a la nueva casa. La idea era ocuparla por un par de meses, mientras Lico regresaba al otro lado y comenzaba a mandar la dolariza, pero las cosas retorcieron su rumbo y la voluntad de Alma se reblandeció.

Pasado el mes de retache de los hombres al gavachal, Alma convocó al mujerío a la doble fiesta de la inauguración y bautizo del niño. Comida escasa, pues aún no llegaba la feria del otro lado, chupe harto y rascón: cervezas, mezcal y, sobre todo, los picados de alcohol de noventa grados con refresco de cola. La trompera se subió al poco rato y, como siempre, empezaron los agarrones y mentadas: Lucero con Alma, Alma con Crisálida, Malena con Lucero, y esa vez, incluso, Malena con Rosaura, la hija mayor de Alma que trabajaba de mesera en un tugurio de la Crucecita. Crisálida solía simpatizar con Lucero, y con la mirada cortada por el piquete de alcohol con cola, que era su bebida predilecta, enrostraba una sonrisa traviesona que sólo por momentos, al crecer la barahúnda, se tornaba feroza. En el cuarto donde estaba la tele, Verecunda y Prudenciana, boquiabiertas con el apendeje, oían las explicaciones que la chamacada profesaría al vuelo de las imágenes. Y de pronto alguien entró gritando que había lumbre en la cabaña.

Poco había de valor que no estuviera ya en la casa nueva; sin embargo, ¿dónde se meterían ahora mientras terminaban la obra?

No supieron quién fue y sólo quedó el manchón de tizne para recordarlo. Era claro que algo andaba ya enrevesado en el aire y Alma, que era hipersensible a las envidias, no dejaba de mascullar que era necesaria una ida de todas ellas a Salina Cruz para hacerse una limpia como Dios manda. Todas dijeron que sí, pero faltaba el cuándo. Y entonces vino la desgracia de Rosaura.

Hacía más de un año que la muchacha vivía con dos amigas en la Crucecita. Con Juve, el hijo mayor de Lucero, había descubierto el soplo del diablo en el bajo vientre, y en cuanto entró a trabajar de mesera no le hizo el asco al acoso del machamen. De todos, ocasionales y sin compromiso, sólo un muchachote, apenas un par de años mayor que ella, se quedó prendado tras la revolcada que se dieron una noche en la playa de Chahué. Se llamaba Noé, y era el hijo mayor del finado Demetrio. Para Rosaura el acostón no había pasado de ser una aventura más, y el muchacho, aunque no le desagradaba del todo, no figuraba para nada en lo que ella avizoraba en su futuro: vestía la ropa sobrada como un rapero del Bronx y caminaba con la misma orgullosa parsimonia. La tirada de Noé, se lo había dicho un par de veces, era fugarse con Rosaura para el otro lado; ella se había limitado a decirle entre risas que estaba loco, pero él estaba convencido de que terminaría saliéndose con la suya.

Rosaura rentaba con sus amigas Zoraida y Leodegaria un cuarto de cinco metros por cuatro en la azotea de un edificio. Afuera tenían un baño rústico con regadera y en el interior un colchón matrimonial tirado en el piso y un camastro de lona a un lado; todas las pertenencias personales estaban colgadas y regadas sin orden ni concierto; no obstante, las tres muchachas se llevaban bien y rara vez discutían por nada. Zoraida trabajaba en una tienda de abarrotes y Leodegaria en la misma piquera donde lo hacía Rosaura, pero en el turno de noche, que era el más concurrido. Leodegaria ya había dado el paso más difícil y ahora no tenía el menor reparo en cobrar por el acostón una módica suma que, aunada al sueldo, le permitía cierta holgura económica que las dos amigas no tenían. Era de las tres la más dotada: su cuerpo prieto y rumboso, aunque de escaso busto, tenía en la cara y las nalgas sobradez de atributos para satisfacer los cien pesos que cobraba

por cada trinquete. La más desabrida de las tres era Zoraida, que se desvivía entre la pasión que sentía por Leodegaria y la vergüenza de tener que reconocerlo. Las tres habían acordado que en el cuarto donde vivían no entrara ningún hombre, por ello es que la playa de Chahué era el lugar que Leodegaria y Rosaura habían escogido para los desahogos.

Una sola vez consintió Rosaura que Noé la acompañase al cuarto donde vivía. Venían de la playa y él se emperró en darse un baño para quitarse el agua de sal y las arenas que traía pegadas al cuerpo como consecuencia de la cogida. Rosaura se negó, y él comenzó a desvestirse allí afuera y se metió en la regadera. Al salir le pidió una toalla y en cuanto Rosaura abrió la puerta él la tomó por atrás y a oscuras fueron a caer sobre el colchón donde dormía Zoraida. Por la mañana, luego de aguantar los reproches de las dos amigas, Rosaura les juró que nunca más volvería a ver al pendejo de Noé. “Puedes verlo si quieres, pero no aquí”, le dijo en buen plan Zoraida. Pero el regañe de Leodegaria fue decisivo: “Deberías dejarte ya de pendejadas y empezar a cobrar como Dios manda”.

Justo al salir Rosaura con el primer cliente, un taxista que ya era asiduo de Leodegaria, Noé la vio desde la esquina donde esperaba su salida. Ella también lo vio y torció la cara con orgullo. A la siguiente tarde volvió a salir con otro y Noé ya no aguantó el desaire.

—¡Quiero hablar contigo! —le dijo en un acopio de hombría.

—No tenemos nada de que hablar.

—Te digo que me escuches —insistió Noé trabado de coraje.

—¿No ves que ya vengo acompañada? —alegó ella dando entrada al cliente.

—¿Qué chingados traes, eh? ¿Es tu hermana o qué? —dijo el tipo con voz decidida. Era un prieto fornido y panzón, con la mirada encendida por el alcohol y la lujuria.

—Allí te espero —dijo Noé buscando el acuerdo en los ojos de Rosaura.

—¡Mejor espera a tu chingada madre, que va a acabar antes! —gruñó el tipo haciendo que Noé se alejara.

Sobre las diez de la noche, al meter la llave en la puerta, la voz de Noé le cortó el resuello. Ella venía agotada y dolorida, pues era

la primera vez que le habían dado por los dos lados, y al sentir la salpicadera de insultos la sangre comenzó a burbujearle. Cuando él le echó un agarre para someterla, ella le dio un mordisco en el hombro y entonces empezaron los golpes y la chilladera. La salida de Zoraida impidió que la bronca pasara a mayores. Rosaura entró y mientras se veía en el espejo el labio partido y buscaba entre el tiradero con qué curarse, estuvo oyendo las amenazas de Noé que restallaban sobre los susurros juiciosos de Zoraida.

Esa noche las dos amigas estuvieron platicando hasta la madrugada. Aprovechando el suceso, Zoraida le reclamó la vida de perdición a que Leodegaria la estaba llevando. Rosaura le dijo que gratis sólo lo hacían las pendejas. Pero Zoraida siguió en su papel enjuiciador hasta que Rosaura la paró en seco echándole en cara su babear por Leodegaria. Poco después llegó la otra amiga medio pasada de alcoholes y encontró a Zoraida llorando mientras Rosaura la acariciaba. Primero comenzó a chotearlas y luego, conforme se fue enterando de los pormenores, asumió la acostumbrada actitud indulgente. Poco antes del amanecer las tres amigas se metieron juntas en el colchón, con Leodegaria al centro, y así las sorprendió la pesadilla, como si se tratara de un sueño horripiloso que las tres soñaban al mismo tiempo.

Noé no tocó a la puerta ni habló: simplemente dejó que la garrafa de cinco litros se vaciara por completo bajo la puerta y luego le prendió fuego a la gasolina. El flamazo le alcanzó de lleno chamuscándole cara y manos. Todavía estuvo tirado en el piso unos instantes, confuso y atemorizado, hasta que los primeros gritos del otro lado de la puerta lo hicieron correr escaleras abajo.

Adentro del cuarto, la gasolina, que se había rebalsado contra el colchón, comenzó a arder con tal rapidez que las tres amigas no pudieron evitar la abrasada. A excepción de un ventanuco, todo el cuarto estaba emparedado. Después de empujar el colchón hacia la puerta para tratar de detener el avance del fuego, Rosaura se asomó al ventanuco y comenzó a pedir auxilio. Eran las siete y cuarto de la mañana y el vecindario apenas despertaba. A las ocho, la entrada del edificio parecía un mercado. Bajaron a las tres en camillas y las llevaron de emergencia al hospital del Seguro Social. Leodegaria,

tras una estancia de doce horas en terapia intensiva, de plano no aguantó. Rosaura y Zoraida, aunque con quemaduras en cara, brazos y piernas, fueron dadas de alta a los tres días. Rosaura regresó a casa de su madre y allí permaneció por un tiempo. El escándalo se había desparramado por todo Samahua, y Alma, con más coraje que vergüenza, se hartó de dar explicaciones a los que preguntaban por la salud de la muchacha. Al final, cansada de regaños y de no hacer nada, Rosaura le pidió prestado para el pasaje a su tía Lucero y, sin avisar, se largó con Zoraida para Oaxaca.

Tarde o temprano tenía que pasar y Crisálida lo temía. Al llegar los señores de la casa grande, tras una estancia de tres semanas en la capital, enseguida notaron la ausencia del cuidador. Primero les dijo que había ido a curarse a Salina Cruz. Dos días después la razón cambió: le habían echado bala los aserradores clandestinos y tuvo que ir a esconderse en San Miguel del Puerto. Por último, con la llegada de un telegrama todo el tinglado se cayó: se había ido para el otro lado porque el sueldo ya no le alcanzaba. La respuesta fue tajante: entonces era necesario otro cuidador.

Entre el primer engaño y el derrumbe final medió un trecho de beligerancia: los niños comenzaron a boicotear el acarreo del agua y a hacer sus porquerías por todos lados; y cuanto más recia la protesta, mayor la terquedad. Parecía que de un día para otro todo se iba a ir al abismo; y entonces, con la llegada de una carta, se frenaron los arranques. La señora venía con las dos garrafas, dispuesta a armar bronca si no le traían el agua. Lencho y Lupillo se habían ido a la escuela, y Crispín se esforzaba por leerle unas hojas a su madre, que estaba sentada frente a él en una silla, con Chedino al lado, las piernas juntas y las manos sobre las rodillas en una actitud de zozobra que contrastaba con la beligerancia de los días pasados. Ante el cuadro, la señora frenó el ímpetu y pudo distinguir las lágrimas que empezaban a escurrirle a Crisálida. Preguntó qué pasaba y el muchacho le dijo que había llegado carta de su padre. “¿Y qué dice? ¿Está bien?”. Crispín le tendió los papeles y la señora comenzó a leer en voz alta:

Memphis T.N.A 24 de agosto de 1995.

Por medio de la presente me comunico contigo para que sepas las penas que estamos pasando. Mira muger no vallas a pensar que me desatiendo de ustedes pero estamos en un lugar muy solo y nos quedamos los cinco trabajando en una favrica de llantas y no tenemos comunicacion con nadie estamos sufriendo mucho aqui y dias nos quedamos sin comer porque la tienda esta muy lejos y aqui no acostumbra la gente a caminar puro carro y el que camina lo agarra la migra y si salimos nos pescan y no tenemos nada de dinero para el pasaje que esta muy lejos. Cuando nos venimos de Salina Crus a la frontera isimos 2 dias y 2 noches sin parar la camioneta duro y dale llegamos al rio Vravo el dia miercoles como a las diez y media de la noche a las once pasamos el rio y caminamos asta las 3 de la mañana. Dormimos 2 horas y seguimos caminando jueves viernes savado domingo y lunes dia y noche y como no trajimos vastante de comer se nos acabo el jueves por la mañana todos esos dias no comimos mas que vivora de cascabel asada que las hay por montones. El savado como a las dose del dia me dio una gran tristesa descansamos en una sombra mientras se asavan dos vivoras que siempre andan juntas de a dos como pareja de cristianos y a todos nos agarro el sueño como a la media hora desperte y me les quede viendo paresia que estaban muertos y que yo los estaba soñando. El domingo como a las 10 encuentre un palito de fruta como el zapotillo pero la fruta negra y dulce y la comi y le dije a todos que comieran porque avia muchisima huella de venado que venian a comerla tambien avia tunas de un nopal gordisimo pero el collote no quiso que comieranos porque dise que agarra vomito y diarrea. Seguimos caminando y agarramos un mapache y un cuerpoespín que igual los comimos a las 3 de la manana llegamos a un pueblo que se llama Uvaldes y dormimos 2 horas de allí salimos a las 6 asta un lugar donde estaba el otro collote esperando con una camioneta. Todo el dia estuvimos escondidos porque la salida era de noche como el collote salio a buscar de comer Nicasio y Lico tambien salieron a buscar agua y llegaron a una casa y entraron y como no vieron a nadie agarraron pareja y entonses lleo el dueño y los vio. Como a las 6 nos agarro la

migración porque el señor les dijo donde estábamos nos enserraron y perdimos todo lo que teníamos y luego nos llevaron de retache a la frontera y a las 5 de la mañana nos botaron del otro lado. Fuimos al mercado a pedir algo de comer y le ablamos al collote para que viniera otra vez por nosotros. Allí lo esperamos en Piedras Negras llegó como a las 12 y compro de comer y algo de ropa y vamos de nuevo a cruzar el río. Llegamos otra vez a Ugaldes el lunes de la siguiente semana y de allí en camioneta todo el día hasta un pueblo donde el collote tenía un compadre allí dormimos y a las 6 de la mañana llegó un señor a ver si no queríamos trabajar en su fábrica pero pedía papeles. Estuvimos esperando una semana y nada así que seguimos buscando y nos llevaron a otra fábrica llantera. El dueño es un hijo de la chingada pero aquí me ise amigo de un muchacho de Guerrero que nos va a ayudar con todos los papeles así que la primera semana queda de fondo para el seguro y estamos debiendo al señor la comida y también lo de los papeles. Aquí el patrón tiene teléfono pero poco entiende el español y si quieres salir a comprar puro inglés y no podemos salir porque la migra nos chinga estamos reteamolados por eso no podemos hablarles y contarles porque no entendemos ni ellos a nosotros. Para la carta nos valimos del muchacho de Guerrero que se llama Ricardo él habla el inglés y nos ase el favor de ponerla en el correo y también nos trae de comer de la tienda. A mí no me sustenta la comida puro sanguis de pan vimbo y un sanguis y una coca te valen 5 dólares.

Mira pronto vamos a ganar algo tu estate al tanto en el teléfono del mercado de la Crusesita que en cuanto consiga un teléfono acá yo doy aviso para que me avles tu aste la lucha como pasartela y esplicale a los señores de arriba lo jodido que yo estaba con lo del Comejen Sombrerete. Ya veras que luego te mando lana viejita como no nos pesque de nuevo la migra nos va a ir a todo dar nomas no te desesperes y el favor que te pido es que te cuides y cuides a nuestros hijos que yo me estoy rompiendo toda la madre asiendo unos trabajos que nunca en mi triste vida avia echo yo nunca avia operado una ingrata maquina que te puede chingar las manos al menor descuido. Trabajamos 10 horas diarias con savado incluido y esta asiendo un gran Frio que ni a respirar aguantas y disen que aun va a ser peor

que asta el llelo se cuelga de los palos. Voy a ver si aguanto sino a ver como le ago que son chingas a que no estoy acostumbrado pero el patron dise que nos va a dar seis dolares a la hora y el doble por las estras y vamos a vivir en un remolque alli en el mismo trabajo. Si avlas con tio Tibursio y los demas diles que estamos sufriendo y con salu. Mira el lugar donde estamos se llama Oliv ranch estado de Misisipi asi es el nombre de este lugar aqui donde estamos es por derecho un rancho no vemos nada tocante de gente por desir mugeres puro negro y cuando vas a un pueblo nadie camina puro carro y si te ven luego te reportan con la migra.

Mira muger que las cosas no son a como nos las cuentan como desian del rio Vravo la primera ves que pasamos nos lleo avajo de la rodilla nomas nos remangamos el pantalon tantito la segunda a la rodilla lo que si traicionero porque ya mero se lleva a Nicasio lo que si quiero desirte es que aqui nos ven peor que si fueramos perros. Donde estamos se gana chulito pero la Friega es el hijo de la chingada del patron y ademas con nosotros estan puros negros no como los que se ven por alla sino negros negros como la viva noche los negros tampoco nos quieren y como avlan ingles se cren mas que nosotros. El Maldito viejo es muy delicado y todo lo que se pierde lo pagamos nosotros esta semana se perdieron 2 reiletos y nos desconto 20 dolares cada uno y dise que los mesicanos le estan viendo el pelo con sus cosas pero yo se que son los cabrones negros. El trabajo aqui es una Chinga que no imaginas el primer dia descargamos 3 trailes de llantas y se me incharon los brasos de subirlas a la maquina cortadora. Un negro que trabaja de velador me dijo que al anterior la maquina le chingo las dos manos pero el maldito viejo dise que el que no este a gusto que se vaya y asi estamos.

Mira Viegita que lo que te encargo son los chamacos cuidame los porque no se me olvidan noche con noche los estoy soñando no se porque me acuerdo tanto de ellos si sigo a soñarlos asi ya no voy a aguantar mucho. Dile a dona Raga que me aguarde tantito que luego regreso. Esta es la direcion y escriveme pronto 1541 Court Apart 21 Memphis T.M. 38104.

Cuando termino de leer levanto la vista y vio a Crisálida en vivo lloro.

—¡Ay, doña Raga, cuánto está sufriendo! —clamó Crisálida abriéndose sin reparos.

—Bueno, si sufre es por su gusto, ¿o no? —le dijo sin contemplaciones.

Vista así, hipando de desconsuelo y con el rostro barrido por la lloradera, parecía una adolescente a la que le acababan de negar un vestido nuevo. Nadie que la viera ahora en este trance podría imaginar que esa mujer con cuerpo de niña era capaz de un orgullo y una terquedad a prueba de tempestades. La señora de la casa grande lo sabía, porque en siete años había vivido el cambio impresionante del cuidador y su familia. Sin embargo, el desgarramiento al que ahora asistía terminó removiéndole de raíz el coraje que le había producido el cuidador con sus desplantes sucesivos. Se acercó a Crisálida y con una mano le dio unos pases cariñosos sobre la cabeza, al tiempo que le decía:

—Está bien, no se preocupe. Voy a seguir pagándole a usted hasta que él regrese.

—Gracias, doña Raga —dijo por lo bajo.

—Lo que sí le pido de favor es que me controle a los muchachos, que ya dejen sus peladeces y cochinas.

—Sí, doña Raga —volvió a mascullar Crisálida, mientras con el borde del vestido se limpiaba las últimas lágrimas.

Casi un mes y llegó el primer giro, y al recibir de golpe todo aquel dinero la vida dejó de ser pura espera. La tercera parte asegurada en una cuenta bancaria y el resto a disposición por si se ofrecía. Ese día esperó a que los chamacos salieran de la escuela y después se dio gusto mercando antojos. En el trayecto de la oficina de correos al banco, la realidad se le había hecho sueño: el entorno parecía aureolado por una niebla dorada que lo cubría todo a su paso; el rollo de billetes, introducido en la ranura de los pechos rechupados, era como una llave de oro con la que iba abriendo los anhelos de toda una vida castigada. Dos veces amenazó el rollito salirse de la flojura de aquel brasier con más agujeros que un trasmallo, por lo que decidió empezar por allí mismo el cambio de vida.

No reparó en el costo y compró uno apretado y forradito para darle volumen a la pellejera. La dependienta, arisca cuando la vio entrar

y más aún cuando Crisálida decidió probarse aquel brasier de adolescente, cambió por completo de actitud al ver los billetes sobre el mostrador: chuleó defectos y agrandó virtudes, y lo hizo con tan buen tino que en los próximos meses Crisálida pasaría a ser una de sus principales clientas. Y ese mismo día, para no dejar, inauguró también una costumbre que hasta la propia señora de la casa grande habría de reclamar con sarcasmo: tomar un taxi para ir desde la Crucecita hasta la entrada de la vereda, en los linderos de la playa de Maguey.

Los años de estrechura y destanteo se borraron enseguida del recuerdo. Empezó echando mano de pretextos, y a las pocas semanas ya ni se tomó la molestia de anunciar sus salidas: iba y venía como si por primera vez en la vida fuera dueña de sus deseos, sin importarle que hacían los chamacos durante su ausencia, ni las quejas y amenazas de los señores de la casa grande. A veces salía con la primera luz de la mañana, acompañando a los dos hijos que iban a la escuela, mientras el grande y el chico se quedaban a cuidar la casa; aunque por lo general solía echarse al camino a media mañana. Al principio puso en la mira las casas de Lucero y Alma, donde el argüende y los picados de alcohol con refresco de cola le daban un nuevo sabor a la vida. Después, por una bronca crapulosa en casa de Alma, dejó de ir por un tiempo a Pueblo Viejo y se centró en la Crucecita: de preferencia el mercado, aunque también el jardín del zocalillo, donde se recostaba a la sombra de un ramoso ficus. Y allí estaba, viendo pasar la fauna variopinta de netos y turistas, con una sonrisa juguetona que era señal inequívoca de felicidad. Por la tarde, ya que salían los dos niños de la escuela, iban a comprar medio pollo adobado a las brasas —nuevo antojo que potenciaba el gozo de la espera— y se sentaban a comer en un rincón del jardín, acompañando el yantar con un kilo de tortillas y tres Cocas. Después emprendían el regreso en taxi.

Crispín, que evidenciaba ya un regusto gandallil por la flojera, fue obligado a asumir las tareas de vigilancia que le permitieran seguir justificando el cobro del salario de Nicéforo. Todo un mes estuvo la señora de la casa grande despotricando contra la actitud fingidora y resbalosa del muchacho, hasta que al darle la paga le dijo que era la última. Al enterarse, Crisálida espoleó a los chamacos y el sabotaje a la casa grande no se hizo esperar: ni agua, ni leña y las

cagadas por todas partes, y para colmo árboles, órganos y otras cacaáceas aparecían con machetazos...

Ni modo, tienen que irse, fue la respuesta de la señora. Pero Crisálida se entercó en no moverse de allí hasta que su hombre regresara del otro lado.

En las llamadas por teléfono, que eran esporádicas, Crisálida pretendía pormenorizar todo con sobradez de tiempo, como si los cincuenta o setenta dólares que costaban no fuera dinero propio. A veces esperaba la llamada en el teléfono público del mercado, sentada en un pretil al lado de la entrada, con boca y pómulos realzados con afeites a un nivel de payasada. Borrachitos y cargadores se paraban frente a ella intentando sonsacarle plática. Ella, con la sonrisa plateruda sobrepuesta a manera de máscara, no decía ni sí ni no, gozando el hormigueo que le hacía subir el rubor cuando alguien más que pasaba frente al cuadro reparaba en la movida.

Al resecor pestilente de cagadas y orines se le encimó la agresura de un cochinerero que crecía en torno a la cabaña y por todo el camino del pozo como una mancha que parecía tener vida propia. Bajo el piso de la cabaña los ratones habían construido una red impresionante de agujeros y por las noches, en ruidoso recorrido hacia el tambo donde guardaban el maíz para el nixtamal, pasaban sobre los cuerpos dormidos sin el menor reparo. Pronto el ratonal creció a tal grado que el desborde terminó alcanzando a la casa grande.

Una mañana, desquiciada por la mala noche que le habían hecho pasar los ratones al ensañarse con papas y jitomates, la señora de la casa grande decidió ponerle un alto definitivo a aquel desorden que debió haber cortado de raíz desde hacía por lo menos un par de años.

—Voy con Santoveña a FONATUR para que le den un lote en el sector U y vengan a levantar de una vez ese chiquero —le dijo al marido, que preparaba sus implementos de pesca.

—Todos los netos son iguales, y a éstos al menos ya los conoces —dijo el hombre, hartó ya del modo tan indócil de esa gente que más de una vez le había espoleado las ganas de echarle lumbre a la cabaña y acabarlos a balazos conforme fueran saliendo chamuscados.

Él bajó a pescar y ella aceleró la preparación del desayuno, con la intención fija en llegar a primera hora a las oficinas de FONATUR

para solucionar de una maldita vez aquella situación que parecía ser una farsa tropical de la relación amo-sirviente. Y fue entonces que el destino le brindó un lance a manera de desquite: cabizbaja y desvalida, con aquella expresión de zozobra que a fuerza de ser tan contrariosa parecía amañada, Crisálida llegó con Lencho y se abrió sin más preámbulos:

—¡Ay, doña Raga. Mire nomás cómo me lo dejaron!

El niño tenía el cuello cubierto por un manchón de sangre que le escurría desde la oreja izquierda.

—¿Y ahora qué? —dijo la señora, dispuesta esta vez a no dejarse embaucar por la fingidura.

—Toditita la sangre le chupó el murciégalo.

La pronuncia enrevesada hizo que a la señora le aflorara una sonrisa.

—¿A poco se dejó chupar por un murciélago? —devolvió con sorna.

—Ni cuenta se dio. Hasta orita que lo desperté para ir a la escuela es que vi la sangradera.

—¿Y ya no chupan a las gallinas o qué?

—Pos ya se las acabaron todititas.

—Bueno, ¿y qué quiere que haga yo? Lávelo y ya —dijo la señora gozando por una vez la ventaja.

—Que no tendrá por casualidá una medecina o algo contra la rabia —insistió la madre.

—Como cree usted que yo voy a tener eso. Lávelo bien y llévelo a la Crucecita con un doctor.

—Ay, doña Raga, pero mire nomás qué color tiene. No va a aguantar la caminada...

El niño estaba blancuzco como pescado descompuesto, y de la malicia natural que destellaban sus ojos cuando se daba gusto con sus cochinerías, no había ahora ni el menor asomo.

Ese mismo día dos sucesos vinieron a confirmar que cuando los derroteros de la vida se encaprichan lo hacen sin miradura: mientras esperaba en el Centro de Salud a que a Lencho lo inyectaran contra la rabia, Crisálida recibió la noticia de la emboscada que le habían tendido a Tiburcio. Y, al salir de las oficinas de FONATUR luego de la entrevista con el ingeniero Santoveña, la señora de la

casa grande casi se dio de bruces contra un hombrecillo que era todo amabilidad y sonrisa. Ella traía la promesa del director regional de darle una pronta solución al asunto, así que no dejó pasar la oportunidad y lanzó el señuelo.

—¿Usted trabaja aquí? —le preguntó luego de las disculpas.

—Mero a buscar chamba vengo —dijo él, sin quitarse ni por un instante aquella sonrisa entre ingenua y simplona.

—¿Tiene usted familia?

—Sí, mi mujer y tres hijos.

—¿Y dónde viven?

—Arriba de Samahua, en un ranchito.

—¿Y le gusta el campo?

—Újule, es mi mero mole...

Quedaron en que en una semana más él vendría con toda la familia para ver si llegaban a un acuerdo.

Con la llegada de Nicéforo del otro lado por la muerte de Tiburcio, Crisálida y los chamacos depusieron su actitud belicosa. La señora de la casa grande intentó hablar dos veces con Nicéforo al respecto; él le dijo que enseguida iba y la dejó esperando sin más explicaciones. La tercera vez que bajó, la señora le soltó de golpe que tenían que recoger todas sus cosas, pues la cabaña iba a ser derribada. Y entonces él le preguntó por qué.

—Si quiere saber el porqué, venga a la casa —dijo ella dándose la vuelta.

Y tuvo que subir a la casa grande. Venía más blanco por la falta de sol, y la gordura acumulada le daba a su caminar un deje de flojera torposa. La expresión del rostro no dejaba duda sobre lo mucho que le desagradaba la situación.

—Mire, Nicéforo, voy a ser breve porque ni a usted ni a nosotros nos agrada este asunto. Yo nada más quiero decirle que mientras usted estuvo fuera, Crisálida y los chamacos...

—Discúlpeme usted, doña Raga —dijo él con gesto decidido—. Le voy a pedir de favor que no me diga nada de nada de lo que pasó cuando yo no estuve.

—¡Qué dice! ¿A poco no le interesa saber las locuras que hicieron sin que usted supiera lo más mínimo?

—Sé mucho más de lo que usted se imagina. ¿Y qué quiere, que los haga entrar en juicio a golpes como antes hacía? No, doña Raga, ya me cansé. Yo cumplo, y si ellos no cumplen ya se los llevará la chingada a su debido tiempo.

—¡Vaya pensamiento el suyo! —exclamó la señora con gesto sorprendido.

—Tiene razón —terció el esposo, que había estado oyendo todo desde la hamaca donde garrapateaba sobre un cuaderno—. Él cumple con los suyos, la cosa es que ni él ni los suyos cumplen con nosotros.

—Por eso es que queremos avisarle de una vez que vamos a traer otro cuidador —dijo la señora encarando ahora a Nicéforo con expresión inflexible.

—Pos como ustedes digan, pero otro sitio a ónde ir no tengo —alegó él.

—Estamos viendo de conseguirle un lote en el sector U.

—Ahí hay puro malviviente.

—Ni modo, eso debió haberlo pensado antes —concluyó la señora, no permitiendo que la zozobra de Nicéforo rompiera la promesa que se había hecho de no dejarse ablandar el ánimo.

Hubo unos instantes de silencio, incómodos y embarazosos, pues la actitud de Nicéforo, golpeando suavemente el piso de la casa con la punta de aquellos tenis grandotes y espantosos que había traído del otro lado, era clara señal de que no había acuerdo alguno. Por último, fue el señor de la casa el que tomó las riendas:

—Póngase en nuestro lugar: ¿qué haría usted si la familia a la que le paga un sueldo para cuidar, en vez de hacerlo se dedica a amargarle la vida?

—No, pos sí —dijo Nicéforo con la vista fija en el ladrillo que estaba pisoteando.

—Y la verdad es que con usted nunca tuvimos motivo de disgusto, pero su familia ya es otra cosa. ¡Hay que ver cómo se echaron a perder en unos cuantos años!

—Bueno, pues ya está enterado —dijo la señora con intención de terminar de una vez con ese asunto que ya estaba tomando un cariz en extremo desagradable.

—Denme siquiera otra oportunidad —dijo Nicéforo, levantando la cabeza como si emergiera de una zambullida.

—¿Otra más? —respingó la señora.

—A ver, ¿qué propone? —terció el esposo.

—Mis pensares son irme otros cuantos meses pal otro lado y regresar ya para quedarme de planta.

—¿Y mientras? —cortó la señora—. ¿Vamos a tener que seguir aguantando los malos modos y las sinvergüenzadas?

—D'eso pierda cuidado. Orita mismo les digo que o se componen o los mando de una vez a la chingada...

—Está bien, vamos a darle esa oportunidad que pide —dijo el señor.

—Pero que conste que si vuelven a las andadas traemos a otro cuidador, ¿eh? —añadió la señora amenazante.

—Pierda cuidado, doña Raga.

A las dos semanas de la partida de Nicéforo, Crisálida fue a Pochutla con Crispín. Regresaron ese mismo día por la noche con una compra que violentó de golpe la situación. A la mañana siguiente, con el romper de la primera claridad, sonó un disparo en la laguna, y luego otro y otro más. Cuando la señora llegó a casa del cuidador, luego de vestirse y acicalarse, ya había contado quince disparos.

—¿Ya oyó eso? —le dijo a Crisálida, que estaba prendiendo la lumbre.

—Sí, doña Raga, es mi Crispín.

—¿Cómo que Crispín? —brincó la señora.

—Es que le compré unos tiros pa que me matara unas palomitas.

—Una caja de quinientos —intervino con aire triunfoso Lupillo, asomando la cabeza desgreñada por la puerta del cuarto donde dormían.

—¡Pero está usted loca o qué! —rugió la señora.

—Nomás dos o tres pal antojo, doña Raga —dijo Crisálida agrandando la fingidura.

La señora dio la vuelta y se fue a paso atropellado. Cinco días después, de regreso de una ida a Pueblo Viejo, Crisálida se cruzó en la vereda del pozo con un hombrecillo sonriente que la saludó con gesto dócil.

—¿Y ese quién es? —le preguntó a Crispín que salió a recibirla.

—Doña Raga lo trajo —respondió el muchacho con mueca contraria.

Desde que su padre Pascasio se había marchado cuando eran apenas unas adolescentes, Lucero y sus hermanas cerraron sus corazones al lamento. Eran cinco, cuatro mujeres y un hombre, pero la torcedura de la fortuna privó a la familia de tres miembros en unos cuantos años. Primero fue el padre, que se fue a Salina Cruz con la mira de embarcarse y nunca más tuvieron razón de él; después le siguió Irineo, el hermano mayor, que con el pretexto de encontrar al padre se enroló en un camaronero y, tras una bonanza de un par de años, terminó ahogándose cuando el barco fue sorprendido por un mal tiempo frente a las costas de Michoacán; y por último le tocó a Cándida, la madre, que al enterarse de la muerte del hijo se cerró al mundo y murió de tristeza. En los dos años que había estado pescando, Irineo logró reunir el dinero suficiente para enganchar una casita en una barriada de las lomas aledañas a la refinería, donde los nortes barrían todo con su soplo de muerte. El último año se había llevado a vivir con él a Gertrudis y Romelia, las hermanas menores, que acabaron casándose con dos amigos de Irineo que faenaban en otro barco de la misma compañía pesquera. Al morir Irineo, Gertrudis y su esposo se hicieron cargo de la casita y la terminaron de pagar, mientras que Romelia y el suyo construyeron otra igual al lado.

Alma y Lucero tuvieron desde niñas un pique envidioso; mayor en edad y crecیدura, Alma trataba siempre de imponer sus razones, pero Lucero se le ponía al brinco con tal fiereza que terminaba dominando los pleitos. Sin embargo, existía entre ellas una extraña ligazón que las mantenía juntas a pesar de las disputas. De ahí que cuando Alma, recién cumplidos los quince años, decidió casarse con Federico Lara para quedarse en Pueblo Viejo, Lucero se fue a vivir con ella y trató de bajarle al hombre. Incapaz de doblegar a su hermana, Alma optó entonces por jalarle las riendas a su esposo: un día, después de sorprenderlos en plática bisbisera, llevó a su hombre hacia un lado y le dijo que si llegaba a ver que le ponía una mano encima a Lucero, lo iba a capar como marrano. Lico, que conocía ya los arrebatos de que era capaz su mujer, ni en explicaderas quiso

meterse. A partir de ese día, cada vez que Lucero se le acercaba con sus embauques buscaba cualquier pretexto para alejarse al instante. Por fortuna Marciano Santiago, el mejor amigo de Lico, se prendó de Lucero y con las mañas de Alma, que no dejaba de chulear a Chano a cada rato para prender la obsesión rivalosa de su hermana, terminó consumándose el maridaje.

Por un buen tiempo, mientras duró el penurial, los destinos de las dos hermanas parecieron distanciarse. Pero en cuanto las cosas comenzaron a componerse, la casa de Lucero en Loma Limón se convirtió en el punto de partida de una nueva etapa. Lucero asumía ahora el liderazgo con sobradez de motivos; no obstante, con la subida de los alcoholes los ánimos se inflamaban y ninguna mujer permitía que la sobajaran. La más conflictiva de todas seguía siendo Alma, que con su modo bronco y porfiador era capaz de prender lumbre en el agua. Prudenciana y su suegra Verecunda, por simples y calladoras, eran las únicas que se libraban de los pleitos; las demás en cuanto recibían los agujonazos de Alma se enroscaban para soltar la tarascada. Aunque las lenguas no reconocían trabas, solía quedar todo en una verbosidad maliciosa que jamás llegaba a los golpes. Hasta que un día el tira y dale se salió de cauce y las palabras fueron rebasadas por las manos.

Estaban en la nueva casa de Alma, celebrando la fiesta de Todos los Santos. La noticia del agasajo abundantoso había corrido por Pueblo Viejo desde la víspera, y durante toda la mañana la casa tuvo llenazón de visitas. Ya para la comida —tres chivos horneados en tierra con harta guarnición de salsas y frijoles— las lenguas se aflojaron por la beberecua. De los temas de costumbre y de la mención a la muerte merecida que habían tenido los asesinos de Tiburcio, la plática pasó inevitablemente a los braceros y lo bien que les iba en el otro lado. No faltaban los envidieros, que sostenían que los que se iban de braceros es que de plano eran unos muertos de hambre; entre ellos Quincerio era de los más entercados, y esa tarde no dejó pasar la oportunidad para dar salida a sus amargores.

—Pos si alguno de mis hijos llegara a agarrar pal otro lado, por derecho que no regrese porque lo corro a la brava —dijo en un corrillo bastante animado.

—¡Y qué culpa tenemos nosotros de que allá se gane chulito! —replicó Crisálida, dándole a la sonrisa una soflama de resquemor.

—¿Y para qué chingados quieren más dinero si luego ni saben como gastarlo? —subió el tono Quincerio, al tiempo que con un abaniqueo de cabeza enfatizaba el derroche fiestero.

—Ay compadre, ¿qué no será la envidia? —le soltó Crisálida.

—Qué envidia ni qué la chingada. Yo tengo para esto y más, y no de orita como éstos —escupió con arrogancia.

Una de las hijas le fue con el chisme a Alma, que no se daba respiro sirviendo platos de barbacoa, y tras inflamarse con el chispazo le soltó a la chamaca un revés con tanta saña que le reventó la nariz. Con las dos manos tratando de contener la sangradera, la muchacha iba de aquí para allá rechazando los brazos que se le abrían al paso, hasta que Lucero la tomó en su regazo sin importarle que la sangre chorreara el vestido que había estrenado para la ocasión. Un silencio culposo tensó al máximo el ambiente y, de pronto, como bramido pleitero, la voz de Alma: “¡Pinche gente chinguiñosa y mal agradecida, ya se pueden ir mucho a la chingada!”. Todavía Quincerio quiso mantener el brío comentando sin ambages la pendejada. Alma lo oyó y se fue como un ventarrón sobre el corrillo, derribando de un empujón la mesa con platos y bebidas.

—¡Órale, a comer y a beber a casa de su chingada madre! —clamó en pleno arrebató.

Entre los reproches de Lucero y Crisálida, Quincerio, sacudiéndose los jalones que le daba tía Ranulfa con intención de llevárselo, dejó ir un rejonazo:

—Vieja machorra, lo que necesita es reata.

—¡Mariguanero hijo de la chingada, por algo estuviste preso en Oaxaca! —le replicó Alma con toda su malasangre.

Solamente Lucero tuvo el arrojo necesario para enfrentarla y empujarla hacia dentro de la casa. Durante el trayecto Lucero aguantó la retahila de insultos, pero ya que cruzaron la puerta, Alma se desprendió del agarre y amenazó a su hermana:

—Mira Lucero que también me las debes, y no vayan a tocarte a ti las que iba a llevar ese hijo de la chingada.

—¡Contrólate pendeja, que conmigo ya sabes que vas mucho a la chingada! —se la regresó Lucero, ya chilosa por la machera de su hermana, cerrándole con su rotundez el paso.

—¡Que me dejes salir te digo! —exclamó Alma abalanzándose sobre Lucero.

Las dos se fueron al suelo y entre araños y agarrones estuvieron rodando un buen rato. Por último, Lucero se le montó y le inmovilizó los brazos con sus rodillas, al tiempo que comenzó a abofetearla.

—¿Te vas a calmar, pendeja? —le dijo una y otra vez sin obtener más respuesta que unos gruñidos repelosos.

A la riña se le encimaron los lloridos de la niñada, y cuando ya Crisálida y Malena decidieron intervenir el desmadre era mayúsculo. Sin parar de maldecir, Alma dejó que la llevaran hacia la recámara. Allí, ante el murmullo apapachador de Crisálida y Malena, terminó quedándose dormida sobre la cama, y las dos mujeres cerraron la puerta y regresaron al convivio. Ya los invitados se habían ido. Verecunda y Prudenciana oían los rezongues de Lucero, que se había quitado el vestido y, en brasier y fondo, trataba de limpiarle las manchas de sangre. Los chamacos más grandes, aprovechando el alboroto, se habían lanzado sobre las bebidas y los efectos empezaban ya a ser chocantosos.

Era una tarde espléndida, ni frío ni calor; una claridad acristalada permitía ver a plenitud los cerros que bordeaban Samahua, y todo el entorno vestía el amarillor que anunciaba la sequía. Por insistencia de Malena, Crisálida había pospuesto la partida y las dos mujeres estaban ahora con Lucero echándose sus picados de mezcal con Coca en una de las mesas del patio. Verecunda se había ido a fondear con los niños más chicos frente al televisor, mientras Prudenciana y tres de las hijas de Alma, incluyendo a la golpeada, recogían el tiradero.

—Me rechocan las pinches viejas que se igualan con los hombres —dijo Lucero, sin dejar de observar el vaso que sujetaba con la mano sobre la mesa.

—Sí pues — musitó Crisálida.

—Tan a todo dar que se puede estar platicando cada quien con su picadito, y sin que te estén chingando con que esto sí y esto no...

¿Y saben qué? La mera verdá yo estoy más feliz así con mi Chano del otro lado. Hasta gusto me da acordarme de él, ¿o no te pasa a ti lo mismo? —dijo encarando a Crisálida.

—No creas, a veces sí se siente refeo que estén tan lejos.

—Sí, pero qué tal cuando lo tienes de a diario chinga y chinga...

—Sí pues —balbuceó Crisálida dejándose ir con la crecida relajosa de los picados.

—Bueno, ustedes porque los tienen seguros y mandándoles su feria, en cambio yo naranjas —terció Malena.

—Será porque no quieres —dijo Crisálida.

—Por querer quiero, encontrarlo ya es otra cosa.

Se oyeron gritos y enseguida la bulla pleitera. Los chamacos se arremolinaron en torno a los dos cuerpos que se trababan entre la polvareda.

—¿Qué pasa ahí, hijos de la chingada? —levantó la voz Lucero.

—Lupe le está pegando a Javier —dijo una chamaca.

Al instante Crisálida comenzó a llamar a su hijo, que la había acompañado desde Cacaluta. Los dos chamacos se habían levantado y Javier, el hijo de Alma, con un parche de rojor sobre el pómulo, le gritaba ahora a Lupillo:

—Mi mamá andaré peda, pero no va a putear a la Crucecita toda pintadota como la tuya.

Y de nuevo Lupillo se le fue encima. Crisálida se levantó y Lucero fue tras ella. Separaron a los rijosos, pero Javier, sujetado por su tía, no paraba de gritar majaderías.

—¡Qué chingada gritería es esa! —bramó Alma, jetuda y broncosa, desde la puerta de la casa.

Aprovechando el desconcierto, Javier se zafó de los brazos de Lucero y corrió hacia su madre. Mientras ésta caminaba hacia la mesa, el hijo le fue lloriqueando los motivos.

—Sí ando peda es con mi dinero y en mi casa, mijo; y a quien no le parezca pos que se vaya mucho a la chingada —dijo sin apartar la vista de la mesa. Con gesto sobrado levantó uno de los vasos, que refulgía como obsidiana líquida por la brillura naranjosa del sol, y lo empujó con ganas. De inmediato lo escupió entre maldiciones:

—¡Chingada madre, sabe a puro miado caliente!

—Mejor y le vamos jalando, que yo dejé solos a mis chamacos —le dijo Lucero a Crisálida.

—Yo también quiero irme, pero mi tía esta allá adentro amarrada a la tele —comentó Crisálida.

—¡Vénganse pacá chingados, que el sol aún esta alto! —convocó Alma desde la mesa—. A ver, ¿qué, ya no hay cervezas o qué chingados?

—Hay en la cocina —masculló Prudenciana.

—De una vez tráelas y también Cocas para los picados.

A desgana, Lucero y Crisálida se acercaron a la mesa donde ya Alma y Malena estaban instaladas.

—¡Qué a toda madre estamos ahora!, ¿o no? —dijo Alma recorriendo con su mirada broncosa las caras de las mujeres.

—Sí pues —musitó Crisálida a la defensiva.

—Órale chingados, que esto no es de a diario —dijo Alma abriéndole espacio a las botellas que traía Prudenciana—. La que quiera picado que se sirva y la que prefiera cerveza pos también; y si se le antoja otra cosa, nomás digan. ¿Y el destapador? —respingó con una cerveza en la mano.

—Orita lo traigo —se apresuró Prudenciana.

Sin más comentario, Alma agarró la botella por la base y de un golpe contra el borde de la mesa le voló el cuello.

—¡Me rechoca que te enmaches desa forma! —el grito de Lucero fue como una descarga eléctrica que siguió a la estalladera de la botella.

Crisálida, sintiendo ya la torcedura en el bajo vientre y con la mirada fija en el último rojor, desmontó por primera vez la sonrisa:

—Será porque le mandan de sobra.

—Pos sí, me sobra de todo —dijo Alma agarrando otra botella de cerveza. El tono ahora: ni muy de un lado ni del otro, más terca que engallada, por sentir ya la actitud enfrentosa de su hermana.

—¡Te juro que si rompes otra te parto la madre! —amenazó Lucero echando para atrás la silla.

—Mejor y nos vamos por las buenas —dijo Crisálida incorporándose.

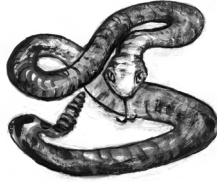
La mirada turbiosa de Alma prendida en el rubior del líquido: no buscaba nada, ni aliento ni desaliento, nada; lo único que le importaba era sentir esa fuerza loca crecer desde la misma raíz, montarse en ella y dejarse ir hasta perderse en el coraje.

—¡Te lo digo, hija de la chingada! —se engatilló Lucero.

Sin más palabras, Crisálida se alejó hacia donde estaba su Lupillo y lo tomó de la mano. No le importó que la vieran ni que tuviera que irse sin Verecunda ni Prudenciana. Tampoco quiso oír el estruendo que crecía a sus espaldas. Al encontrarse ya segura en la vereda, le soltó al hijo: “¿Y por qué chingados te tuviste que meter con ese chamaco pendejo?”.

X

LOS BRACEROS



El sol. Asolearse en los pescaderos de los dos promontorios que punteaban la playa. El reverberar transparentoso de aquel mar que se crecía con las oleadas del recuerdo y dejaba en la tristidad del ahora un regusto salado de abundancia. Vida sólo ésa: el momento del enganche y la jalada, las sardinas refulgiendo como estrellas en el firmamento de la atarraya. Ah, qué no diera por unas tortillas recién salidas del comal y un plato de roncadores doraditos al mojo de ajo como los que sabía hacer su Crisálida. En cambio: rebanadas de un pan sin cuerpo ni sabor, y en medio la engañadera de unas lonchas de jamón que exigían el picor de los jalapeños en conserva para hacer más salivosa la masticada. Y claro, de rigor la Coca fría a pesar del frío, y después la fuegazón de estómago, que se hinchaba día a día como preñadura castiguera.

Terminar de cumplir el año cuando menos. Aunque allí nunca se sabía: un telegrama, una llamada por teléfono, o la jodida migra... Siempre en la tensura de un hilo, como la pesca, pero ahora el trabado era él y no tenía más camino que la derechura desde el galpón donde trabajaban al remolque donde descansaban. El frionón de cuerpo y alma. Todos los fríos juntos en un fríísimo cristalero que cortaba la intención de las palabras apenas eran pensadas. Un infierno alrevesado —nada de olores ni sabores ni colores— con el solo consuelo de la paga y el vuleo ilusionante de en qué gastarla de regreso.

Nicasio, que había estado trabajando de albañil hasta el momento de la partida, les dijo que el dolor de espalda y brazos producido

por el rigor de la paleada jamás se quitaba. Sin embargo, con la carga y descarga de llantas era aún peor: a la hinchazón dolorosísima de brazos había que añadirle el quiebraje cuchilloso de la cintura.

Todo el día, seis a la semana por sobrepedido del mercado, del traer a la picadora y ¡cuidado con un destanteo o apendeje porque adiós manos!, con aquel hielar entumidor que hasta quemaba por dentro. Y el modo: ni un rezongue ni un desdibuje jetero; nada de pláticas ni de arrimones solidarios, cada quien en lo suyo y sin tregua. Que faltaba una herramienta, los mexicanos fueron; que se fregaba una máquina, los mexicanos fueron. La primera vez que reclamaron el descuento de un taladro eléctrico de la paga semanal, el patrón —el gringo más gringo de todos los gringos— les dio a entender que si no estaban de acuerdo que se fueran. Nicéforo, que sospechaba de los tres negros que trabajaban con ellos, alegó que no era justo que a los mexicanos se les descontase el faltante y a los negros no; y la respuesta fue terminante: “Meshicanous robar torou”. Y los cinco, hartos ya de pagar rehiletos y otras herramientas desaparecidas, decidieron dejar de trabajar hasta que les restituyeran los veinte dólares del descuento.

Estaban en la casa remolque —un espacio de tres metros por dos equipado con cuatro literas y una cocineta de gas— dándose ánimo con un café instantáneo y unos polvorones mexicanos que les habían comprado a precio de oro en el supermercado del pueblo. Como suponían, el energúmeno no tardó en llegar. Pero vaya sorpresa les dio al venir acompañado por el propio *sheriff* del condado. Así que: o vuelta al trabajo o de retache para México. Y los negros, pianos de risas al verlos regresar con la vista barredora a sus chambas.

Nicasio, más correoso que el hule de las llantas, era el único que no buscaba consuelo en el recuerdo. Dormía en el piso del remolque y jamás participaba en la remembranza blablasera que Nicéforo, Chano y Lico intercambiaban desde las literas. Zósimo tampoco lo hacía, pero por otras razones: de un tiempo acá una expresión de pasmo se le había pegado a la cara y por más preguntas que le hacían no había manera de sacarle prenda. Como ninguno sabía ni quería cocinar, la comida era siempre la misma mierda plasticosa, regada

en abundancia con cátsup, mostaza o mayonesa, además de los chiles en escabeche que eran como una muestra de lealtad al terruño.

Uno de los tres negros, que vivía con una chicana, era el único que medio entendía el castellano y con él era con quien Nicéforo daba rienda a sus incompreensiones. Por supuesto que, como los demás negros, por el simple hecho de tener nacionalidad norteamericana se creía superior a los mexicanos, pero Nicéforo, que sabía por pláticas con los señores de la casa grande que los negros habían sido traídos de África como esclavos, lo metía en un brete al decirle que ellos no eran en realidad americanos, sino africanos, y que una franja de la costa entre Oaxaca y Guerrero estaba llena de negros, un poco menos oscuros de piel aunque igualitos de flojos y bullangueros. Y Zacarías, el negro gringo, desentendiendo más de lo que entendía, se reía a borbotones, como siempre hacía, para que ni por un instante el mexicano fuera a subírsele con la creída.

Recién llegados, Nicéforo había conocido a un muchacho de Guerrero que trabajaba de tractorista en un rancho aledaño, y fue él quien les tendió la mano en los primeros días de desamparo. Llevaba ya cinco años entre los gringos y conocía las movidas como nadie. De todo sabía y hablaba, y aunque Nicéforo desconfiaba por naturaleza de este tipo de vivales, no pudo resistirse al enganche: por un lado era el único apoyo que tenían en esa tierra de amenazas, y por el otro no le cabía la menor duda de que Richard —que era como le decía su mujer— era un chingón. Vivía con una güereja pecosa y desgarbada, y a Nicéforo se le ponían en rojo las sospechas cada vez que los oía hablar en inglés. “Derecha la flecha, carnal. Si de verdad quieres hacerla deste lado, lo mejor es que te alejes de la raza”, le dijo a Nicéforo cuando le explicó el porqué vivía con la gringa.

Además del mandado y las cartas, Ricardo, como prefería decirle Nicéforo, se ofreció también para conseguirles el número del Seguro Social, sin el cual el Hombre Camarón —apodo puesto por Nicasio al viejo gringo por el subido color de su semblante— se negaba a seguirles dando chamba. Le bajó a cada uno doscientos cincuenta dólares y todos quedaron tan complacidos que, a excepción de Nicasio, no dudaron ni un instante cuando les prometió el permiso de residencia a cambio de otros quinientos veraderos.

Cuando llevaba los domingos a Nicéforo al supermercado no paraba de contarle sus desmanes, y ponía tal convicción en los relatos que no le importaba lo más mínimo que Nicéforo llegase a señalarle una contradicción o a decirle que su edad —no más de treinta años— no daba para tanto suceso: que de chamaco había estado en el Otatal cuando mataran a Lucio Cabañas, que se había ligado a la viuda de Johnny Weismüller, que tenía cinco hijos en Acapulco y tres más en Tijuana, que era propietario de un lote en Punta Diamante, el megaproyecto de los narcos en Acapulco, y que se lo había regalado personalmente el consuegro de García Ábrego, de quien había sido guardaespaldas... Nicéforo terminó siguiéndole la corriente, pues era mucho lo que Ricardo le enseñaba y poco lo que exigía.

Hasta que, con los dos mil dólares de los cuatro crédulos en el bolsillo, desapareció con rumbo incierto. Nicéforo, que a vista de los demás aparecía como el responsable, le pidió a Zacarías que lo acompañase para sonsacarle prenda a la güera. Pero la gringa, al parecer ya habituada al entrampe, se limitó a encogerse de hombros y decir que Richard se había ido a Tamaulipas a visitar a su familia, que de allá era.

Nada qué hacer: con la palabra empeñada de Nicasio, agrandado de valor ante la entrega confanzuda de Nicéforo, los cuatro acordaron dar por perdido el dinero y no decir jamás palabra al respecto.

Zacarías, único contacto de los braceros con el mundo exterior, convenció a Nicéforo de lo importante que era tener una televisión para aprender el inglés. Compraron una pequeña en blanco y negro, que veían por las noches sin entender nada. A veces Nicéforo creía verle un sentido a las imágenes y hacía de pasada un comentario. Lico y Chano aprovechaban el arranque y preguntaban luego a cada rato qué decían o de qué se trataba. Por no dejar, Nicéforo comentaba según le latiera y los otros terminaron exigiendo como norma los comentarios disparatados.

Nadie les había dicho nada al respecto, de manera que cuando descubrieron en casa de Zulema, la chicana con la que vivía Zacarías, que también había canales en español, ya Nicéforo quedó liberado de su papel. Ni a él ni a Nicasio les gustaba la televisión. Uno se dormía, y al otro se le destapaba un dolor de cabeza que sólo se

le calmaba con tres aspirinas y una Coca Cola. De ahí que en cuanto Chano, Lico y Zósimo se quedaban apendejados viendo el *show* de Johnny Canales, a Cristina y otras mamarrachadas chicaneras, Nicéforo y Nicasio, bien enchamarrados y a veces con una cobija sobre los hombros, se iban a sentar con Zacarías, que era el velador, a respirar el humo de los trozos de llanta con que el negro alimentaba la fogata, mientras les pedía que le hablaran de cómo vivían en su tierra, del mar y del sol, para llegar como agua de bajada al desemboque obsesionero: modos y costumbres de los negros costeños.

Y llegó el aviso de la muerte de Tiburcio. Sólo Nicasio, que empezaba apenas a tomarle gusto al amontone de billetes, se negó al viaje. Conociéndolo, los demás aprovecharon la tercura para que, mientras iban y venían, las cosas estuvieran vigiladas. Nicéforo habló con Zacarías para conseguir un empujón hasta la frontera. Para sorpresa de todos, fue Zulema la que se ofreció a llevarlos a Dallas, para que desde allí tomaran un avión a la ciudad de México. El jale: mil dólares y por adelantado. Lico respingó, y la mujer, con un modo tronchador y altivo, les dijo que lo olvidaran.

—De acuerdo, doscientos cincuenta cada quien —dijo Nicéforo, sabiendo que el riesgo que corrían yéndose por su cuenta ameritaba eso y más—. La cosa es cómo le vamos a hacer para subir al avión sin papeles.

—Deso se encarga la chula que va a manejar el mueble —dijo la mujer dándose un aire suficientero.

—¿Otra más? —opuso Lico, pensando de nuevo en la paga.

—No seas pendejo, que ella es —le dijo Nicéforo.

Salieron de madrugada. Una niebla fantasmiosa se dejaba apenas atravesar por las luces y Nicéforo, que iba adelante con Zulema, no tenía temple ni para escupir los recelos. Era una Ford de tres cuartos de tonelada, con una caseta atrás a manera de habitáculo. Allí, metidos en gruesos sacos de dormir, iban Lico, Chano y Zósimo, que desde que recibieran la noticia parecían dos atunes congelados.

Poco a poco, y con la seguridad de la autopista, la mujer fue mostrando gustos y rechazos; y lo hacía con tal desparpajo que Nicéforo, reanimándose con el vaho humedoso de la calefacción, agradecía con cascabeleo de risas las crudezas. Guapa no era, pero tenía abun-

dantez de formas y una morenura cachondosa que a Nicéforo, tras meses de acumule ganero, le removía los pensares con deleite. Con maña, la mujer había decidido enfrentar el rigor climático con una faldita de mezcilla que ponía al descubierto un muslamen que Nicéforo reojaba entre el carcajeo.

En las afueras de Dallas, en el estacionamiento de un centro comercial, Zulema arrinconó la camioneta buscando la penumbra y decidió de una vez mostrar el juego: con una destreza, que ni él mismo Nicéforo esperaba, y sin más preambuleras, le bajó el cierre del pantalón y le tomó el miembro, ya envarado por las ganas, al tiempo que le metía la lengua en la boca en un bailoteo viciosón. No tardó Nicéforo ni un par de minutos en reacomodarse para la monta, y entonces se encontró con una frenada bronca y enfriadora de tan maliciosa, y al instante recordó la sonrisa respondona que ponía Chalia Guzmán cuando enfrentaba las machadas.

—Por cien más y hasta repites si quieres —le dijo Zulema manteniendo la distancia con el brazo firme.

Tras el primer sacudón, que le borró la sonrisa como si le hubiesen restregado la cara con la escarcha que cubría afuera el pavimento, Nicéforo se libró de la mano que le presionaba el pecho y buscó el reacomodo en el asiento. La mujer supo entonces que, o iba a fondo o perdía el lance, lo que sería doble despropósito: se ponía en evidencia y además no ganaba ni un centavo. En el mínimo espacio que le permitía la cabina, se las arregló para hacerle un numerito convencedero: se quitó falda y pantaleta y, con sacudones culebrosos, fue jalando el deseo de aquellos ojos que se abrían a todo mirar hacia el entrampe decisivo.

Después de terminar con Nicéforo, le quitó el condón que le había puesto previo pago por adelantado y le abrió la puerta para que despertase a los demás y los fuera pasando de uno en uno.

Todo fue bien hasta llegar al aeropuerto. Desde ese momento y hasta el despegue del avión, los braceros vivieron sin darse cuenta, como si de pronto los hubiesen arrojado a un mundo en el que no sabían ni qué decir ni cómo moverse. Con su porte de chicana bravía, Zulema les compró los boletos y anduvo con ellos de aquí para allá hasta que los dejó en la sala de embarque. Al despedirse y ver

todavía en los ojos pasmados de Nicéforo el deje de animal sin dueño, les dijo con donosura y sin cuidarse en bajar la voz:

—¡Ya no se me azote mi gente, que lo que quieren los cabrones bolillos es que ustedes se retachen de volada! —y se dio la vuelta y comenzó a mover las nalgas como si tras de ella corriesen emperrados los más de cien pares de ojos que había en la sala.

Dos semanas después, con el mismo pollero que los había pasado la primera vez, regresaron los cuatro braceros. Era ya casi medianoche y, luego de repetidos voceos, Nicasio salió a abrirles con cara contraria. En cuanto los vio se dio la vuelta como disipando sospechas y se puso a recoger en un bulto el saco de dormir que estaba tendido en medio del pasillo.

—¡Chingados, parece que ni te da gusto vernos! —le dijo Nicéforo al acomodar la mochila sobre su litera. Nicasio ni lo miró: vestía calzones y una sudadera afelpada, lo que le daba un parecer de hombretón en miniatura—. ¿Y por qué en el piso habiendo tanta litera? —insistió Nicéforo buscándole punta a la plática.

—Ya me hallé a dormir en el piso —dijo, arrinconándose para hacer sitio a los demás que entraban.

—¿Y cómo va el jale, pues?

—Un chingo de chamba.

—¿Contrataron a otros? —la preocupación de Nicéforo se reflejó en el rostro de los recién llegados.

—Los mismos estamos —dijo Nicasio para alivio general.

Nicéforo, que conocía desde que eran chamacos los sentires enrevesados de Nicasio, lo enfrentó con voz alzada:

—¿Y entonces qué chingados traes?

—Luego hablamos —dijo Nicasio rehuendo la plática por la montonera.

—De una vez, chingados. ¿Traes problemas con el viejo?

—Mañana hablamos.

Todavía insistió Nicéforo, que por la deshorada había ya perdido el sueño; pero Lico y Chano, alegando cansancio, lo convencieron de que no tenía caso ponerse a esas horas a discutir chingaderas. Así que, tras concluir el pago con el pollero, los cuatro recién llegados ocuparon las literas y Nicasio volvió a tender el saco de dormir en el

piso. A un lado de la cabecera, extremando precauciones para evitar indagaderas, el filoso cuchillo que ya había probado la blandura de carne cristiana.

Llegaron entre ariscos y deseosos. La primera sorpresa les cayó de entrada. El nuevo capataz era la imagen repetida del Hombre Camarón, pero la mitad de años más joven y el doble de encimoso y déspota. En un castellano mucho más fluido que el de Zacarías, les señaló las tareas y las nuevas normas, y los braceros sólo se miraron entre ellos, como diciéndose que las bramidas de ese pendejo les valían madres.

Nicasio había ocupado el puesto de Nicéforo en la picadora y el capataz le dijo que siguiera allí ayudándole a Nicéforo a acomodar las llantas para que el corte fuera más rápido. Chano y Zósimo volvieron a lo suyo, que era descargar las llantas, mientras Lico las acarrea en un montacargas hacia la picadora. Los tres negros que habían estado supliendo a los braceros regresaron aliviosos al mantenimiento mecánico y a otras tareas menos castigadas. Aprovechando el retiro del capataz hacia la oficina, donde el viejo estaba ahora encuevado como garrobo satistecho, Nicéforo abordó a Nicasio:

—¿Y éste pendejo qué?

—Es el hijo del dueño.

—Será, pero lo pendejo ni así se le quita.

—Es más perro que el viejo.

—¿Y qué chingados traes que andas todo fruncido? —volvió Nicéforo a su lucubre.

—Luego te platico.

—De una vez ahora que estamos solos.

—Luego, que este cabrón es muy delicado.

—No pasa nada, chingados.

—Te lo dije, ahí viene.

El capataz salió de la oficina y se vino derecho hacia ellos. Nicasio se apartó unos pasos para no dar pretexto, pero el tipo ya venía con la lengua afilada. En un tono seco y sin concesiones, con el mismo regodeo con que el amo sojuzga al perro, les cantó la cartilla; era una declaración de normas, y ninguno se atrevió siquiera a mirarlo a la cara, que con el sermoneo se le había puesto roja por manchones, como

si una alergia o salpullido le incendiara el rubiaje. Cuando acabó, en vez de irse como todos esperaban, engatilló las manos tras la espalda y se puso a observar, a un par de pasos de distancia y con la cabeza echada hacia adelante a manera de periscopio, el faenar de Nicéforo en la picadora. El bracero encajó el abuse y extremó cuidados para evitar lo que seguramente el chupasangres pretendía: un error que le costara una mano, o de pérdida la volada de los dedos en la guillotina.

A la hora del almuerzo apareció Zacarías y se llevó a Nicéforo lejos del grupo. En un *espanGLISH* más ennegrado que de costumbre, le dio a entender que el *Scar neck*, como le decía a Nicasio por la cortada que le marcaba la nuca, le había echado los canes a Zulema. Nicéforo, entre reírse o no, comenzó a rascarse la coronilla, con la vista tratando de atravesar aquel lodazal humoso a fuerza de ser paso de tanta llanta; y así estuvo, pensando a un tiempo en la putería relumbrosa de Zulema y la arisquez natural de Nicasio. Al ver que el negro seguía y seguía con su reprimenda salpicada ya de amenazas, Nicéforo empezó a asentir con la cabeza, sintiendo cómo una pasta acidosa se le pegaba a la lengua y le descolgaba por toda la garganta un sabor a selva en llamas. Por fin, levantó la mirada y masculló unas palabras que el negro, vaciado de pensares, tomó como un acuerdo. Y enseguida se separaron.

Esa misma noche, en la primera oportunidad que tuvo luego de terminar el trabajo, le pidió razones a Nicasio.

Y el amigo no hizo más que confirmar sospechas: Zulema había intentado repetir con Nicasio la movida triunfosa hecha con los demás braceros, y al negársele el hombre —parte por su desconfianza montaraz, aunque más aún por el cobro de los cien dólares—, la zorra no tuvo más salida que el argüende.

La cantidad de trabajo, con cuatro horas extras diarias pagadas al doble, las nuevas normas y el destape del asunto, hicieron que el ambiente fuera más de reclusorio que de fábrica. En llegadas y despedidas apenas un aleteo de mano o un levantón de cabeza, nada más, ni asomarse tampoco a la fogata que Zacarías prendía puntual todas las noches.

Y de golpe el sábado por la noche, en el celebre de la paga abundante, apareció Zulema más dominadora que nunca. Buscó la mi-

rada de Nicéforo y, con un dedeo mandón, lo llevó hacia su auto. El hombre caminó con parsimonia y se instaló en el asiento delantero al lado de ella. Empalague de Chanel, como si el perfume hubiera sido vertido a jicarazos, y en el tocacintas el Flaco Jiménez, gusto que ambos compartían. Y sin más requiebre, ella lo tomó por la nuca y le untó aquella carne palpitante con sabor a cereza; después le metió la lengua y con su buen oficio le hizo media faena. Hasta ahí el entre, pues de inmediato lo separó con firmeza, en aquella actitud dominadora que él ya conocía. Y sin más le planteó las alternativas: o cogían con ella sabroso y seguro todos los días de paga, o esa misma noche iba por su amigo el *sheriff* Dulle para que los entregara a la migra, luego de partírles la madre y quitarles toda la feria.

Ninguno desoyó el consejo de Nicéforo, menos Nicasio: en el acuerdo de palabra que establecieron Zulema y Nicéforo, quedó finalmente aclarado que cualquier movida en contra de Nicasio sería motivo de rompimiento. Y todos felices.

La celebración de los días de paga pasó a hacerse en la casa de Zulema: mientras la mujer los introducía por turnos a su recámara, Zacarías les ofrecía a los otros en la sala botanas y cervezas. De Nicasio ni palabra; solo en el remolque, desarmaba y armaba una y otra vez la Browning calibre treinta y ocho que por trescientos cincuenta dólares le había comprado al negro que era jefe del taller mecánico. Un par de veces, al verlo tan enganchado con la pistola, Nicéforo intentó sonsacarle el para qué de tanta entrega. Nicasio se limitó a decirle que cada quien tenía sus gustos y agarraderas. Sin embargo, Nicéforo sabía, por años de malosidad compartida, que cuando a Nicasio se le metía una idea en el cargador, no había manera de desviarle la mira. “¡Ten juicio, chingados, que aquí no se arreglan las cosas echándose luego pal monte!”, le dijo en derechura; y el otro simplemente movió la cabeza como siempre hacía, embelesado con la perfección de aquellas piezas que espejeaban a fuerza de tanta pulida.

Cartas y llamadas por teléfono, giros y salidas al súper, todo se hacía ahora a través de Zulema. La mujer decidía lo que sí y lo que no, y a veces ella misma respondía a Crisálida o a Lucero, cortando o agrandando a su medida. Todo parecía transcurrir dentro de un re-

gocije familiar, con el solo retorcimiento de Nicasio, que cada vez recelaba más del mandonismo de la Víbora, que era como le decía a la mujer de todos. Para los braceros, Zulema encarnaba perfectamente el tipo de matriarca costeña: regañaba y protegía, tentaba y exigía, era hermana, madre y amante a un tiempo, y contra eso no había razón posible.

Exceptuando una tricomoniasis, que la mujer adquirió de Zacarías, que a su vez la había contraído al hacer sus viciosidades con una negra prima suya, y que por un par de semanas levantó el arisque entre los braceros, la vida en la comunidad era un modelo de entendimiento y gozadura.

Y una mañana, a las ocho y media, empezó a sonar el teléfono una y otra vez, hasta que Zulema, con un gruñido chicanos por el deshore, se dio a conocer. La voz de Crisálida disculpándose le llegó clara, y enseguida el sacudón:

—¡Dígales que se vengán todos de urgencia, que sucedió una desgracia muy fea! —gritó la voz del otro lado.

—¿Qué? —respingó Zulema como si de golpe la hubieran abierto al vivo sol.

—Que se vengán orita mismo, que todititos se quemaron...

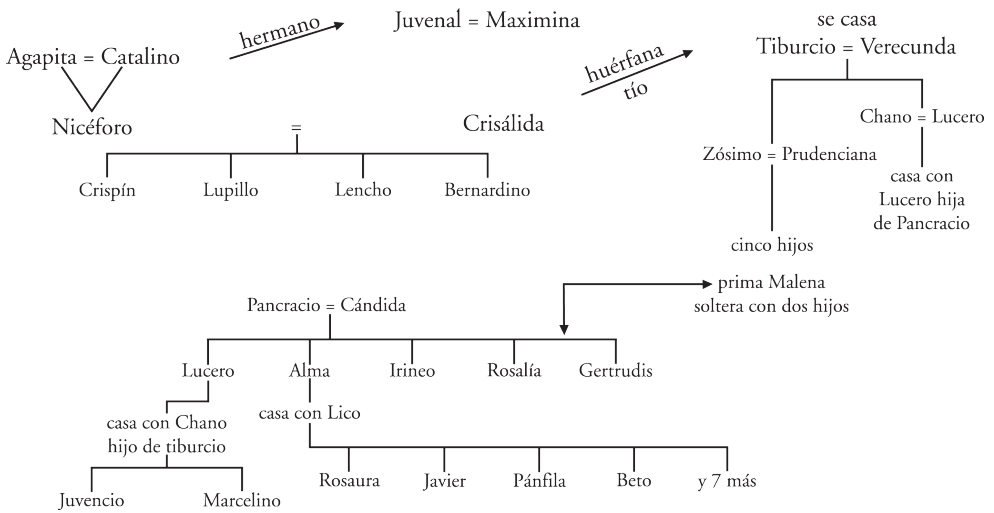
Dos minutos más estuvo Zulema intentando buscarle sentido al aluvión: al parecer los niños y algunos mayores se habían quemado con unos polvos azules y estaban internados de gravedad. Cuando colgó, el maquine ya no la dejó dormir. Se levantó, duchó y acicaló como cuando iba a visitar a sus padres en un tugurio de Memphis: nada de escotes, corturas o colorines, seria y engrisada como la mañana que apenas despuntaba.

Al llegar a la fábrica fue derecho hacia la oficina y salió enseguida con el capataz. Nicéforo sintió al verlos venir malos presagios. Pero ella no se lo dijo allí y de pronto, sino que lo llevó a tomar un café y, ya en plena subida de la incertidumbre, lo enfrentó bien plantada:

—Acaba de hablar tu mujer para decirme que a ti y al *Scar neck* los buscan allá por un asesinato.

Nicéforo ni pudo decir palabra; una sonrisa recelosa le desdibujó el semblante, y en las tripas un uñear rabioso: esos hijos de la chingada eran capaces de todo.

Samahua Genealogía Mínima



ÍNDICE

I

Los invitados/7

II

El sabor del infortunio/25

III

Las mujeres de Sedalio/49

IV

El candidato/73

V

Loma limón/89

VI

Sirina/103

VII

Entre querencias y avoraces/127

VIII

El compromiso/151

IX

Las mujeres de los braceros/169

X

Los braceros/193



EDITORIAL AVISPERO
2020

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

Legado cabal de Valle-Inclán, Faulkner y Rulfo, el lenguaje de *Samahua* tiene la fascinación esencial de lo mítico y al mismo tiempo la brillantez formal del trópico. La maestría en el manejo espiral del tiempo —como el ir y venir preciso del caracol y la ola—, le da a *Samahua* la fluidez de un mar de palabras y hace que el lector, en lugar de una colección de relatos cerrados, descubra un mundo cincelado en mágica unidad.

La visión intrahistórica de Da Jandra no se recrea en espejos ni pretende mostrarnos un anecdotario; su objetivo es otro: los orígenes de una cultura, los modos en que la relación vida-muerte, amor-odio, que definen el ser particularísimo de la vida de un pueblo —el huatulqueño—, consolidan el aquí intranscurrible de la gran literatura: el mito.

